LAURA G. MIRANDA

Volver a mí

Volver a mí

¿Dónde queda la PASIÓN cuando todo en la vida es rutina y deber?

¿Es posible VOLVER a empezar?

¿Se puede volver a VIBRAR POR AMOR?

Volver a mí retrata la vida de una mujer que cumplió todos los mandatos sociales: ser **profesional**, **esposa** y **madre**, pero que a fuerza de lograr los sueños ajenos olvidó los propios.

A veces, perderse es la única forma de encontrarse.

ENCUÉNTRANOS EN

Argentina:

facebook.com/vera.romantica

instagram.com/vera.romantica

México:

facebook.com/vera.romantica

instagram.com/vera.romantica

Volver a ser la mujer
que habita mi cuerpo.

Buscarme con ganas,

Descubrirme despacio,

Pensar primero en mí,

Dejar que la vida me bese,

Bailar con mi destino.

Ser amada sin condiciones.

Sentir mi risa.

Ver crecer mi deseo.

Amar sin perderme.

Volver a mí.

Merezco ser feliz...

Soy VeRa

Laura G. Miranda

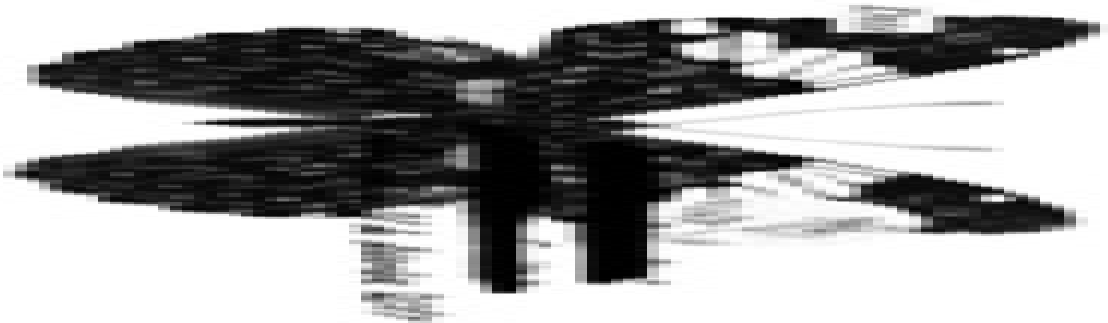
ha logrado un estilo propio dentro de la novela romántica contemporánea. Vive con su esposo, sus dos hijos y sus mascotas (dos gatas y un perro a los que adora) cerca del mar, lugar que considera su refugio. Es abogada y docente. Ha ganado premios nacionales e internacionales como poeta y narradora. En 2014 publicó *Amuleto contra el vacío* (Ediciones B), declarada de Interés cultural por la Municipalidad de Mar del Plata el mismo año. *Volver del abismo*, publicada en 2015 por la misma editorial, fue su segunda novela. *Laberinto del alma* fue publicada en 2016 bajo el mismo sello. En 2017 obtuvo el Premio Lobo de Mar en literatura. En 2018 publicó *Más allá del mar*, de Editorial Eudem de la Universidad Nacional de Mar del Plata. En *Volver a mí*, su última novela, narra la vida de Gina, una mujer de 45 años cuyo destino será entender que para ser feliz debe priorizarse por sobre todo y todos.

Conoce más sobre la autora en
lauragmiranda.com

LAURA G. MIRANDA

Volver a mí

Para mis amigas:
María Eugenia Napolitano,
una heroína de este tiempo
hermosa por fuera y por dentro,
nada cambiará eso jamás.
Stella Maris Carballo,
por dignificar la tarea de Notaria
con su humanidad. Un orgullo para mí.
Para mis hijos, Miranda y Lorenzo, siempre.



Prólogo

A veces hay que partir. Tomar decisiones dolorosas y difíciles. Reunir en un mismo acto de valentía fuerzas que no se tienen y verdades que no se afrontan. Tomar distancia. Soltar las certezas y bucear en la intensidad de lo que no se conoce, pero se necesita.

Hay momentos en la vida en los que una maleta es la única opción. Casi siempre hay muy poco que poner en ella, porque ya está cargada de un vacío que se expande. Sin embargo, se hace lugar y se guardan pequeños momentos que se atesoran junto a alguna prenda que devuelve recuerdos. Ropa y miedo. Además, esa foto que evoca el pasado del que se quiere escapar, mientras en los ojos brilla la nostalgia de lo que fue.

No es viajar por el mundo. Es haberse perdido en él y salir a buscarse con desesperación.

Un día cualquiera, al detenernos un momento, nos sorprende ser parte de un escenario diferente. Los hijos no están y el tiempo compartido con el amor de toda una vida se ha convertido en una rutina corrosiva. Peor aún, los momentos de soledad se han teñido de un amargo sabor a nada. ¿Qué falta cuando aparentemente se lo tiene todo? ¿Es posible haber perdido, en las idas y vueltas del tiempo, la capacidad de reconocer los momentos valiosos y la posibilidad de disfrutar de las pequeñas cosas simples?

Entonces se impone la búsqueda y la determinación de reencontrarse. Hallar a la mujer que habita ese cuerpo pero que ya no está allí, a su propio alcance.

Asusta el camino a todas las respuestas. Porque la distancia abruma, aleja y nos enfrenta a un viaje interior que no suele ser tan bello como los soñados paisajes que deleitan los sentidos en los lugares que se visitan. El desafío es entender que la vida pasa y el tiempo no pide permiso. Por eso, ser feliz es una misión ineludible para evitar olvidarse de una misma, inmersa en la repetida decisión de dar prioridad a todo y a todos.

A veces, hay que irse. Saber leer la brújula del alma y animarse a conocer el destino que espera en algún lugar por la mujer que somos. Las preguntas son ¿dónde? y ¿cómo?

CAPÍTULO 1

Decisión

El matrimonio debe combatir sin tregua
un monstruo que lo devora: la costumbre.
Honoré de Balzac

Volver a dejar algo atrás. Gina Rivera armaba su maleta después de días de reflexionar sobre ese viaje. La decisión que había tomado no había sido precipitada. En verdad llevaba años procesando una realidad que no quería enfrentar. Siempre la familia, las necesidades de su esposo, las estructuras sociales arraigadas a su piel, impedían que tan siquiera pudiera pensar en lo que finalmente había ocurrido, como una posibilidad.

Mientras elegía la ropa que llevaría, recordó a aquella joven de dieciocho años que alguna vez también había empacado sus sueños y había dejado algo detrás de sí. Pero entonces no había más mochila emocional que un pueblo que en buena medida atosigaba con sus rumores, sus invasiones exageradas y ese no respeto a la privacidad ajena. “Pueblo chico, infierno grande”, rezaba la voz popular. Y así era y sería. Todos creían saber mucho acerca de las vidas ajenas y parecían gustosos de opinar. Algunos abanderados de los preconceptos, otros, escoltas de los juicios de valor, y los menos, divididos entre indiferentes o profetas de cariño sincero. Convencida de que partir hacia la Capital era la única manera de ser dueña de sus decisiones y apartarse de la mirada controladora de una parte de esa pequeña sociedad tóxica, se marchó sin mirar atrás. En aquellos años, esa era la única opción de ser alguien, estudiar, crecer y tomar distancia de esa rutina detenida en el tiempo a la vera de un pueblo que continuaría así por toda la eternidad. Eso pensaba entonces.

También estaban sus padres, quienes deseaban lo mejor para ella y que de algún extraño modo eran parte de ese clan pueblerino, pero tenían arraigadas sus costumbres cuando se trataba de Gina. Su padre esperaba que volviera diplomada para trabajar con él. Su madre deseaba que lograra lo que ella no había podido. Por razones diferentes la apoyaban. Debía ir en busca de su futuro, aun a pesar del gran vacío que les dejaría su ausencia y de las altas probabilidades de que nunca regresara a vivir allí.

Había un paralelismo entre su presente y su pasado. Quizá por eso lo estaba recordando. Era la segunda vez que armaba un equipaje y debía abrazar la incertidumbre. No había seguridad alguna respecto de lo que sucedería. Solo la acompañaban sus convicciones firmes y su espíritu de lucha. Ese ser interior libre que clamaba por su lugar en el mundo era el mismo, solo habían cambiado las circunstancias.

Aquel viaje a la Capital había moldeado su vida. Había estudiado

mucho hasta diplomarse como notaria. Mientras lo hacía, comenzó a trabajar en la notaría de una gran mujer, Alicia Fernández, a quien le debía casi todo lo logrado. Solo había vuelto a su pueblo de visita.

Demostrar su honestidad y su anhelo de aprender la definían. La humildad que la caracterizaba junto a su inteligencia la convirtieron en una brillante profesional en ascenso. Su independencia económica era absoluta, pero su dependencia afectiva era todavía más fuerte.

Se había casado muy joven con Francisco, su novio de la universidad, mientras ambos estudiaban. Finalizaron sus carreras siendo ya un matrimonio y con dos de sus tres hijos. Él era contador público. Aunque habían sido padres muy pronto, su vida de pareja y la familia cumplían sus sueños. Así fue durante mucho tiempo, pero en algún momento la depredadora rutina les había arrebatado lo que los unía.

Estaba triste pero satisfecha al mismo tiempo. Una gran paradoja. Después de veinticinco años de matrimonio, habían decidido separarse. Más bien ella. Y él aceptaba la decisión. No lo hicieron por alguna infidelidad, deudas o reproches, como suele pasar. La cuestión era la falta de un proyecto en común. Tal vez ese había sido el fatal desencadenante, y ahora solo tenían un fabuloso pasado que los sostenía. Cada vez más débil y lejano. Una historia compartida que había ido latiendo un pulso cada vez menos apasionado y más costumbrista. ¿Acaso no mata el amor esa constante erosión de gestos repetidos? ¿Estaba muerto ese vínculo o agonizaba? No lo sabía, pero la realidad era innegable: no era feliz.

Habían reemplazado el placer de saborearse a solas por la cotidianeidad de encuentros sociales. Pero como otras parejas vivían una situación similar, ambos pensaron, sin decirlo, que la natural decadencia de los años matrimoniales tomaba protagonismo, tan fervorosos en el pasado y tan vacíos en el presente. Ninguno advirtió que el corazón había dejado de latirles al ritmo del amor que los había unido, para ir a dormir indiferentes sobre lados opuestos de la cama. Tampoco notaron que ya no se iban a dormir juntos a la misma hora. Mucho menos que era tarde también para salvar la relación del final que se insinuaba. Sin darse cuenta fueron abandonando la mirada del alma y se dejaron alcanzar por la que ven los ojos que ya no se atraen. Esa que sucede sin prestar atención ni detenerse.

La última conversación se repetía en su memoria.

–Francisco, merecemos algo mejor que esto. No soy feliz, hace tiempo que me siento así. Lo sabes. Estoy vacía.

–Vacía es algo exagerado… A cierta edad, la felicidad es otra cosa. Ya te lo he dicho: cambiamos pero seguimos siendo una familia.

–No. Ese es el punto: ya no quiero anteponer la familia. Quiero pensar en mí y en ti. Ya no hay nosotros.

A Francisco le molestaba volver a hablar de esos temas, no estaba de acuerdo y rechazaba ese análisis de la situación afectiva en su matrimonio.

–No voy a oponerme a lo que quieras, aunque no estoy convencido de tus razones. Hemos pasado otras crisis y las superamos siempre. Ahora que nuestros hijos están grandes no esperaba esta decisión tuya de terminar con todo.

El diálogo dejaba entrever que eran ideas de ella. ¿Acaso los varones eran más permeables a la comodidad de una situación al punto de negar la verdad? ¿Sería un tema de género? No tenía respuestas, pero estaba segura de que el presente los alcanzaba a los dos, solo que él decidía postergarlo en beneficio de un camino más simple. Seguir. Lo que venía sucediendo desde hacía tiempo.

–No esperabas esta decisión… ¿Qué esperabas entonces?

–No lo sé, pero no esto–respondió. En ese momento recordó todas las conversaciones que tuvo con Gina acerca de la pareja. De pronto, le dio real dimensión a los diferentes planteos que su esposa le hacía desde tiempo atrás. La veía muy decidida y un temor desconocido lo recorrió entero. ¿Iba a dejarlo?

–No es la primera vez que hablamos. Hace tiempo que te he dicho que no soy feliz –remarcó segura de su verdad.

–Yo estoy bien y no me parece que seas infeliz.

Eso fastidió a Gina al extremo de sentirse invisible. No era que no la mirara, era mucho más grave: no podía verla. Había una desconexión total. No existía sintonía de pareja.

–¡No puedo creer lo que dices! ¿Acaso nunca me escuchaste?

–Por supuesto que te he oído cada vez, pero pensé que exagerabas–dijo con sinceridad.

–¿Te estás escuchando? ¿Exagerar? ¿Con qué frecuencia nos deseamos en el último tiempo? ¿Cuánto hace que no miramos la misma película o salimos solos a cenar? ¿No pensaste que puedes estar cómodo o acostumbrado a este matrimonio? ¡Eso no es la felicidad! –respondió subiendo el tono.

–Gina, por favor, eso no es determinante a esta edad –omitió detenerse en el resto de las cuestiones.

–¿A esta edad? Tengo cuarenta y cinco años, y tú, cuarenta y siete. ¡La vida no terminó! Al menos no para mí.

Francisco se acercó y la abrazó. Su modo de vencer sus enojos había sido siempre la seguridad que le daba estar entre sus brazos. Ella se apartó bruscamente.

–No. Hablemos –se impuso.

–Podemos hacerlo después –se insinuó como si fueran adolescentes en una pelea sin sentido.

Entonces, Gina supo con claridad que había llegado el momento.

–Francisco, yo te quiero. Eso está fuera de discusión, pero ya no es amor. La vida se me fue de las manos. Cada día es igual al anterior, estoy sumergida en mi trabajo y tú, en el tuyo. No tenemos planes que nos ilusionen. Nada que disfrutar como pareja. Me siento vacía. Nos convertimos en un modelo de padres que desplazó al matrimonio. Creo que si no fuera por nuestros hijos tendríamos muy poco de que hablar.

Francisco la observaba en silencio, trataba de comprender todo en ese momento. Sus palabras le dolían. No podían ser ciertas, ¿o sí?

–No me parece que sea una situación así de extrema –atinó a decir.

–¡Lo es! He procurado por todos los medios que hiciéramos algo para cambiar esta realidad, pero siempre minimizaste el tema, como ahora.

–¿Qué quieres que haga? Lo haré.

–Ya es tarde. En todo este proceso perdí mi identidad. No sé quién soy realmente. Necesito un cambio. Descubrir qué hay más allá de mis cuarenta y cinco años, y no puedo hacerlo a tu lado. Ya lo intenté. Me cansé de darlo todo.

Él no era un hombre combativo o cuestionador. Su perfil era estructurado, pero respetuoso. Aunque siempre lograba persuadirla, se sentía diferente. El rechazo de Gina lo había hecho reaccionar y todo aquello a lo que le había restado importancia, en ese momento lo sacudía como una realidad irremediable que lo ubicó nuevamente frente a ella a corta distancia física. Sin embargo, un abismo helado se interponía entre sus miradas cruzadas. Sus palabras confirmaron que nada podía decir que la hiciera cambiar de opinión.

–Gina, no voy a discutir. Te conozco, y cuando tomas una decisión nada te hará cambiar. Yo creo que lo tenemos todo, pero si tú necesitas distancia, es eso lo que voy a darte. Déjame organizarme y me voy. Buscaré un apartamento. Aquí todavía viven dos de nuestros hijos y no tengo intenciones de que sus vidas se alteren por un tema nuestro. Tuyo en verdad, pero nuestro en las consecuencias. Quizá sí hay algo “nuestro” después de todo –agregó con ironía.

Esa posición de no intentar convencerla de que no se separaran le demostraba que, de modo inconsciente, él quería lo mismo. Gina eligió ignorar su referencia a ese doloroso “nuestro” que aludía al tema minimizándolo. Era mejor no prolongar esa conversación.

–Francisco, creo que es lo mejor. Quiero que te vayas. Yo ya les

expliqué a los chicos que las cosas no están bien entre nosotros. Además, no los afectará la decisión mientras estemos para ellos como siempre. Puedo conseguirte un apartamento…

–Deja de pretender digitarlo todo. Yo decidiré dónde voy a vivir. Se hará a tu manera, Gina, pero no bajo tu lupa implacable de control –agregó cortante. Estaba molesto.

Así, habían transcurrido algunas semanas en las que ella sentía que había hecho lo correcto y él se amoldaba a su determinación sin ninguna reflexión aparente. Al menos no les ponía palabras a sus sentimientos. Y el muro invisible entre ambos se tornaba infranqueable. Sus diálogos se limitaban a cuestiones de organización familiar. Muy acorde a su profesión de contador. Todo exacto, como si hiciera el balance de un cliente, solo que era él. ¿Pérdidas? ¿Ganancias? ¿Saldo?

Finalmente, la noche de un 20 de septiembre de 2017 se había ido. Gina se despertó el 21 con la sensación de que era el primer día del resto de su vida. Víctima de una rara congoja, pensaba que él extrañaría la vida cotidiana, los chicos en el desayuno, la casa, el perro, la gata, hasta la luz que entraba por la ventana. Esa habitualidad agradable y simple que viven las familias puertas adentro. Eso le dolía, no le deseaba nada malo. Era su compañero de vida, el padre de sus hijos. No era una separación convencional, de esas donde las personas muestran lo peor de su ser. Era un final anunciado, pacífico, silencioso y dotado de cierta melancolía.

Mientras lo imaginaba, ella miraba su casa y todo eran recuerdos. Deseaba tener la posibilidad de cambiar ese escenario en un abrir y cerrar de ojos. Empezando por el color de las paredes, los muebles y ese olor familiar a nostalgia que le provocó un nudo en la garganta mientras bebía su café y daba inicio a su nueva etapa.

Llegó a la notaría. Lucía un formal traje color celeste con una camisa azul oscuro y sus habituales zapatos de taco. Confirmó que todo seguía su curso. El mundo que la rodeaba no se detenía y se sumergió en él, dejando que su lado profesional le ganara la pulseada a la mujer que había perdido dentro de sí. La idea de irse, de hacer un viaje, comenzó a tomar espacio en su cabeza.

Había pasado un mes desde su separación. Faltaban días nada más para su partida. Ya no tenía dieciocho años, ni dejaría un pueblo atrás. Tenía cuarenta y cinco, y lo que dejaría al partir era su vida entera. Sabía que fuera cual fuera el camino, debería volver. Aunque esperaba hacerlo siendo Gina Rivera, la auténtica, no esa mala copia de ella misma en la que se había convertido.

CAPÍTULO 2

Vínculos

Conozca todas las teorías. Domine todas las técnicas, pero al tocar un alma humana sea apenas otra alma humana.

Carl Gustav Jung

Gina Rivera no era una notaria convencional. Quizá allí radicaba la razón de su éxito. Para ella, su profesión era una tarea de absoluta humanidad. Ella no redactaba escrituras: construía vínculos. Por supuesto que era precisa, ordenada y detallista. Casi obsesiva, por eso buscaba que la perfección pudiera advertirse en cada pieza de su protocolo. Sin embargo, no era ese el objetivo de su trabajo. No tenía clientes a quienes les cobraba honorarios a cambio de una prestación profesional. Ella era parte de la historia familiar de cada persona que pasaba por su sala de reuniones. Los conocía por primera vez en momentos importantes de sus vidas y luego volvían contándole los progresos, las fatalidades, el desarrollo de sus vidas a lo largo de los años. Cada trámite que requería un notario los llevaba de vuelta a su cordialidad y a su sonrisa. Generaba una empatía poco habitual con la gente. Sostenía que era dueña de una "notaría familiar" y lo decía con gran orgullo y emoción. Muchos de sus clientes eran hijos o nietos de clientes de Alicia Fernández, la mujer que le había enseñado todo lo que sabía y le había heredado su registro siendo adscripta.

Comprar una casa quizá sea el sueño cumplido de la mayoría de las familias. Jamás se olvida al escribano que participó. Solía decir que no existía un solo vendedor que no hiciera alguna referencia al comprador respecto de lo que le vendía. Cada propiedad era especial para ambas partes y todas conllevaban una historia valiosa. Todo delante de su mirada cálida y sus sentimientos. Ella era la notaria que escuchaba las ilusiones, que observaba hacer cuentas para confirmar si era suficiente el dinero. También era testigo de padres lúcidos que, frente a la finitud de la vida, decidían realizar donaciones con usufructo en favor de sus hijos para evitarles la realización de sucesiones. Había firmado autorizaciones de menores de edad para viajar a Disney con sus abuelos, a quienes años después les legalizaba los títulos profesionales o les suscribía el formulario de transferencia de su primer vehículo. Hipotecas. Cancelaciones y tantos otros trámites relacionados con la vida de alguien pasaban a diario por sus manos y daba fe. Claro que lo hacía, en cada acto jurídico daba fe de su pasión, de su entrega, de ese gran amor por su trabajo que la definía no solo social sino personalmente como una mujer inteligente, generosa y humana. Un estilo propio.

Esa mañana de octubre, llegó a la oficina temprano. Antes que todos sus empleados y su adscripta. Vestía elegante y formal, como

siempre. Miró detenidamente el lugar como si fuera la primera vez que lo veía. Recordó personas y momentos que se proyectaban delante de sus ojos como una película. La inminencia del viaje, la separación de Francisco y todos los cambios que enfrentaba la colocaban por momentos en el lugar de espectadora de su vida. Como si la observara de afuera con una mirada sutil. No pudo contener una lágrima atrevida de gratitud y emoción. Sonó el teléfono. Ella nunca atendía, pero estaba sola. Lo hizo y eso también le trajo recuerdos de sus comienzos. La conmovió un acto tan simple como ese porque era prueba de lo logrado.

–Notaría Rivera, buenos días. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Hola, querida Gina. En nada. Más bien soy yo la que quiere preguntarte eso –dijo Alicia al otro lado del auricular.

–¡Hola, Ali! Siempre es tan lindo escucharte. En nada. Estoy bien.

–Yo no estoy tan segura de eso –agregó.

–¿Por qué no? –preguntó siguiendo el rumbo que planteaba cordialmente.

–Bueno. Digamos que porque terminaste con tu matrimonio. Te irás de viaje sin saber todos los destinos y no tienes fecha de regreso. Dejarás la notaría a cargo de tu adscripta con mi supervisión. Adelgazaste. Te cortaste y cambiaste el color de pelo de siempre. Todo en un mes. ¿Es eso suficiente para dudar o sigo? –dijo con cierto humor realista.

Enumeradas así, todas sus últimas decisiones sonaban a mucho. Sin embargo, por muy irracional que pudiera parecer, cada cambio había sido meditado lo necesario y no se arrepentía de ninguno.

–Ali… te juro que estoy bien –repitió con cariño.

–Yo creo que estás convencida, pero eso no significa que estés realmente bien. Por eso me permito dudar. ¿Qué haces tan temprano en la oficina?

–Me conoces mucho. Estoy aquí porque el trabajo es mi escape cuando cierta nostalgia me invade. Es verdad, estoy muy convencida de todo lo que hice y de lo que hago. No te preocupes. El hecho de que, estando jubilada, me apoyes y vengas a la oficina durante este tiempo para que me sienta tranquila, es suficiente. Te debo mucho, cada vez más. Nunca voy a dejar de agradecerte. Igual llamaré a diario –advirtió.

–Basta de gratitud. Hemos completado nuestras vidas. Eres la hija que no tuve. Lo sabes. Quería avisarte que en un rato estaré por ahí. Voy a acompañarte en esta escritura simbólica de hoy. No solo porque es de las últimas antes de tu viaje, sino porque es la primera que unirá el paso de cuatro generaciones por nuestro registro. Gustavo

Velázquez es el hijo de tu cliente, pero el bisnieto del mío. Recuerdo aquel hombre con gran cariño. Sería feliz si pudiera verlo convertido en gerente del banco en el que fue tesorero toda la vida.

Gina entendía lo que Alicia sentía. Eran esas situaciones especiales. Los sentimientos no se enseñan, pero ella creía que de Alicia había aprendido a respirar la profesión y a sentirla parte de su ser.

Quizá lo ve desde la eternidad, reflexionó.

–Sí, es cierto. Cuatro generaciones han pasado por aquí. Estoy preocupada por él…

–Yo también. La cotización del dólar no te dejó dormir, ¿verdad?

–Sí, entre otras cosas. Si hoy abre el mercado y sube, no les alcanzará el dinero.

–Tengo eso presente. Ya veremos qué sucede y cómo podemos resolverlo.

–Que así sea. Te espero.

Las variaciones del dólar eran un tema muy frecuente y problemático en toda América Latina. Lejos de lo que la gente piensa, los notarios comprometidos jamás están ajenos a esas situaciones que tanto afectaban a sus clientes.

Un rato después, Gustavo Velázquez, en calidad de parte compradora, y los vendedores ocupaban la sala de escrituras. El dólar había permanecido estable, para alivio de todos, igual que al cierre del día anterior. Gina leyó el contenido del acta, testigo de la emoción de los presentes. La parte vendedora lo hacía porque su única hija se había radicado en Canadá y finalmente, había obtenido la autorización de ese país para que sus padres pudieran vivir allí junto a ella y la familia que había formado. En ese momento la vendedora habló.

–Chicos, hay un jazmín en el jardín. Yo misma lo planté y yace a su lado nuestro perro. Me gustaría que no lo sacaran porque forma parte de la casa y, además, –agregó para convencerlos–, es muy difícil que al jazmín le guste el lugar. No siempre florece.

Los Velázquez sonrieron. Era tierno sentir el amor de esa señora respecto de la que ya no era su casa.

–Lo dejaremos allí. Quédese tranquila. Nos gusta mucho el perfume y amamos los animales.

–¿Cómo se llamaba su perro?

–Oh… él se llamaba Sleep. ¡Era muy hermoso! ¡Lo tuvimos casi dieciocho años!

–Pues será un honor tener su alma con nosotros.

–¡Muchas gracias! Me quedo tranquila –agregó y era cierto–. Te dije que lo entenderían –le susurró a su esposo. El hombre solo hizo

un gesto de gratitud hacia el joven matrimonio. Era evidente que habían discutido sobre el tema y el esposo opinaba que debían callar.

Etapas que concluían y otras que comenzaban. Después de años de trabajo, Velázquez y su esposa, embarazada de ocho meses, tendrían la casa en la que verían crecer a sus hijos y cumplirían sus sueños. No era una propiedad cualquiera: era la de otra familia que dejaba su vida entera en esas paredes.

Viajes y ese ir y venir de los destinos cruzados, colocaba en paralelo todas las historias entre líneas de una escritura que escondía verdades, miedos, esfuerzos, desafíos y amor. Siempre amor.

Alicia abrazó al bisnieto de su cliente y le recordó a su abuelo cuando había comprado su casa. Todos se saludaron y se desearon suerte. Era conmovedor ver lo que la gente construía en torno a sus propias realidades. Los lazos invisibles de la espontaneidad y de la calidad humana se advertían tanto en gestos como en palabras bien intencionadas. Tradiciones. Arraigos y desprendimientos. Igual que en la vida de Gina, nada parecía tener un lugar definitivo. Ella les ofreció tomarse una foto grupal con la matriz de la escritura, una pieza que no verían nunca más. Y así lo hicieron. Todos eran felices, sus rostros daban fe de que la vida siempre continúa, porque hogar no es dónde se vive sino con quién.

CAPÍTULO 3

AIT

Si alguien desea una buena salud, primero debe preguntarse si está listo para eliminar las razones de su enfermedad. Solo entonces es posible ayudarlo.

Hipócrates

El timbre de la casa sonó en el mismo momento que el celular. Gina lo tomó en sus manos y respondió mientras se dirigía a la puerta.

–Hola, mami. ¿Cómo estás? –su hija, Isabella, sonaba triste al otro lado de la comunicación.

–Bien... Dame un minuto. Llaman a la puerta.

–Bueno.

No bien abrió, María Dolores la abrazó y comenzó a llorar sobre su hombro. Era su mejor amiga. Hacía un tiempo que las cosas no estaban bien en su matrimonio. Se conocían desde hacía muchos años: eran vecinas. Solo una cuadra de distancia las separaba.

Gina respondió al abrazo mientras intentaba ocuparse de su hija al mismo tiempo.

–Mi amor, es María Dolores. Me necesita. ¿Qué te pasa?

–Nada. Quería que habláramos –supo inmediatamente que ese "nada" era algo así como "el mundo se cae sobre mí, lo veo venir, pero permanezco quieta esperando el golpe".

–¿Otra vez? –los sollozos de su amiga, quien todavía la abrazaba, invadieron la conversación.

–Te amo, mami. Atiende a María Dolores. Creo que está peor que yo. Más tarde te llamo.

–Está bien, mi amor. No estés mal. Recuerda que estás exactamente donde elegiste estar. Te amo.

Con esas palabras cortó la comunicación para centrarse en María Dolores, que había detenido sus lágrimas y esperaba su atención. Hablaría luego con Isabella.

–¿Qué pasa, Dolo? ¿Por qué lloras?

Ambas se sentaron en el sofá de la sala.

–Me engaña. Estoy segura. Lo seguí. Me dijo que iba a cenar con los amigos del colegio, pero estacionó en la puerta de una casa –no fue capaz de contarle en ese momento que lo había visto ingresar con una llave.

–¿Bajaste? –preguntó con cierto temor por lo que podía haber sucedido, asociando eso a los motivos por los que estaba así de angustiada.

–No. No fui capaz –respondió y comenzó a llorar desconsoladamente otra vez.

–¿Por qué?

–Porque no puedo dejarlo. Por mucha vergüenza que me dé

reconocerlo, prefiero mirar para otro lado antes que divorciarme. No imagino mi vida sin él.

–¿No sería una casa a la que tiene acceso por trabajo…? –intentó defenderlo. Manuel era arquitecto.

–No. Es una casa habitada. Se notaba perfectamente que no estaba en obra. Además, a la hora de cenar…

–Es cierto. Solo trataba de analizar probabilidades. Igual puede haberte mentido, pero eso no significar que te engaña –agregó en favor del esposo de su amiga. No por él, sino para contenerla a ella.

María Dolores ya le había contado que llegaban mensajes de noche o demasiado temprano por la mañana. Su celular tenía clave y cerraba la notebook cuando se acercaba. Una vez por semana salía con amigos de la secundaria y realizaba viajes relámpago por trabajo. Lo resúmenes de su tarjeta de crédito llegaban directo a su e-mail. En fin, nada innovador para quienes eligen transitar los caminos de la infidelidad. Algo era cierto, no era un típico "rompe corazones", pero era evidente que algo escondía. Ni siquiera era tremendamente atractivo. Era un hombre más. Común. Costaba imaginarlo engañando a su esposa. Ese no era su estilo. Hasta era posible que hubiera tenido muy poca experiencia previa al matrimonio.

No era la primera vez que ambas hablaban del tema. Gina sentía pena por esa dependencia emocional que la sumergía debajo de los niveles mínimos de dignidad.

–¿Estás segura entonces?

–Sí. Hace meses que cambió algunas actitudes. Ya te he contado y hoy… –hizo una pausa.

–¿Qué fue distinto hoy? –interrogó Gina con interés.

–Hoy… bueno, vi que tenía llave para entrar en esa casa –confesó–. Tener la llave de una casa que no es propia y que no está en obra… Creo que es suficiente.

Gina se quedó perpleja frente a la situación. Intuir era una cosa. Confirmar, otra. Pero no quería hacer sentir peor aún a Dolores. Trató de ser honesta pero de un modo casi técnico para evitar lastimarla.

–Y… sí. Todo indica que tus sospechas son ciertas. De todas maneras, deberías hacerte cargo y llegar hasta el fondo o abandonar esta cuestión. Es lo que creo.

–No puedo avanzar y asegurarme, porque de todas maneras no haré nada al respecto.

–¿Por qué? ¿Acaso es un tema económico? Puedo ayudarte –ofreció. María Dolores no trabajaba y, quizá, esa podía ser la razón. No tenía medios para enfrentar la vida sola.

–No. No es eso, aunque dependo económicamente de él. Es mi otra

dependencia, la peor, la afectiva. Lo amo y soy capaz de aguantar todo con tal de estar a su lado.

–Pero últimamente él tiene un modo de hacer las cosas que te lastima. Eso está a la vista. También es claro que no "aguantas todo". Lloras, lo sigues, estás fuera de eje todo el tiempo.

–Ya sé –respondió aceptando que era cierto.

–Pero… ¿supones que sostiene una doble vida, o crees que es un engaño aislado? –preguntó para verificar el nivel de negación de su amiga. Tenía llave, no era ocasional.

–Prefiero no pensar eso –contestó evadiendo la realidad–. No cambia nada.

–Yo creo que no es lo mismo. Todo está mal, pero no es lo mismo –insistió. No salía de su asombro. ¿Manuel era un "Latin Lover" después de todo? No era posible.

–No quiero saber eso. No voy a dejarlo. Ni siquiera voy a decirle que sé que algo ocurre –respondió.

Gina no podía entenderla, pero aceptaba sus motivos. Francisco nunca la había engañado. El respeto por la relación había estado siempre primero. Manuel era muy parecido. ¿Qué había ocurrido para que cambiara así? No parecía capaz de ser infiel, pero durante el último tiempo, todas sus conductas indicaban que tenía una amante. Después del relato de esa noche, no le quedaban dudas. No había excusas para mentir y entrar con llave en esa casa. Buscó la mejor manera de aconsejarla sin herirla.

–Dolo, no sé si me estás pidiendo opinión o solo quieres mi hombro para llorar… pero creo que ya es tiempo de que tomes una decisión –comenzó a decir–. Yo no te juzgo si prefieres ignorar la verdad, pero sí me atrevo a decirte que no puedes seguir así. Si eliges ser la esposa que mira vidrieras, hazlo, pero no lo sigas. No llores. No intentes confirmar cosas respecto de las cuales sabes que no harás nada. No dejes tu vida en el camino. Eso es completamente insano.

–No puedo. Estoy pendiente de él y cuanto más segura estoy de que tiene una amante, más me obsesiono y hago cosas sin sentido, como hoy cuando lo seguí. Me aferro a él y hago lo que sea para que no me deje.

–¿Y tu terapia?

–Evidentemente no está funcionando. Es que cuando vuelve, me seduce, me trata tan bien, me dice cosas divinas y por momentos creo que me imagino todo. Nunca digo una palabra ni cuestiono su conducta. Nada. Es lo que no pasa para mí. Vivo una mentira, lo sé, pero prefiero eso antes que la verdad –se puso de pie y se dirigió al baño–. Ya regreso –agregó.

Gina estaba indignada. No podía imaginar su rol de seductor y no entendía cómo podía tener una amante. La vida era absurda a veces. Pensaba en que esa relación tóxica la tenía atrapada, cuando de repente escuchó un ruido. Fue hacia el baño y entonces su respiración se aceleró. María Dolores se había caído al piso. Intentó auxiliarla. Algo terrible sucedía. Era peso muerto. Sus brazos colgaban inertes y apenas pudo sentarla con la espalda contra la pared. La miraba con desesperación, como si quisiera tener control sobre sí misma y no pudiera.

–¡Dolo! ¡Háblame, por favor! Contéstame –suplicaba.

Su amiga intentaba modular palabras, pero ningún sonido salía de su boca.

El corazón de Gina latía a un ritmo desconcertante. Corrió a buscar su celular. Regresó a su lado y llamó al servicio de ambulancias sosteniendo la mano de su amiga.

–Por favor, mi amiga, se cayó. No puede hablar…

–Señora, tranquilícese. ¿Está consciente?

–Sí, pero no puede hablarme, ni domina su cuerpo. Solo me mira. Por favor, apúrense –dijo y dio su dirección.

–Una unidad va en camino ya mismo. Es un código rojo. Indíqueme cómo sigue el cuadro –pidió.

–Igual.

El tiempo parecía eterno. ¿Acaso era un accidente cardiovascular? No era posible. Eso dejaba secuelas y había afectado su habla. Se les caían las lágrimas a ambas. Nunca soltó su mano. ¿Y si sus palabras habían provocado ese ataque? Tenía su misma edad. ¿Qué hacer frente a los umbrales del principio del fin? En ese instante, sintió que todo su mundo era una pequeña e insignificante partícula de un universo que le mostraba lo importante de la peor manera. Si era un ACV, Gina preferiría morir si estuviera en su lugar. Alejó esa idea de asumir la situación como si fuera personal.

La ambulancia no llegaba. Volvió a llamar.

–Por favor, he llamado hace rato ya y ¡nadie viene a ayudar a mi amiga!

–¿De qué domicilio me habla? –interrogó la telefonista.

–Es un código rojo. Usted lo dijo. ¿Qué pasa que no vienen? –reclamó luego de repetir sus datos.

–Señora, pasaron solo cinco minutos desde su llamada. Están en camino.

¿Cinco minutos? La unidad de medida del tiempo era su desesperación y para ella había pasado no menos de una eternidad.

De pronto su perro ladró y dio la alerta. Los médicos entraron,

examinaron a María Dolores y le dijeron que debían trasladarla a la clínica. Ingresaron una camilla. Ella corrió todos los muebles para facilitar los movimientos y reaccionó recién en la guardia, cuando escuchó decir a unos de los médicos “Posible ACV”.

Entonces, llamó a Manuel. Él no atendió.

Estaba sola en la sala de espera. La noche marcaba el ritmo diferente de la clínica. Solo pensaba en el poder de la fatalidad. En un instante todo podía cambiar, derrumbarse. El destino simplemente podía empujarnos de la montaña rusa de la vida. Y en ese momento, durante la caída libre, quizá era demasiado tarde para aferrarse a lo que siempre había estado allí y no se le había dado importancia. ¿Por qué María Dolores no elegía ser feliz? Del modo que fuera, tal vez, no importaba ya. Era posible que el golpe de revés que le había dado la vida para hacerla reaccionar, hubiera provocado más efecto que ese. Le pedía a Dios que no fuera así. ¿Valía Manuel su salud? ¿Justificaba ese matrimonio o cualquier otro, resignar la felicidad por una relación que solo le quitaba poco a poco sus oportunidades?

Sumida en esos pensamientos, completamente acongojada, confirmó que su decisión era la correcta. Había logrado priorizarse. La vida le demostraba que ese era el camino que debía seguir, y lo que le pasaba a su amiga era el fatal atajo de los que eligen perpetuarse en el estrés y los conformismos.

Finalmente, un médico salió y la hizo pasar. Le dio el parte. Habían pasado unas horas.

–¿Es usted familiar?

–No. Soy su amiga. Estaba en mi casa. ¿Qué sucedió? ¿Cómo está?

–Tuvo un AIT.

–¿Qué es eso?

–Un accidente isquémico transitorio. Por unos instantes no llega oxígeno al cerebro y en este caso afectó su habla. Hemos realizado una resonancia y una tomografía. No hay lesiones cerebrales y responde bien a los exámenes neurológicos. Este accidente vascular se resuelve y no deja secuelas. Por eso, ya puede hablar normalmente.

–¿Cuál es la causa?

–Pueden ser múltiples. Pero claramente, el estrés y la vida sedentaria complican estos cuadros. Considero que ha sido una señal de alerta. Tendrá que ordenar sus prioridades y mejorar su calidad de vida. Quizá hacer terapia.

Luego de esa conversación con el médico, pudo verla. María Dolores estaba acongojada y ausente. Entrada la madrugada le dieron el alta con diferentes recomendaciones. Gina quiso llevarla a su casa, pero ella prefirió regresar a la suya. Lo primero que le preguntó fue si

le había avisado a Manuel. El episodio aparentemente la colocaba en el centro de atención y eso la alegraba. Gina sintió furia, pero no podía interponerse entre su amiga y su equivocada posición, más allá de todo lo dicho. Prefirió ser testigo pasivo de su error. No era el momento de profundizar la cuestión para ninguna de las dos.

Manuel se comunicó cuando todo había terminado. Puso la infantil excusa de no haber escuchado el celular en medio de la charla con sus amigos. En la clínica, pidió que los médicos le informaran directamente su estado y le agradeció a Gina todo lo que había hecho. A los ojos del mundo era un esposo encantador y preocupado. María Dolores la miró y la abrazó en silencio. Segundos después, susurró un "gracias, te quiero" sincero y devastador. Era lo que no se dice. Ninguna palabra encubierta o código de amigas. No hubo señal que le indicara a Gina que algo había cambiado. No podía entenderla. Se iba con la causa de todos sus problemas.

Un minuto, quizá menos, podía ser la fracción de tiempo en que actuaba el destino para demostrar que era capaz de mutilar cualquier vida. No siempre era posible revertir las consecuencias de ese fatídico minuto pero, a veces, podía ocurrir. Sin necesidad de un episodio tan tremendo como el que vivió su amiga, Gina había logrado esa oportunidad y procuraba que la vida cobrara otro significado. Había cambiado el eje de principal atención. Pero María Dolores no era capaz de entender lo sucedido. Su despedida señalaba su decisión. Lamentó prever que la vida sería más difícil para ella, siempre inundada de dudas y ausencia. Hubiera querido que su amiga comprendiera el hecho de que no se es dueño de la vida y por eso, hay que honrar la posibilidad de vivirla mientras se pueda. Si algo le había dejado ese fatal AIT, además de aprender un concepto médico que desconocía, era esa reflexión.

Volvió a su casa nerviosa y agotada. La maleta a medio armar parecía tener un cartel luminoso que decía "soy tu mejor opción". Pensó que las personas se van mucho antes de irse, lo hacen en el momento en que desean estar en otro lugar. Ese era su caso, probablemente también el de Manuel, pero no el de María Dolores. Sintió pena por ella. Miró su celular. No había mensajes en el grupo de la familia.

No se dio cuenta en qué momento se durmió en su cama junto a su gata Chloé que la acompañaba.

CAPÍTULO 4

Isabella

Mamá, ¿qué es rendirse?
No lo sé, hija. Nosotras somos mujeres.
Anónimo

Para Gina, no existía una tarea más exhaustiva que ser madre. No sabía en qué lugar mágico encontraba fuerzas para soportar el dolor que no podía evitarles a sus hijos. Todos esos años había sido capaz de resistir las preocupaciones, hasta la agonía física, mostrando una sonrisa y dándoles tranquilidad. Pero ya eran grandes. Cada uno transitaba el camino que había elegido. Los tiempos de enseñarles a andar en bicicleta habían sido reemplazados por la búsqueda de comprensión para apoyar sus decisiones adultas.

Las épocas de guardias pediátricas, fiestas escolares, clubes, traslados, rezar cuando salían, dormir solo cuando regresaban, lavar equipos y uniformes cada noche, cocinar, recibir amigos, ir a recitales, bajar fiebres, levantar ánimos y callar para respetar sus espacios adolescentes, todo eso había quedado atrás. En su lugar, una especie de heroína con un gran sentido de la oportunidad para hablar la había convertido en ese ser amado al que se recurría cuando los vientos soplaban fuerte, la vida golpeaba duro o se ansiaba la seguridad del abrazo de aquella madre que todo lo podía en la infancia.

Los roles cambiaban. Gina sabía mucho de eso. Sus hijos, Isabella, de veinticuatro, Andrés, de veintitrés, y Diego, de veintiuno, ya no dependían de ella ni de Francisco.

Parte de su búsqueda interior se relacionaba con ese hecho inevitable que conlleva esa intensa afirmación común: “Mis hijos son grandes”. Y lo eran, pero igual se preocupaba. Debía proponerse no involucrarse en sus temas más de lo necesario o de inmediato comenzaban a ocupar toda su atención, y no debía ser así. Pero como a toda madre de varios hijos, había uno que la preocupaba más que los demás. Para Gina, esa era su amada Isabella.

Al día siguiente, la alarma del reloj despertó a Gina a las seis de la mañana, como siempre. Estaba aturdida, como si lo ocurrido la noche anterior hubiera sido una pesadilla. Se había dormido vestida. Su gata comenzó a estirar su cuerpo para desperezarse. Era hermoso ver la armonía de sus movimientos. La tomó en sus brazos y la besó como cada día. Le faltó el saludo de Francisco en ese ritual doméstico. Lo echó de menos, pero prefirió no pensar en eso.

Se duchó y bajó a desayunar. Cuando vio los muebles corridos de lugar, todo el episodio regresó a ella como una sombra angustiante. Pensó en llamar a María Dolores para ver cómo estaba, pero era muy temprano. Le mandó un WhatsApp a Manuel: “Hola. ¿Cómo pasó la

noche?”.

“Muy bien. Gracias por todo, otra vez. No te preocupes, me quedaré con ella todo el día”, le contestó de inmediato.

Eso no ayudaba para que su amiga reaccionara, pero no quiso gastar energías en eso, no por egoísmo sino por inutilidad. Sabía perfectamente cuando algo era en vano y ese era un caso. Conocía muy bien a María Dolores, no iba a dejarlo. Al menos, no por el momento.

Acomodó los muebles, se preparó un café y lo bebía cuando Isabella la llamó, nuevamente. Atendió enseguida, con todo lo de la noche anterior había olvidado devolverle la llamada.

–Hola, mi amor. ¿Cómo estás?

–Triste.

–¿Qué pasó ahora?

–Estoy angustiada y no sé qué hacer. Siento que Luciano no me entiende.

–Bella –así solía llamarla–, te casaste con él hace un año. Tienes veinticuatro. Eres profesional, tienes un trabajo que te gusta. ¿Por qué estás en un lugar donde no eres feliz?

–Soy feliz –retrucó de manera automática–. Él es bueno –lo defendió.

–Acabas de decirme que estás triste. Y yo no digo que sea malo. Solo digo que si lo piensas, son más los días que estás mal que los que no. Eso no debería ocurrir a tan poco tiempo de matrimonio. ¿Por qué sientes que no te entiende?

–Quiere tener hijos.

–Bueno. Eso es parte de los sueños de una familia. No me parece mal, salvo que tú no quieras.

–Sí, quiero.

–Entonces... ¿cuál es el problema, Bella? –a veces había que preguntarle de mil modos las cosas para que hablara. Daba vueltas en torno a lo que le molestaba, pero no lo decía enseguida.

–Es que me parece que le molesta que trabaje en la revista.

–Eres periodista. Trabajas en un gran lugar. No entiendo por qué le molesta y qué tiene que ver eso con el proyecto familiar.

–Supongo que encontró la manera de camuflar sus celos. No me lo dice directamente, pero creo que es así. No le gusta que yo me relacione con otras personas. Quiere que deje de trabajar cuando tengamos hijos.

–Eso es grave…

–No sé, mamá, estoy confundida.

Gina se debatía entre ser clara y contundente o ser más

comprensiva. Sabía que su hija hacía esfuerzos por disimular su angustia y suponía que había cosas que no le contaba. No podía entender por qué razón no le ponía límites a Luciano. ¿Acaso su rol en las últimas horas era ver cómo otras mujeres se postergaban justo cuando ella había decidido no hacerlo más? Todas parecían señales que la impulsaban a seguir. Sin embargo, era su hija. Le rompía el corazón no poder hacer más que contenerla y aconsejarla, pero así era.

En determinado momento los hijos crecían. El futuro de los suyos había dejado de pertenecerle. Isabella ya no era pequeña, había una línea invisible que separaba sus decisiones de la posibilidad de opinar abiertamente sobre ellas. Sin embargo, ser madre implicaba jamás descansar. Gina era una respetuosa guardiana de su vida adulta. Le dolía, pero no podía ayudarla demasiado. Había situaciones en las que era necesario dejar que el tiempo hiciera su trabajo. Siempre lo hacía. Procuró encontrar las palabras justas y darle un consejo adecuado.

–Isabella, sabes bien que eso no tiene sentido. No tiene por qué estar celoso y no deberías permitir que manipule tu trabajo con algo tan serio y lindo como es el proyecto de ser padres. Tienes que hablar con él.

–No se puede.

–Inténtalo. Que comprenda que son dos temas diferentes. No se excluyen entre sí. Hoy en día ser madre de ningún modo implica dejar de lado lo profesional.

–Cambia las cosas y parece que lo que yo digo no es así, sino que se convierte en lo que él sostiene.

–No entiendo. Sé más clara.

–Yo le digo que soy feliz en mi trabajo y que no quiero dejarlo. Él me dice que la felicidad es la familia que formamos, que quiere hijos y que le gustaría que yo sea quien los cuide. Cuando le pregunto si me está pidiendo que deje de trabajar en la revista me responde que no, que él me respeta como profesional. ¿Entonces?

–Es confuso lo que dice. Solo me gustaría aconsejarte que en este contexto no te apresures a quedar embarazada.

–Ese es el problema, mamá.

–¿Cuál?

–Tengo un atraso. Solo una noche no nos cuidamos. Le dije, pero bueno… Ya está hecho y ahora tengo miedo.

Gina sintió un escalofrío. Un matrimonio que no funcionara era una cosa, pero un bebé en camino con un esposo que quería anular su vida profesional, era otra. Se le ocurrían mil cosas para decir, pero ganó la madre que llevaba dentro y pensar en su hija fue lo primero.

–Bella, quédate tranquila. Un atraso no es un embarazo. No necesariamente. Estás muy nerviosa y angustiada, esa puede ser la causa.

–Pero ¿y si estoy, mamá?

–Si estás tendrás que hablar con él y por supuesto, pensar muy bien qué quieres para tu vida. Yo estaré apoyándote sea cual sea tu decisión.

Gina nunca había considerado el aborto como una posibilidad en ningún caso. No porque su familia fuera católica sino por sus propias convicciones. Una vida era una gran responsabilidad y nadie debía tener el poder de terminar con ella.

Sin embargo, los tiempos habían cambiado. La mujer ocupaba otro rol en la sociedad, su desempeño profesional era importante y valorado. La igualdad constitucional había renacido y alcanzaba las cuestiones de género. No le negaría a su hija la posibilidad de pensar en su futuro desde esa visión más actual y progresista.

–Gracias, mami –sonaba acongojada.

–No estés mal. Por favor –pensó en renunciar a su viaje.

Por un momento las palabras “me quedo” estuvieron a punto de salir de su boca. ¿Cómo podía irse mientras Isabella tal vez estuviera embarazada y necesitara de su contención? De inmediato, sintió que debía soltar todas las anclas. Su hija estaba escribiendo su propia historia y su rol en ella era apenas el de una madre sin voto. Al casarse con Francisco, todas las decisiones de ese matrimonio las habían tomado juntos, poniendo especial atención en que nadie se entrometiera en sus asuntos. Francisco no era Luciano, pero Luciano era la persona que su hija había elegido. Tenía que ser capaz de tomar distancia y dejarla enfrentar su destino.

–Estoy mejor –respondió.

–Bueno. Así debe ser. Basta de compadecerte. Trabaja, disfruta tu casa, ve al gimnasio, lee un libro. No sé cómo, pero tienes que ganarle a la angustia. Hay que esperar. No rendirse ante nada.

–Pero tú te vas… –Isabella dijo las palabras fatales.

–Sí, me voy, pero volveré. Hablaremos por teléfono y esto, como todas las cosas, encontrará solución. *¿Capito?* –dijo en un tierno italiano que usaba con sus hijos desde siempre, como su abuelo lo había hecho con ella.

–Te amo –su hija sonrió.

–Y yo, a ti.

–¿Qué le pasaba a María Dolores? –preguntó cambiando de tema.

–Problemas que no sabe cómo enfrentar –comenzó a decir.

Luego le contó el episodio del AIT de María Dolores, y su hija

quedó consternada.

–Mami, viaja y cuídate mucho. Me moriría si algo así te pasara.

–Nadie lo sabe, hija. Por eso insisto en que debes ser feliz. Todos debemos.

Se sintió diferente al darse cuenta de que había hablado con su hija mayor y había sido capaz de vencer los lazos que la ataban a ella. Había sostenido su decisión de irse, aunque Bella pudiera necesitarla. Era como si estuviera frente a nueva versión de sí misma. ¿Era egoísta? Quizá sí. Pero luego de analizarlo, se sintió satisfecha. Se había postergado el tiempo suficiente. Recién a los cuarenta y cinco años estaba logrando ser lo primero en su vida.

A veces, no hay obstáculos; hay actitudes. No hay desamor; sino respeto por los espacios propios. No hay mala intención; hay que permitir que los demás sean protagonistas. No hay ausencia; hay cambios.

A veces, no hay laberintos; hay llaves. Y Gina creía haber encontrado la suya.

Lo importante era que para todos siempre habría una nueva oportunidad.

CAPÍTULO 5

Francisco

Cuando los hombres aman a las mujeres solo les dan un poco de su vida; mas las mujeres, cuando aman, lo dan todo.

Oscar Wilde

Ignacio había invitado a cenar a su amigo Francisco. Le preocupaba su estado de ánimo. Además, él conocía por experiencia propia lo que significaba una separación. En su caso, ya divorcio.

–¿Qué te pasa? Se te ve mal. Ya pasó un mes, tienes que seguir con tu vida.

–Extraño a mi familia –respondió de manera directa. Conocía a Ignacio de toda la vida y, además, eran socios en el estudio contable.

Su amigo permaneció callado unos segundos como si meditara acerca de lo que pensaba y lo que podía decir. No siempre eso coincidía cuando intentaba ser oportuno con la situación. La prudencia no era una cualidad que caracterizara a los hombres como él.

–¿Sabes si hay otro? –preguntó por fin disparando la pregunta como una bala al centro del alma.

–No. Ya te dije. Estuvimos de acuerdo. No hay terceros.

–Muy de acuerdo no me parece que haya sido. Si no, no estarías así –afirmó con ironía.

–¿Qué querías que hiciera? ¿Resistir? No tenía sentido. Cuando Gina decide algo no mira para atrás –respondió.

–Eso es cierto. Pero no piensas que puede haber algo que la movilice, un hombre que le guste, qué se yo. Viste que muchas mujeres empiezan con una crisis existencial cuando se acercan a los cincuenta y actúan como si eso fuera el apocalipsis –dijo recordando su propio divorcio.

–Ella dice que quiere priorizarse, que no es feliz. Se va de viaje… –agregó.

–Bueno, eso tranquilamente podría implicar un tercero.

–No. Se va sola.

–Si se fuera con alguien, no te lo diría. No seas ingenuo.

–Yo le creo. Ella no es así –la defendió.

–Mira, yo no sé cómo es ella ahora, pero está claro que no es más como era antes. Una mujer que termina con su matrimonio a los cuarenta y cinco años, con hijos grandes y una vida resuelta, o tiene otro, por eso insisto en preguntar, o está muy aburrida y se hartó de la vida de casada. Si fuera esto último, tú tienes mucho que ver –era brutal en sus apreciaciones, pero también muy sincero. Decía lo que pensaba.

Francisco se quedó meditando unos instantes y un agrio sabor

recorrió su boca. Lo descomponía la idea de pensar que además de una separación pudiera tener que enfrentar algo así.

–No, Ignacio. No puede ser. Lo pensé mucho. Muchas veces me hacía preguntas a las que no les di importancia. Supongo que fueron las alarmas que no supe escuchar. Gina no me dejó hace un mes y medio. Lo hizo cuando empezó a pensar que quería vivir otra vida. Tal vez, eso fue hace años.

–Las mujeres nunca te dicen cuándo lo deciden. Es un proceso interno, un tema de género, casi estadístico te diría. Lo planean todo, se preparan emocionalmente y cuando están listas, dan la estocada final. Las únicas alertas pueden haber sido esas preguntas insoportables del estilo "¿Me quieres?", "¿Me ves linda?", "¿Me queda bien este pantalón? ¿y la blusa me marca?", "¿Estoy gorda?" –dijo con cierto humor mientras recordaba su experiencia–. ¿Y qué se supone que le digas? La quieres, sí. Estás con ella por ese motivo. No hace falta repetirlo tanto. A veces, la ves linda y otras, no. Pero no vas a decirle que la cambiarías por dos de veinticinco porque el tiempo también pasó para ti. Una auténtica ley de piedra inmodificable: "El tiempo te vuelve viejo". Pero ellas, de modo irracional, no lo aceptan. Tampoco la ley de gravedad que hace caer lo que antes estaba firme. Entonces, hay pantalones que le quedan bien y otros, que no. Blusas que marcan kilos que antes no estaban, pero se disimulan con ropa que favorece. O sea, engordó y tú también. Pero eso no cambia el hecho de que siga siendo tu esposa. Sin embargo, no lo viven así –hizo una pausa y detuvo el humor vehemente con que había sostenido sus palabras–. Claramente, lo mío es teoría que no supe aplicar, porque por eso estoy divorciado.

Francisco lo escuchó atentamente y esbozó alguna sonrisa por la simpleza de su discurso. Era de una lógica aplastante. Lo divirtió en algún punto ese resumen aplicable a tantos matrimonios, pero no al suyo. Ignacio era gracioso para contar algo. Tenía una habilidad innata para manejar los silencios mientras hablaba. Sabía capturar la atención de quienes lo escuchaban. Aún hasta lo más absurdo era entretenido si él lo decía. Siempre era el foco de atención en reuniones. Su opuesto. Además, leía mucho sobre filosofía oriental. Por lo que podía ser también muy sabio en sus consejos. Era el equilibrio entre las cuestiones terrenales y las espirituales.

–No es exactamente mi caso. Nunca me preguntó esas cosas. Eran otros planteos.

–¿Cuáles?

–Decía que no teníamos proyectos en común. Que yo estaba metido en mi vida y ella en la suya. Que no era feliz. Que no teníamos

planes juntos.

–Peor. Es una de las personas para quienes la crisis es una cuestión existencial. Mezclan pasado, presente y futuro, y te ofrecen un cóctel imposible de asimilar.

–¡Hablas como si las mujeres fueran de catálogo!

–Puedes reír si quieres, pero es así. Tu esposa es el tipo existencial –insistió–. Te debe haber dicho que los chicos no están, que se quedaron solos y no hay romance. Otro perfil, igual de estadístico. Creo que Gina te hizo un planteo casi filosófico. Son todavía más difíciles de conformar. Piensan mucho. Eso te coloca en desventaja. Mi ex era más impulsiva.

–Algo así sucedió. Gina es organizada en todo. No me extrañaría que hubiera diseñado detenidamente cómo llevaría a cabo lo que está haciendo ahora, a partir del mismo momento en el que decidió que nuestra relación había dejado de funcionar para ella. Yo nunca me involucré en darle respuestas o dedicarle tiempo. Para mí, estaba todo bien. Se ve que no –afirmó con una sonrisa irónica.

–Y…no. Decidió en silencio, mientras internamente contaba las veces que debiste sorprenderla con una salida, un viaje, un gesto romántico, decirle que la querías, o que estaba linda, y no lo hiciste. No hay modo de salir bien en la foto. Sé de lo que hablo. Por mi propia experiencia y la de otros. Sea el tipo de mujer que sea, no es fácil sobrevivir a ellas entre los cuarenta y cinco y los cincuenta. ¡Se da un fenómeno aniquilador de hombres! Nosotros somos básicos. Hay que aceptarlo.

–¿Básicos?

–Sí, Fran, simples. Si tú dices me voy a acostar, ¿qué haces?

–Y… me acuesto –respondió inmediatamente.

–¿Y si lo decía ella? ¿Qué pasaba? Piensa.

–Daba quinientas vueltas, hacía mucho ruido y cuando se acostaba, yo ya estaba harto de esperar y haciendo esfuerzos por no decirle que terminara de pasear por la casa.

–¿Ves? No falla. Somos básicos. Ellas, no. ¿Entiendes lo que digo? Supone ahora que surge un viaje. ¿Tú que haces?

–Armo una maleta con lo que necesito y me voy.

–¿Y ella?

–¡Dios, sí! –comenzó a reír–. Depiladora, peluquería, manicura. Llenar el refrigerador para los chicos. La ropa, el clima. Qué ponerse para tomar el vuelo, la temperatura al llegar, el peso del equipaje… Tienes razón, somos básicos. Es más fácil la vida para nosotros –hizo una pausa que lo alejó de las divertidas comparaciones de la delicia conyugal–. Igual, estoy destrozado. Quiero mi casa, mis hijos. A

Parker y a mi gata, Chloé. Extraño la luz que entra por la ventana de mi habitación. Necesito todas mis rutinas y en su lugar solo hay vacío.

–¿Y si intentas volver? –propuso–. Sería osado y tremendamente difícil pero “no está muerto quien pelea” –agregó sin demasiada convicción.

–Tengo que dar un giro importante, demostrarle que reconozco mis errores, que puedo cambiar y aun así no creo que Gina dé un paso atrás. Igual, tengo que armarme, juntar mis partes rotas antes de hacer algún movimiento. Tengo cosas que ir a buscar a la casa todavía, pero no puedo.

–¿Quieres que vaya yo?

–No. Somos grandes. Te lo agradezco, pero debo enfrentar la situación.

La cena transcurrió en medio de una conversación de amigos. No muy tarde, Ignacio llevó a Francisco al apartamento que había rentado.

Al llegar, el silencio fue abrumador. Todo irradiaba olor a ausencia. Se metió en la cama enseguida. Cuando el cuerpo debía disfrutar su merecido descanso y el calor encerraba el ambiente donde comenzaba su nueva vida, comenzó a suceder el fenómeno inevitable: los pensamientos intrusos se anunciaron en su memoria con un cartel luminoso. La lista de errores cobraba dimensiones extraordinarias y el arrepentimiento le arrebataba el sueño, como si fuera dueño de la madrugada.

Gina. Gina. Gina. Solo podía pensar en ella, en su familia y en el hogar roto. Francisco estaba devastado.

¿Por qué la noche multiplicaba las angustias hasta un irremediable infinito que no moría con el amanecer? ¿Quién le había dado a la noche el poder de hacerlo sucumbir ante el vacío? ¿Y si Gina había conocido a alguien? ¿Si tenía razón Ignacio al mencionar esa posibilidad? La idea lo atravesaba mientras intentaba entender que hacía allí, solo, esforzándose por no llorar.

La noche corría por sus venas de una manera insoportable. En sus horas, la ausencia era depredadora, la lógica era confusa y hasta la certeza de su nombre se le escapaba entre la seguridad que necesitaba, el presente que vivía y el futuro que esperaba por él. ¿Por qué la noche, cada noche desde su separación, lo desafiaba? No lo sabía.

Tenía cuarenta y siete años, tres hijos maravillosos y una esposa que lo había dejado, mientras él la hubiera vuelto a elegir. ¿Qué pasaba con las mujeres a esa edad? Lo tenían todo y se convertían en los seres más desconformes del universo. La época de la pasión y los detalles románticos había quedado atrás, pero la reclamaban como

ignorando que el tiempo, por disposición divina, se llevaba a su paso esas cuestiones. Era una regla tácita de los matrimonios de muchos años. Se sostenían desde otro lugar. Eso pensaba, pero evidentemente o eso no era cierto o ellos no lo habían logrado.

En ese momento, reflexionó agobiado por la tristeza que debió haberla escuchado cuando le había planteado que no era feliz. Esas palabras habían sido el principio del fin. Conociendo a Gina, fue un error, tal vez irremediable, no hacer algo al respecto.

Quizá, si hubiera intentado buscar en él al hombre que la había enamorado tantos años atrás, recordó la Isla de la Providencia, los días felices en San Andrés. Si hubiera algo de aquel joven en el hombre que era en ese momento, tal vez, esa noche no le estaría librando una batalla a la soledad, sino que estaría viajando con ella. Pero no era así. Gina saldría del país sola. Ni siquiera sabía a qué lugar iría luego de su primer destino que era la Gran Manzana. ¿Por qué volvía allí? Habían ido en varias oportunidades. ¿Qué buscaba? ¿Qué era eso tan importante que necesitaba sentir, tener o proyectar para ser feliz?

De pronto, estuvo convencido de que si era capaz de darle lo que fuera que necesitara, estaba dispuesto a volver a empezar. La amaba. Él solo había querido siempre cumplir sus sueños. ¿Cuáles eran en ese momento? Claramente, ella no se lo diría. ¿Era capaz de adivinarlos?

Sin mirar la hora, envió un mensaje al grupo La Familia: “Los extraño. Que descansen”.

“Yo también. Beso, pa”, respondió Isabella.

“Mañana te veo”, fue el texto de Diego.

“Hasta mañana, viejo. También se te extraña”, contestó Andrés.

Verificó que Gina hubiera visto los mensajes. El grupo estaba bastante silencioso desde la separación, pero permanecía conformado por los cinco. Gina leía, pero no participaba.

Se durmió pidiéndole a un Dios, al que le hablaba bastante poco, que ella no se hubiera fijado en otro hombre y que le diera otra oportunidad.

CAPÍTULO 6

Engaño

Nos vio, roto el engaño de la noche,
la cruda luz del alba.
Era la hora de huir.
Joaquín Sabina

Manuel se levantó aquella mañana en el horario habitual. Habían pasado algunos días desde el episodio de AIT de María Dolores. Ella estaba completamente recuperada y los estudios no mostraban ninguna secuela. Había sido una alerta emocional. Un aviso frente a un ritmo de vida que la estresaba. Así fue como él le había sugerido que tal vez debería cambiar de psicóloga, empezar actividad física y modificar los hábitos que la habían llevado a ese estado. Además, quería que eso ocurriera cuanto antes.

Mientras se daba una ducha, olvidó su celular cargando en la mesa de noche. María Dolores despertó con una sonrisa, la noche anterior había sentido a su esposo tan suyo como era posible y había decidido recuperarlo, sin mencionar nada acerca de lo que sabía.

Un sonido que conocía muy bien esfumó ese sueño reparador. Llegaban mensajes insistentemente. Pudo más la tentación. Lo tomó en sus manos. Tenía clave. Ingresó algunas fechas que para ella eran significativas, como su cumpleaños, el aniversario, la numeración de su casa y nada le permitía desbloquearlo. ¿Quién le escribía a las seis en punto de la mañana? Dejó el celular en la misma posición y sintió que no podía enfrentar la respuesta.

La ilusión con la que había empezado ese día se había desvanecido. *¿Qué debo hacer?* Al instante reformuló su pregunta. *¿Qué soy capaz de hacer?* Se observó, desnuda todavía y cubierta con las sábanas. Sentía que no tenía amor propio.

–Buen día, amor. Sigue descansando, me voy a trabajar –dijo Manuel con suavidad.

–¿Tan temprano?

–Sí. Tengo papeleo atrasado. Se acumularon planos e informes técnicos.

–¿Podrías hacerlo acá?

–No. No puedo, amor. Tengo los archivos en la oficina. ¿Te pasa algo? ¿Te sientes mal? –preguntó demostrando preocupación.

–No. Quédate tranquilo. Estoy bien. Es solo que no quiero estar sola.

–Tienes que iniciar una actividad o salir con alguna amiga. No a esta hora, pero disfruta tu día. Quiero que estés feliz. No mereces menos que eso –le aconsejó–. Si tienes ganas, esta noche salimos a cenar –agregó. Quería irse y liberarse, pero sus palabras eran sinceras.

–Bueno. ¿Reservo mesa en algún sitio?

–No, mi vida. Yo me ocupo.

Tomó su celular y lo guardó en su bolsillo sin mirar la pantalla.

–Sonó varias veces… –dijo ella para analizar su reacción.

–A esta hora, sea lo que sea puede esperar. Tal vez sean los grupos. Olvidé silenciarlos y el de egresados de hace más de treinta años es intenso –comentó sonriendo.

Como argumento era creíble. Su expresión, inmutable. María Dolores prefirió taparse y disfrutar el sabor del beso que dejó sobre sus labios antes de partir.

Manuel sacó el auto del garaje y a pocas cuadras de su casa se detuvo y miró las notificaciones. Claro que no eran los grupos y él lo sabía perfectamente. Era Raquel. Desde hacía más de un año era Raquel.

Leyó los mensajes que desde las seis de la mañana pasaban por todos los estados de ánimo. Lo provocaban, lo excitaban, lo maldecían y lo esperaban. Todas palabras de la misma mujer que atravesaba múltiples facetas en el claro rol de amante que cree promesas con el corazón, pero sabe desde la razón que jamás se cumplirán.

Manuel era un hombre casado. Lo supo desde el primer día. Usaba alianza y había sido fiel hasta que ella apareció para alterar sus sentidos en un encuentro casual. Aquella noche él había salido a tomar algo con uno de sus amigos, después de terminar una casa. La había mirado a la distancia. Bebía un trago en la barra de aquel bar. La atracción física fue recíproca. Pero él no se había acercado. Había mirado la hora, incluso ella vio cómo salió de la zona de ruido para hablar por su celular. Había llamado a su esposa. Era de manual. Raquel lo sabía bien.

Sin embargo, y contra todo deseo de acceder a sus intenciones, cuando Raquel le habló en medio de un peligroso juego de seducción, no se había negado. Todavía lamentaba haberlo seducido. Porque sufría tremendamente las consecuencias de esa relación condenada al fracaso. Se había enamorado y se enojaba con ella misma por haber cometido ese error.

En general, las mujeres salían con hombres casados cuando encontraban un amante que no era ni parecido al que las esperaba en su casa. Hombres musculosos, con habilidades únicas en sus manos. Esos que daban besos de novela y les dejaban el cuerpo ardiendo. Que les ofrecían adrenalina en los lugares menos habituales y que se metían no solo en su cuerpo sino en sus fantasías, pero Manuel no era así. Además, a ella nadie la esperaba en su casa.

Sin embargo, tenía algo que la había atrapado. ¿Qué era? Si lo analizaba, era un hombre estándar. Un amante regular que no se

esmeraba demasiado en la antesala de hacer el amor. No le hacía demasiados regalos y era posible que se quedara calvo prontamente. ¿Entonces? La palabra. Ese era el problema, había magia en su discurso, las palabras la abrazaban con dulzura en forma permanente. Era un “hablador profesional”. Le daba certezas, protección y sueños. Ella, que había sido víctima de una pareja que la denigraba y había llegado a golpearla, valoraba eso más allá de todo.

Manuel la llamó.

–Hola, mi amor. No me digas nada. Ya lo sé todo y tienes razón. Te extraño. Estoy yendo a tu casa a prepararte el mejor desayuno. Después de que te bese, si tu deseo es que me vaya, me iré.

Raquel escuchó el estruendoso ruido que provocaron todas las barreras que sostenían sus reproches, al caer sistemáticamente en un instante, dejando en su lugar, solo ganas de volver a verlo.

–¿Me amas?

–Como nunca amé antes. Te amo para siempre.

–Te espero.

CAPÍTULO 7

Padres

Los intentos de superar esa dualidad, de domesticar lo díscolo y domeñar lo que no tiene freno, de hacer previsible lo incognoscible y de encadenar lo errante son la sentencia de muerte del amor.

Zygmunt Bauman

Ser notaria era ser ordenada, metódica, programada y previsible.

El sistema de notariado latino es modelo en el mundo y no deja margen a la ilusión. Continuamente con su firma, además de dar fe pública, Gina cumplía con una obligación de resultado que conocía desde el minuto uno. En ese contexto y durante tantos años, esas estructuras se habían hecho parte de su vida. Sus decisiones personales y hasta sus emociones cumplían inevitables y tácitas de reglas de previsibilidad. Gina sabía que se conmovía frente a historias de vida que las personas le permitían conocer a través de los trámites, pero también era plenamente consciente de que esa emoción no podía, en modo alguno, modificar su rol central de responsable profesional. De ella dependía el orden y el control. Siempre.

Por eso, para tomar la decisión radical de separarse y luego, completarla con la de viajar, había tenido que esforzarse mucho. Una suerte de autorización interna para salir en su propia búsqueda contra la que había luchado durante largo tiempo. Lo que deseaba hacer y lo que correspondía. Aquello que le indicaba una alerta de que debía hacer algo para ser feliz frente a lo que todos esperaban de ella, incluso ella misma.

Había sido todo un acto de arrojo decidir que Nueva York fuera el primer destino, sin saber si habría otros. Mucho menos cuáles, sumado a la letal incertidumbre del objetivo más difícil, ignorar la fecha de regreso. Jamás había viajado sin un itinerario armado detalladamente, con tiempo suficiente entre los vuelos. Estadías, hoteles y excursiones programadas. Incluso, elegía las fechas en directa relación con el clima de los países a los que iría. Nunca dejaba algo librado al azar. Ahora necesitaba saber quién era la mujer que desde su interior le imponía la necesidad de controlarlo todo. Por eso se había animado a la titánica tarea de ignorar las estructuras que tenía incorporadas milimétricamente como deberes irrenunciables. La profesión de Gina y su vida en ese momento la situaban en el centro de una gran paradoja. Ahora, nada era ni seguro ni conocido en cuanto a los resultados, en consecuencia no podía controlar, las inmensas variables que atravesarían su camino, sus sentimientos y su búsqueda. No podía dar fe de lo que ocurriría. Había empezado a creer en el destino, lo cual ponía en crisis su vida entera y la condenaba a la imprevisión.

Por supuesto, no deseaba que nadie opinara sobre eso, pero era inevitable. Todos lo harían. Por ese motivo había postergado algunas

de las conversaciones que debía tener. Su intuición era como un escudo protector que la guiaba. Había diálogos anunciados que, como una crónica de momentos que no deseaba atravesar, se le venían encima.

Sus padres no sabían nada y esa batalla no sería sencilla. Continuaban viviendo en el pueblo. Había sido fácil eludir la cuestión, pero no era justo no decirles la verdad. Además, quería despedirse de ambos. La finitud, a la edad que tenían, era algo en lo que prefería no pensar, pero no dejaba de estar ahí, latente como una sombra, la posibilidad de un sorpresivo final. Era un dato objetivo de la realidad. Ley de vida es sobrevivir a los padres, pero no ayudaba en situaciones como las que Gina enfrentaba. Tenía que evitar que ellos le instalaran dudas recurriendo a su lado más vulnerable. El amor por los suyos era su perfil más permeable a las influencias. Y la consecuencia podía ser que dejara de priorizarse, la única determinación ante la que no estaba dispuesta a ceder. No debía permitir que el juicio de valor sobre sus acciones la alcanzara. Era una mujer adulta, nadie tenía más o mejor derecho que ella sobre su presente y su futuro. Aunque reconocía su talón de Aquiles. Cuando criticaban sus acciones y había alguna posibilidad de que hubiera cometido un error, el control que ejercía sobre todo se desmoronaba. No se permitía márgenes de equivocación. Sin embargo, las decisiones de terminar con su matrimonio y viajar la colocaban frente a la incertidumbre de no saber si había hecho lo correcto. Estaba convencida, pero solo el tiempo conocía la verdad y no tenía la capacidad de dominarlo.

Desde que Francisco se había ido, cada día hacía todo lo posible por construir una barrera antiadherente de emociones entre su vida y la de los otros, para que nada se pegara. Ni reclamos, ni pedidos, ni reproches, ni exceso de dependencia, ni amor, ni culpas, ni vacíos, ni presagios. No debía permitir que nada tuviera el poder para interrumpir su proyecto. No era fácil. Lo sabía. De ahí, las demoras voluntarias.

Las últimas conversaciones que mantenía a diario con sus padres la habían hecho sentir mal por ocultarles la verdad. De manera que, antes de su partida, viajó al pueblo para hablar con ambos. Lo hizo en su auto. Sola. Al llegar a su vieja casa, se detuvo a observar. Nada había cambiado. La tranquilidad de un lugar detenido en el tiempo se lanzaba sobre ella susurrándole que no entenderían sus decisiones, ganarían los prejuicios. Su pasado, delante de sus ojos, la observaba intentando comprender en silencio por qué había terminado la relación con su esposo. El olor, ese aroma diferente que le traía su vida adolescente a la memoria, una mezcla de árboles, viento,

resolana y café. Ese páramo en el medio de la nada en el que muchos habían forjado matrimonios eternos, la recibía con prejuicios e interrogantes. Cerró los ojos y aspiró su propia percepción antes de bajar del vehículo. Supo entonces que no era el pueblo quien la esperaba con preguntas, eran las inquietudes de su conciencia que latían al ritmo de la necesidad de respuestas. Era la antesala de lo que estaba segura que le dirían sus padres. Era la vida misma en circunstancias que no podía evitar, aunque fueran absolutamente previsibles.

Entró a su casa, la puerta siempre estaba sin llave. Su madre se asomó desde la cocina, donde lavaba los platos.

–¡Gina, hija! ¡Qué alegría! –expresó efusivamente–. ¡José! –gritó enseguida, mientras se secaba las manos–. ¡Mira quién vino! –pronunció esas palabras ya abrazándola. Ese lugar, sus brazos, eran la sensación de seguridad y protección con la que había crecido. Allí todo sanaba, pero esta vez no sintió lo mismo.

–¡Hola, Gina! ¡Qué sorpresa! ¡No te esperábamos!

–¿Qué te trae por acá sin avisar? ¿Los chicos? ¿Francisco? ¿Todo está bien?

–Sí, mamá. Todos están bien.

–¿Almorzaste? ¡Qué linda estás! El negro te sienta adorable –dijo en alusión a su vestido. Era discreto y clásico. Lo acompañaba con un blazer también de ese color con algunos detalles bordados en dorado que se repetían en la falda a la altura de las rodillas.

–Gracias –respondió pensando que inconscientemente se había vestido como a su madre le gustaba. ¿Acaso buscaba aprobación?– Sí, almorcé. Me gustaría un café, por favor, mamá –agregó–. Ese rico que solo puedo hallar en esta casa y que trajeron los jesuitas a Colombia desde Nueva Granada –dijo recordando lo que su padre le había repetido una y otra vez desde que comenzó a beber café.

José sonrió orgulloso ante el comentario.

–Yo lo hago. Veo que no se olvida aquello que se aprende temprano.

Su padre era fanático conocedor de la historia del café y le había contado una y otra vez que existían varias versiones relacionadas con la llegada del café a Colombia. Algunos indicios históricos señalaban que los jesuitas habían llevado el grano a la Nueva Granada hacia 1730. Por otro lado, decían que este producto había llegado gracias a un viajero que venía de las Guayanas a través de Venezuela, pero José negaba esta posibilidad. Le gustaba informarse, era curioso. Sus conclusiones lo alejaban de esta última versión y así se lo había enseñado a su hija.

Los tres se sentaron en los sofás de la sala a conversar con sus pocillos humeantes. Los ligaba el aroma. Gina sintió que era el mismo sabor, pero mejor. Como si su paladar hubiera rejuvenecido. Una sensación de triunfo se deslizó por su interior junto al primer sorbo. La disfrutó.

–Me voy de viaje –anunció para empezar por algún lugar que no fuera zona hostil. Sabía que la magia familiar se rompería en mil pedazos cuando dijera que se había separado.

–¿Algún congreso? –quiso saber su padre, también notario. Solo que él había regresado a su pueblo luego de obtener el graduarse.

–No.

Se hizo un silencio. Se conocían mucho y por el enigma que rodeaba a Gina era evidente que no se trataba de algo usual.

–¿Qué viniste a decirnos? –agregó, apoyando la taza sobre el plato y cambiando su mirada de amoroso padre que hace mucho que no ve a su hija, por la de un inquisidor social que, además y por si hiciera falta, también estaba acostumbrado a controlar todo a su alcance.

–Bueno, me voy a Nueva York primero –no se atrevió a decir que luego, no sabía.

–¿Cómo “Me voy”? ¿Y Fran? –preguntó su madre.

–Nos separamos. Ya no vivimos juntos –soltó sus palabras como un alud sostenido en su convicción.

Sus padres se miraron. La primera reacción fue un silencio demoledor. Gina deseó que le preguntaran cómo estaba, si necesitaba algo o qué había sucedido. Algo parecido a lo que ella hacía con María Dolores o con su hija Isabella, pero sabía que no ocurriría de ese modo.

Su padre se puso de pie, caminó unos pasos.

–¿Te volviste loca? –la enfrentó con sus ojos menos amigables.

Su madre trató de ser más moderada, pero no lo logró. Otro estilo, menos agresivo, pero mucho más condenatorio.

–Tienes que volver con él. Llevan muchos años juntos.

–¡Basta! –la interrumpió–. No vine a pedir consejos. No quiero que se enojen, mucho menos que me juzguen. Tengo cuarenta y cinco años, y estoy convencida de haber hecho lo mejor para mí. No me volví loca, papá –agregó con ironía.

–Yo digo que sí –insistió.

–No. No soy feliz. ¿Qué hacen ustedes cuando algo no los hace felices?

–Somos coherentes –respondió su madre.

–¿Y qué es ser coherente?

–Sostener aquello por lo que se ha dado la vida. Tu familia. Eso es

lo primero.

Y ahí estaban, dos generaciones de mujeres muy diferentes, enfrentadas. Ella sentía desde sus entrañas la necesidad de ser feliz del modo que fuera y su madre, con la misma fuerza de convicción, sostenía la bandera de fiel cumplidora del mandato social del matrimonio. Si no era feliz, lo más importante era ser coherente y punto. ¿Aguantar a cualquier costo? ¿Resistir hasta que la muerte los separe como pregona la ley de Dios? ¿Dónde estaba Dios, en ese momento? Claramente, no estaba uniendo lo que se rompía ante su mirada.

Gina no quería discutir. Si daba explicaciones, entrarían sus discursos por alguna fisura de su valentía. Era vulnerable. Lo sabía. Debía hacer aquello para lo que había viajado. Ponerlos al tanto de la realidad, despedirse y asegurarles que los amaba. En ese orden, como lo había repetido en su mente varias veces.

Respiró profundo y mientras se le ocurrían diferentes formas de defender su posición con uñas y dientes, irónicamente fue coherente y estratega. Centró su atención en su objetivo. Iba a preservarse. Otra regla de oro en esos tiempos. La número dos. La uno era priorizarse.

–Papá, siéntate, por favor. No vine a discutir con ustedes, los amo y creo que deben enterarse por mí de lo que sucede. Quiero ser feliz y hace mucho tiempo que no lo soy. Los chicos están grandes, hacen sus vidas y con Francisco nos perdimos en algún lugar del que no fue posible volver juntos. Es un buen hombre, el padre de mis hijos, pero no estoy enamorada de él. Ya no. Necesito mi espacio, entender qué siento y qué quiero.

–Suena muy filosófico, pero la vida no es un libro de autoayuda. Que puedas pagar un viaje no justifica que dejes a todos sin pensar –agregó su madre.

–Coincido con tu madre. Eres una mujer adulta y actúas como una adolescente que quiere devorar el mundo. ¿Adónde irás? ¿Y la notaría?

–A Nueva York. Se quedará Alicia junto a mi adscripta.

–No es lo mismo. Tú debes estar allí. Es muy irresponsable de tu parte –dijo con firmeza–. ¿Y después? –agregó.

–No lo sé. Donde sienta necesidad de ir –dijo afectada por el hecho de que su padre le dijera “irresponsable”.

–¡No me digas! ¿Necesidad de ir? ¿Es un chiste?

–No. No lo es.

–¿Y conocerás un hippie y te irás a vender collares a una playa para sentir el mar y la arena bajo tus pies? Por favor, Gina, perdiste el juicio, hija. Lo siento, pero no puedo apoyarte en esto. No estás

viajando a la capital para instruirte, eso era arriesgado, pero inteligente. Esto es un caos.

–Lamento que piensen así –hizo una pausa, meditando sobre qué responder a la ironía del hippie, por un instante le gustó la imagen de sentir el mar y la arena bajo sus pies. La tensión del aire la trajo de regreso–. Yo los amo –continuó–. Voy a llamarlos para decirles dónde estoy y para saber de ustedes –dijo con mucho dolor.

–A mí, no me llames. No puedo apoyar cosas sin sentido –agregó su padre y se fue al dormitorio.

Gina no pudo evitar llorar. La madre la abrazó y por un segundo se sintió protegida. Quiso anidar allí hasta que todo hubiera pasado. Pausar sus emociones en ese lugar de paz. Olvidar quién era, pero debía irse.

–Gina, creo que todo esto es una locura. No entiendo tus razones. En tu lugar no haría lo que planeas, pero sigo siendo tu madre y estaré esperando tener noticias tuyas. Cuando la soledad te ahogue, porque sucederá –adelantó–, recuerda que siempre te hemos aconsejado pensando en tu futuro.

–Ese es el problema. Mi futuro consumió mi presente. Quiero vivir ahora. Mañana puedo no estar y no podría perdonarme no haber hecho nada por ser feliz. Mamá, todos siguen con sus vidas y la mía se pierde un poco con cada uno de ellos hasta desaparecer. ¿Puedes entender?

–No. Pero acá voy a estar siempre que me necesites.

Gina la abrazó. Fue al dormitorio a despedirse de su padre, pero la puerta tenía llave por dentro.

–Adiós, papá. Te amo –dijo con angustia detrás de esa madera vieja que se interponía como los preconceptos de su padre–. Soy responsable –agregó. Él no respondió.

A veces, solo hay que partir.

CAPÍTULO 8

Hijos

Lo inesperado que se presenta de pronto, no con estruendo, ni con señales importantes que lo anuncien, sino deslizándose de forma imperceptible, mansa, del mismo modo que podría no llegar.

Arturo Pérez-Reverte

Andrés y Diego eran sus hijos menores. Muy distintos de Isabella. No solo por ser varones, sino porque tenían un carácter diferente. Para ellos, la separación no parecía haber significado un drama, quizá porque Andrés era muy generoso como para cuestionar y Diego, demasiado reservado como para expresar lo que sentía. Eso creía Gina. Sus vidas continuaban con la habitualidad esperada. Sin embargo, no había hablado con ellos respecto de su viaje y lo haría esa noche. Ambos le habían avisado que regresarían a cenar con ella.

Había decidido cocinarles ajiaco. Gina lo hacía con pollo, tres tipos de papas, mazorca y una hierba llamada guasca que le daba a la sopa un sabor maravilloso que sus hijos reconocían al instante. Alicia le había enseñado muchas de sus recetas. Mientras terminaba de cocinar, pensaba en sus nacimientos. Una suerte de nostalgia la invadió. Habían sido los grandes amores de su vida y en ese momento eran hombres. Jóvenes, pero en los inicios de la vida adulta y lejos de los días de su infancia. Ya no pedían permisos ni dependían física ni emocionalmente de ella. Respetaban las mínimas reglas de convivencia del hogar: avisar dónde estaban, si regresaban o no a cenar o a dormir y atender el celular.

Andrés tenía veintitrés años y contra la voluntad de sus padres, no había querido estudiar. Cuando terminó la escuela secundaria, y con todas las posibilidades para iniciar la carrera que más le gustara, había dicho de modo lapidario que no lo haría. No le interesaba continuar esforzándose en sentido académico. Era lógico y muy racional. Reconocía sus limitaciones, no tenía voluntad para una carrera universitaria. Si lo lograba, sería seguramente en una entidad privada y en el doble de tiempo que el resto. Y justamente eso era lo que menos le interesaba, perder el tiempo en proyectos que no le eran propios y que por mucho bien que pudieran prodigarle a su futuro, no le garantizaban éxito. A él le gustaba la vida tranquila, estar de buen humor y tratar de ser feliz. La madera era su habilidad. Disfrutaba tanto tallarla como fabricar muebles. Había conseguido trabajo en la empresa del padre de su novia, Josefina. Ella estudiaba derecho.

Diego estudiaba Licenciatura en Física. Iba adelantado para su edad, casi terminando su tercer año. Era independiente y muy discreto. Casi nunca pedía nada. Toda la vida se le había comprado lo que precisaba, porque Gina o Francisco estaban atentos a sus necesidades. Nunca quería destacar, elegía el perfil bajo. Llevar el

doble apellido de sus padres, López Rivera, en ciertos casos lo incomodaba. No le gustaba presumir de una situación económica ventajosa. Él era López como un gran número de colombianos, pero López Rivera lo situaba en otro marco social. Así que, si podía evitarlo, no mencionaba su segundo apellido. Tenía también una novia, Ángeles, desde hacía algo menos de un año. La había conocido en el café enfrente de la facultad donde ella era empleada. Gina no conocía muchos detalles de la relación, ya que él mencionaba poco y nada. La joven parecía muy dulce y trabajadora. Se notaba que estaba enamorada de él. Diego corría. Esa actividad física era acorde a su carácter reservado. No hablaba con nadie mientras lo hacía. Solo pensaba y disfrutaba. Solía participar en maratones en Bogotá.

Esa noche, la mesa estaba lista esperando por ellos, igual que la cena.

–¡Hola, mamá! ¡Qué rico! ¡Ajiaco! Venía pensando que ojalá hubieras preparado tu especialidad –dijo Andrés con cariño mientras percibía el aroma sabroso de la sopa–. Tengo hambre –agregó.

–¡Hola, Andrés! ¿Cómo te fue hoy?

–Bien, mamá –respondió antes de contarle su día y hacer algunos chistes.

Un rato después llegó Diego.

–Perdón, me demoré esperando el transporte –explicó. Diego no usaba el auto de la familia ni el que sus padres le habían regalado a él y a su hermano.

–¡Hola! No hay problema, hijo. No es tan tarde –saludó respondiendo a sus palabras. Ambos hermanos se saludaron y unos minutos después, todos estaban sentados a la mesa donde era inevitable no pensar en su padre. Sentían desilusión frente a esa silla vacía, aunque procuraban no detenerse en eso. Tampoco lo habían conversado entre ellos. Diego era de pocas palabras. Francisco solía decir que tenía la sabiduría de un espíritu viejo en un cuerpo joven. Era muy maduro. No se identificaba con los otros muchachos de su edad.

Gina sirvió a cada uno la porción, mientras buscaba las palabras para contarles que viajaría en circunstancias diferentes. Sola, sin fecha de regreso y conociendo solo uno de sus destinos. La experiencia con sus padres la había colocado en un lugar que no le gustaba. La habían juzgado y deseaba impedir que algo similar pudiera ocurrir con sus hijos. Se había convencido de que tenía derecho a no dar explicaciones, pero aun así, una parte de ella sentía que debía dárselas a su familia. Y sobre todo, que fueran aceptadas. Le molestaba de sí misma necesitar que la aprobaran, aunque no lo dijera. El encuentro

con sus padres la había frustrado internamente.

–Chicos, quiero comentarles algo –comenzó.

Ambos la miraron sin interrumpirla.

–Me voy de viaje. ¿Recuerdan que les comenté que tenía ganas de hacerlo?

–Sí, es cierto. Algunos días después de que se fue papá lo mencionaste –agregó Andrés. Diego permanecía inmutable.

–¿Adónde irás?

–A Nueva York en primer término.

–¡Irás de compras! ¿Con quién irás? ¿Con Alicia? –interrogó. Habían hecho algunos viajes juntas.

–No. Viajo sola. Y no iré de shopping –aclaró.

–¡No te creo! –exclamó Andrés risueño –¿A qué irás? –preguntó Diego. Así era él, directo.

Era una pregunta difícil de contestar. No podía decirle que iba en busca de la mujer que había sido o de la felicidad que había extraviado en algún momento durante los últimos años de su matrimonio. Sin embargo, con su hijo menor tenía que ser precisa o perdería la posibilidad de hablar del tema.

–Necesito tomar distancia. La separación no es algo sencillo, aunque hayamos compartido la decisión.

–Pensé que era más fácil así y que por eso se habían separado –observó de manera cortante.

–No, no lo es. Viví veinticinco años junto a papá. En ese tiempo ocurrieron muchas cosas. Ustedes crecieron. Me entregué a mi profesión, pero en algún punto me olvidé de mí misma. Este viaje es algo que quiero hacer. Pero de otro modo. Sin las estructuras y la previsibilidad de siempre. Supone un gran esfuerzo de mi parte aunque les cueste creerlo.

–¿De qué hablas, mamá? No me digas que te sumaste a un grupo de solos y solas... –interrumpió Andrés con humor.

–A mí no me divierte –dijo Diego.

–Chicos, no viajo con esa idea. No estoy interesada en conseguir pareja –aclaró–. Viajo sola y no quiero tener ninguna obligación. Ni siquiera horarios, vuelos programados o excursiones. Nada.

Al escucharse lo repensó. ¿Era cierto que no deseaba una pareja? No se había detenido a pensar en cuánto amaba el romance y creía en el amor. Definitivamente, sí quería una, alguna vez, otra vez, pero no era algo para decirles a sus hijos.

–No es tu estilo –agregó Diego.

–Es verdad, no lo es. Pero creo que es lo que necesito.

–¿Cuándo regresas?

–No lo sé.

–¿Y la notaría? –preguntó Diego.

–Quedará Alicia a cargo y Carmen la ayudará –respondió refiriéndose a su adscripta.

Gina sentía que Andrés no parecía tener problema, pero algo en la mirada de Diego la preocupaba.

–¿Sucede algo, Diego?

–Sí.

–¿Con mi viaje?

–No. No es eso. Aunque no me parece que sea momento para que te vayas y mucho menos en las condiciones que planteas, quién soy yo para decirte algo. Tú sabrás.

–¿Entonces?

Diego meditó unos instantes el efecto que sus palabras iban a provocar. Luego, convencido de su determinación, las arrojó como un puñado de rocas al mar.

–Dejaré la universidad.

Gina sintió un escalofrío. Andrés lo miró sorprendido.

–¿Por qué? –preguntó de inmediato.

–¿Qué te ocurre? –agregó su hermano.

–Porque lo decidí. Quiero trabajar.

–Pero has aprobado más de la mitad de la carrera. No nos hace falta dinero. Puedes terminar y luego trabajar.

–No. No puedo. Y sí, me hace falta dinero.

–¿Para qué? Papá y yo podemos dártelo –agregó.

–Ya he hablado con papá y entendió.

Gina no pudo aceptar, sin que se notara en su expresión, que Francisco no la hubiera llamado frente a la importancia del tema. Supuso que las revanchas de la separación comenzaban a tomar forma. ¿Sería ese el camino a partir de ahora? ¿Ya no compartirían los temas de sus hijos? Ella nunca se había planteado eso.

–¿Cuándo has hablado?

–No importa cuándo hablé. Ustedes se separaron, él ya no vive aquí. Fui a verlo. Soy coherente, ya no están juntos, tampoco voy a contarles mis temas convocando a una reunión familiar que ya no es tal.

–Te equivocas, seguimos siendo una familia –la palabra “coherente” le hizo un ruido estruendoso. Eso era lo que sus padres hacían cuando no eran felices, “ser coherentes”. Así lo había expresado su madre y el efecto de esa idea la había obligado a memorizar el término y a asociarlo cada vez que lo escuchaba a algo tan frío como renunciar a lo que se soñaba. Ser “coherente” en ese

idioma era sinónimo de soportar. ¿Era ese el caso de su hijo?

–No. Ya no es lo que fue. Ustedes le pusieron fin –sonaba herido.

–Diego, creo que no te encuentras bien por algo personal y trasladas tu malestar a esta situación –él no le contestó–. ¿Sucedió algo en la facultad? –insistió.

–No.

–¿Dejó de gustarte la carrera? –preguntó su hermano desorientado. Eso era prácticamente imposible, pero no se le ocurría otro motivo.

–No.

–No te entiendo…

–Ángeles está embarazada.

Gina sintió que el destino mutilaba el futuro de su hijo.

–¿En serio? ¿Tu padre lo sabe? –atinó a decir Gina.

–Sí, lo sabe. Pero antes de que lo llames para atacarlo, te aviso que fui yo quien le exigió que no te lo dijera. Es mi bebé y tenías que saberlo de mi boca. No vengo por consejos ni ayuda. Solo estoy avisando. Permiso –agregó y se retiró de la mesa.

No vengo por consejos ni ayuda. Solo estoy avisando. Las palabras de su hijo se repetían casi a gritos en su interior. ¿Acaso Diego era como ella, pero en una versión bastante adelantada? Ella, con cuarenta y cinco no había salido tan indemne y segura de la casa de sus padres.

CAPÍTULO 9

Sobreviviente

Es la ley del sobreviviente… Este pedazo de tiempo, o de eternidad, que se llama vida, es brutal, salvaje y doloroso. Y hay que sobrevivir. Como sea. Con garras y colmillos. Hay que defenderse y luchar.

Pedro Juan Gutiérrez

Algo en Gina no le permitía avanzar rápidamente sobre la decisión de Diego. Primero, por su actitud casi definitiva. Luego, porque sentía que estaban atravesando momentos de la misma profundidad y quería darle el respeto que pretendía que todos le dieran a ella. Sin embargo, era su hijo y se estaba equivocando. No por tener ese bebé junto a su novia. Ese era un tema que, si bien la angustiaba porque no eran las condiciones ideales, no lo iba a juzgar. Diego todavía era hijo, muy joven para ser padre, pero así como muchos fracasaban en ese escenario, había otros que lo lograban. Isabella había nacido cuando ella tenía veinte y Francisco veintidós. En ese mismo instante reflexionó sobre la idea. ¿Lo habían logrado ella y su esposo? Luego de una pausa, supo que sí, la crianza de los hijos había sido un logro. Eran honestos y tomaban sus decisiones. Le gustaran a ella o no.

De continuar los hechos como Diego los había planteado, tendría él la misma edad que su padre había tenido al momento del nacimiento del niño. Mientras seguía recordando, la preocupación mayor regresó. ¿Por qué abandonaría su carrera? Ellos habían terminado sus estudios a pesar de haber formado una familia. Tiempos de mucho esfuerzo conjunto. Le gustó rememorar cuánto compartían con Francisco en ese entonces y qué felices eran. Se entendían y se apoyaban en beneficio de lo mejor que tenían, que eran sus sueños y el proyecto de vida que estaban armando.

Pensó que quizá, el tema fuera que Ángeles no estudiaba y tal vez no entendía eso. ¿Le exigiría que priorizara al bebé? No parecía esa su manera, se mostraba muy dócil y cariñosa, aunque no la conociese en profundidad. ¿Sería de las que se muestran de un modo y son su opuesto? Desechó la idea. Tenía que ser un tema de orgullo de Diego. Siempre había sido muy maduro. La responsabilidad sobre sus hombros, primero que nada. En ese contexto, no era raro pensar que quisiera sostener su familia y trabajar de manera inmediata.

No podía creer que dos de sus tres hijos posiblemente la convirtieran en abuela y que nada hubiera sucedido como alguna vez había imaginado. Ni siquiera sabía si quería ser abuela. ¿Acaso no era muy joven para serlo?

Los planes y el tiempo, cuando de la vida misma se trata, no suelen tener la costumbre de actuar conforme a lo previsto y mucho menos en los plazos esperados. Otro golpe duro a su previsibilidad.

Claramente su profesión no era igual a su destino. Así como no pudo ser capaz de imaginar que su matrimonio podía terminar, tampoco fue capaz de prever que Diego dejaría la universidad y formaría una familia o que Isabella viviría junto a un esposo celoso con quien no era feliz.

Pero allí estaba, una literal sobreviviente de sus propias imposiciones. Las estructuras de su vida entera, la precisión y la exactitud de su profesión que formaba parte de todo su ser habían sido desplazadas por una incertidumbre que modificó su universo completo. Sentía que se había mudado de vida y en la nueva, alguien había cambiado todo de lugar. Pero, a pesar de eso, le exigía que siguiera controlando todo como si fuera capaz. ¿Qué podía controlar si nada estaba donde debía? Era como abrir el cajón de los cubiertos para poner la mesa y encontrar los remedios. Todo inesperado, desconocido.

Cada paso que daba o cada momento que decidía detenerse le gritaba del mismo modo que ya nada estaba ordenado y organizado según las previsiones de un sistema metódico que le aseguraba alcanzar un resultado. Todo se encontraba disperso, sin solución de continuidad, sin certezas, sin acuerdos, sin control. Su gran espalda de notaria que le hacía pensar al mundo que era un ser empoderado de orden se había derrumbado, dejándola frente a una mujer vulnerable con más dudas que certezas. Por momentos, le daba miedo alejarse de la notaria y salir en busca de Gina. Conocerla al descubierto de su pasado. Dejando atrás su vida perfectamente diseñada.

Entonces, sentada sobre su cama, lloró. Incansables lágrimas de una sobreviviente recorrían su rostro y todo se mezclaba en un gran *¿Por qué?* El silencio y más lágrimas eran la única respuesta.

¿Por qué no podía resolver la vida de sus hijos? ¿Por qué no lograba dejar de traer a Francisco desde la nostalgia a su memoria? ¿Por qué no era capaz de ayudar a su amiga para que hiciera lo que debía hacer? ¿Por qué la afectaba tanto el vacío de su padre y la actitud “coherente” de su madre? ¿Tenía ella legitimación para decidir por otros? No. No la tenía, porque no era la notaria quien se hacía los planteos, era la mujer que la habitaba y no tenía el control de nada excepto de sus decisiones. Sus sentimientos también le daban batalla. ¿Por qué seguía creyendo en el amor y se quedaba observando a las mujeres que se habían animado a volver a empezar?

Secaba sus lágrimas, pero otras las reemplazaban de inmediato. Una gran duda la angustió. ¿Debía quedarse? ¿Estaba bien partir en medio de tantas cuestiones importantes que afectaban a los suyos? Se sentía egoísta. Chloé, que parecía conocer sus pensamientos, se subió

a su regazo y comenzó a lamer su mano. El roce cariñoso y áspero de su pequeña lengua le robó una sonrisa. La acarició.

–Ojalá pudieras aconsejarme… –le susurró entre sollozos. Chloé se trepó hasta su hombro y se posó allí como si fuera un loro. A Gina le causaba mucha gracia cuando hacía eso. Sonrió otra vez. Su gata era también una sobreviviente y sin embargo, allí estaba siempre feliz y esperándola. Sin querer, la pequeña felina le mostraba un camino, el mismo que la había movilizado a cambiar su vida, a ser feliz. Para poder brindarse a los demás hay que estar bien.

Decidió que no daría marcha atrás. Dejó de llorar, tomó a su gata en brazos y la besó.

–Voy a extrañarte –le dijo con suavidad.

Luego, salió de la habitación y se dirigió a la de su hijo. Antes, acarició al viejo Parker que custodiaba su puerta allí sentado. Mirar la mancha negra sobre uno de sus ojos siempre la hacía sonreír. Era alegre su cara. Golpeó.

–Puedes entrar –se escuchó desde el otro lado.

Estaba recostado en su cama.

–Diego… Entiendo que quieran tener el bebé y formar una familia, pero no deberías abandonar la universidad. Podemos ayudarte, no he hablado con tu papá pero voy a hacerlo. Es tu futuro. Podrás darles a ambos una vida mejor si estás preparado –dijo retomando el tema sin rodeos.

–Mamá… Ángeles me dejó. No hay familia que formar.

Dios… ¿Acaso nunca terminarían las sorpresas con ese hijo?, pensó.

–¿Cómo que te dejó?

–Sí. Me dejó. Dijo que no sabe si quiere tener el bebé y que no va a ser la responsable de que abandone mis estudios. Intenté hablar con ella, pero no es posible.

–Y entonces, ¿por qué tu decisión?

–Porque se lo debo. Porque la amo y eso se demuestra más con hechos que con palabras. Que ella haga lo que crea que debe hacer. Yo voy a hacer lo correcto. Trabajar y demostrarle que la quiero y que soy capaz de todo por ella y por ese bebé.

De inmediato, Gina pensó que era una locura. Aunque si olvidaba que era su hijo y le daba lugar a cierto romanticismo, podría ser el principio de una gran historia de amor y podría haber un final feliz en el que Ángeles regresara, él retomara sus estudios y tuvieran al bebé. No sabía qué actitud tomar. ¿Cómo se enfrentaba una batalla que no era propia, pero qué importaba más que si lo fuera? Estaba delante de una lucha a la que no había sido convocada.

Se acercó a él y lo abrazó.

–Quédate tranquila, mamá. Voy a resolver esto.

–No tengo dudas acerca de eso. Solo quiero que sepas que cuentas conmigo. No estoy de acuerdo con que abandones la universidad, te pido que lo pienses mucho. Puedes solucionar las cosas sin ser tan drástico.

–No lo tomes a mal pero… ¿quién lo dice? La ex esposa de alguien que viaja sola un mes después de su separación, en busca de algo que no sabe ni qué es. ¿No es eso drástico? Sin mencionar que bajaste de peso y te cambiaste el look…

Eso había sido un golpe bajo, pero por mucho que le costara asumirlo era verdad al derecho y al revés.

Se dio cuenta de que su hijo Diego y ella eran muy parecidos, más de lo que había pensado.

CAPÍTULO 10

Testamento

Si sonríen mientras se miran, y no tienen que decirse ni una palabra… es amor.

Julio Cortázar

Como solía hacerlo cuando estaba desbordada, Gina se aferró a su última mañana de trabajo. Los temas de sus hijos, la presión silenciosa de su padre, la preocupación por María Dolores y la vida que traía a su memoria lo mejor de Francisco, eran hechos que la acorralaban en la encrucijada de postergar o no su viaje. No quería eso, pero no lograba sentirse mejor.

Llegó muy temprano a la notaría y la sorprendió el timbre casi inmediatamente después. Todavía no había llegado ningún empleado. Miró por el visor. Vio un hombre bien vestido, de cabello corto. Quizá de unos cincuenta y cinco años.

–¡Buenos días! ¿En qué puedo ayudarlo?

–Por favor, necesito hablar con la notaria Rivera. Es por un testamento. Es urgente. Puedo explicarlo, si me permite ingresar –pidió respetuosamente. Sonaba angustiado.

A Gina la invadió una aguda sensación de pena. ¿Y si estaba en sus manos ayudarlo? No pudo negarse. Lo hizo pasar a su despacho y escuchó su historia.

–Soy la notaria Gina Rivera. Pase usted –se presentó.

–Mi nombre es Carlos Alberto Martínez, vivo con mi pareja hace veinte años. Carly, tenemos el mismo nombre –aclaró–, enfermó hace algunos meses. Tiene cáncer y está en su etapa final. Su familia nunca me aceptó. Son demasiado tradicionales. Una pareja gay no encaja en esa estructura. Sus dos hermanas literalmente me odian. Me culpan por su elección de vida. Jamás les dije que yo no soy su primera pareja, pero soy la última. La más importante –destacó. Sonrió satisfecho.

–¿Entonces? ¿En qué puedo ayudarlo?

–Mi Carly quiere dejarme todo su patrimonio, porque no tengo nada propio. Si sucede lo peor, quedaré en la calle. A mí no me interesa eso y me he negado siempre. Me corrijo, me he negado hasta hoy en que llorando me suplicó que aceptara. Dice que no soportaría que sus hermanas me echaran, y él sabe que lo harán. Están esperando ansiosas su último suspiro –se le caían las lágrimas–. Quiere que usted prepare su testamento y que asista a nuestra casa para firmarlo. Nuestros vecinos serán testigos de su voluntad. Tengo los datos de todos y el documento de mi Carly. Él sabe de estas cosas. ¿Puede hacerlo?

–¿Por qué ha venido a buscarme a mí? –interrogó con curiosidad.

–Porque somos amigos de la Familia Velázquez. Ellos hicieron aquí una operación y nos hablaron de usted. Dijeron que era un ser humano muy sensible.

–Mañana me voy de viaje…

–Hoy. Carly, quiere que sea hoy. Puede ser por la tarde, así usted tiene tiempo.

La urgencia de ese hombre determinó su respuesta. Quizá su futuro dependiera exclusivamente de que ella actuara. Iba a hacerlo.

–Vea, si usted está de acuerdo, acaba de llegar una de mis empleadas. Ella se ocupará de tomar todos los datos. Avísele al señor Carly que al mediodía iré a su casa para que me exprese su voluntad y luego firmar el testamento. ¿Le parece?

–Me parece perfecto. Se quedará muy tranquilo –hizo una pausa–. Gracias –agregó.

–No me agradezca. Es mi trabajo y amo hacerlo.

Lo dejó en compañía de su empleada y se dispuso a continuar con su mañana laboral. Alcanzó a oírlo hablar por su celular.

–¿Carly? Lo hará. Ella lo hará para mediodía. Te amo. Termino de darle los datos y regresó.

A la hora programada, Gina se presentó en el domicilio. La recibieron el señor Martínez y los dos testigos convenidos para un acto tan diferente de todos, ya que provocaría efectos cuando la persona hubiera fallecido. Una disposición de última voluntad respecto de sus bienes. Amablemente la hicieron pasar a una habitación donde el señor Carly, llamado Carlos Alberto Ruiz, yacía en su cama. Muy delgado, con ojeras y calvo. Seguramente, consecuencia del tratamiento invasivo contra el cáncer. Tenía ese color amarillento que habita en los desahuciados, pero sonreía. Cierta tranquilidad emanaba de sus ojos negros. Gina lo saludó.

–Buenos días, notaria… La estaba esperando –dijo él de manera certera.

–Me dijo Carlos Alberto de su urgencia, por eso prioricé su trámite respecto de otros.

–Hizo usted bien. Le agradezco mucho. Es mi voluntad dejarle todo mi patrimonio.

Gina procedió delante de los presentes a explicar el alcance del acto que iba a celebrarse. Estaba presente, además de los testigos, su médico, quien previamente otorgó un certificado que confirmaba que el paciente estaba en pleno uso de sus facultades y que Gina glosó al protocolo.

Leída el acta testamentaria, Gina se acercó al señor Ruiz, quien firmó al pie de conformidad, igual que los testigos. Carlos Alberto

tenía su mano izquierda entre las suyas y lo miraba con devoción. Carly lo hacía con absoluta entrega. Ambos sonrieron.

Un rayo de sol se metía por la ventana para iluminar ese amor eterno. Observarlos era como ver una imagen que explicaba sin concepto alguno la existencia de almas gemelas.

Gina giró sobre sí misma para guardar todos los documentos y darle privacidad a las palabras que se decían en silencio.

De pronto, una energía inusual la habitó. Su corazón comenzó a latir rápidamente y sintió que su cliente volvía a decirle: *Notaria, la estaba esperando*, *Hizo usted bien. Le agradezco*. Víctima de ese momento quedó paralizada al volver a mirar a la cama. Algo no estaba bien.

Carlos Alberto comenzó a llorar cuando Carly cerró sus ojos para siempre y el médico constató que ya no tenía pulso.

Así era de fatal la verdad. “La estaba esperando”, “Hizo usted bien. Le agradezco”. Nada era más cierto que eso.

Gina no pudo evitar llorar y al mismo tiempo agradecer a Dios la posibilidad de ser un poco parte de sus milagros. En casos como ese, el futuro de las personas dependía de su humanidad. El amor que esos hombres sentían después de tantos años, la hizo reflexionar. Ella quería experimentar eso. Verse en otros ojos que solo aguardaran por su mirada.

La vida era apenas un instante, una decisión. Para bien o para mal. La muerte había ocurrido delante de sus ojos con la frivolidad de un minuto helado. Pero también le había dado tiempo a quien esperaba por ella para poner sus emociones en orden previo al descanso eterno.

Gina amó aún más su profesión y elevó una mirada al cielo agradeciendo la oportunidad de ayudar y sentir que su trabajo era especial. No todas las personas tenían esa bendición. Ella fue parte de la vida de otros y de un destino que no pedía permiso. La necesidad de encontrar el suyo y ser feliz se imponía, allí, en las vísperas de su partida, de un modo trágico, pero muy simbólico.

CAPÍTULO 11

Aeropuerto

Las interrupciones pueden duplicar el trabajo
que se requiere para llevar a cabo todo el proceso.
David Allen

Gina llegó al Aeropuerto Internacional El Dorado de Bogotá. Se había despedido de sus hijos con cierto dolor a pesar de que este viaje había sido su decisión. Ellos no entendían muy bien por qué viajaba sola. Sabían, claramente, por qué Francisco no iría con ella, pero no entendían por qué no la acompañaba una amiga. De todos modos, no le hicieron difícil el momento desde la palabra. Sí, fue un esfuerzo tremendo soltarlos sabiendo sus conflictos y rechazar la tentación de quedarse para ayudarlos a resolverlos. Pero no. Esa era la otra Gina, la que quería dejar atrás.

Andrés supuso al principio que siendo Nueva York el primer destino, su madre iba de compras. Internamente le preocupaba, pero no lo demostró. Diego se limitó a un "tú sabrás" comprensible en el marco de una vida propia que le imponía sus propias reflexiones, urgencias y determinaciones. Su hijo menor la juzgaba tácitamente. Lo sabía.

Isabella la abrazó y le deseó lo mejor. Había una cercanía diferente con ella. Le susurró al oído que le avisaría apenas tuviera novedades.

Había visitado a María Dolores, quien se veía literalmente feliz, porque desde su AIT Manuel solo le prodigaba cuidados y no había vuelto a salir de noche. Se había guardado sus pensamientos. Cada cual decidía dónde quería estar. Su amiga no era la excepción.

Alicia la había abrazado muy fuerte y solo le había dicho:

–Tómate el tiempo necesario, pero reencuéntrate. Solo así podrás continuar. Para ser felices necesitamos saber quiénes somos y qué lugar ocupamos en nuestra lista de prioridades.

Su sabiduría mezclada con su amor incondicional le había robado unas lágrimas de emoción.

Había besado a su gata Chloé. La amaba. Era color canela atigrada y blanco. Entre esos tonos su rostro se dividía simétricamente debajo de sus ojos. La habían encontrado casi sin vida, dentro de una caja en la puerta de su casa una noche de tormenta. El amor y los cuidados la habían transformado en una sobreviviente. Era una mascota con estilo propio que le daba cariño, diversión y ese calor necesario que posterga las preocupaciones. Sostenerla en sus brazos al llegar era olvidar todo durante esos instantes, para entregarse al disfrute de sentir la incondicionalidad única que dan los animales. Lo mismo había hecho con su perro, el viejo Parker, un callejero tricolor, con expresión tierna que llevaba con ellos casi doce años. Lo habían rescatado también. A

él, de un basural. Era un cachorro del tamaño de un ratoncito. Con mucha dedicación, asistencia veterinaria y cariño se había convertido en un perrazo. Lo acarició y le pidió que la esperara.

Si le hubieran preguntado dónde hallar la definición de gratitud eterna, la respuesta de Gina habría sido: en las miradas de Chloé y de Parker.

Amaba profundamente a esos animales que eran parte de su vida. Los echaría de menos. Pero como sus hijos eran como ella en ese sentido, estarían muy bien atendidos. Eso le permitía irse tranquila en ese aspecto. Tampoco tenía que preocuparse por la planta de sus amores, regalo de Alicia. Su jazmín quedaría a cargo del jardinero de la familia. Lo tenía desde que había comprado la casa y le daba personalmente todos los cuidados a cambio de la belleza que le regalaba y el perfume que la transportaba a su infancia. En la casa de sus padres también había uno.

Todo estaba listo para irse, a excepción de Francisco. No se había despedido de él, a propósito. Él sabía por sus hijos la fecha de partida. Prefirió evitar un diálogo que seguramente opacaría su gran momento. Estaba muy ofendida porque fue el primero en enterarse de lo que ocurría con Diego y no se molestó en llamarla. Tampoco ella lo había hecho. No quería darle la posibilidad de que ese tema la hiciera cambiar de planes. Sabía que Francisco no aprobaría su ausencia. Más allá de sus diferencias era un gran padre. Él también siempre había priorizado a sus hijos por sobre su propia vida.

No quiso que nadie fuera a despedirla. Empezaba un nuevo capítulo de su historia y frente a la página en blanco, elegía ser la única que arrojara sobre ella las palabras que nacieran de los primeros pasos.

Llegó en taxi. Durante el trayecto, el aire que respiraba era diferente, más liviano. Tenía otro olor. Inspiraba amor propio. El entorno invadía sus pensamientos, pero solo estaba allí formando parte de un escenario que intentaba observar desde afuera. Como si pudiera separarse de ella misma, por momentos Gina era testigo de su propia partida. No pudo evitar recordar la mañana que había dejado su pueblo rumbo a Bogotá. Nada era igual, a excepción de un vértigo cargado de ansiedad. Solo que a los dieciocho tenía dudas y miedo. A los cuarenta y cinco la acompañaban certezas y preguntas. Intuía que en los destinos hallaría las respuestas. No sabía dónde iría después de Nueva York ni cuándo regresaría a Bogotá. La vida iría diciendo.

El Dorado era un aeropuerto que le gustaba. Estéticamente lindo, ordenado y confortable. Sus tarjetas de crédito le posibilitaban el acceso a la sala vip, que era muy cómoda. Transitaba el hall hasta el

mostrador de su aerolínea para hacer el check in y despachar su equipaje, una maleta de color verde esmeralda que había comprado junto a Francisco en un viaje a París. Habían adquirido el set completo. En la reciente y todavía incompleta división de bienes, la maleta mediana había quedado en la casa que fuera el hogar de ambos. Él había llenado la grande con parte de sus cosas. En ese instante deseó que aprovechara su ausencia para buscar todo lo demás. La de tamaño más pequeño la había pedido Isabella para un viaje y nunca la había devuelto.

Su decisión la había llevado a elegir Nueva York como primer destino. Era una ciudad que la deslumbraba. Amaba la cantidad de opciones que ofrecía. En especial, disfrutaba recorrer el Central Park. Se imaginó leyendo allí, algo que no había hecho antes por no haber ido nunca sola. Otras actividades sí las había realizado antes, pero necesitaba volver a experimentarlas desde un lugar diferente. En apariencia, era la misma Gina que todos podían ver, pero interiormente había otra mujer. Una que pedía a gritos su lugar en el mundo. Salir de ese cuerpo habituado a las tradiciones y la formalidad para convertirse en alguien libre. ¿Qué era la libertad? Un concepto usado por seres rehenes de una definición. Abanderados de un “vivo según mis reglas”. Una mentira colectiva aceptada por todos como una costumbre certera que no era. ¿Quién podía llamar propias a las reglas de vida impuestas según la visión social? ¿A las exigencias personales consecuencia del “deber ser” que sobrevuela, desde siempre, como un eterno mandato al mundo entero? Nadie.

Gina sentía que estaba destinada a transgredir ese concepto de libertad convertido en un ritual de sus estructuras. Buscaba a esa mujer diferente de aquella en la que se había convertido. La que se había dado cuenta de que la única libertad de la que gozaba era la de la falsa definición. No tenía claro cómo la encontraría ni dónde. Tampoco por qué ese viaje se había alojado en sus pensamientos hasta ser un hecho. Pero estaba convencida de que hacía lo correcto. Sintió ventaja sobre muchas mujeres que quizá sentían lo mismo y no tenían esa posibilidad. Agradeció haber estudiado y poder darse el lujo de transitar esa etapa en dólares, euros o la moneda que fuera. No todas podían.

Inmersa en sus pensamientos, no advirtió que alguien la observaba a corta distancia.

–Gina –la voz que escuchó era familiar, el tono no tanto.

Temía darse vuelta. Unos instantes que parecieron horas la enfrentaron a debatirse entre no mirar atrás y apresurar su paso o hacerse cargo de una conversación que no quería tener. La Gina

previsible giró sobre sus pasos al escuchar que la llamaban por segunda vez.

Allí estaba. De pie frente a ella. Francisco. Su esposo. Exesposo en realidad. Costaba hasta a referirse a él de modo distinto.

Lo miró detenidamente. Vio al padre de sus hijos. A un hombre triste con la autoestima baja. Vestido con ropa que habían comprado juntos y una mirada suplicante.

Parecía que el tiempo transcurrido desde la separación hubieran sido años y no algo más de un mes. ¿O acaso ella podía verlo de manera más real? ¿La distancia agudizaba los sentidos? Su cuerpo era la expresión del matrimonio acabado. Hombros caídos, como aplastados por la rutina. Mirada cansada igual a la de alguien que trabajó intensamente sin dormir y que solo piensa en una única preocupación. Pantalones holgados... ¡Qué ironía! Pensó que, como a ella, le quedaban grandes. Había perdido peso. No era lo más importante que había perdido.

Le dolió no ser permeable a su sufrimiento ni sentir empatía con su imagen devastada. No le era indiferente, claro que no. Pero no se sentía parte de eso. Señal clara de que ella había avanzado en el duelo mucho más velozmente. Se acercó.

Francisco le dio un beso en la mejilla. Todo era raro. Ella lo miró preguntándole en silencio qué hacía ahí, pero él no respondió al lenguaje de su mirada. Solo la observaba. Entonces, tomó la iniciativa.

–¿Qué sucede? ¿Por qué estás acá? –de pronto pensó en sus hijos–. ¿Los chicos están bien? ¿Isabella? –comenzó a alarmarse. No era la notaría porque acaba de hablar con Alicia.

–No ocurrió nada con ellos. Todos están bien. Estoy acá porque necesito decirte algo. ¿Puedo invitarte un café antes de que embarques?

–Supongo que sí –respondió cuando en verdad hubiera deseado ser capaz de negarse.

Se ubicaron en una mesa a la que llegaron sin pronunciar palabra y con una extraña lejanía entre ambos, aunque caminaban uno al lado del otro. Francisco pidió lo de siempre sin consultarle. Dos cafés dobles con crema. La crema aparte. A Gina le molestó que no le preguntara qué quería tomar, pero pudo comprender que para él nada había cambiado, o al menos eso. Estaba varios pasos atrás de la realidad nueva.

–Te escucho –pudo decir por fin.

–Hace algo más de un mes que no vivimos juntos y hablamos lo estrictamente necesario. Vivo solo en un apartamento que, lejos de ir convirtiéndose en mi hogar, se transforma día a día en un tormento al

que le falta mi vida entera. Quiero volver. Quiero darte todo lo que te haga feliz… –fue directo al punto porque percibía que tenía poco tiempo.

–No sigas… –suplicó. Sentía una angustia agobiante.

–Tengo que hacerlo. Tienes que escucharme. Pensé mucho.

Gina no quería oírlo. No deseaba que él le generara dudas. Tampoco quería que nada ni nadie alterara ese viaje. Sin embargo, contra todo lo que sentía, cedió y se sometió a un momento que hubiera deseado evitar.

–El tiempo de pensar ya pasó, Fran. No quiero ser cruel, pero ya está. Tomamos una decisión.

–¡No! –dijo enfático–. Tú la tomaste y yo acepté. Pero no es lo que yo quiero. Me di cuenta de que intentaste cambiar las cosas, diciéndome que no eras feliz, pero no lo entendí entonces. Ahora sí.

¿Cómo decirle que era tarde, era tarde?

–Francisco, estoy a pocas horas de irme de viaje, de lograr hacer algo pensando en mí, antes que en todo lo demás. No arruines eso. Por favor.

–Puedo ir contigo. Así, con lo puesto. Darte aventura, buscar romance, lo que sea –recordó el ejemplo de su amigo. Era cierto. Era básico: solo necesitaba su decisión de viajar.

Gina lo miró con cara de asesina serial. En lugar de motivarla la enfureció. ¿Por qué hacía eso? ¿Por qué razón no la había escuchado antes de que internamente lo sacara del camino? ¿Por qué en las vísperas de comenzar a definir su nuevo destino, Francisco arrojaba sobre ella un tsunami de dudas? Todo se le vino encima: los hijos, la familia, la historia, los tiempos en que se había enamorado y en el instante en que la debilidad comenzaba a recorrerla entera, respiró profundo, se puso de pie, apoyó su mano sobre la manija de la maleta y fue lapidaria.

–No puedo negar que eres creativo y que tu intención es buena. Probablemente sea la mejor iniciativa que tuviste en mucho tiempo, pero no. Si bien no tengo un plan, sé que lo que haga, lo haré sola. Lo siento –caminó dos pasos y volvió sobre ellos–. Y debiste avisarme lo de Diego –reprochó.

Francisco no pudo evitar el brillo previo que los ojos demuestran antes del dolor. El fulgor triste de las lágrimas que no pueden dejarse ver. No podía hablar.

–Él me pidió reserva. Deberías dejarlo crecer. Vine a hablar de nosotros –agregó.

–No me digas qué debo hacer con mi hijo –retrucó enojada.

–¿Hay alguien más? –preguntó cambiando bruscamente el eje de la

conversación y sin poder creer que lo estaba haciendo.

–No entendiste nada. Claro que no hay nadie. Tendrías que hallar tus propias respuestas. Al margen de las mías –continuó. Eso era terrible. Lo aconsejaba. Advirtió que era alguien que estaba enfrente, en paralelo a su camino. Quizá fuera esa la forma de concebir el término “ex”.

–Te amo –dijo él.

–Ya no lo hagas. Dame la posibilidad de seguir adelante –respondió con suavidad. No pretendía herirlo, pero en ese momento supo que no era capaz de sentir lo mismo. Y claramente, ya no podía decir “te amo” como una habitualidad. No, respecto de ese tipo de amor.

Abandonó el lugar sin enfrentar su mirada. Se le caían las lágrimas. Se concentró en el sonido de las rueditas de su equipaje y siguió. Quería evitar esa conversación.

Aquella interrupción había dejado, como burbujas de vacío en el aire, partículas de un futuro que podía explotar entre sus manos si seguía escuchando.

No puedo dejar de amarte, pensó él mientras la veía alejarse, *aunque quisiera*.

CAPÍTULO 12

Risa

La risa ella sola ha cavado más túneles útiles que todas las lágrimas de la tierra.
Julio Cortázar

Gina embarcó casi dos horas antes del vuelo. Recorrió el free shop. Compró un perfume nuevo de Yves Saint Laurent, Opium Black, y algunos cosméticos. Sonrió al darse cuenta de que, en su deseo de cambiar hasta la fragancia, no había sido capaz de alejarse de la marca que siempre usaba, aún con el universo de aromas que tenía para elegir. Del Opium clásico al Black. Indudablemente, debía trabajar mucho el desapego a las estructuras.

La vendedora le recomendaba diferentes cremas antiarrugas y tónicos para la piel de su rostro. Evidentemente estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta aunque se encontrara a mitad de camino entre ambas edades. De pronto, se detuvo en un espejo. ¿Era vieja? ¿Cómo se veía a sí misma? ¿Qué percepción de su yo le atribuía su subjetividad a la mujer que objetivamente era? ¿Cuánto tiempo hacía que no se detenía a pensar, a sentir, a mirarse, a reconocerse como un ser único e irrepetible? Más del que le hubiera gustado. Debía explicarse a sí misma que la vida había pasado sobre su eje llevándosela a algún lugar donde los otros y el resto de las cosas estaban en primer término. Poco a poco en ese país de mujeres que anteponen sus roles a sí mismas había extraviado algo que la definía. No sabía muy bien qué, pero estaba segura de que hallaría la respuesta en ese viaje.

Cuando finalmente estuvo ubicada en el asiento del avión, ajustando su cinturón para el despegue, sintió cierto temor. ¿Y si era un error?

–Disculpe –la interrumpió un pasajero que tenía asignado el asiento de la ventanilla. Eran dobles y ella estaba ubicada sobre el pasillo. Gina corrió sus piernas y le permitió pasar. Su perfume le provocó una reacción sensorial placentera. Era fuerte, con notas de madera y cierto tono oriental. Le gustó. Se parecía al que había usado Francisco alguna vez hacía mucho tiempo. De inmediato, desechó su recuerdo.

–No hay problema –agregó.

El hombre sonrió. Tenía arrugas alrededor de sus ojos negros. Cabello corto y prolijo con numerosas canas. Mirada nostálgica y actitud afeminada.

Gina pensó que no tenía ganas de entablar un diálogo. Ni con él ni con nadie.

El viaje transcurrió apacible. Hubo buen clima. Leyó un rato, luego

durmió y durante la última hora de vuelo cuando su acompañante le habló, no tuvo opción.

–Me encanta su bolso –dijo al observar su bolso Gucci–. Amo esos diseños.

–Gracias.

–No la has comprado en Bogotá –hablaba español correctamente, pero su acento era americano–. Yo diría que viene directo de Florencia… ¡Ay la bella Italia! Fuimos tan felices ahí –dijo al tiempo que contenía las lágrimas y sacaba un pequeño pañuelo blanco con unas iniciales bordadas en dorado "PB" para secarlas–. Disculpe. No quiero invadirla con mis asuntos.

–No se preocupe. Seguramente serán importantes. Siempre lo son si el precio son las lágrimas. ¿No es cierto?

–¿Quiere que le cuente?

–Creo que usted quiere contarme. De manera que, como ni usted ni yo iremos a ningún sitio de momento, lo escucho –respondió amablemente y sonriendo. Generó empatía de inmediato. Tenía ese don.

–Soy "sola" –dijo con humor–. Nada peor que eso. Mi pareja me engañó con nuestro mejor amigo. ¿Qué me dice? –preguntó indignado.

–Que quizá sea mejor así. Si lo traicionó, es porque no lo valoraba lo suficiente.

Gina no tenía demasiado interés en conversar, pero era mejor alternativa que pensar demasiado en lo que estaba haciendo. Además, su interlocutor era divertido dentro del relato de su tragedia. Gestualmente era una mezcla difícil de definir. Gran estilo y porte acompañado de una homosexualidad de la que se sentía orgulloso y resultaba amigable.

–¡Exacto! Y yo, siempre perdonando. Pero me cansé. Decidí que el trabajo y las compras son la mejor solución. ¿Y usted? Es una mujer preciosa. ¿Por qué viaja sola? –su voz y su actitud la hacían pensar en un pétalo de rosa.

Gina lo observó. No hablaría de su vida personal con un extraño, que atravesaba una crisis emocional. Luego de pensarlo, sonrió ante las semejanzas. ¿Acaso no era algo parecido su caso? A pesar de eso, que la viera como una mujer preciosa la hizo sentir cómoda y segura. ¿Lo era?

–Gracias. Supongo que las circunstancias de mi vida me han colocado en este avión –evadió.

–¡Ay, mi querida! Nunca las circunstancias tienen la culpa. Cuando huimos de algo, somos bien conscientes de eso. No habrá creído que de verdad necesito trabajar o comprar más de lo que tengo, ¿no?

Lleno vacíos existenciales, como los que coleccionan cosas. La ausencia y el engaño son demoledores.

¿Huir? ¿Estaba huyendo? ¿Tendría razón ese personaje? ¿Vacíos existenciales? Ella coleccionaba esferas. Prefirió no detenerse en lo que estaba haciendo desde hacía cinco años atrás. Quizá desde que había comenzado el principio del fin. Qué cercanas sonaban sus palabras a la verdad.

–No parece necesitar compras. Puede que tenga razón. Quizá no sean las circunstancias las culpables. A veces solo hay lo que hay… –reflexionó comenzando a sentirse cómoda.

–¿Cómo es su nombre?

–Gina. ¿Y el suyo?

–Paul.

–Hermosa, Gina. ¿Y qué es lo que hay?

Pausa. Ambos se observaron esperando una respuesta que cambiara ese vacío tácito que viajaba junto a cada uno.

Paul la miraba ansioso esperando la respuesta.

–¿Nada? –preguntó frunciendo el ceño con una expresión divertida.

–¿Nada? –hizo otra pausa–. ¡Nada! Por Dios. ¡Sí! Cuando no hay "nada" hablamos en un avión con alguien que nos genera cierta ilusión de grata compañía. Le contamos a quien sea nuestra desgraciada historia para liberar el "todo" que nos maltrata el corazón –afirmó exageradamente.

Ambos rieron con ganas.

De pronto, Gina sintió que algo se transformaba en ella. La imagen era tan bizarra y el diálogo tan desopilante en medio de su realidad, que no pudo evitar la risa. No podía explicar racionalmente ese estallido, pero era agradable reír. ¿Cuánto hacía que no se sentía así? Mucho tiempo. Entonces, tomó las riendas de su risa y su acompañante hizo lo mismo. Se tentaron. Sin causa. Como si los hubiera unido una mágica necesidad de disfrutar un momento. Ahí estaba la risa como protagonista. No podían hablar atados por el hilo invisible de una felicidad efímera y vacía de contenido. Reían porque sí. Por nada. Por ser quienes eran y haberse encontrado en ese avión, con sus tristezas al hombro. Ambos huían de sus destinos o quizá, lo buscaban. Reír era un gran atajo. Un antídoto contra la seriedad lapidaria de las cuestiones que los superaban y les dolían. Un ataque contra la previsibilidad. Era sanador.

Sin darse cuenta, Gina había recuperado de la mano de ese ser especial algo que había perdido: la risa. Supo que transitaba el camino correcto. Había comenzado por hallar algo que no sabía que buscaba,

su capacidad de disfrutar del sonido de la risa espontánea.

–No sé qué nos causa tanta gracia, pero me encanta. Si en algún momento desea conversar, puede llamarme. Me quedaré todo el mes en Nueva York ¡y creo que podemos divertirnos con poco! –dijo al tiempo que le daba una tarjeta.

–Gracias, Paul –la leyó–. ¿Paul Bottomley, el modisto?

–Sí. El mismo.

–Un placer, conocerlo. No lo puedo creer, he comprado en sus negocios aquí en Nueva York, en otros viajes.

–Lo sé. Lleva puesto un diseño mío, el más clásico. ¡Puedes tratarme de tú, no seas tan formal!

–¡Es verdad! –dijo al observar su vestido en tonos grises combinados con el blazer–. Tú eres muy creativo –remarcó el tú.

En ese momento, el comandante anunció que ajustaran sus cinturones, pues estaban próximos a aterrizar en el aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York.

Minutos después, Gina y Paul realizaron los trámites en migraciones y buscaron su equipaje.

–Gina, no dejes de llamarme cuando quieras glamour y un buen consejo. Además, amo el cine –agregó.

–¿Un clásico?

–Podría decirse. Amo los films que marcan una época.

–Lo haré. Quizá podamos compartir *Pretty Woman* –comentó graciosamente. Le gustaba su compañía.

–Richard Gere… La Quinta Avenida…

Ambos rieron una vez más.

–Gracias...

–¿Por qué?

–Por la risa. Por la bendita risa –afirmó.

–Amé ese “nada”. ¡Fue tan simbólico! *¡Good luck, my darling!* Y recuerda: “El humor es la salida cuando la vida se ha vuelto loca”. También estoy triste, pero eso no me vencerá.

Con la sensación de que había sido capaz de soltar sus preocupaciones para ser feliz por “nada” durante una pequeña fracción de tiempo, Gina subió a un taxi y fue a su hotel frente al Central Park. Sacó el modo avión de su celular. Tenía mensajes de Isabella, de María Dolores, de Francisco y de Andrés. No leyó ninguno. Solo pudo pensar en Diego, su hijo menor. Él no se había comunicado.

CAPÍTULO 13

Amante

Los amantes abrazan lo que está entre ellos…
Más que abrazarse uno al otro..
Khalil Gibran

Manuel ingresó en la casa de Raquel con su llave.

–¡Amor! –la llamó. Ella no respondió. Lo que podía significar dos cosas: estaba muy enojada o lo estaba esperando en su habitación deseosa de él.

Lo terrible de Manuel era que sostenía dos vidas con naturalidad. Además, tenía una percepción de sí mismo muy distorsionada. Cuando estaba con Raquel no pensaba en María Dolores y viceversa. Creía que su esposa se sentía segura y protegida y que era un gran amante para ambas. Nada de eso ocurría objetivamente. Los tres abrazaban una mentira. Sin embargo, él estaba convencido de esas ideas al extremo de creérselas como una verdad posible que justificaba sus acciones. Después de todo, además de no ser un amante eximio, era un hombre egoísta que se colocaba en el foco de atención. No le importaba que dos mujeres vivieran a diario en la zona de vulnerabilidad de los que aman con desesperación, solo porque él sostenía la fantasía de un amor sincero pero doble y en simultáneo.

Se acercó al cenicero que estaba en la mesa de la sala y cumplió con el ritual. Se sacó la alianza de casado que lo unía a María Dolores y la dejó allí, mientras tomaba del mismo lugar la alianza del par que compartía con Raquel. La primera, clásica de oro rojo en forma de cinta y la otra, de oro amarillo redondeada.

Así de terrible era la situación. Una noche de tantas mientras hacían el amor, Raquel había llorado al observar su alianza. Manuel se la había sacado y le había prometido que nunca más la usaría con ella.

Al día siguiente, había comprado un nuevo par, diferente por supuesto para poder distinguirlos y había ordenado grabar sus nombres con la fecha del día que se habían conocido. Por la noche, durante una romántica cena, le dijo que se casarían en privado. Que esos anillos significarían matrimonio para ambos. Raquel había aceptado feliz y le había puesto como condición, hasta que se divorciara, que cada vez que entrara en su casa debía quitarse la otra y usar la de ambos, que era la que simbolizaba el compromiso verdadero. Manuel había aceptado, pero en verdad nunca había pensado en dejar a María Dolores.

–¡Amor! –repitió mientras subía las escaleras hacia el dormitorio. Abrió la puerta y ella estaba dormida en la cama de ambos. Literalmente era de los dos, porque la habían elegido juntos y él la había pagado. Un somier de dos plazas en el que habían imaginado

más de lo que realmente ocurría.

La observó. Raquel era una mujer simple y honesta. Su belleza radicaba en su entrega. Amaba fervorosamente y resistía. Era uno de esos seres que en las relaciones solo da. Una mujer condenada a la unilateralidad. Nunca le tocaba el turno de recibir. Ni gestos generosos ni actitudes que le demostraran que el otro era capaz de todo por ella. O de algo al menos. Siempre en segundo plano esperando un glorioso día que la ubicara en la cima de los sentimientos de otra vida. Una mujer que anhelaba exclusividad y compartir su pareja frente a los ojos del mundo. Soñaba con mostrar su amor como una señal de felicidad en el rostro. En lugar de eso, vivía una relación en secreto, la mayoría de las veces en su casa y por supuesto, sin poder hablar sobre él. Era prisionera de la clandestinidad, cuando ella no tenía nada que ocultar ni obligación de esconderse.

Tenía treinta años, era joven, pero con un pasado amoroso muy desgraciado. Su patrón de elección de hombres evidentemente no era el mejor. Ni delgada ni gorda, ni hermosa ni fea. Una mujer cuya atracción radicaba en los sentimientos que la definían y su debilidad, en esa necesidad eterna de ser querida.

Manuel sentía que la amaba. Quería hacerla feliz, porque ella lo hacía feliz también. Raquel había significado para él enfrentarlo a un hombre que no conocía. Se sentía poderoso y sensual. Su virilidad alcanzaba ese momento único donde sentía que la vida merecía ser vivida. Raquel era inquietante y atrevida. María Dolores sumisa y tímida. Se complementaban. Entonces, él lo tenía todo. La posibilidad de sentirse protector y único sumada a la adrenalina de ser excitante y muy sexual.

Manuel se acercó y besó suavemente sus labios. Ella despertó. Se había dormido con la absoluta intención de hablarle y exigirle una decisión. Sin embargo, al verlo allí y sentir su dulzura tan cerca, no fue capaz de hacerlo.

–Amor, perdóname. No pude irme de casa antes. Yo…

–Ahora, no quiero explicaciones –lo interrumpió.

–¿Y qué quieres ahora? –enfatizó.

–A ti y silencio para escuchar tus caricias –susurró.

Manuel se quitó su ropa rápidamente. Antes de que Raquel pudiera reprocharse internamente su debilidad, él deslizaba sus manos por todo su cuerpo y la besaba apasionadamente. Raquel sentía la humedad de un clima que se precipitaba. Deseaba que los momentos como ese duraran para siempre, pero no era así. Casi de inmediato, Manuel estaba dentro de ella. Sin embargo, aún en ausencia de un

juego de seducción previo, él no dejaba de decirle lo deseable y hermosa que era.

–Te amo. No podría vivir sin tenerte –le susurró al oído.

Raquel sentía que en el mundo no había nada más importante que esas palabras. En esos instantes de intimidad, olvidaba la realidad y la existencia de la otra alianza, que estaba en el cenicero de la entrada. Allí, ella era su esposa.

–Te amo –dijo al tiempo que besaba su cuello.

Manuel no fue capaz de contener su placer. Raquel, aún sin haber alcanzado un orgasmo, se sentía plena. Cuando se aquietó su respiración, él la abrazó.

–Eres perfecta para mí. Amo el hombre que soy a tu lado.

–Manuel… ¿de verdad me amas?

–Claro que sí. Lo sabes.

–¿Hasta cuándo vamos a seguir así? Ya pasó un año.

Él se incorporó. La miró apoyado sobre su antebrazo. No le gustaba hablar sobre ese tema.

–No puedo dejarla. Sabes bien que tuvo un problema de salud.

–Eso sucedió hace pocos días. No tiene nada que ver –refutó.

–Es cierto. Pero ella depende de mí, no puedo dejarla sola.

–¿Y yo? Yo también dependo de ti. Mi estado de ánimo depende de ti. Mi vida entera gira entorno a lo que decidas hacer. Si es cierto que me amas, no tiene ningún sentido que continúes casado con ella.

–De verdad te amo.

–¿Entonces?

El celular de Manuel comenzó a vibrar en la mesa de noche. Era María Dolores. Se sentía acorralado. Quería atender, pero no podía. Le preocupaba que su esposa se sintiera mal. Raquel seguía presionando.

–¿Entonces? ¿Vas a atenderla?

–Por favor, no quiero escenas –reclamó.

–No las generes entonces. Tienes que tomar una decisión. ¿Qué es lo que sucede contigo?

De pronto su capacidad de separar ambas relaciones se debilitó. Sintió que Raquel tenía que comprender y sin pensarlo respondió.

–Las amo a las dos.

El celular dejó de vibrar en el mismo instante en que Raquel le dio una fuerte bofetada que le giró el rostro de lado. Sus dedos le quedaron marcados. Ella abandonó la cama y se cubrió con su bata. Él tardó unos minutos en reaccionar.

–No se puede amar a dos personas a la vez. Me mentiste. Cuando nos “casamos” secretamente dijimos que ibas a divorciarte.

–No. Tú lo dijiste.

–¡Pero tú lo aceptaste!

–Amor, no quiero discutir…

–¿Te estás burlando? Acabas de decirme que nos amas a las dos y no quieres discutir. Esto es absurdo. Vete –dijo entre sollozos. Estaba furiosa.

Manuel se acercó a ella y la abrazó fuerte. Entre ambos la realidad repetía sus gritos mudos que se perdían contra la nada.

–No quise lastimarte, amor. Hablé sin pensar. Perdóname –pidió con dulzura. Ella quería salir de sus brazos, pero el sentimiento era más fuerte.

–¿La amas?

–No –mintió–. Sé que te amo a ti y que de algún modo voy a resolverlo, pero por favor, no te enojes conmigo. Eres mi vida –agregó. La besó en la boca y ella respondió al beso con provocación.

Minutos después la danza de una relación de tres, reiniciaba un ciclo inherente al sabor de lo que siempre será igual o peor.

La hipocresía de Manuel era sorprendente. Había mentido. Él estaba seguro de que amaba a las dos.

Las palabras dulces podían derretir el corazón, pero nunca tendrían sentido en un razonamiento lógico. ¿Acaso era posible amar a dos mujeres y someter a una de ellas a vivir en las sombras en nombre del “amor”?

CAPÍTULO 14

Hermanos

Aunque eres diferente de mí, hermano mío,
lejos de dañarme, tu existencia enriquece la mía.
Antoine de Saint-Exupéry

Isabella extrañaba a Gina aunque recién hubiera partido. Sabía que su madre era su amparo. Agradecía poder hablar con ella sin reservas y que siempre tenía un consejo para darle sin juzgarla. Muchas veces le había dicho que quería hijos felices y libres de tomar decisiones. Que solo intervendría cuando le pidieran que lo hiciera o en las oportunidades en las que amenazaba un error, solo para advertirlo, pero si tenían que equivocarse permitiría que eso sucediera. Quizá, su matrimonio era una de esas equivocaciones.

Luciano era bueno, pero muy posesivo. En verdad, Isabella pensaba que se habían casado por amor y gratitud, pero también porque en ese momento le habían propuesto un trabajo en la revista en la sede de Nueva York y Luciano había encontrado el modo de entusiasmarla con la familia y de que lo rechazara. Nunca le había pedido que lo hiciera, pero en los hechos esa había sido la consecuencia directa. En aquel momento, algo más de un año atrás, Gina le había dicho que lo pensara muy bien, que era una gran oportunidad. Su padre le había sugerido que aceptara el trabajo por un tiempo y que si el amor era verdadero, el matrimonio ocurriría de todas formas. Sin embargo, Luciano había sido más hábil. El pasado pesaba en su favor. El amor y cierto romanticismo la habían inducido a elegirlo.

Andrés era su hermano del medio, se llevaban apenas un año y eran muy compañeros. Se contaban sus cosas y se aconsejaban. Él no quería para nada a Luciano, pero lo trataba con respeto porque su hermana lo había elegido. No le parecía auténtico y tenía la sensación de que su hermana se postergaba a su lado. Cada vez brillaba menos. Eso era un hecho.

Esa tarde Isabella lo llamó, estaría sola y le pidió que pasara por su casa cuando terminara de trabajar.

Llegó por la tarde.

–¡Hola, hermana! ¿Cómo estás? –la saludó besando su mejilla y dándole un abrazo.

–He tenido días mejores –respondió.

Ambos fueron a la sala de estar. Isabella preparó café.

–Cuéntame qué sucede. Te escucho.

–Tengo un atraso. Antes de que digas algo, tienes que saber que no estoy contenta –comenzó a decir.

Lejos de la reacción habitual de quien se entera que podría ser tío, Andrés mostraba preocupación en su expresión.

–No me alegro tampoco, si tengo que ser honesto. Claramente no por la criatura, si es que es un embarazo, sino porque no te veo feliz y no creo que sea momento de pensar en hijos, pero bueno…

–Es exactamente así. No estoy feliz.

–¿Por qué? ¿No estás enamorada?

–Sí. No es eso –dijo a la defensiva.

–¿Y qué es?

–Luciano quiere que sea yo quien cuide nuestros hijos.

–Bueno, sabes que él no es justamente un tipo que yo tome como ejemplo de nada, pero eso no es reprochable. ¿Quién los cuidaría si no fueras tú?

–No. No entiendes. Por supuesto que los cuidaría, como hizo mamá con nosotros, pero él pretende que deje de trabajar. Yo no quiero eso. Me gusta la revista y escribir mi columna –dijo refiriéndose a la sección dedicada a la mujer que cada semana se publicaba, además de su tarea periodística.

–Es un desubicado. No puede pedirte que dejes tu carrera. Mira, yo no estudié, pero jamás se me ocurriría que Josefina resignara tanto esfuerzo para quedarse cambiando pañales y limpiando la casa. Ella tiene que realizarse profesionalmente. Yo la voy a apoyar tanto, que si debo cuidar a los hijos que tengamos, lo haré –comentó refiriéndose a su novia.

–Es que eres el hombre perfecto –dijo con ternura. Lo admiraba. Su visión de la realidad era tan simple que solía decir que su hermano la había entendido–. Tú entiendes la vida. Josefina tiene mucha suerte.

–¡La verdad es que sí! –dijo con humor para inclinar la conversación hacia una zona no tan tensa.

–Eres un pedazo de sol. ¿Lo sabías?

–¡Sí! Hermana. Retomando tu problema, ¿por qué no te haces un test? Es necesario saber para poder aconsejarte. En cualquier caso, no estás sola, pero lo que pretende Luciano desde ya que no será posible. No voy a permitírtelo. ¿Qué dijo mamá? Me imagino que está al tanto.

–Sí, le conté antes de que se fuera. Ella fue muy prudente. Dijo que tenía que esperar, que posiblemente fueran mis nervios los que ocasionaban el atraso. Que tenía que hablar con Luciano. No entiende que no es fácil…

–Yo tampoco entiendo eso. El diálogo es lo que hace más fuerte a una pareja, más que el sexo o todo lo demás. Jose y yo, hablamos todo.

–Tú y Josefina son de otro mundo. Te lo dije muchas veces.

–Somos del mismo mundo que tú y tu esposo, solo que yo no soy egoísta y ella no duda tanto al momento de darse cuenta de que algo

no le gusta.

–Entendí. Sé que soy insegura. Que no tomo decisiones. Que estoy triste.

–No eres insegura. Luciano te hizo así. Desde que te casaste, estás cada vez peor. Dependiente de él, de lo que diga, de lo que piense, de lo que desee. Sus planes son el centro de tus proyectos. ¿Dónde quedaron los tuyos? Solías ser alegre y divertida. Disfrutabas la vida tanto como yo. Ahora, siento que te estás apagando a la sombra de este matrimonio. No sé cuánto lo amas, pero debe ser mucho –agregó.

Ella lo escuchaba atentamente. No podía enojarse, sabía que su hermano era sincero y que no había malas intenciones en sus palabras. Sin embargo, no era capaz de reaccionar. La Isabella que él describía ya no estaba dentro de sí. En su lugar, había otra que no se sentía protagonista ni autora de su realidad.

–No sé. Me perdí, supongo –recordó y supo dónde.

–Bueno, solo tú puedes encontrarte. Y tienes que hacerlo. ¿Quieres que vaya a comprar el test?

–Tengo miedo.

–El miedo no va a cambiar el resultado. Postergarlo tampoco.

–Es cierto. Bueno, anda –accedió–. ¿Quieres quedarte a cenar? Luciano no regresará –avisó. Andrés lo trataba lo necesario.

–No. Te agradezco. Josefina rinde un parcial y se quedará estudiando a la noche. Voy a hacerle compañía. Prepararle café, lo que sea que necesite. Lo compro, regreso, lo haces y después me voy.

–Está bien.

Un rato después, ambos esperaban el resultado.

Negativo.

–Hermana, la vida te da otra oportunidad. Cuídate. No permitas que te convenza de tener un hijo. No al menos hasta que estés segura y olvide la idea de que abandones tu carrera –prefirió omitir durante esa visita el tema de Diego, el menor de los tres. Isabella no necesitaba una nueva preocupación.

–Lo intentaré –respondió.

Se despidió de su hermano y le mandó un mensaje a Gina. “Mamá, falsa alarma. Todo está bien. Te extraño. Recién se va Andrés”.

Isabella respiró aliviada. Algo internamente gritaba por salir de su interior.

CAPÍTULO 15

Pareja

Vivían ebrios de caricias y sueños, nadando en los locos aleteos de las mariposas que sentían en el estómago, cuando las húmedas lenguas de sus interminables besos les rozaban el alma...

Ángela Becerra

Una relación de pareja suele ser muchas cosas. En los mejores casos, es un nexo de amor que surge entre dos personas. Tiene distintas etapas cuando cupido la favorece y evoluciona en positivo. El enamoramiento, el noviazgo, la consolidación de la historia y el matrimonio. Era ese el caso de Andrés y de Josefina. Para ellos, el amor era una suma de sentimientos que los convertía en mejores personas. Disfrutaban su noviazgo y se elegían cada día. Se complementaban, a pesar de ser diferentes. Tenían un estilo de vida que volvían compatible, valores similares e ilusiones compartidas. El deseo de estar juntos jamás se interponía cuando se trataba del espacio de cada uno.

El amor para ellos era una gran paradoja, los hacía fuertes juntos, pero también vulnerables al pensar que no había vida posible sin el otro. Algunas amigas de Josefina le decían que tenía que convencer a su novio de que estudiara, pero ella no lo creía necesario. Porque ambos eran felices así. No se trataba de un hombre cualquiera, él era el mejor. Le importaba poco lo que pensaran los demás.

Andrés llegó a la casa de su novia. Solía quedarse a dormir allí. Sus padres lo querían muchísimo. Esa noche habían ido a un casamiento. Josefina abrió la puerta enfundada en un pijama de color rosa y blanco.

–¡Hola, preciosa! –dijo. La besó.

–¡Hola, vida! –saludó. Se alegraba cuando él llegaba.

–Te ves muy cansada.

–Lo estoy. Llevo horas estudiando y me falta repasar mucho todavía.

–No te preocupes. Yo te acompañaré. Prepararé café. Haré lo que necesites –ofreció con ternura–. Me quedo a dormir esta noche si quieres.

–Eres el mejor novio del mundo. ¿Te lo dije últimamente?

–No. No lo suficiente –bromeó.

–Te amo –dijo ella mientras tomaba su rostro con ambas manos y lo besaba en la boca.

El deseo reclamaba su tiempo de caricias y entrega. Ninguno de los dos quería rechazarlo. Él la atrajo hacia su cuerpo. Suspiró ante la sensación que le despertaba su calidez. Ella era todo y el contacto con sus labios era tan intenso como la primera vez. Quizá más aún porque se conocían, se amaban y estar unidos era honrar la vida cada día.

–Estamos solos... ¿Y si te tomas un descanso? –dijo mientras besaba su cuello de la manera que a ella más la excitaba y su mano atrevida se deslizaba por debajo de su ropa interior provocando un jadeo inmediato. Él sabía cómo provocarla.

–Esperaba que lo pidieras… –respondió mientras le quitaba su camiseta para sentir el contacto con su piel.

–Ya lo sé –susurró.

Andrés la alzó a horcajadas y, sin dejar de besarla, llegaron a su dormitorio. Allí, luego de cerrar con llave la puerta, hicieron lo que mejor sabían hacer: amarse.

Cuando ambos eran uno, cierto magnetismo los envolvía. Se miraron y se detuvieron por un instante, solo para sentir el placer y la entrega absoluta. No eran ella y él, eran dos almas y un cuerpo tan libre como sólido.

Podían repetir el ritual de volver a empezar con la más simple caricia y lo hacían. Estaban unidos por una atracción irresistible, pero también por un sentimiento profundo. Y lo más importante, soñaban lo mismo. Seguir juntos hasta después de siempre. Formar una familia. Ser felices a su manera. Él imaginaba que los protegería y ella, que sería una gran abogada que lograría equilibrar su trabajo con el tiempo junto a su esposo y sus hijos.

Cuando sus cuerpos, cansados, acompasaron sus latidos y sintieron hambre, se levantaron y cenaron en la cocina. La madre de Josefina había dejado preparada la comida.

Más tarde, conversaron sentados en la silla del escritorio.

–Estoy preocupado, Jo –a veces la llamaba de ese modo.

–¿Por qué?

–La verdad, yo soy feliz. Lo sabes. Nosotros lo tenemos todo. Pero, aunque siempre estoy de buen humor, detrás de eso existe una gran preocupación por mi familia.

–¿Qué sucedió? ¿Es por la separación de tus padres?

–No. No es solo eso. Supongo que hubiera preferido que no ocurriera, pero entiendo que ellos tomaran esa decisión. Son adultos. Me preocupan mis hermanos. Algo te conté de Diego –agregó.

–Sí. ¿Sigue con la idea de abandonar la facultad?

–Sí. Mamá me dijo antes de irse que Ángeles lo dejó y que él sostiene que hará lo correcto.

–¿Y qué sería lo correcto para él?

–Demostrarle con hechos que ella y el bebé son lo más importante. Que es capaz de trabajar y mantenerlos desde ahora y que sus estudios no son la prioridad.

–Me parece un poco extrema su postura. Es raro que ella lo haya

dejado. ¿No lo crees así?

–Sí. Dijo que no sabe si quiere seguir adelante con el embarazo. No me gusta cómo están planteadas las cosas. Creo que pasa algo más, pero hablar con Diego es difícil, hay que hallar el momento. Por otro lado, aunque nunca lo dijo, parece dolido por la separación. Y para aumentar mi preocupación, mi hermana me pidió que fuera a visitarla. Temía estar embarazada. Por suerte se hizo el test y dio negativo –agregó dándole los detalles de lo vivido–. Pero Luciano es un hombre egoísta, la anula y ella se lo permite. No entiendo por qué.

–¿Por qué dices eso? ¿Es realmente así? Yo creo que no puedes ser objetivo con Luciano. Nunca lo quisiste.

–Es cierto. Lo tolero por ella, pero esto es objetivo: quiere que tenga hijos y que deje de trabajar. Mi hermana estudió mucho, como tú lo haces. No es justo que él la manipule y la tenga atrapada en un matrimonio que no tiene nada de pareja. Ellos no van juntos en el mismo sentido. No son como nosotros. Él no respeta su espacio y dudo que esté orgulloso de sus logros o de la carrera que intenta llevar adelante en la revista.

–Vida, no hay mucho que puedas hacer, además de aconsejarla como lo hiciste. Son sus tiempos. Hasta que ella no decida poner límites al modo en que su esposo actúa, nada cambiará. Más bien todo lo contrario.

–Sé que tienes razón, pero no puedo evitar preocuparme. Papá se ocupa de ellos, pero desde otro lugar y en este momento, tiene su propio conflicto. Mamá… bueno, no sé qué pensar: viajó sola. Nunca entendí muy bien a buscar qué y me sorprende que dejara a los chicos en medio de tantos problemas –dijo refiriéndose a sus hermanos–. Indudablemente, tampoco ella vive su mejor presente.

–¿Eso nos deja frente a Andrés López Rivera, solo con una familia llena de dramas sobre sus hombros?

Andrés la miraba con amor. Era perfecta. Hermosa por dentro y por fuera. Tan suaves sus palabras como su piel. No imaginaba una vida sin ella.

–No. Eso nos deja frente a Andrés López Rivera realmente enamorado de su novia, arrepentido de traer problemas a su día. ¡Perdón, preciosa!

–Vida, yo soy tu refugio. Juntos todo lo podemos. Me alegra que me cuentes. No puedo aportar soluciones, pero acá estoy y estaré siempre para escucharte.

–Te amo.

–Y yo a ti. No puedo hablar con Diego, pero podría conversar con Isabella.

–No. Todavía no. Esperemos a ver qué sucede. ¿Cómo vienes? –preguntó haciendo referencia a los libros.

–Bien. Estudié mucho, pero estoy nerviosa. Siento una presión en el abdomen y voy continuamente a orinar. Estoy perdiendo peso a fuerza de eliminar tantos líquidos –dijo divertida.

–Amor, te pasas bebiendo té, ¡esa es la razón! Y lo del estómago es lógico. Cuando yo estudiaba, me sentía tan nervioso que me parecía tener una mano dentro del abdomen que se divertía apretando mis órganos. Tendrás que controlar eso de alguna manera. Todavía quedan muchos exámenes hasta que te gradúes –agregó.

–Sí, lo sé. Te amo –dijo con ternura–. ¿Una mano en el estómago presionando tus órganos? Pobre mi amor, con razón no quisiste continuar.

–No era para mí. Estudiar no es mi fuerte.

–A mí no me importa eso. No pude conocer a nadie mejor. Los diplomas no nos definen. Solo son un medio para vivir.

–Puede ser. Yo sé que es mejor tenerlos que vivir sin ellos, pero no todos tenemos la capacidad. Sin duda, tú la tienes.

Ella lo besó impulsivamente en la boca. Lo amaba.

–¿Te dije que tengo cita con mi ginecóloga para llevarle los resultados de mi control anual? –comentó cambiando el eje de la conversación.

–No. ¿Los miraste?

–¿Para qué haría eso? ¡No los entiendo! ¿Crees que me irá bien en el examen? –interrogó volviendo al tema de la universidad. Así era Josefina. Hablaba varios temas a la vez y los mezclaba. Andrés estaba acostumbrado a interrumpir un tema para seguir con otro. Hasta le divertía.

–Aprobarás. Estoy seguro.

La noche fue testigo de un amor que se evidenciaba en algo tan simple como acompañar a la mujer amada en silencio mientras estudiaba, para luego observarla dormir, porque no había nada en el mundo más hermoso que eso. Sentirla en su mirada y verla con el corazón.

CAPÍTULO 16

Traición

Puedes traicionarme una vez. Una única vez.
Isaac Hayes

Diego estaba atravesando el momento más difícil de su vida. Por más esfuerzo que hiciera, no lograba comprender la actitud de Ángeles. Sentía que había algo más allá de sus palabras. Algunas veces se había mostrado insegura, porque él sería un gran investigador y ella solo atendía un café que ni siquiera era propio. Sin embargo, él, desde su lógica, le había explicado que la relación de ambos no era como la de la mayoría. Él la había elegido y nada iba a cambiar eso. Es cierto que Diego no obedecía al perfil estándar de un joven de veintiún años. Era distinto. Muy maduro. Racional y reservado. Había elegido una carrera de ciencias exactas y eso no había sorprendido a sus padres. La médula del conocimiento radica, para los físicos, en las propiedades de la materia, el movimiento y la energía. Y para dominar esos campos es necesario conocer el lenguaje con el que la física explica la realidad, que es la matemática. La reacción de Ángeles frente al embarazo no le daba el resultado que debía. Dos más dos eran cuatro. Eran novios, tenían relaciones, se cuidaban, pero eso podía fallar. De ocurrir un embarazo, Diego siempre respondería y se suponía que ella sería feliz. Nada de eso estaba sucediendo. Dos más dos le daba cinco o tres. Por lo tanto, el comportamiento no era el que debía ser. Le faltaba información para poder entender. La física y sus leyes se trasladaban a la vida, así lo entendía él.

Pensó en la primera ley de Newton, conocida también como ley de inercia. Dice que si sobre un cuerpo no actúa ningún otro, éste permanecerá indefinidamente moviéndose en línea recta con velocidad constante. Eso lo llevó a evaluar la posibilidad de que tal vez su novia era víctima de alguna mala influencia. Quizá su madre. Él se daba cuenta de que nunca se alegraba de verlo. Mantenía las formas, pero estaba seguro de que ella quería a alguien más para su hija.

Para Diego, estudiar Física significaba poder abordar el conocimiento científico de la materia, sus modificaciones y sus comportamientos en paralelo con su vida. Aplicaba los conocimientos adquiridos a problemas concretos para comprender los hechos y encontrar una solución. Si se mantenía alejado de su novia, nada de eso podía aplicar a su realidad. El comportamiento de Ángeles era raro, no parecía consecuencia de una decisión propia. Él la amaba. Debía luchar. Por eso decidió ir a verla, ya que ella no atendía sus llamadas ni respondía sus mensajes.

Llegó al café y la observó a corta distancia mientras atendía la única mesa ocupada. Se la veía como siempre, pero su mirada no era la misma. No había paz ni dulzura. Algo oscuro se había instalado en el centro de su alma y asomaba por sus ojos.

Se sentó en el lugar habitual y esperó. Al verlo, ella se puso nerviosa. No obstante, se acercó.

–Te pedí que me dejaras sola. No he atendido tus llamados ni mensajes. Eso es porque no quiero verte.

–Ángeles, los dos sabemos que sucede algo más. Estábamos bien juntos. No buscamos un embarazo, pero sabes bien que jamás eludo mis responsabilidades. Dime qué es lo que está pasando –pidió con ternura mientras tomaba su mano–. Siéntate –agregó. –Hablemos. No hay gente a esta hora.

Ella resistía las lágrimas.

–No.

–¿Acaso tus padres no quieren que continúes con el embarazo? ¿Es eso? –en realidad se refería a su madre. Su padre había muerto cuando era pequeña y en poco tiempo había ocupado su rol un hombre muy desagradable que llevaba ya diez años junto a su madre. A causa de él entre otras cuestiones, la madre se había peleado con la única hermana que tenía. No sabía las causas. Ángeles nunca hablaba de eso.

–Mi madre nada tiene que ver en esto. Ni siquiera lo sabe –omitió referirse a su padrastro.

–¿Entonces? ¿Dejaste de amarme?

–No puedo conversar. Estoy en mi trabajo –respondió eludiendo la pregunta. No tenía reserva emocional para enfrentar la situación.

–Vendré a buscarte a la salida. Me lo debes. Estoy dispuesto a todo por ti y por nuestro bebé.

–Por favor, no lo hagas.

–Lo haré hasta que me digas las razones por las que actúas así. Te desconozco. Sé que me ocultas algo.

Ángeles lo miró y tuvo ganas de llorar. En lugar de eso, se fue a la cocina del café.

Al horario de salida ya había oscurecido. Se sintió tranquila, pues no veía a Diego en la puerta. Abandonó el café y caminó hacia la esquina. Allí la esperaba él.

–Te pedí que no vinieras.

–Te avisé que lo haría. Quiero una explicación –la guio con la mano en su cintura hasta el auto. Se lo había pedido a su hermano por primera vez, porque no quería conversar en un lugar público ni en la casa de ninguno de los dos. Ella accedió. Condujo rumbo a ninguna

parte y se detuvo frente a una plaza.

Ángeles oscilaba entre la verdad, el miedo, la culpa y la angustia profunda que le provocaba lastimar a quien más la había amado en su vida. Él tomó su mano con cariño entre las suyas.

–¿Qué sucede? ¿Por qué dudas respecto de continuar con el embarazo? Yo dejaré la facultad. Voy a trabajar. Podemos sostenernos económicamente sin necesitar nada de nadie. No viviremos en grandes lujos, pero tendremos lo necesario.

–No puedo –lo miró y descubrió en él al mismo joven del que se había enamorado. Odió su destino.

–¿Por qué?

Un silencio prolongado que precedió a las lágrimas ocupó el vacío que de pronto Diego sintió entre los dos. Percibía, con disgusto, lo que se anunciaba. Instintivamente soltó su mano. La energía que rodeaba la escena era fría, negativa y hostil.

–¿Por qué? –insistió.

–Porque puede que no seas el padre –dijo entre sollozos–. Perdóname, por favor –suplicó–. Puedo explicarlo –agregó.

La desilusión más grande.

La mentira.

El engaño.

La incertidumbre.

Comprobar que no la conocía en absoluto.

Imaginarla en otra cama, en otros brazos.

Sentir que el mundo se derrumbaba.

Ley de Newton, a toda acción corresponde una reacción de igual magnitud, pero en sentido opuesto. Eso explicaba el deseo de irse de allí y jamás volver a verla. Quizá fuera la razón de tanta contradicción en el mundo.

Esa lista de afirmaciones recorría la mente de Diego, quien no podía reaccionar. ¿Lo había traicionado? Peor aún, le había mentido sumergiéndolo en un abandono disfrazado de un acto de generosidad, “que ella no iba a ser quien arruinara su carrera”. Eso era vil, espantoso, injusto. Pero mientras la juzgaba, la frase dicha se repetía en su interior. *Puede que no seas el padre*. ¿Qué significa ese “puede”? La respuesta sacudió su alma, su cuerpo y su corazón. La mujer que amaba se había acostado con él y con alguien más y no podía determinar en qué circunstancias había ocurrido el embarazo. No podía decidir qué hacer en medio de ese desastre de emociones. Entonces, un Diego desconocido tomó protagonismo.

–Baja de mi auto. Ahora. No quiero volver a verte jamás –dijo lapidario. Se le caían las lágrimas.

–¡Por favor, no! Puedo explicarte, no es lo que crees, fue una…

–No me importa ni cómo ni con quién fue. Menos cuántas veces. Se terminó.

–Pero puede ser tuyo también.

–No. Tus errores no son míos en absoluto. Por favor, baja de mi automóvil –dijo elevando el tono. Ella no lo hacía–. Te hubiera dado mi vida entera y en este momento solo siento deseos de arrancarte de ella para siempre. ¡Vete ahora!

Ángeles lloraba desconsoladamente. Quería explicarle, pero no fue capaz. No logró conmoverlo. Era la consecuencia más cruda de la traición, provocar una herida fatal que jamás dejaría de doler. De esas que cuando logran la cicatriz, recuerdan a diario su razón y traen otro modo de padecimiento al alma. Claramente, de esas traiciones que personas como Diego no eran capaces de perdonar.

Apenas se bajó, aceleró a toda velocidad y se perdió en las sombras de aquella noche que marcaría su vida para siempre.

CAPÍTULO 17

Lluvia

Lo atroz de la pasión es cuando pasa, cuando, al punto final de los finales, no le siguen dos puntos suspensivos.

Joaquín Sabina

Francisco se fue del aeropuerto completamente abatido. Nada había resultado bien. Era cierto que no había ido con grandes expectativas. Conocía muy bien a Gina y era previsible que no lograra doblegar su decisión. Pero un impulso lo había guiado hasta ella, verdad en mano, para intentar cambiar la realidad. No pudo ser. En lugar de eso, se sentía hasta ridículo por haberle ofrecido una locura casi adolescente. Se preguntó si realmente hubiera sido capaz de viajar con lo puesto, así, sin más. No estaba seguro. Tal vez su inconsciente sabía que recibiría un no por respuesta.

Estaba conduciendo, cuando decidió llamar a todos sus hijos. Una necesidad incontenible de saber cómo estaban lo invadió. Diego no respondió. Tampoco Isabella. Solo Andrés lo hizo.

–¡Hola, papá! ¿Cómo estás?

–Bien, hijo –mintió–. ¿Ustedes? Tus hermanos no responden.

–Yo, bien. En casa de Josefina. No hablé con ellos hoy, pero deben estar con sus temas.

–Sí, seguro que así es. Te amo, hijo.

–También yo.

Inmediatamente después de finalizar la llamada, su amigo Ignacio, quien parecía tener un radar para ubicar sus momentos más tristes, lo llamó.

–¿Cómo estás?

–Mal. Fui a buscar a Gina al aeropuerto. Intenté volver. Hasta le ofrecí viajar con ella con lo puesto, le ofrecí romance, aventura…

–No voy a preguntarte cómo te fue porque es evidente. ¿Dónde estás?

–Regresando a casa.

–No lo hagas. Dirígete hacia la oficina y te invito un café.

–Está bien –aceptó.

Un rato después, le relataba todo lo sucedido a su amigo, quien lo escuchó atentamente.

–¿Te arrepientes de haber ido? –preguntó.

–No. Pero me siento mal, porque empiezo a creer que no hay posibilidad de retorno. Gina tenía otra mirada.

–¿Otra mirada?

–Sí. La sentí lejana y diferente. No puedo explicar por qué.

–Se llama “Todo terminó”. Ya lo hablamos. Las mujeres te dejan mucho antes de hacerlo en los hechos. Y en ese momento en el que su

mirada ya no te ubica en el centro de su corazón, es cuando ellas ya elaboraron el duelo, la ruptura y están decididas a continuar con una vida que solo te incluye como parte del pasado, o como padre de sus hijos o cualquier otro rol que no implica amor de pareja. Es difícil de asumir, pero todos los separados lo hemos vivido, amigo. Por estadística, ha sido así con la mayoría. Te lo dije, los hombres somos básicos. Vemos tarde.

–Eso sentí. Que era tarde.

–No voy a mentirte. Es así. Llegaste tarde. Hace tiempo que estás en una lista de espera para nada. Quizá tuviste una sola oportunidad la primera vez que dijo que no era feliz.

–Eres cruel.

–Soy realista. Déjala ir. Hay una vida después del matrimonio. Búscala.

–No tengo ganas.

–Es completamente normal que así sea, pero tienes que intentarlo.

–¿Cómo se hace?

–Actitud. Creo que es un tema de actitud frente a la adversidad que comienza con asumir que si tuviste culpa en esto no fue intencional.

–Jamás haría nada que lastime a mi familia. Me avergüenza lo que voy a decirte, pero tengo ganas de llorar y de quedarme en la cama todo el día.

–Vergüenza dan otras cosas. Eso es sentimiento. Quizá debas hacerlo. Es necesario para volver a comenzar. Yo lo hice del modo más inesperado. Nosotros no somos como las mujeres que ponen música, miran una foto o recuerdan y preparan el escenario para desahogarse. En mi caso, había ido a pescar y de repente me vi llorando como un niño. No sé qué lo disparó. Supongo que el vacío y el silencio.

–Puede que tengas razón. Te agradezco que estés. Eres un buen amigo.

–¡Claro que lo soy!

Continuaron conversando, mientras bebían el café en el despacho. Luego se despidieron.

Francisco sentía una conmoción interior. Subió a su vehículo. Una lluvia intensa golpeaba contra el parabrisas de su coche. Llegó a su apartamento. Era casi la hora de cenar, pero no tenía apetito. Se duchó y permaneció allí con la televisión encendida el tiempo suficiente como para que su angustia se convirtiera en noche y el vacío, en un fantasma que lo obligó a salir.

Seguía lloviendo en forma ininterrumpida cuando comenzó a conducir por la calle que lo llevaba a su destino. Una lluvia nocturna

que caía como un presagio. Todo era tan oscuro como su ánimo. Escuchaba sin oír la música de fondo que brotaba de la radio. Canciones nuevas sobre dudas viejas. Se concentró en el camino, el inconsciente lo llevó al barrio del que fuera su hogar con Gina y sus hijos. No quedaba nada de eso, excepto la casa. La niebla se comía las cosas con su boca pastosa. Le gustaba conducir. Mantuvo la velocidad y encendió las balizas. La lluvia seguía sumándose sin alma al paisaje desolado. El cielo se rompió como un cántaro gigante y el agua caía como piedras sobre la noche solitaria. Todo se volvió diluvio y el diluvio, peligro. Y el peligro, horror. Su memoria le traía imágenes de su vida cuando era feliz que se contraponían con las de los últimos episodios. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos tristes al llegar a la esquina. Pensó en Ignacio. Su amigo le había dicho que ocurriría el desahogo de la manera más inesperada.

Las cubiertas del vehículo resbalaban sobre el asfalto. Parecía que los frenos no lograrían cumplir su cometido. La lluvia, persistente y copiosa, golpeaba sobre todos los frentes de la camioneta. Contuvo la respiración. Apenas veía la vana obstinación de los limpiaparabrisas pugnando contra los torrentes de agua y no demasiado lejos, el lugar donde había sido feliz. La ciudad parecía llorar intensamente la verdad que lo consumía. El tiempo era compatible con su dolor.

El temporal ganaba la partida, tanto en el clima como en sus sentimientos rotos.

Sin saber de dónde, llegó de improviso, como una mala noticia, un estruendo desgarrador. La presión de un dolor insobornable se apoderó de él. El padecimiento físico se sumaba al de su alma. El impacto le hizo imaginar que la camioneta entera se incrustaba en sus pensamientos y en su cuerpo. No pudo razonar. Vivencias del pasado desfilaron como en una película que duraba segundos. Su infancia, su adolescencia, sus padres, sus hijos, su amigo Ignacio… la universidad y Gina. La memoria agónica reconstruía en fotografías fugaces un pasado que ya no existía. Vidrios esparcidos sobre el asfalto. La lluvia persistente y ajena a la desgracia. El parabrisas astillado con la mirada herida. Trozos de chapa desgarrados e inútiles, los faros iluminando la nada y el sinsentido.

El cielo eléctrico fue la última imagen que rebotó en esos ojos abrazados a la nostalgia. El reloj digital marcaba en su idioma preciso y lúgubre la medianoche exacta.

La música se llamó al silencio.

Luego, la nada. Una etérea y difusa confusión.

CAPÍTULO 18

Cambio

No es la especie más fuerte la que sobrevive, ni la más inteligente,
sino la que responde mejor al cambio.
Charles Darwin

Gina se alojó en el Hotel Park Central, a exactamente 322 metros del Central Park. Lo había elegido porque no tenía pasado que la vinculara a ese lugar. No quería recuerdos, quería construir un presente propio, ajeno a todo y a todos en la medida de sus posibilidades.

Se había permitido organizar solo el primer destino, sabía que tendría una habitación en suite con televisión de pantalla plana de cuarenta y seis pulgadas, escritorio y caja fuerte.

El Redeye Grill del hotel preparaba platos de diferentes cocinas y en el Park Lounge podría beber cócteles.

Como huésped, podía asistir a un concierto en el Carnegie Hall o ver un espectáculo de Broadway en alguno de los teatros que había a menos de un kilómetro. Estaba ubicado muy cerca del Museo de Arte Moderno. Hasta en eso había pensado.

Al entrar en la habitación no se sorprendió al ver que era muy semejante a las imágenes que había mirado por internet. Una decoración minimalista. Edredones blancos, somier de primera calidad. Paredes grises combinadas en gris plomo y gris perla, con cortinas estampadas en las mismas tonalidades. Un escritorio. Ventanales grandes desde los que podía observar el corazón de la ciudad y un cuadro que llamó su atención, porque mostraba la estatua de la Libertad de espaldas. No pudo evitar sonreír, nada más oportuno que una libertad que no le mostraba el rostro. Simbólico. Le gustó el ambiente. Pasaría allí algún tiempo, eso creía.

Se dirigió al baño y la sorprendió el cuadro que lo presidía. Una cara de mujer con múltiples tonalidades, estilo moderno y una mirada profunda. Si hubiera hablado, le habría dicho *Gina, ¿qué estás esperando?* Volvió a sonreír de su ocurrencia. Estaba disfrutando de la pintura. Eso también era algo que había perdido.

Sintió que le agradaba estar allí, sola. Despojada de todo y de todos. Abrió su equipaje, ordenó parte de él en el armario y se recostó en la cama. Suspiró frente a un cielo raso testigo de su incertidumbre.

Minutos después escuchó los mensajes de WhatsApp pendientes y se sintió tranquila por Isabella, no así por Diego. Les respondió a todos brevemente que había llegado bien y que saldría a pasear. Era posible que no tuviera wifi para comunicarse. Había decidido no pagar un servicio especial para su móvil en el exterior, porque justamente deseaba no estar pendiente de él. El celular la mantenía anclada a la

Gina que quería dejar atrás, al menos por un tiempo.

Se vistió de manera casual, pero elegante. Un pantalón negro, una camisa blanca y altos zuecos negros. Se dirigió al vestíbulo del hotel y salió de allí rezumando optimismo. Era ese el primer día de muchos otros. Su aventura diseñada a la luz de un cambio cuyo proceso desconocía, se había iniciado en el avión y continuaba en ese primer día en la Gran Manzana.

Caminó por el parque, observó a las personas, imaginó sus historias y se sentó en una banca en la que bebió un refresco. Respiraba un aire distinto. Reflexionó acerca de por qué lo sentía así, ya que no era más puro. Sin embargo, era sanador. Volvió a pensar en ello y advirtió la razón. Ese aire era más liviano, más suave y más dócil, porque no cargaba en su esencia la preocupación. Había logrado no pensar en nada más que en su presente. Sonrió desde el alma frente a ese hallazgo paradójicamente pequeño y gigante a la vez.

Después de un rato, sacó de su bolso el libro que la acompañaba. Había comenzado *El intenso calor de la luna,* de Gioconda Belli. Sentía cierta empatía con Emma, su protagonista, no tanto por su preocupación acerca de una inminente menopausia sino por el modo en que analizaba su imagen. Ambas querían cambios y deseaban saber cómo eran vistas por otros. Gina leía todo tipo de libros, pero elegía aquellos en los que, entre sus páginas, descubría algo de ella misma. Le gustaban las descripciones de sentimientos y de situaciones de la vida misma. No tenía paciencia para novelas históricas, enseguida se situaba en el momento y le sobraba mucha información que se extendía sobre lo mismo. Emma, en cambio, la divertía. Leía una desopilante escena de un accidente, cuando sintió apetito.

Se levantó y caminó en búsqueda de un lugar para almorzar. De pronto, algo la molestaba. Estaba incómoda. ¿Qué era?

Sus zapatos. ¿Por qué caminaba con tacos por Nueva York, sola, sin ningún evento al que asistir? Caminó. Siguió caminando indignada. Cada paso le marcaba ese enlace con su manera de vestirse, siempre impecable, casi inmaculada y discreta. Eligiera los tonos que fueran, de día o de noche, Gina era una modelo. ¿Quería en medio de esa búsqueda continuar con esa vestimenta formal? Los pasos se sumaron unos a otros y sus pensamientos se cruzaban con esa sensación de ahogo y de calor en sus pies. Había caminado mucho. ¿Sería esa la causa? En Colombia casi no caminaba. Siempre utilizaba su auto. Sin saber muy bien en cuánto tiempo, el apetito había desaparecido y ella estaba de pie delante de Massimo Dutti, una tienda de varios pisos en la Quinta Avenida que parecía invitarla a pasar. Lo hizo.

Guiada más por instinto que por convicción estaba eligiendo un calzado cómodo. La empleada, en un perfecto inglés, le contó que el nombre del diseño era *Bamba serpiente*. Se trataba de un calzado deportivo de diseñador, estampado de reptil con tres tiras que se sujetaban con un abrojo. Se enamoró de ellas. Al probarlas, sintió un inmenso placer. De inmediato eligió un bolso que combinaba. Era un modelo amplio y desestructurado. Jamás hubiera comprado ninguna de las dos cosas en Colombia. Luego se dio cuenta de que tampoco quería su pantalón negro ni su camisa. Decidida, entró en el cambiador, después de pedirle a la vendedora un jean y una camiseta que combinaran. Le acercó varias en diferentes colores. Se probó y todas le gustaron. Agregó además otro jean blanco y dos shorts para combinar las distintas variables.

Miró la imagen que le devolvía el espejo con cada conjunto. ¿Quién era? No se reconoció allí, pero le provocó placer lo que vio. Entonces, sus ojos se detuvieron en un maniquí estupendo. Una figura de mujer feliz lucía un vestido con flores azules sobre un fondo claro. Además, un sombrero color marfil y gafas. Se sintió irremediablemente atraída por esa moda informal. Ella nunca compraba ese estilo de prendas. ¿Sería capaz de usarlas? Fue entonces cuando la empleada, advirtió su interés y la instó a probárselo augurando una gran venta. Cuando Gina se observó, sonrió ante su nuevo yo. Se sentía estupenda. Decidió que, así como su interior comenzaba a descubrir el placer de sentirse libre, también lo que le mostraba al mundo tenía que cambiar. Compró el conjunto completo también.

–¿No quiere ver algún otro vestido? –le ofreció la vendedora con una sonrisa.

–Me parece bien, tráeme el que creas que debería usar –respondió. La empleada era joven y lo que le trajera le diría como la veía. Se divertiría con eso. Pocos minutos después, la joven regresó con un vestido rojo con muchos pliegues en la falda de manera superpuesta. Ajustado y sin escote. Era un color vivo sin ser exagerado. Se lo probó y la sorpresa fue descubrir que tenía la espalda descubierta. Se reía de sí misma imaginando adónde podía ir con un vestido así. Sin embargo, algo la impulsó a llevarlo también, lo peor que podía suceder era que no se animara a usarlo.

Un rato después, había comprado un sombrero más chico y otro par de lentes de sol, además de otro vestido bordado en tonalidades de verde con un pronunciado escote.

Después de haber pagado, le pidió a la vendedora que le quitara las etiquetas a lo que iba a llevarse puesto y que embolsara lo demás.

Cambió sus objetos personales de bolso.

Una mujer interesante, con determinación y actitud diferente, salió de la tienda llena de bolsas vistiendo ropa cómoda y simple pero con estilo. Algo más se subvertía en ella. Sentirse distinta y renovada le daba una nueva energía. Brillaba su mirada... Al salir de la tienda, el aire era todavía más liviano. ¿Era eso posible?

Caminaba segura de sí misma. Disfrutando de una rara sensación de plenitud, distraída del entorno, del mundo interno y del futuro. Su pensamiento la enredaba en un "aquí y ahora". Almorzó en un bar de comidas rápidas y salió de allí para continuar recorriendo a pie la ciudad. Sumergida en ese nuevo lugar que comenzaba a ocupar en el mundo, a pocos metros de distancia, reaccionó de golpe cuando alguien que no pudo ver le arrebató su bolso nuevo y salió corriendo en dirección al lugar donde había almorzado. Cuando el ladrón pasaba por delante de la puerta, un hombre salió apresurado. Gina gritaba en español olvidando que debía hacerlo en inglés. Sin embargo, su salvador advirtió de inmediato lo que ocurría, justo cuando el joven lo llevaba por delante, tropezaba y caía al suelo.

Gina soltó las bolsas que traía y corrió hacia allí para recuperar lo que le pertenecía. No era el bolso. Era el arrebato lo que la impulsaba. Ya nadie iba a quitarle nada que fuera suyo. Ni siquiera ese delincuente en Nueva York. Agradeció su calzado. Llegó casi exhausta. Su salvador había recuperado el bolso y un policía aprehendía al muchacho. Todo funcionaba en Estados Unidos. ¿Cómo ese policía había llegado allí tan rápido? ¿O acaso estaba y ella no lo había visto?

Agitada y ya adoptando el idioma del lugar, que sabía hablar muy bien, se acercó al hombre que sonreía con su bolso en la mano.

–Creo que esto le pertenece –dijo.

–Así es, acabo de comprarlo –agregó mientras recuperaba el aire–. ¡Gracias!

–No he sido justamente un héroe señora. Más bien el azar me puso en medio en el momento justo –explicó–. No hubiera podido perseguirlo –dijo y miró su abultado abdomen–. Él simplemente chocó contra mí, tropezó y cayó. En el bar había un policía que se hizo cargo enseguida de controlar la situación.

A Gina le agradó la simpleza de ese hombre quien, lejos de pretender que había hecho algo importante, solo lo interpretaba como una jugada del destino en su favor.

–Bueno, del modo que haya sido, le agradezco. De no haber estado usted allí, yo no habría recuperado mi bolso.

–¿Cree que podemos compartir un refresco? –preguntó sorprendiéndola–. ¿Cómo es su nombre?

–Gina –respondió. Pensó en la amabilidad neoyorquina. Luego se dijo que eso era otra cosa. Claramente le había gustado a ese extraño. ¿Debía aceptar? ¿Por qué no? Después de todo era solo una bebida.

–¿Debo tomar su silencio como un sí? ¿Es mi día de suerte? ¡Recupero casi sin saber cómo el bolso de una bella dama y ella acepta compartir un trago conmigo! –luego de escucharse y sin que Gina pronunciara palabra continuó–. Disculpe, no suelo ser así de atrevido. No hay ninguna razón para que alguien como usted se fije en alguien como yo –afirmó.

La autoestima tan baja de ese hombre anónimo le dio pena. Quizá porque con su accionar había llevado la suya muy alto. Se había sentido atractiva.

–No iré a beber un refresco con usted, pero quiero que sepa que le ha dado a este día algo que siempre recordaré. Tampoco lo olvidaré a usted.

–¿Qué le he dado? –preguntó con curiosidad.

–Me dio el impulso de correr por lo que es mío y la espontaneidad de sus palabras. Créame si le digo que había perdido eso.

El hombre sonrió.

–Mi nombre es John y cada día regreso a este lugar a la misma hora. Si alguna vez cambia de opinión la invitación sigue en pie.

–Muchas gracias.

–¡Muy lindo su calzado! –agregó.

Gina se sintió profundamente halagada. Todo había sido una gran decisión. En ese momento, una joven le alcanzó las bolsas que había dejado caer al iniciar la corrida.

Regresó al hotel. Era feliz. No había pensado en nada más que en ella. Recordó a Paul. ¿Era una buena idea cenar con él? Buscó en el bolso la tarjeta con su número telefónico.

Se sintió libre al no haber utilizado su móvil para nada.

CAPÍTULO 19

Secreto

Solo sé que algunas veces tendrás que romperte
para saber qué tienes adentro.
Benjamín Griss

Isabella llegó a su trabajo más tranquila. El hecho de no estar embarazada le daba una tregua para poder pensar de qué manera hablar con su esposo. Él nunca supo de su atraso, porque ella evitó decírselo. Sentía culpa por el presente y por el pasado. No podía contarle algo que en lugar de felicidad le había provocado una profunda preocupación. Si bien le decía a su familia que era feliz con Luciano, la verdad era que no. Se había casado con una idea del matrimonio que no coincidía con su realidad. Peor aún, distaba mucho de ella. Por eso, eran muchos los días en que estaba angustiada. Lo vivía como un fracaso irremediable. Su madre tenía razón. Eso no era lo que debía suceder a tan solo un año de casada. ¿Por qué permanecía en un lugar en el que no era feliz? Suponía que no era capaz de otra cosa. Estaba en deuda. Sentía responsabilidad, su rol de esposa debía adecuarse a las circunstancias. Pensaba en eso ya sentada en su oficina, lista para escribir la columna de esa semana. Se ocupaba de la sección femenina y paradójicamente, escribía con gran éxito sobre temáticas vinculadas a mujeres independientes y situaciones de pareja.

–¡Hola, Isabella! –la saludó Matías–. *¿Come stai?* –le preguntó en italiano. Era su compañero de trabajo, el jefe de diseño. Ese amigo incondicional con quien compartía su verdad. Su único real confidente. También él le contaba su vida, su novia lo había abandonado por otro hombre hacía algunos meses. Al principio, parecía no poder superarlo, pero luego había dejado de nombrarla. Nunca la había perdonado. El amor podía terminar, pero salir por la puerta de la infidelidad de una relación no era necesario.

–Diría bien pero no sería cierto, amigo mío.

–¿Qué sucedió? Embarazada no estás. ¿Entonces? –preguntó sorprendido. Estaba al tanto del resultado negativo. Ella se lo había contado aliviada.

–Es cierto, pero siento que debo hablar con él. No ocurrió en esta oportunidad, pero puede suceder en cualquier momento. Luciano quiere tener un hijo y siempre logra lo que desea. Y yo… bueno, yo no creo que sea el momento. Es más, creo que esa noche no se cuidó a propósito. Volverá a hacerlo.

Matías sintió una puntada en el alma. ¿Cómo era posible que Isabella soportara tanta presión? ¿A cambio de qué?

–No debes permitírselo. Esa es una decisión compartida. Debería

serlo.

–Sí. Tienes razón. Lo sé, pero algo no está bien conmigo. No sé poner límites –dijo. Era parcialmente cierto.

–Sí sabes. Ocurre que él te ignora y eso no puede ser. Soy tu amigo –dijo indignado por sostener ese rol–, por eso te lo digo. Debes ponerte firme. Defender tus ideas –agregó.

Se había enamorado de ella y sufría en silencio por no ser capaz de decírselo. No quería arriesgar la relación que tenían y claramente, si él confesaba sus sentimientos, ella se alejaría. Quizá incluso Luciano lograría averiguarlo. La intuición del esposo lo guiaba a sacarla de su empleo no solo por egoísmo, sino también por celos. Luciano no soportaba a Matías. Continuamente lo descalificaba delante de Isabella. Ella no lo defendía demasiado para no discutir.

–Gracias pero no es tan fácil. Sé que cuento contigo, que eres mi amigo incondicional. Quizá el único –dijo pensando que desde que estaba con Luciano poco a poco se había alejado de sus amigas hasta el extremo de solo saludarse para los cumpleaños.

Matías permaneció un minuto en silencio. Esa fracción de tiempo en la que cada día creía que podía hallar la oportunidad y la valentía de ser sincero con ella. Pero no fue capaz. Podía ayudarla desde la amistad. En cambio, si le confesaba sus sentimientos era posible que todo se derrumbara.

–Isabella, yo no soy un filósofo ni pretendo serlo. Tampoco leo autoayuda y voy a terapia, lo cual no me define como un buen consejero en cuestiones de la vida… –comenzó.

Ella esbozó una risa espontánea.

–No te hagas más publicidad de ese tipo o dejaré de oírte –dijo–. Vamos, no estoy en mi mejor momento para elevar tu autoestima –comentó.

–Cierto, soy yo quien debe apoyarte –bromeó–. Bueno, sin tantos rodeos, lo que digo es que no entiendo por qué te conformas con una pareja que no te hace feliz. La vida es demasiado corta. Solo tenemos el ahora y, sin darnos cuenta, eso también pertenece al pasado en un suspiro. ¿Cómo imaginas tus próximos años? ¿Los treinta? ¿Los cuarenta?

–No suelo detenerme a imaginar el futuro, Matías. Me asusta… Luciano, me hace feliz –reaccionó.

–¿Cuándo? –preguntó de inmediato y sin meditar.

–A veces…

–A veces es poco. Debería ocurrir la mayoría de las veces. ¿Y si fue un error? ¿Y si no debiste casarte?

Isabella había reflexionado sobre ello en la soledad de sus

pensamientos, pero no se había atrevido a ponerle palabras a esa idea, en primer lugar, por culpa. Luego por miedo a ser juzgada. Sobre todo por su familia y por sus propios remordimientos. Miró a Matías y vio en su mirada la comprensión que necesitaba.

–Te confieso que lo he pensado –dijo por fin. Sintió que su mochila de culpas se alivianaba.

–¿En serio? –preguntó sin poder disimular su esperanza.

–Matías, ¡cualquiera diría que te alegra! –agregó por su expresión.

–En realidad, me alegra. Mucho –no mentiría en eso. Solo omitiría parte de la verdad.

–No es para alegrarse…

–Sí, lo es. Lo mejor que puede ocurrirnos es ser capaces de ver nuestros errores para poder enmendarlos. No es sano negar lo que nos sucede. Por eso me alegro. Es un gran paso que lo hayas pensado.

–No es para tanto. Lo pensé, es cierto, pero no podría separarme.

–¿Por qué no?

–Porque lo viviría como un absoluto fracaso. Le debo mucho. Además, mis padres me regalaron una gran fiesta y…

–No hablas en serio, ¿verdad? –interrumpió–. ¿A quién le interesa la fiesta? Tus padres no están en la indigencia. Además, ellos se están separando. No sería lógico que te cuestionaran.

Su amigo tenía razón. De pronto una gran tristeza la inundó y tuvo ganas de llorar. Matías adivinó su angustia. Sus ojos tenían otro brillo cuando sufría. Ella se levantó y se ubicó de espaldas frente a la ventana, sin responder. Él la siguió y en silenció, la obligó a girar sobre sí misma y la abrazó.

–Perdón, no quiero ser cruel contigo. Es que no resisto que vivas sin tener todo lo que mereces ni que te escondas detrás de una realidad que puede cambiar si te lo propones.

–No lo entenderías.

Ella apoyó su rostro sobre el pecho de él y lloró. Su rímel de color negro manchó la camisa blanca de Matías. Sintió alivio. No podía darle la razón desde la palabra. Él comprendía de todas maneras. Sus brazos fueron como un refugio.

Matías se estremeció. La cercanía del cuerpo de Isabella le provocaba una sensación de plenitud desconocida. Le daba un sentido diferente a sus proyectos. No pudo evitar imaginar cómo sería abrazarla en otras circunstancias, sin limitar sus sentimientos. Suspiró. *¿Por qué estaría en deuda toda la vida con un hombre como su esposo?*, pensó.

–Gracias, Matías. Discúlpame por esta escena. Estoy muy sensible y eres la única persona con quien me atrevo a mostrar mis verdaderos

miedos. A mi madre, la escucho, pero no logro ser completamente honesta –respondió apartándose.

–¿Miedos? ¿Cuáles son? ¿Por qué dices que le debes mucho? –preguntó todo a la vez. Sintió que él era especial para ella. Algo en su mirada le daba el derecho a saber. Ya no la abrazaba y ocupaban una silla a cada lado del escritorio.

–Tengo miedo a la soledad, al fracaso, a los errores, a no ser capaz de perdonarme… –evitó decir la razón por la que se sentía en deuda con Luciano.

–Nunca estarás sola y creo que reconocer una equivocación no es fracasar, más bien es lo contrario. Respecto de perdonarte, no entiendo. ¿Por qué tendrías que hacerlo?

–Hay cosas que aún no te he contado…

–¿Qué secreto hay dentro ti, Isabella? ¿Qué no me has dicho?

En ese momento, ingresó la directora de la editorial, Lucía.

–Isabella, necesito que la columna de esta semana aborde un tema concreto.

–Está bien. ¿Cuál? –preguntó. Su jefa no daba opciones, eran órdenes.

–El perdón –dijo como si hubiera sabido de lo que habían hablado minutos antes.

Isabella y Matías se miraron sorprendidos.

–Parece que el universo no pierde tiempo en enviar señales –murmuró él. Ella sonrió con cierta complicidad al tiempo que respondía.

–Está bien. Trabajaré en esa idea.

–¿Qué le sucedió a tu camisa, Matías? Espero no sea lo que creo. El trabajo no debe mezclarse con otras cuestiones –afirmó y se retiró sin darles tiempo a contestar.

Entre avergonzados y humillados, pero acostumbrados a los modos directos de Lucía, ambos observaron el rímel que como un sello de confianza escribía en la tela blanca un inmenso "gracias" para los ojos de Isabella y un "te amo" para los de Matías. No siempre las personas veían lo mismo. Aunque la realidad era evidente.

CAPÍTULO 20

Noticias

Aunque pudiera estar en mil sitios a la vez, tengo claro que seguiría agarrándome a la misma mano, cada vez que sintiera que estoy perdido. La tuya.

Miguel Gane

Josefina aprobó su examen de Derecho Penal y almorzó cerca de la facultad con sus compañeras. Conversaron animadamente sobre los temas evaluados, sus novios y sus proyectos. Era una joven muy dulce y emprendedora. Amaba a su familia y por sobre todas las cosas, amaba a Andrés. Su vida tenía otro sentido desde que la compartía con él.

Se habían conocido de manera casi casual, cuando él había ido a solicitar trabajo a la empresa de su padre. Ella lo atendió ese día porque estaba reemplazando a la empleada que se había ausentado por enfermedad. No imaginaron que ese día sus vidas cambiarían.

Completamente atraída por su espontaneidad y su simpleza, le había costado disimular la irremediable atracción que le despertaba. Su mirada hablaba el idioma de la sinceridad, la humildad y los valores. Eso no era fácil de hallar y Josefina lo había reconocido en él de inmediato. Luego, su padre, que necesitaba ayuda, había simpatizado con él y le había dado el trabajo. Lo demás sucedió casi como si el destino hubiera seguido un plan sin tropiezos. Todo era perfecto. Sus padres, gente sencilla y de trabajo, solo querían una hija feliz, que tuviera a su lado a alguien que la valorara y la cuidara. Era hija única, por lo que el día que ellos faltaran, siendo una familia sin tíos ni primos ni abuelos, sería su pareja quien la acompañara. Andrés reunía todo lo que cualquier padre desea para una hija.

Por su parte, Andrés, que hasta ese momento solo había tenido relaciones pasajeras, vio en ella a una joven simpática, inteligente y linda. Aquel día, no supo que sería el amor de su vida, pero sintió que podía estar delante de alguien diferente. Había sido muy prudente. Tiempo después de estar trabajando y compartiendo conversaciones con ella, le dijo a su padre que deseaba invitarla a salir, pero que no quería hacerlo sin que él lo supiera. El hombre, quien por supuesto ya se había dado cuenta de que se gustaban, solo le pidió que no la hiciera sufrir. En lo demás, que la vida decidiera lo que debiera ser.

Luego de la reunión posexamen con sus amigas, Josefina se dirigió al consultorio de la doctora. Camila Clark era su ginecóloga desde que había tenido su primera relación sexual a los dieciséis. Tenía veintidós.

Ya allí y luego de una conversación previa sobre cuestiones varias sin importancia, Josefina le entregó los resultados de sus estudios. La profesional los abrió y de a poco su sonrisa se fue desdibujando.

–Quería comentarte que he tenido algunas pérdidas fuera de mi ciclo, supongo que es estrés. He estado muy pendiente de mis exámenes –comentó.

–Dime, Josefina, ¿notaste algún otro cambio?

–Nada importante. ¡Todo se relaciona con mis nervios académicos! –sonrió.

La médica hizo una pausa. Los resultados estaban allí, delante de sus ojos y no había dudas. ¿Cómo decirle a una joven entusiasta y hermosa que había dos amenazas sobre su vida? Permaneció en silencio un instante mientras seguía observando los resultados y escuchaba de fondo la voz jovial y fresca de su paciente.

–¿Qué sucede, doc? –preguntó al darle la sensación de que no la escuchaba.

–Hay algo aquí que no debería estar… dos cuestiones en realidad –comenzó.

–¿Qué?

–Bueno, la prueba de Papanicolaou es un examen que puede ayudar a detectar y prevenir cuestiones en el cuello uterino –fue cuidadosa y utilizó la palabra cuestiones para no usar la palabra cáncer. No quería asustarla–. Se toman células del cuello uterino, la porción final, inferior y estrecha del útero que se conecta con la vagina. Las células se analizan para ver si son o si presentan signos de que podrían convertirse en algo malo.

–¿Tengo cáncer? –preguntó con ímpetu, sin poder creer lo que había dicho.

–Se encontraron células anormales en tu cuello uterino. La mayoría de las mujeres con resultados anormales no tiene cáncer de cuello uterino. Sin embargo, voy a recomendar pruebas de seguimiento para vigilar esas células. Muchas células vuelven solas a la normalidad.

–¿Y qué sucede si eso no ocurre? –preguntó seria y consciente de la situación.

–Si eso no sucede, pueden convertirse en cancerosas si no se tratan. La buena noticia es que nos ocuparemos de eso.

–¿Buena noticia?

–Sí, es buena noticia. Es la ventaja de hacerse controles.

–No veo buena noticia alguna en un Papanicolaou con un mal resultado.

–No nos adelantemos. Vamos a ocuparnos de los próximos estudios.

–Mencionó dos cuestiones… ¿Cuál es la otra? No creo que se refiera a dos células.

–No. Hay micro calcificaciones en el resultado de la ecografía

mamaria. Tampoco deberían estar allí –omitió decir que por sus características podían ser malignas. Se refería a que eran heterogéneas en forma y tamaño, anguladas e irregulares y estaban agrupadas en un área determinada de la mama derecha.

–A ver si comprendo. ¿Tengo dos números para el sorteo de enfermedades?

–No, tienes dos resultados de los que hay que ocuparse. O sea, tu rutina de control cumple su propósito y lo que sea que resulte de nuevos estudios será para detectar o descartar algo tempranamente.

–Eres muy sutil, pero no olvides que estudio Derecho. Tú hablas de la mitad de la biblioteca que me favorece y yo trato de entender la otra mitad, la que me somete a riesgos.

–Mira, dejemos las bibliotecas en reposo hasta tener nuevos resultados –agregó. Emitió las órdenes para las prácticas en medio de un silencio perturbador. Le explicó que debería realizar una biopsia y que ese estudio se realizaba en quirófano.

–Doctora, esto es entre usted y yo. No quiero que lo sepan mis padres.

–Se hará a tu manera, aunque sugiero que alguien de tu entorno sepa lo que sucede.

–Mi novio. Solo él –respondió–. Solo la autorizo a que hable con él.

Josefina salió del consultorio como si caminara por el aire, no sentía su contacto con el suelo ni con la realidad. Ella tenía planes y para eso necesitaba salud. Nunca se había detenido en su importancia hasta ese momento. La salud era inherente a los jóvenes. ¿Por qué ella era una excepción a esa regla?

Llamó a Andrés.

–Vida, ¿estás ocupado?

–Nunca para ti. Estoy en el trabajo, pero te escucho.

–No me siento bien. ¿Podrías pedirle permiso a papá y venir por mí?

–¿Qué tienes?

¿Podía decirlo en una comunicación?

–Dos malas noticias –respondió, y le contó dónde estaba.

–Voy por ti, ahora –dijo muy preocupado al recordar que tenía cita con la ginecóloga.

–No le digas a mis padres. Por favor.

–No lo haré.

A Andrés no le gustó ni el tono ni el modo en que ella se había expresado. La alegría diaria de su voz se había apagado. Desde su intuición era preocupante. Internamente, sintió pánico. ¿Acaso podía sucederle algo grave a Josefina? De inmediato intentó descartar eso

como una posibilidad, pero no pudo. Al mismo tiempo, ella sintió una lágrima fría rodar por su rostro.

Un rato después, ella lloraba sobre su pecho tibio luego de contarle lo ocurrido y él, apretaba su mano. Sentía que su vida se rompía en infinitos pedazos. No era justo.

Hicieron un pacto de silencio. Se ocuparían ambos de todo lo que hubiera que hacer, pero era voluntad de Josefina no preocupar a sus padres.

¿Qué pasaba con la vida que se ensañaba con estropear lo que era perfecto? Quizá fuera justamente ese su trabajo, demostrar que nada lo era.

Andrés llamó a su padre. Francisco no respondió. En su lugar el contestador de voz le dio a ese instante sabor a vacío.

CAPÍTULO 21

Niebla

Nadie se queja de la niebla. Ahora ya sé por qué: aunque resulte molesta, permite hundirse en ella y sentirse seguro.

Ken Kesey

Diego no tenía un mejor amigo. Era un joven que compartía espacios con sus compañeros de facultad y se llevaba bien con todos, pero no era confidente de ninguno. Porque no contaba su vida a excepción de a sus hermanos, y solo en algunas oportunidades. Aunque siempre tenía un consejo lógico para quien acudía a él en busca de apoyo. Todo en su memoria emocional era la historia correlativa de capítulos que se acumulaban en su interior. No le gustaba demostrar sus emociones. Solo a Ángeles le había dado esa oportunidad y era evidente que había sido un error.

Después de que ella se bajó del auto, condujo sin saber adónde ir. Había permanecido estacionado sin consciencia del horario, solo pensando, largo rato, horas quizá. Había perdido la unidad de medida de su tiempo. Su reloj marcaba la hora del dolor y del enojo. La noche se había cerrado en una lluvia intensa, que caía como una mentira sobre su alma. Todo era tan inesperado como frío. Escuchaba el sonido de las gotas golpear contra el capó. Una injusticia nueva crecía sobre los cimientos firmes de sus convicciones. Se concentró en el camino de regreso a su casa. Los relámpagos asustaban a Parker, seguro estaría junto a Chloé acurrucado en su cama, esperándolo. De pronto le urgió llegar. Estaba a dos cuadras. La niebla se tragaba sus proyectos con su ceguera. Le gustaba conducir como a su padre. La lluvia seguía lanzando interrogantes contra el asfalto. El cielo se partió de pronto en una grieta eléctrica que iluminó el sinsentido en el que su vida se había convertido. Y en ese instante pudo ver un accidente en la esquina. Los faros de algún vehículo iluminaban la noche. Aceleró. Olvidando la traición, dejó espacio al ser solidario que vivía en él. Más cerca vio una camioneta y una motocicleta que habían chocado. Se sacó el cinturón de seguridad y bajó para auxiliar a las personas, mientras con su celular llamaba a emergencias y daba la ubicación. Se acercó a la camioneta y sus latidos casi le estallan en el pecho. Era la de su padre. Tuvo miedo de mirar al lugar del conductor, pero lo hizo. Francisco estaba desvanecido. No pudo ver al otro conductor. Seguramente había sido arrojado por el aire con el impacto. No lo buscó. No supo si no era posible verlo o si su desesperación no se lo permitió. Se centró en su padre. ¿Podía el destino ser tan cruel? Escapaba de lo que creía la peor traición de su vida y ahora estaba en medio de un accidente de tránsito, extraviado en la noche de lluvia más sepulcral que recordaría nunca, justo en la

esquina del que había sido un hogar feliz. Sin duda, Francisco se dirigía a la casa cuando la motocicleta lo embistió por la niebla. Como pudo, metió el brazo entre las chapas dañadas y le apoyó sus dedos en el cuello para constatar si tenía pulso.

Tenía.

Estaba con vida.

Había sangre.

Mucha.

Intentaba hablarle, pero ninguna palabra salía de su boca.

Estaba en shock. Quería pedirle que no muriera. Decirle que lo necesitaba, que lo amaba, que estaba triste, que Ángeles era una mentirosa, que su madre no debió viajar sola, que lo angustiaba que se hubieran separado, pero sus deseos de decir murieron en el mismo silencio que lo rodeaba casi siempre. No sabía expresar sus emociones muy bien y no le gustaba hacerlo. En aquellas circunstancias hubiera querido ser diferente.

Sintió cercanas las sirenas que anunciaban la ayuda que se aproximaba. Casi enseguida, ambulancias y bomberos trabajaban para sacarlo del auto. Escuchó que la otra persona yacía a pocos metros y había fallecido.

–¿Usted avisó al 911? –lo interrogó un policía mientras él no lograba quitar la vista de la camioneta de su padre transformada en un pedazo de amargura abollada contra la vida.

–Sí.

–Bien. Le tomaré sus datos y puede irse. Nosotros nos ocuparemos de la situación.

–No.

–¿No? Escuche, usted está en shock, ya hizo suficiente. Regrese a su hogar.

–No puedo irme. Ese hombre es mi padre –dijo. Miró en la dirección de los médicos y bomberos que lo ubicaban en una camilla con una máscara y lo subían a la ambulancia. Estaba ensangrentado y sin conocimiento.

El policía no comprendía la situación.

–¿Él le avisó?

–No. Vivimos en la cuadra. Ambos regresábamos a la casa con diferencia de algunos minutos –explicó. Omitió decir que su padre ya no vivía allí. No era relevante.

El tiempo transcurría lentamente. Los vecinos se acercaban en medio de la incómoda lluvia. Diego no habló con nadie. Los oía decir cosas que no comprendía. Siguió a la ambulancia en su auto y dio los datos de su padre en el hospital.

Desde la sala de espera, llamó a Ignacio. El amigo de su padre era la mejor opción. Cuando supiera algo más se comunicaría con sus hermanos. Andrés estaba en casa de Josefina, no tenía manera de enterarse de lo que había pasado. Pensó en Gina. La juzgó por no estar y la condenó a permanecer al margen de lo ocurrido. La suerte estaba echada, pero esta vez el destino había tirado los dados.

Ignacio llegó de inmediato y se hizo cargo de la situación. Francisco estaba vivo. Tenía fractura abierta de tibia y lo estaban operando. Los estudios no habían evidenciado lesiones graves internas.

–Diego, debemos avisarle a tu mamá y a tus hermanos –dijo Ignacio mientras esperaban que terminara la cirugía y les informaran el resultado.

–No creo que haya que llamar a mamá. Ella está de viaje y poco puede hacer.

–Lo sé, pero debe saberlo.

–No regresará. Acaba de irse.

–Eso no importa. Es su derecho –agregó.

–Están separados –dijo Diego–. Yo no voy a llamarla –había reproche en sus palabras.

–Está bien. Yo me ocuparé de hablar con ella.

–Por favor, primero comunícate con mis hermanos. Yo no tengo ganas de hablar.

–¿Alcanzaste a hablar con él?

–No… –entonces su propia historia con Ángeles regresó a su memoria–. Yo solo conducía de regreso a casa y lo encontré. Estaba desvanecido. Los vecinos dijeron que llegué minutos después de que el accidente había ocurrido.

Ignacio se comunicó con Andrés.

–Hola. ¿Qué sucede? ¿Por qué un llamado a esta hora? –la madrugada indicaba la gravedad del tema.

–Tu padre tuvo un accidente. Está en cirugía. Nos han informado que está fuera de peligro, aunque tiene múltiples traumatismos por el impacto. La fractura abierta de tibia es lo más serio, ha dañado mucho su pierna.

Andrés observó a Jo que dormía a su lado. Recordó su trágico día y sintió que el mundo se derrumbaba por segunda vez sobre él. Procuró mantenerse tranquilo. En estado de emergencia, perder la calma no ayudaba.

–¿Saben mis hermanos?

–Diego lo encontró. Está aquí conmigo. Ahora llamaré a Isabella. Estamos en el hospital.

–Yo me ocupo de mi hermana. ¿Y mamá? ¿Sabe?

–No. Ahora le avisaré.

Ignacio sintió mucha tristeza al ver cómo esa familia estaba dividida por las circunstancias. Solo agradecía que su amigo hubiera sobrevivido. No deseaba que Gina regresara, pero debía cumplir con avisarle. Llamó a su celular.

Gina descansaba en su hotel, no había llamado a Paul finalmente. Cuando vio el nombre de Ignacio en la pantalla, supo que era una mala noticia.

–¿Qué sucedió? –preguntó sin saludar.

–Hola, Gina… Francisco tuvo un accidente de tránsito. Una moto lo embistió en medio de una noche de lluvia y niebla. Prácticamente se incrustó en su puerta. Lo están operando, tiene muy dañada la pierna izquierda. Fractura abierta de tibia, dijeron… Pensé que debías saberlo –agregó.

Silencio.

Culpa.

Más silencio.

–¿Mis hijos?

–Diego lo encontró. Fue en la esquina de la casa. Andrés e Isabella vienen para el hospital.

–¿Por qué no me avisaron ellos? –preguntó aunque conocía la respuesta. Ella se había ido y no estaban de acuerdo con su ausencia.

–No lo sé.

–¿Corre riesgo su vida?

–No lo sé todavía. Estimo que no aunque será una larga recuperación.

Silencio.

¿Debía regresar?

¿Por qué justo cuando su búsqueda comenzaba a encontrar su norte, otra vez la vida le imponía dudas sobre priorizarse?

Lágrimas y pena.

Culpa.

Silencio.

CAPÍTULO 22

Firme

La única manera de lidiar con un mundo sin libertad es llegar a ser tan absolutamente libre que tu misma existencia sea un acto de rebelión.

Albert Camus

Francisco salió de cirugía. El cirujano se dirigió a Ignacio y a los hijos de su paciente.

–La lesión más importante está en su pierna izquierda. Tiene, como he informado, fractura abierta de tibia.

–¿Qué es eso? –preguntó Isabella, muy nerviosa. El solo hecho de estar en un hospital le quitaba tranquilidad y además, los accidentes de tránsito le recordaban situaciones que deseaba olvidar.

–Significa que es una herida en la que se ve el hueso. El mismo sale a través de la piel. Limpiamos en quirófano la herida, retiramos el tejido muerto, alineamos la fractura que estaba separada y pusimos un clavo endomedular, es decir dentro del hueso. Eso implica, según la evolución, quizá otra intervención y una recuperación que no será inmediata. De momento permanecerá internado.

–¿Podemos verlo? –preguntó Diego.

–Sí. Deben aguardar un rato. Los mantendré informados.

Isabella, Andrés y Diego junto a Ignacio agradecieron el parte médico y se quedaron en la sala de espera aguardando la autorización para verlo.

Los chicos se veían mal. Demacrados y tristes. Ignacio no podía determinar cuál de ellos estaba peor. Andrés mostraba un equilibrio racional, pero la angustia en su mirada era tan profunda que evidenciaba que el proceso iba por su interior. Isabella lloraba y Diego permanecía en silencio.

–¿Hablaste con mamá? –preguntó Isabella a Ignacio cuando estuvo más calmada.

–Sí.

–¿Cuándo regresa?

–No me dijo.

–¿Cómo que no te dijo?

–No. No lo hizo. Quizá sea mejor que no lo haga.

–Isabella, mamá no es parte en esta cuestión. Ella se fue. Ella decidió la separación. No creo que papá la necesite ahora aquí –refutó Diego.

–Diego, mamá está pasando por un momento difícil también. No fue fácil para ella –la defendió.

–No me digas... ¿En serio? ¿De verdad crees que es muy difícil para ella descansar en Nueva York? –preguntó irónicamente–. Por favor, no seas ingenua. Ya no le interesa nada. Ni siquiera nosotros.

–Ya basta –intervino Andrés–. No estamos para juzgar a mamá, sino para ayudar a papá. No creo que ella deba volver.

–Yo sí –agregó Isabella–. Y sé que lo hará. Tomó su móvil y la llamó.

Gina vio el nombre de su hija en la pantalla del celular. No quería atenderla. Necesitaba pensar. Decidir qué hacer. ¿Cuál sería el siguiente paso?

Isabella insistía.

–No te responde. ¡Qué increíble! –dijo Diego indignado.

Finalmente, Gina tomó coraje.

–Hola, Bella. ¿Cómo están? Hablé con Ignacio, sé lo que sucedió.

–Mal. Estamos mal. ¿De qué otro modo podríamos estar? –su voz era combativa.

–¿Pudieron verlo? –preguntó omitiendo el tono.

–Estamos esperando. Tal vez deba pasar por más cirugías. Su pierna izquierda está muy dañada. ¿Cuándo regresarás?

Gina sintió sus palabras como un golpe feroz en sus decisiones. *¿Cuándo regresarás?* Se repetían una y otra vez como un eco que no le permitía hablar. Claramente ese "cuándo" daba por hecho que lo haría. Para su hija solo era una cuestión de determinar qué vuelo abordar. Una fecha. Pero no era solo eso para Gina. ¿Qué debía contestar? ¿Podía darle una respuesta cuando todavía no había podido centrarse en lo que realmente quería hacer? Por supuesto lamentaba tremendamente lo sucedido. No le deseaba nada malo a Francisco, era un buen hombre y el padre de sus hijos. Que ya no fuera feliz a su lado no borraba la vida que juntos habían compartido. Ese pensamiento la llevaba directamente a evaluar si debía interrumpir su viaje de inmediato. Quedarse con ese único día vivido y regresar a Bogotá.

Sin embargo, ¿qué podía hacer ella en ese caso? ¿Acompañar a sus hijos? ¿Cuidarlo? Lo cierto era que no estaba muerto ni grave. Solo herido y a punto de afrontar un trayecto de recuperación. No era una enfermedad terminal. Lo acompañaba su mejor amigo. Esa postura le permitía seguir firme con su búsqueda. Con culpa, pero podía continuar.

–Mamá, te hice una pregunta –la situación desquiciaba a Isabella. No soportaba los accidentes de tránsito ni sus consecuencias. Eran hechos que marcaban la vida de las personas y siempre negativamente. Ni siquiera los toleraba en las noticias.

–Y yo estoy pensando la respuesta. No lo sé. Mi presencia allá no cambiará lo ocurrido.

–¿Qué dices, mamá? Papá te necesita. Todos nosotros.

–Yo no –murmuró Diego, quien en verdad la necesitaba, pero jamás iba a reconocerlo.

–No es así, Bella. Ya no es así. Cada uno de ustedes conduce su propia vida y yo debo hacer lo mismo.

Una Isabella desconocida cortó la comunicación.

–Te dije que era inútil –dijo Diego.

Abrazó a su hermana quien lloró acongojada sobre su hombro. Una lágrima muda y hostil recorrió el rostro de Diego. Raspó su piel dejando una herida invisible donde el dolor escribía la palabra "abandono".

En ese instante, les avisaron que podían ingresar en la habitación de a uno, y así lo hicieron. Francisco dormía. No había despertado de la anestesia.

Mientras tanto en Nueva York, Gina estaba completamente triste y desorientada. Las paredes de la habitación se le venían encima. Sus compras ya no le interesaban. El espejo le devolvía la imagen de una mujer egoísta. Vio en ella todos sus miedos. Una mala madre, una peor hija y definitivamente, una lamentable esposa. ¿Acaso ese era el resumen del resultado de sus acciones?

¿Por qué, para sus hijos, Francisco era un mártir y ella, una insensible? ¿Por qué su dulce Bella estaba tan enojada? Antes de partir habían hablado en buenos términos como siempre. Enseguida, entendió que en ese momento había más cosas en juego. ¿Le sucedería algo más con Luciano?

Sin duda, Gina era el sostén de esa estructura familiar. Al partir, todos ellos, incluido Francisco, habían colapsado.

Llamó a Diego y no la atendió.

Intentó con su hijo mayor.

–Hola, Andrés…

–Hola, mamá –saludó sin decir nada más. Era obvio que también él le cuestionaba su ausencia.

–¿Cómo están las cosas?

–Voy a ser claro contigo. No estoy enojado por tu viaje, aunque no lo entiendo, pero aquí se anuncian tiempos difíciles. Si vas a regresar, está bien. Si decides lo contrario, no te preocupes. Yo me ocuparé de todo con Ignacio y los chicos. Pero debes saber algo, no estoy dispuesto a tener largas conferencias telefónicas o mantenerte informada por internet. Esto es simple: estás aquí o continúas tu aventura. No hay punto medio. *¿Capito?* Como tú dices. No quiero ser malo contigo, pero no hay margen para nada más. A todos nos suceden cosas –agregó.

Gina se quedó inmóvil. ¿Qué significaba ese "a todos nos suceden

cosas”? Su instinto materno la detuvo primero en las últimas palabras.

–¿Qué te ocurre, hijo?

–¿Escuchaste todo lo que dije?

–Sí. Muy bien.

–Bueno, la vida ocurre. Tengo que cortar. Me necesitan aquí. Adiós, mamá.

La vida no era justa. Gina estaba entre las redes de una situación que la tenía como rehén de sus miedos y la presionaba contra la culpa de sentir, después de mucho tiempo, que deseaba pensar en ella. No pretendía olvidar a los demás, pero ya no soportaba que fueran el eje central de su existencia. No era posible que su estado de ánimo, sus ilusiones y su bienestar tuvieran relación directa con lo que les ocurría a sus hijos o al padre de ellos o a los suyos. Ya no. Observó el cuadro simbólico de la habitación donde la estatua de la Libertad le daba la espalda. Veinticinco años había sido suficiente tiempo. Sabía bien que Andrés ocultaba algo, Diego arrastraba un embarazo y la decisión de abandonar la facultad, Isabella, su infelicidad, y Francisco, su frustración. ¿Y ella? ¿Qué sentía Gina Rivera?

Se acercó y miró a través de la ventana. De pronto, el nudo que atosigaba su garganta se desató. Un manto de claridad se deslizó sobre sus pensamientos. Cada uno de sus hijos haría lo que tuviera pensado, con aciertos y errores. Era tiempo de que ella pudiera soltarlos. No sabía si ellos dependían de su madre, pero sí estaba segura de que ella había dependido siempre de ellos.

Gina Rivera sentía un fervoroso deseo de ser libre. Hallar las respuestas a las preguntas que todavía no había descubierto, pero que estaban allí esperando por su atención.

Gina Rivera quería ser lo primero en su vida y darse la oportunidad de ser tan feliz como fuera posible.

Gina Rivera quería reencontrarse con la mujer que la habitaba, pero por quien no latía su corazón.

Gina Rivera sentía que había tomado el camino correcto.

No regresaría a Colombia. El accidente de Francisco no detendría su viaje, ni cambiaría su decisión. Si sus hijos no lo entendían, sería un gran sufrimiento, pero esta vez no los colocaría delante de ella.

A lo lejos se veía firme la estatua de la Libertad. Sintió su mirada fija en el alma. No estaba de espaldas.

CAPÍTULO 23

Una semana después

Riesgos

Evitar los riesgos equivale a renunciar al derecho de experimentar la mitad de las emociones que somos capaces de sentir.

Carl Lewis

Manuel llegó al estudio contable de sus amigos Ignacio y Francisco. Debía llevar la documentación para cumplir con los requisitos fiscales e impositivos que su profesión de arquitecto le imponía. Era muy ordenado en el desempeño de su trabajo y cumplía en término con sus obligaciones.

Lo recibió Ignacio, que inmediatamente lo puso al tanto de lo ocurrido a Francisco, que seguía internado.

–¿La esposa se fue de viaje? –preguntó–. Lo último que conversamos fue que estaba muy mal con ese tema.

–Sí. Viajó el día del accidente. La desconozco. Pensé que regresaría al enterarse, pero no lo hizo.

–Mejor. Si no va a volver con él, verla le hará más daño que otra cosa.

–Coincido contigo, pero los chicos están angustiados y a Fran le dolió saber que no regresaría, aunque no dijo nada. ¿Y tú? ¿Sigues con tu doble vida?

–Sí… no lo digas de ese modo. Suena terrible.

–¿Y cómo podría decirlo sin que suene mal, pero siendo honesto? –ambos sonrieron–. De verdad, no sé cómo puedes sostenerlo –agregó.

–Tampoco yo. Cada día es más complicado que el anterior. Ahora que María Dolores tuvo ese problema de salud, peor –dijo refiriéndose al accidente isquémico transitorio.

–Ya pasó mucho tiempo. Deberías tomar una determinación. Si tu esposa se entera, te dejará en la calle.

–¿Por qué haría eso?

–Porque la estás engañando hace más de un año. Y cuando hay una infidelidad, las mujeres sacan lo peor de sí mismas en los trámites de divorcio. Créeme, no tienes idea de lo que ella puede ser capaz.

–Estás equivocado. María Dolores es dócil y muy buena. Lo difícil es con Raquel. Ella tiene mucho carácter.

–¿Me hablas en serio? Deberías comenzar terapia. No puedes referirte a ellas como si fueran dos caminos paralelos. No es así. Ambas están en tu vida y son tu pareja, hasta donde sé no hay poligamia en Colombia –dijo con humor–. Creo que deberías tomar una determinación. Este modo estresante de vivir terminará con tu salud.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Porque las amo a las dos.

Sorpresa.

Silencio.

–¿Es una broma? –preguntó Ignacio.

–No. No lo es. Te juro que cuando pienso en perder a una de ellas, me desespero. A mi manera las amo a ambas.

–Eso no es posible –respondió–. En verdad no sé si es posible o no –corrigió–, pero estoy seguro de que resulta injusto, egoísta y poco razonable que sostengas esa postura. Según dices, son dos mujeres buenas.

–Lo son.

–No merecen esta traición. Cuando comenzó, creí que era algo pasajero, pero no se dio de ese modo. Soy tu amigo, he transitado un divorcio y creo conocer algo de mujeres. Estás en problemas.

–Y tú estás intuitivo –bromeó.

–Hablo en serio. Va a descubrirte María Dolores, si es que no lo sabe ya y se calla.

–¿Cómo podría saberlo? Jamás me cuestiona nada.

–Algunas mujeres miran para otro lado adrede, pero cuando se cansan de ocupar ese lugar, explotan y, cuando lo hacen, dejan de ser dóciles y buenas para convertirse en demonios que hacen de tu vida un infierno. Te cobrará cada minuto de engaño no solo con dinero sino con lágrimas. Sé lo que digo.

–¿Te parece?

–Estoy seguro. Tú no eres un casanova. Apenas un hombre que sin proponérselo se enamoró de su primera amante. No sabes mucho de triángulos amorosos y sus consecuencias. Solo intento aconsejarte, prevenirte.

–Te lo agradezco, pero estoy atrapado. No sé qué hacer.

–Elegir. Eso debes hacer. Sé que significa dejar a una de ellas, pero de otro modo perderás a las dos. Solo es cuestión de tiempo.

Sonó su celular, era Raquel.

–¡Hola, bonita!

–Hola. Quiero pedirte algo.

–Dime.

–Salgamos a cenar a un restaurante y luego quédate toda la noche conmigo.

La expresión de Manuel pasó de una sonrisa amable a una preocupación latente.

–Estoy en la oficina de mi contador, Ignacio –dijo para dilatar la respuesta. Raquel sabía que eran amigos pero desconocía el nivel de confianza, en consecuencia ignoraba que Ignacio estaba al tanto de su

realidad.

–Está bien. No aceptaré un no por respuesta.

–Adiós.

Antes de que Manuel pudiera contarle a Ignacio, su celular volvió a sonar, era María Dolores.

–¡Hola, Manu!

–Hola, ¿cómo estás?

–Bien. Te llamo porque deseo que esta noche salgamos a celebrar. He realizado las reservas.

–¿Y qué celebraríamos?

–Tengo un atraso. No está confirmado, pero tal vez… –sonaba feliz.

Manuel sostuvo su frente con la mano derecha. Lo que acaba de oír lo ubicaba en la peor posición en esas circunstancias. María Dolores tenía treinta y cinco años. Era perfectamente posible.

–Creo que con todo el tema de mi salud me olvidé de tomar la píldora –agregó.

Ignacio lo observaba. No sabía qué le estaba diciendo su esposa, pero era evidente que era fatal.

Manuel no podía reaccionar.

–¿No vas a decir nada?

–¡Es que me tomas por sorpresa! Estoy muy feliz de que te sientas bien. En cuanto al otro tema no quiero que te ilusiones hasta estar seguros. Te amo.

–También yo. ¿Saldremos entonces?

–Sí, por supuesto.

Al cortar, le contó todo a Ignacio.

–¿Qué harás?

–Pensar qué decirle a Raquel para no lastimarla por no salir esta noche con ella. Respecto del atraso, esperar. Puede que no sea nada.

–¡Tu capacidad para mantener la calma me asombra! No eres arquitecto, ¡eres equilibrista! –dijo con humor.

Al salir de allí, Manuel estaba confundido. La idea de ser padre le gustaba, el problema era que tanto María Dolores como Raquel le parecían excelentes madres para sus hijos.

Cuando Manuel se fue, Ignacio se dirigió al hospital. Francisco estaba incómodo por no poder movilizarse solo y le dolía su pierna, a pesar de los calmantes que le daban. Sin embargo, se lo veía de buen humor. Los chicos no estaban.

–Gina llamó –dijo al ver llegar a su amigo.

–¿Cuándo?

–Cada día desde que estoy aquí. Solo que me ha pedido que no les

diga a nuestros hijos. Siente que están enojados con ella.

–¿Deberían estarlo?

–No. Lo ocurrido es entre ella y yo.

A Ignacio no le gustaba el giro que estaban dando las cosas. ¿Eran sinceras las llamadas de Gina? ¿O solo eran un modo sencillo de no sentirse culpable? ¿Le enviaba señales erróneas de esperanza a su amigo? ¿Qué debía hacer él? No tenía respuestas, pero no le agradaba para nada estar en esa posición.

–¿Y qué te dice, si se puede saber?

–Se preocupa por mi estado. Me ofreció regresar, pero la liberé de eso.

–¿La liberaste?

–Sí. Me encantaría que estuviera conmigo, pero deseo darle su espacio para que a su regreso podamos intentar volver a estar juntos.

–¿Y qué más?

–Nada más. Dice que no quiere que los chicos estén en el medio y que debemos actuar como adultos que somos. Que, si bien ahora no estamos juntos, nos une una vida en común durante veinticinco años.

–¿Entonces?

–¿Entonces qué?

–¿Por qué estás como esperanzado?

–Porque se preocupa. Es un buen comienzo. Quizá si la apoyo en ese viaje, en su búsqueda interior, sea posible una reconciliación cuando regrese. Tal vez, este accidente sirva para algo después de todo.

–No debes ser tan optimista. Hablamos de Gina. Sabemos que cuando toma una decisión, no mira para atrás. ¿Te cuenta sobre lo que está haciendo?

–Poco.

–¿Conversan mucho?

–A veces, un rato. Otras, solo se informa de mi salud y corta. Es como si varias Gina vivieran en ella. Por momentos cercana y cálida y otros, distante y fría. He pensado que debo darle tiempo.

–Si tú lo ves de ese modo, yo no soy quién para oponerme, pero es mi deber de amigo decirte que no albergues falsas expectativas. Ella decidió dejarte y no hay razones en lo que me cuentas para pensar que quiere lo contrario.

–Yo solo quiero recuperarla. Asumiré los riesgos.

–Hoy ha sido un día raro.

–¿Por qué?

–Creo que mis dos amigos enloquecen delante de mí y yo solo puedo observar, decir algunas palabras útiles, que sé que no escuchan,

y continuar. Ambos arriesgan demasiado.

Francisco, sonrió.

–¿Qué pasó?

–Manuel vino a vernos. Le conté de tu accidente. Lo lamentó. Me preguntó por ti y conversamos sobre él.

–¿Sigue con las dos?

–Sí, pero es peor que eso.

–¿Qué puede ser peor que sostener semejante engaño?

–Que asegura que las ama a ambas.

–Eso no es posible.

–Lo mismo le dije, pero créeme que está muy seguro. Tienes que verlo, lo llaman una a continuación de la otra y quieren verlo al mismo tiempo… Hasta ahora viene haciendo equilibrio, pero caerá al suelo. Lo sé.

–Creo que está peor que yo.

–Sí definitivamente, pero ambos corren riesgos emocionales muy peligrosos. En fin, veo que solo me queda estar listo para juntar sus partes rotas, si algo no sale como esperan –dijo–.

Lo que ocurrirá irremediablemente, pensó.

–Es el rol del amigo. ¿Y tú?

–Solo. No quiero relaciones estables. Ya no asumo riesgos innecesarios. Aprendí que soy lo único que necesito para vivir bien.

Los hombres eran diferentes. En todo. Su modo de percibir la realidad era tan básico que los alejaba de lo que tenían delante de sus ojos. No se daban cuenta de los riesgos que asumían hasta que se convertían en una soga en su cuello.

Las mujeres, en cambio, con un real y metódico sentido de supervivencia, actuaban sobre cimientos firmes. Cada una a su modo y dentro de las posibilidades de su temperamento y su rol, planeaban el siguiente paso, con absoluto conocimiento de las posibles consecuencias.

CAPÍTULO 24

Libertad

Un beso que viaja a vela por su sangre, que le confunde el cerebro, que le zumba en los oídos y que convierte su lengua en un diccionario de palabras mudas que ella va deletreando con cada aspiración sin saber que dicen, pero sabiendo que están diciendo cosas, que el beso tiene su idioma propio y que él y ella se están hablando de lo que jamás podrán conversar.

Gioconda Belli

Los días de Gina en Nueva York transcurrían como si ella fuera pasajera de una montaña rusa interminable. El primero de ellos había sido invaluable para su búsqueda, porque la había enfrentado a una nueva mujer, capaz de romper la estructura de su vestimenta formal para sentirse cómoda. Descubrió que, además, podía verse atractiva, enfundada en un jean con calzado deportivo de marca y una camiseta básica.

Luego, la noticia de Francisco, el juicio de valor de sus hijos y su decisión de no regresar la habían colocado en un dilema. Entonces, había actuado siguiendo un impulso y se había comunicado directamente con su exesposo para preguntarle sin rodeos si consideraba necesario que regresase.

–Francisco, ¿cómo estás? Lamento lo ocurrido –había dicho.

–He tenido mejores momentos…

–Estoy muy preocupada. No quiero que sientas que soy una insensible frente al accidente. Te llamo porque si lo consideras necesario, regresaré.

–Gina, nada me gustaría más que estuvieras a mi lado, pero te libero de esa obligación. Sinceramente prefiero que hagas lo que deseas y que eso sirva para que a tu regreso podamos hablar de nosotros y…

–Por favor. No me presiones –la verdad era que no se encontraba en una transición y Francisco parecía creer eso. No lo contradijo.

–No lo hago.

Gina sintió pena por la situación. Era un buen hombre, pero no quería sentirse confundida por la seguridad que significaba estar a su lado. Sin embargo, no podía negar que liberarla de volver había sido algo inesperado que sumaba a su favor.

Había decidido llamarlo a diario. En algunos momentos se sentía contenta de escucharlo y parecía que volvían a conocerse. Hablaban de cosas que hacía mucho tiempo no conversaban. En otras ocasiones, se enojaba con ella misma por esas llamadas, que la ataban a la nada de un capítulo terminado en su vida.

Finalmente, había llamado a Paul y habían compartido algunas salidas. Siempre la risa era la protagonista. Además, había descubierto en él a un gran confidente. Un hombre que podía filosofar y mezclar su humor con la tragedia en la que a veces se convertía la vida. Tenían en común la ironía y la capacidad de reír de sus propios conflictos. Se

habían contado sus historias, en breves síntesis, con la sinceridad de quienes saben que no serán juzgados. Paul estaba encantado con su cambio de vestimenta y le había regalado prendas de su nueva colección dejando de lado las clásicas para optar por las más osadas.

Además, a ambos les gustaba volver a mirar películas que les recordaban épocas de sus vidas. Habían compartido *Pretty Woman* recordando el comentario de Gina en el aeropuerto. Luego, *Reto al destino* y *Siempre a tu lado*, en una tarde noche en que Richard Gere se había convertido en el tema de conversación del momento. Habían llorado mucho con *Hachiko*, Gina extrañando a su amado Parker y él, a su bulldog llamado Bless. Compartían también el amor por los animales. Reconocer sus emociones comunes los unía desde el invisible lugar, donde el destino dispone los inicios de amistades para siempre.

Aunque se conocían hacía solo una semana, la calidad del tiempo compartido y la empatía generada los hacían sentir amigos. Esos eran vínculos auténticos que nacen de la necesidad de dar batalla a la soledad y sostener la distancia. Se explicaba desde los sentimientos, pero no desde la lógica del tiempo o la razón. No era una amistad construida en años. Era, simplemente, como si siempre hubieran estado allí esperando encontrarse para sentir que compartían momentos desde que tenían memoria.

No dejaba de pensar en sus hijos, aunque había logrado no hacerlo todo el tiempo. Poco a poco recuperaba su espacio y podía disfrutar ser la Gina que había salido a buscar y que la sorprendía con cambios y hallazgos. Estaba aprendiendo a aceptar la idea de que las vidas de sus hijos no dependían de las decisiones que ella tomara, ni siquiera de su presencia física. Los extrañaba y la afligían sus problemas, pero cada vez que permitía a la preocupación avanzar, se repetía internamente que debía soltarlos y darles la posibilidad de aciertos y errores sin intervenir. Su trabajo como madre ya estaba hecho, ahora era tiempo de acompañar en silencio.

Todavía no había podido conversar con Diego. Solo monosílabos por WhatsApp eran las respuestas a sus preguntas. Andrés sostenía su posición de no hablar de su padre con ella, pero lo notaba muy ocupado, siempre tenía algo que hacer. Su hija le había pedido perdón por cortarle la noche del accidente y seguía igual. Algunos días bien y otros no.

Con Alicia se comunicaba cada noche para saber cómo estaba y por si algo hubiera ocurrido en la notaría. Afortunadamente, todo marchaba bien. A pesar de eso, en algunos momentos venían a su memoria carpetas pendientes o se sorprendía averiguando la

cotización del dólar en Colombia preocupada por sus clientes. Entonces, se comunicaba en horario en que la notaría estaba abierta y daba indicaciones. Su rol profesional y su estilo controlador habían viajado con ella. No era posible desprenderse de eso.

Como era de esperar, su padre no había querido hablar con ella y su madre solo parecía interesada en la fecha de su regreso.

Echaba de menos a Chloé y al viejo Parker. Sabía que estaban bien cuidados, pero anhelaba acariciarlos, verlos jugar, dormir y tenerlos cerca para hablarles como si pudieran contestarle. Sería quizá porque de todos sus afectos eran los únicos que le daban todo y no le demandaban nada. Se parecían a ella, siempre estaban pendientes de los seres que amaban. En verdad, a la versión de ella en el pasado. Sus mascotas definían el amor incondicional. Solía pensar cuanto debe aprenderse de los animales y de su generosidad.

El mundo que Gina había dejado atrás reclamaba de diferentes maneras las acciones de la mujer previsible que conocían. Porque al sugerir con palabras, con hechos o con actitudes que ella estaba en el lugar equivocado, no hacían otra cosa que juzgarla y trasladarle culpas para las que ella ya no tenía espacio en su interior.

La gran sorpresa fue María Dolores, quien parecía empezar a comprender su decisión y a disfrutar un poco de su vida. Claro que ello iba encadenado a Manuel.

–¡Hola, amiga! –dijo al recibir su llamada.

–¡Hola, María Dolores! ¿Cómo estás?

–Estoy bien. Mucho mejor. En realidad, no tuve ningún episodio nuevo de salud y estoy más tranquila.

–Me alegra oírlo –dudó sobre si preguntar por Manuel y antes de que tomara una decisión, su amiga se adelantó.

–Sé que no quieres preguntarme, pero deseas saber…

–No quiero ser invasiva. Respeto tu decisión –Gina sonrió.

–Manuel ha salido mucho menos desde lo que me ocurrió. No volví a esa casa e intento no controlarlo.

–¿Y a qué se debe ese cambio?

–Tengo un atraso. Estoy ilusionada. Él, contento. Quizá algo cambie después de todo.

Gina solo pudo pensar que era un nuevo problema. Un hijo no necesariamente desplazaba una amante, más bien la enloquecería. Pero eso era algo que no podía decir. ¿Debía alegrarse? No era capaz.

–¡Ah, Dolo! Me dejas sin palabras, no sé qué decirte. ¿Te harás un test?

–Mi ginecóloga me indicó un análisis de sangre. Tendré los resultados mañana. ¿No vas a decir nada?

–No sé qué decir. Un hijo es siempre una buena noticia. Sin embargo, sería bueno que te sintieras mejor por ti misma, no por un embarazo o por Manuel. No puedo mentirte. ¿Sabes? Priorizarse es algo difícil pero muy bueno.

–Lo intentaré. Sé que no mentirías. También sé que no escucharé de ti lo que me gustaría, pero eres la única amiga que tengo y te lo agradezco.

–¿Qué harás con Manuel si estás embarazada?

–No comprendo.

–¿Hablarás de esa mujer? ¿Le exigirás algo?

–No. Confío en que eso terminará.

–Entiendo –respondió al tiempo que decidía no dar consejos que no le pedían.

–¿Crees que soy una estúpida, verdad?

–Creo que somos distintas. Yo no podría sostener ni el silencio ni las dudas. Ni siquiera sé si sería capaz de perdonar. Pero no soy la dueña de la verdad. De hecho, no soy alguien que se encuentra legitimada para opinar sobre otros matrimonios cuando intento salir del mío, pero llamo a mi ex cada día desde otro país.

–¿Lo extrañas?

–Indirectamente.

–¿Indirectamente?

–Claro, no lo extraño a él en forma directa sino a la seguridad de estar casada.

–Eso es muy fuerte.

–Yo diría que es horrible… pero es la verdad.

–¿Y él?

–No le permito decir mucho, pero es evidente que desea una reconciliación.

–Tampoco soy alguien que pueda dar mucho consejo, pero no deberías darle falsas esperanzas.

María Dolores tenía esas actitudes tan oportunas al momento de la sinceridad. En medio de una conversación, introducía una reflexión lapidaria de manera inesperada.

–Lo sé.

–¿Es lo que estás haciendo?

–No, pero es posible que él interprete lo contrario –se sintió culpable.

–Debes ser cuidadosa. No lo merece.

–Es cierto –más culpable aún–. ¿Has visto a mis hijos? –preguntó cambiando de tema.

–Solo de pasada.

–¿Están bien?

–En apariencia, sí. Pero sabemos que tus hijos son especiales. ¿No hablas con ellos?

–Poco. Solo hablan de corrido sobre anécdotas de Parker o de Chloé. Creo que evitan mencionarte.

–Es natural que estén enojados o diferentes. Eso creo.

–Lo sé.

Al cortar, Gina sintió que a pesar de sus errores personales podía contar siempre con su amiga. Eso era en sí mismo algo para agradecer a la vida.

Se dio una ducha y se arregló. Esa noche saldría con Paul en un crucero nocturno en el que cenarían para luego observar la estatua a la Libertad desde la cubierta.

Cuando la limosina fue a buscarla al hotel y un chofer le abrió la puerta, vio a Paul vestido con un traje negro de una tela brillosa y una corbata en tonalidades rojas que destacaba sobre su camisa blanca. Pero a pesar de lo excéntrico de su atuendo y de su perfume, no fue eso lo que llamó su atención. Un hombre de su misma edad, vestido elegantemente, pero mucho más sobrio que Paul, estaba sentado a su lado. No tenía en sus planes salir con amigos gays, pero no le molestó, más bien le provocó una sonrisa. Tenía garantizada la diversión casi con certeza. Se llamaba Peter Jenkins y si bien nada indicaba que pertenecía al club de geniales varones con los gustos de Paul, Gina asumió que así era dado que venían juntos.

Conversaron animadamente. Observaron los vestidos de noche de las otras mujeres. Celebraron la vida en medio de comentarios muy divertidos.

–¿Es tu nuevo objetivo? –había preguntado Gina a Paul en susurros.

–¿Peter? No, *my darling*. Es un gran amigo. Me pareció buena idea invitarlo y aceptó.

Gina lucía hermosa y sexy. Llevaba su flamante vestido rojo. Le costaba creer que se había animado a estrenarlo. Le quedaba de maravillas y sentía que era parte de su cambio. ¿Cuál era el problema con mostrar su espalda? Después de mirarse muchas veces frente al espejo, había reído al pensar que era la parte de su cuerpo sobre la que había cargado siempre más responsabilidades de las que le hubiera gustado: quizá allí se había perdido un poco también. Esa noche iba a reivindicar su espalda dejándola libre y a la vista de todos. Sería su trofeo de independencia. Ese escote sin ningún peso ni sombras. Luciría con orgullo su cuerpo y su personalidad. El color rojo era osado, pero le gustaba sentirse así, su proceso le imponía dejar

atrás los colores sobrios y la ropa excesivamente formal.

–Eres la mujer más linda en este lugar –dijo Peter y miró su cuerpo–. Me atrevo a decir que eres la más atractiva en cada sitio al que decidas ir.

Gina se sintió halagada. Era muy simpático y bien parecido. Una pena que jugara en el equipo gay. No porque a ella le interesara. Al contrario, se sentía muy cómoda a su lado, porque no tenía que preocuparse de que interpretara alguna actitud suya como un lenguaje de seducción. Ella solo quería divertirse.

–¿A qué te dedicas, Peter? –preguntó.

–Soy médico –respondió. Hablaba español.

–Me hubiera gustado estudiar medicina –agregó.

–¿Eres casada? –quiso saber.

La pregunta la colocó en un lugar extraño. Ponerle palabras a su situación frente a un desconocido era hacer pública su condición actual.

–No. Ya no.

–Peter, por favor, no estamos aquí para recordar temas densos. *¡Be happy!* –interrumpió Paul.

De pronto, Paul se fue a conversar con un amigo que encontró allí.

–¿Ya no? Eso suena reciente –insistió Peter ignorando los dichos de su amigo.

–Lo es. Me he separado. No hace mucho, pero sé que hice lo correcto –agregó.

¿Por qué daba explicaciones? ¿Acaso necesitaba convencerse de lo que repetía?

–Me alegra mucho escuchar eso. Lo único que tenemos es algo de tiempo para disfrutar la vida. Debemos vivir con la compañía adecuada. ¿Bailamos?

Gina se sintió confundida por un momento. No había bailado con nadie que no fuera Francisco en esos años. De hecho, a su exesposo le gustaba bastante poco bailar. A ella, le encantaba. Era un modo de liberar energía y de ser abrazada por la felicidad momentánea con que la música envuelve los cuerpos. *¿Por qué no?*, pensó. Sonrió a modo de aceptación y Peter la tomó de su mano. Nunca hubiera imaginado que su primera diversión nocturna sería con un gay muy apuesto que además era médico. Evidentemente, lo del amor no se le daba del modo soñado.

Bailaron, rieron y bebieron, por momentos los tres y otros, solo ella y Peter.

Gina estaba completamente desinhibida. Había logrado olvidar por esas horas su historia, sus miedos, su búsqueda. Podría decirse que se

sintió feliz. El contacto físico con Peter mientras bailaban distintos ritmos era natural y agradable.

De pronto, tuvo calor y él la llevó de la mano a la cubierta. Descubrieron minutos antes que la tripulación, que estaban delante de la estatua de la Libertad. Ambos observaron su magnificencia. Era imponente. Una brisa cálida les acariciaba el rostro. Se oían los sonidos que brotaban del salón de fiestas a suficiente distancia como para que la intimidad de ese momento se convirtiera en algo único para ambos. Gina se apoyó sobre el pasamanos del pasillo lateral mirando con deleite. Respiraba el aroma de aquellas experiencias de las que jamás regresaría, porque siempre renacerían en su memoria. Peter hacía lo mismo por encima de su hombro descubierto. De pronto, ella giró sobre sí misma y antes de que se diera cuenta, el atractivo Peter besaba sus labios.

Gina lo miró sorprendida. Le habían robado un beso, pero no había sentido que un homosexual lo había hecho. Tenía sabor a champagne. ¿Le había gustado? Sí. Mucho.

–Perdón, Peter. Estoy algo confundida. ¿Qué acaba de suceder?

–He besado la boca más tentadora de este crucero… y voy a volver a hacerlo –anunció.

Lo hizo. Gina se olvidó de todo por un instante.

–Pero yo creí que eras como Paul… –atinó a decir con sus labios todavía tibios y húmedos.

–¿Gay? –estalló en una carcajada muy cerca de ella–. ¡No! ¿Por qué habría de serlo?

En ese momento, se sintió una tonta. Nada había hecho para que lo pensara. Sus preconceptos habían convertido un prejuicio en una falsa verdad. Lo miro por primera vez desde otro lugar. Su mirada era intensa, su perfume muy sensual y el escenario no podía ser mejor. ¿Acaso estaba con un hombre que la atraía? ¿Tenía que alejarse?

La magia de la libertad había abrazado la noche cuando Peter volvió a besarla.

No hubo distancia posible dos besos después. Solo el sabor de la vida bajo las estrellas más lindas del universo.

CAPÍTULO 25

Perdón

El pasado no se aferra a ti…
Tú te aferras al pasado…
Cuando dejas de aferrarte…
El pasado se evapora..
OSHO

La hoja en blanco la amenazaba frente a la nada. Su inspiración colapsaba dentro de un vacío irremediable. *Perdón*. Justamente tenía que escribir sobre algo que no lograba nunca del todo. Ni cuando se trataba de perdonar a otros y menos todavía cuando se trataba de ella misma. A veces, sentía que no haber vuelto a hablar sobre hechos del pasado, en lugar de enterrarlos en el olvido, los revivía en la memoria diaria, la que no pide permiso y es insolente, porque se presenta en momentos inesperados para estropear cualquier intento por dejarla atrás.

Perdón… acción de perdonar. Pedir perdón. Efecto de perdonar. No tener perdón. Una marea de ideas caía sobre Isabella, quien incómoda en su silla sabía que debía producir un texto a la medida de las expectativas de su editora, Lucía. Cuando ella daba una orden, no había posibilidad alguna de fallar sin que eso implicara el riesgo de perder el trabajo. Era muy exigente. Claramente, si algo no necesitaba era que la despidieran arbitrariamente por una desgraciada columna sobre el perdón que, sabía Dios por qué, le habían encomendado hacer. El universo y sus señales no eran aliados.

Su propia historia le reclamaba un espacio en el monitor. ¿Podía escribir algo así? Sus columnas tenían que ver con reflexiones o con relatos breves que invitaban a la opinión. Solía utilizar simbolismos y eso definía su estilo. Era sagaz, provocadora, profunda y muy inteligente. Sus textos eran generadores de debate y cientos de lectoras, escribían a un e-mail de la revista abierto para dejar sentada su postura o simplemente felicitar a Isabella. La profesión le daba el espacio que su vida personal le quitaba.

No hay edad para que el perdón sea urgente…

Borró.

Perdón y culpa. No es posible abordar una necesidad sin el sentimiento correlativo. Si queremos pedir perdón, sentimos culpa. Si es otro el que lo hace, sucede lo mismo. Si es respecto de nosotros mismos, peor. Definitivamente nuestro ser reclama que nos perdonemos algo cuando el remordimiento nos quita el aliento.

Le gustó. Era una verdad incuestionable. Borró en parte.

¿Es negociable el perdón? ¿Te perdono y entonces, tú deberás perdonarme? ¿Hasta qué momento quedamos en deuda cuando nos perdonan un error? Pensó en Luciano. Eran perfectos interrogantes. No borró.

Situaciones venían a su borrador como una lluvia intensa de afirmaciones y preguntas que su corazón relacionaba con el tema y su alma liberaba sobre el teclado. Isabella sentía deseos de llorar frente a esa solitaria terapia en blanco y negro. Ese desahogo en Times New Roman número doce.

Hice todo por ti, incluso perdonarte lo que ni tu misma puedes.

Te he engañado con ella, perdóname.

Me duele sentir que nos une solo una pesada mochila. Perdóname.

No te amo, perdóname.

Pienso en él, perdóname.

¿Piensas en ella? Te perdono.

Ya no hay modo de revertir lo hecho. Perdóname.

He quitado una vida y tú has respondido por mí. No puedo perdonarme.

Dolor de estómago.

Verdad.

El texto comenzaba a nacer en el rincón más oscuro de su creatividad.

Había transcurrido algo más de un año y medio. Su relación con Luciano era una red que la tenía atrapada. No podía salir de ella. Sentía que nunca lo haría. Le hubiera gustado que estar a su lado fuera tiempo feliz. Ser compañeros. Sentir ganas de contarle cosas como le ocurría con Matías, pero no era así. Vivía tratando de hacer lo que él esperaba de ella la mayoría del tiempo. Se lo debía. Imaginar el futuro era algo para lo que no estaba preparada. Lo que le había dicho a Matías era cierto. Le daba miedo. Aunque había omitido los motivos.

Suspiró. Tomó en sus manos una mamushka. La observó mientras sentía al tacto cierta sensación extraña. En su escritorio había objetos. Varios y no eran al azar. Todos eran obsequios que la relacionaban con un momento que no deseaba olvidar o con una persona que necesitaba cerca. Buscaba en ellos inspiración. En ese caso, el regalo era de Gina, traído del viaje a Rusia con su padre. De pronto comenzó a abrir la pieza. Encontró otra igual más pequeña. Luego lo hizo una vez más y otra vez y otra. Entonces, como deshojando una vida, la idea la atravesó.

Las mamushkas habían nacido en un pequeño pueblo de Rusia llamado Serviev Posad donde había un mercado de pulgas muy peculiar que siempre estaba lleno de mujeres distintas. Isabella imaginó un paralelismo. Ese lugar donde se mezclan personas que pueden no tener nada en común o al contrario, creer en lo mismo, era la vida. Seguramente cada una de ellas, detrás de su imagen colorida, escondía una culpa y la necesidad de perdonar o de ser perdonada. Sin

embargo, seguían allí, formando parte de un escenario que solo mostraba la representación de esas mujeres, ignorando que por dentro había miles de ellas escondiéndose de sí mismas o protegiéndose de algo o de alguien. Lo importante no era lo que el mundo veía, sino lo que quedaba oculto. El hecho de que al abrirse la mamushka, como cada mujer, revelaba lo que tenía dentro y eso debía interpretarse como una simbología de la representación interior de las personas.

Isabella se sorprendió al descubrir que ese objeto, encerraba su propia historia. Ella era una mamushka. Quizá cada mujer lo fuera. El conjunto podía tener entre cinco y treinta muñecas. ¿Cuántas constituían a la única Isabella que todos veían? Entonces ubicó a su derecha el preciado adorno y comenzó a escribir.

Mamushkas

Al contrario de la creencia popular, cada pieza de origen ruso no está relacionada con ese país. Cada mamushka nos representa. Es una pieza tan universal como los sentimientos. Cada mujer en cualquier país es una de ellas. Porque el mundo la ve incompleta. Porque deja ver la imagen que desea mostrar. Porque hay en su interior una parte de sí misma que busca algo y otra, que lo ha perdido. Una que se arrepiente y otra, que no lo hace. Una que se arriesga y otra, que se somete. Parecen iguales, pero no es así. No se completan, se confunden. Las marea reconocerse en una única unidad. La de la historia de hoy busca desesperadamente el perdón y no puede desentenderse de la culpa.

Perdón y culpa. Definitivamente nuestro ser reclama que nos perdonemos algo cuando el remordimiento nos quita el aliento. ¿Es negociable el perdón? ¿Te perdono y entonces, tú deberás perdonarme? ¿Hasta qué momento quedamos en deuda cuando nos perdonan un error?

Quizá encontremos las respuestas al abrir un conjunto de mamushkas. Nos sentimos más pequeñas cuanto más profundizamos en nuestro interior. A medida que deseamos tomar distancia de la equivocación, nos cobijamos en un mundo silencioso que nos habita, nos juzga y nos limita. Pero al desarmarnos por completo de todo enlace con la identidad pública, cuando una a una abrimos las mamushkas que somos y nos permitimos las emociones que cada una guarda, nos acercamos a ese anhelado perdón. Transitamos lágrimas, recuerdos, miedos, crisis, alegrías y nostalgias a la sombra de esa culpa por la que no podemos ser libres. La buena noticia es que, ya completamente desunidas las partes de nuestro ser sobre la mesa, comienza el proceso de juntar nuestras propias partes y reconstruirnos. En ese momento sagrado nos damos cuenta de que hemos sido víctimas de mandatos sociales que nos han enseñado a guardar silencio como ejemplo de buena educación, a resistir lo que pudo no gustarnos, a enmudecer cada

tramo de nuestros errores y hacer posible que remordimientos y sinsabores se devoren nuestra fortaleza. Entonces, algo profundo sucede. La última muñeca nos mira y en palabras escritas en el aire expresa que ha sido suficiente. El perdón no es una transacción comercial y no existen deudas morales eternas. No hay reglas que impongan hacer o soportar lo que es voluntad rechazar.

Al final del camino liberarse de viejas anclas emocionales, perdonarnos y perdonar, son las únicas acciones que nos empoderan frente al mundo y nos posibilitan elegir la felicidad como única opción.

Tú, ¿cuántas mamushkas llevas dentro de ti?

Isabella López Rivera

Imprimió una copia y fue directo al escritorio de Lucía. La editora la leyó atentamente. Se quitó los lentes Tiffany y la miró directo a los ojos.

–Muchas –dijo.

–Perdón, Lucía, no comprendo –agregó–. ¿Te refieres a la cantidad de palabras? No superan las cuatrocientas cincuenta. Son cuatrocientas treinta y dos con título y firma para ser exacta…

Lucía la observó y pudo advertir que Isabella sentía miedo. Evidentemente, su opinión la amedrentaba. Era talentosa. Muy creativa. No iba a decírselo, pero había desarrollado una gran idea. La columna llegaba más allá de su contenido.

–Muchas –repitió–. Llevo muchas mamushkas dentro de mí. Aunque no debería decírtelo.

Isabella sonrió aliviada. Eso significaba que le había gustado.

–Buen trabajo –agregó–. Se publicará sin correcciones.

Isabella salió del despacho diferente. Algo en ella había cambiado. ¿Acaso estaba desarmando sus mamushkas? Abstraída en sus pensamientos no vio a Matías que caminaba hacia ella.

Él, en cambio, observó con nitidez un brillo diferente en su mirada. La hubiera besado hasta que el tiempo se detuviera. No podía.

–¿Qué sucede? –preguntó ya a su lado.

–Creo que estoy abriendo mis mamushkas –dijo. Le dio un beso espontáneo en la mejilla y le regaló la luz de un rostro que irradiaba esperanza.

Matías fue feliz. No entendió, pero fue feliz.

Escribir era sanador, siempre lo era. Ser periodista era el vínculo más perfecto con un mundo en el que podía ser ella o todas las mujeres o ninguna. Podía comunicar. El hecho de sentir que tenía algo para decir y podía hacerlo era el motor de su trabajo. Internamente conectaba con su ser y pedía exactitud y claridad para transmitir

hechos y sentimientos de manera exacta. Lo lograba.

CAPÍTULO 26

Momentos

Amurallar el propio sufrimiento
es arriesgarte a que te devore desde el interior.
Frida Kahlo

Josefina realizó rápidamente los estudios indicados por la ginecóloga y Andrés la acompañó a todos ellos. Si bien no pudo ingresar en el quirófano cuando le hicieron la biopsia, esperó afuera como si fuese un altar de protección que la abrazaba al salir. Si ya se amaban antes de los resultados que ponían en vilo la salud de Josefina, después, ese amor sería más intenso y poderoso. Lo habían multiplicado por cada instante compartido en el que le daban al tiempo el valor de los regalos de la vida que no pueden comprarse.

Debían aguardar por los informes de los nuevos estudios. Fueron días difíciles, pero tenían una gran ventaja sobre el destino y su adversidad. Estaban juntos. No necesitaban otra cosa para enfrentar lo que tuviera que suceder. Josefina había tomado una actitud razonable. No se ilusionaba con que no fuera nada ni tampoco daba por hecho un mal resultado.

Habían dormido cada noche juntos en casa de Andrés, aprovechando que ni Gina ni Francisco estaban. Habían decidido hablar lo necesario del tema para no convertirlo en algo insoportable.

La vida de cada uno continuaba el rumbo que sus decisiones determinaban. La ausencia de Gina no había detenido a ninguno.

Diego había continuado con su licenciatura sin dar explicaciones. No había vuelto a nombrar a Ángeles y su carácter no invitaba al diálogo. Por lo que sus hermanos infirieron que la ruptura era definitiva. Se alegraron, era sin duda un crimen académico que abandonara su carrera. Entre el tiempo que cursaba y las horas que dedicaba a estudiar se cruzaban bastante poco con él, ya que se turnaban para ir al hospital a cuidar a Francisco que se estaba recuperando. Aquella noche Diego prefirió quedarse con su padre.

Andrés y Josefina cenaron en casa de los padres de ella y luego fueron a dormir a casa de él.

Abrazados, los venció el cansancio. Horas después, Josefina despertó. El silencio de la madrugada la inquietó. *¿Así sería estar muerta*? De inmediato, desechó ese pensamiento negativo.

–Vida –susurró. Andrés, que descansaba a su lado pero estaba pendiente de cada uno de sus movimientos, la besó en el hombro desnudo.

–¿Qué sucede? –respondió con suavidad. Ella ubicada de espaldas, amoldada a su cuerpo, como dos cucharitas unidas, sentía su respiración y su voz le llegaba como una caricia.

–Tengo miedo –dijo.

–Entiendo, también yo, pero eso nos debilita. Es mejor olvidar los temores.

–No es tan fácil…

–Lo sé. No es una gripe lo que te amenaza –agregó.

–No es el hecho de tener un cáncer lo que me asusta. Podría tener dos en realidad –era precisa en sus términos. No le tenía miedo a esas palabras.

Andrés sintió el impulso de encender la luz y mirarla, pero algo en su ser le indicó que así, sin enfrentar su mirada, ella había comenzado a decir cómo se sentía. Debía quedarse en la misma posición. Había tomado su mano entre la suya.

–Si no es eso, ¿qué te asusta? –preguntó omitiendo la crudeza de su exactitud.

–No poder estar contigo –dijo al tiempo que una lágrima dulce rodaba por su mejilla.

Andrés la abrazó con fuerza. Un nudo se tensó en su garganta y las palabras no salían. Quería llorar. Amaba a Josefina más allá de lo imaginable.

–Nada impedirá que estés a mi lado siempre.

–Amor, sabes que no es así. La muerte es una ladrona. Se lleva más que una vida cuando decide actuar. Se roba el futuro y los sueños. Es injusta. Porque su trabajo, por si hiciera falta más dolor, divide lo que está destinado a estar unido.

Andrés no fue capaz de permanecer íntegro. Giró, encendió el velador de la mesa de noche y la obligó a girar. La miró directo a su miedo y besó su boca con ternura.

–No es nuestro tiempo para hablar de muerte. Ni siquiera sabemos si tienes algo por lo que debamos preocuparnos. *¿Capito?* –ella amaba oírlo hablar en italiano. Sonrió. Esa palabra era un símbolo en la familia López Rivera.

–No puedo soportar imaginar una vida sin ti.

–No lo hagas.

–Es inevitable. Intento no darle espacio a esa idea, pero si algo me ocurre… Mi vida lleva tu nombre. No hay Josefina sin Andrés.

–Estarás bien. Tampoco hay Andrés sin Josefina. Te amo.

–Tengo miedo –repitió. Él acarició su rostro mientras la escuchaba con atención–. No al dolor, a los tratamientos, a eventuales cirugías, ni siquiera a la misma muerte… Tengo miedo porque sé que el amor que siento por ti no morirá jamás. Entonces, si algo malo me sucede, estaré condenada al dolor de sentir tu ausencia y eso me da pánico –agregó.

–No puedo amarte más –respondió. Había lágrimas en los ojos de ambos. Se besaron, se acariciaron y fueron uno con la inmediatez de los que creen que no hay un mañana y con la intensidad de los que están seguros de que el amor que sienten es eterno.

La noche los abrigó en su silencio.

Las horas transcurrieron en medio de ojos cerrados que no lograron descansar.

Al día siguiente, le daban el alta a Francisco por lo que ambos fueron al hospital. Ignacio estaba allí realizando los trámites necesarios junto a Diego.

Tenía la pierna inmovilizada. El médico había explicado que uno de los objetivos centrales de la cirugía ósea era mantener la función. En el caso, la fractura abierta de tibia lo obligaba a no mover la pierna si deseaba volver a caminar normalmente.

Se usó el sistema de osteosíntesis, un tratamiento quirúrgico de fracturas, en el que estas son reducidas y fijadas en forma estable. Para ello era necesaria la implantación de diferentes dispositivos; en su caso, placas y clavos. Toda cirugía podía tener complicaciones. Por eso, si bien le permitían regresar a su casa, debía permanecer en reposo y acudir a controles con la finalidad de verificar que las piezas ajenas a su organismo no complicaran el progreso. Eran muchas las variables.

Ignacio quería llevarlo a su apartamento, pero Andrés y Diego se opusieron. Francisco regresaría a la que fuera la casa familiar para su recuperación. Gina no estaba y si volvía, debería entender que así funcionaban las cosas, cuando otros debían tomar decisiones. A Francisco le gustó la idea de recuperarse en el hogar del que nunca había dejado de ser parte. Tendría la compañía del viejo Parker y de Chloé. Además, su ventana, la luz que iluminaba su vida y, sobre todo, el bienestar de sentir que pertenecía a ese lugar.

Ya instalado en la habitación matrimonial, en realidad era desde hacía un tiempo la habitación de Gina, sintió hasta su perfume en la almohada. Añoró su presencia. El día anterior ella no se había comunicado. No sabía de su alta médica y tampoco que había vuelto a la casa. Suponía que no iba a molestarle. Era una mujer generosa. Se disponía a llamarla cuando Diego entró.

–¿Necesitas algo, papá?

–No, hijo. Estoy bien. Luces muy cansado. Creo que el tiempo en el hospital te ha desgastado. Vi que anoche estabas leyendo, estudiando diría yo. ¿Solucionaste las cosas con Ángeles? –preguntó.

Diego no tenía deseos de explicar nada, pero era lógico que su padre preguntara. Después de todo, él mismo había ido a contarle lo

que le ocurría. Era justo que supiera que todo había cambiado de manera radical.

–No. Nada se arregló con ella. Más bien todo lo contrario.

–No entiendo.

–Ángeles ya no forma parte de mi vida.

– Pero ¿y el embarazo?

–El embarazo es su problema, no el mío.

Francisco desconoció a su hijo en esa afirmación, pero de inmediato supo que había un motivo. Diego era noble y justo. No le fue difícil suponer.

–¿No es tuyo?

–Ella no lo sabe. Lo que implica que no es mío para mí. Me traicionó y yo estaba dispuesto a todo por ella y por el bebé. Ya no me importa qué le suceda. No volveré a verla. He bloqueado su número.

–Pero que no lo sepa significa que hay posibilidades de que sí sea tu hijo.

–Objetivamente, sí. Pero nada me vincula a un ser concebido en medio de engaños y mentiras. Yo no soy eso y no me involucraré con las consecuencias tampoco. Lo siento si te decepciono, pero he tomado una decisión.

Francisco meditó sobre qué decirle. Quizá no tuviera otra oportunidad para hablar del tema. Así era Diego.

–Acepto lo que dices. Sin embargo, soy tu padre y como tal debo decirte que si ese ser inocente es tu sangre, no es correcto que lo ignores.

–A veces, papá, lo correcto se transforma en su opuesto cuando analizas el origen.

–Entonces, ¿continuarás con tu carrera? –preguntó cambiando el eje de la conversación. Era inútil insistir.

–Sí, papá. Además, me iré de viaje. Tengo dinero ahorrado.

–Lo sé, puedo darte lo que te haga falta –agregó–. ¿Dónde?

–Gracias, quizá acepte un préstamo. Todavía no lo sé.

–¿Cuándo?

–Cuando te recuperes. ¿Puedo pedirte algo?

–Lo que sea.

–No le digas a mamá.

–Ella tiene derecho a saber, debe estar muy preocupada.

–No hablaré contigo de ella. No creo que esté muy preocupada y definitivamente, no creo que tenga derecho alguno a saber –estaba muy enojado. Era obvio–. ¿Cuento con tu reserva?

–Sí, hijo –respondió sin otra alternativa.

Francisco se quedó pensativo observando la puerta cerrarse detrás

de su hijo. Siempre había creído que Diego era muy parecido a Gina, cuando tomaban una decisión, difícilmente cambiaban de opinión. Ángeles le había dado razones suficientes para olvidarla y lo haría, aun si fuera el padre de su hijo.

¿Le había dado él iguales razones a Gina? Sintió miedo de no poder recuperarla y una angustia enorme lo recorrió entero.

Todos vivían momentos de los que no era posible volver. Un hilo invisible anudaba el sinsentido en el que se convertía la realidad, cuando los desatinos del destino jugaban a la ruleta rusa.

CAPÍTULO 27

Pensar

Y cortar las amarras lógicas,
¿No implica la única y verdadera posibilidad de aventura.
Oliverio Girondo

Desde donde Gina estaba podía observar el Empire State. Era atractivo. Un lugar turístico en el mundo. Una aventura que parecía tocar las estrellas. Escenario de muchas películas de amor y referente una vez más del romance en ese momento. Luego de una marea de besos que aceleraron sus latidos y le dieron un especial color a sus mejillas, se había detenido.

–Peter…

Él, como el caballero que sin duda era, la había mirado con atención a corta distancia, listo para avanzar o atesorar el momento según fuera la señal de ella.

–Eres irresistible, pero por ti, voy a amordazar mis instintos. –¿Qué quieres decirme? –sonrió de forma muy seductora. Gina tuvo que juntar voluntad. Le gustaba, pero no estaba preparada para dar el siguiente paso.

–No sé muy bien qué quiero decir. En verdad, durante estos minutos no sé ni quién he sido. Tus besos son un antídoto contra la razón.

–Nunca nadie se refirió a ellos de esa forma. Me gusta.

–¿Pero? –preguntó. Era indudable que había uno.

–Pero no es mi momento. Juro que despertaste una parte de mí que había olvidado, pero tengo cuarenta y cinco años, lucho por derribar mis estructuras y cortar las amarras lógicas. Por encontrar lo que necesito para recuperar mi capacidad de disfrutar la vida, de entenderla un poco más…

–¿Y qué es eso que necesitas para lograrlo? –la interrumpió.

–No lo sé. Pero estoy segura de que me falta. Este viaje es en buena medida la primera experiencia que me acercará a descubrir por qué, teniéndolo todo, no era feliz.

–Veo que además de hermosa, tienes dentro de ti lo mejor que una mujer puede tener –la conversación interesante se imponía sobre los labios todavía hambrientos de más.

–¿Y qué es eso?

–No te conformas. No importó una situación cómoda o una vida tradicional. Tú sentías algo dentro de ti que te suplicaba a gritos un cambio y aquí estás. En plena noche de Nueva York, delante de la estatua a la libertad, besando a un desconocido que te gusta lo suficiente como para avanzar, pero que sabes bien que no te dará, al menos de inmediato, lo que buscas. Entonces, te detienes. Hay valor y

valores dentro de ti, Gina.

Ella se quedó pensando. Sus palabras elevaban su autoestima. No eran halagos efímeros. Peter había entrado por alguna parte de su ser con la suficiente atención como para comprenderla, aunque no la conociera. No pudo evitar pensar en la paradoja de que Francisco la conociera, pero no la entendiera y que no le hubiera dado la atención necesaria ni aun habiéndosela pedido. Volvió a mirarlo. Era muy atractivo. Cuando hablaba, más todavía. Sus besos eran un viaje de ida y por si hiciera falta, era sensible y sagaz.

–Debes saber que si estuviera preparada para algo más, tú serías el hombre perfecto, pero no puedo hacerlo. Permíteme que seas mi noche inolvidable y volvamos al salón a brindar.

La gente comenzaba a salir a la cubierta porque una sirena había anunciado que estaban delante de la estatua. La intimidad se había evaporado, pero en su lugar había dejado algo genuino: cierta confianza inusual.

Peter la había tomado de la mano y muy cerca de su oído había susurrado.

–Jamás he besado una boca que se meta entre mi piel y mi alma, al mismo tiempo que su dueña me demuestra que es una mujer inteligente y con convicciones firmes. No se renuncia a eso. Aquí estaré para cuando sea tu momento –luego, había besado sus labios con suavidad.

Ya en el salón, junto a Paul, brindaron.

–Por tu momento, Gina –dijo Peter.

Ella lo miró embelesada. Sonrió.

–Por el tuyo, Peter.

Él la devoró con sus ojos.

Paul, miró a Gina. De inmediato había recorrido visualmente la expresión de su amigo. Miró la hora en su reloj.

–¿Qué parte me perdí? Ustedes no son los que subieron a la limosina –dijo con picardía.

–No, no lo somos. Pero los caballeros, mi amigo, no preguntan –agregó Peter intentando que Gina no se sintiera incómoda.

–Puede que tengas razón, pero yo soy muy curioso y los he presentado. Así que quiero detalles. Mi mejor oferta es esperar hasta mañana. ¡Vamos a bailar! –invitó. Era tan oportuno y sutil que la noche devino en un amanecer diferente. En medio de risas, miradas cómplices y roces.

***

El recuerdo la hizo sonreír. Allí estaba observando el Empire State,

otra vez de regreso a la realidad. Pero ella no era Meg Ryan, y Peter Jenkins no era Tom Hanks.

***

Otra vez el recuerdo, al llegar a su hotel.

–Gina, mañana por la noche te espero en el Empire State a las once de la noche. Solo para compartir una salida más.

–Peter… yo…

–No me respondas ahora. Estaré allí de todos modos.

–*¡Hello!* Sigo aquí. ¡Tengo un e-mail! –dijo Paul haciendo alusión a la película *Sintonía de amor* recordada por los tres.

Todos habían reído por su ocurrencia. Era muy divertido. Gina había bajado del vehículo rumbo a su habitación. Había tardado en dormirse y no había llamado a su ex.

Era raro sentirse así, plena circunstancialmente. Miró a la mujer del cuadro del baño mientras, descalza, se quitaba su maquillaje frente al espejo. Ella parecía entender. Había conocido otra parte de sí misma. Quizá su decisión había sido equivocada. ¿Acaso debía dar un paso más con él? ¿Probar sus emociones en ese terreno? Enseguida, sintió pudor solo de pensar en quitarse la ropa delante de Peter. ¿Tenía que ir al Empire State? ¿Era capaz?

***

Otra vez en la realidad. Observaba el magnífico edificio. Solo una hora la separaba del encuentro. Estaba cerca. Enfrente. Observando. Lucía su vestido nuevo con flores azules. Le gustaba verse distinta, como si las prendas tuvieran el agregado de hacerla sonreír segura de sí misma. Se buscaba entre el estampado mirándose en un espejo lateral del lugar. No era ya la Gina que había partido de Bogotá. Ella no tenía ropa floreada.

Sonó su celular.

–¿Irás? –preguntó Paul.

–No lo sé. ¿Qué harías tú?

–¡No es en serio lo que me preguntas! ¡Sabes bien lo que haría! Pero tú, solo debes seguir tu corazón. No eres el tipo de persona apresurada e irreflexiva. La buena noticia es que tampoco Peter lo es. Sin embargo, allí está esperando por ti.

–Estoy en un bar. Muy cerca. Pensando –contestó.

–Entonces, no debes ir.

–¿Por qué?

–Porque estás pensando y cuando tomes “esa” decisión debes

sentir, amiga mía. Debo cortar *¡Love you!* –dijo. Era su modo de darle espacio.

Sumergida en el consejo que era una simple verdad, observó la magia de esa noche. Pagó la bebida que había tomado y regresó a su hotel.

Gina agregó a su búsqueda un hallazgo inesperado. Siempre recordaría esos besos donde se había olvidado de todo. Su cuerpo había latido a un nuevo ritmo, pero claramente eso era parte de un proceso mucho más profundo, que, si bien le había permitido disfrutar de ese atrevido placer, también le había marcado una luz roja para que se detuviera si no deseaba perderse en el camino.

Recordó a Peter. No pudo evitar sentir que había sido afortunada al conocerlo. Quizá no todo estuviera dicho entre ellos. Pero en ese momento, algo era seguro: no había nada más por decir.

Paul tenía razón. Sentir y no pensar, esa sería su clave.

CAPÍTULO 28

Enojo

Cuando estamos enojados,
nuestra primera reacción suele ser equivocada.
Rick Warren

Al día siguiente, Gina desayunó, caminó por el Central Park y sintió que Nueva York le había dado mucho. Era tiempo de partir. El ruido de la ciudad, las emociones, las compras, la gente y lo vivido habían ocasionado un tsunami en medio de la claridad que anhelaba en su búsqueda. Le había encantado, pero había llegado a ella la necesidad de silencio. De un lugar donde pudiera mirar y mirarse. Donde el escenario estuviera plácidamente detenido en el tiempo. Debía decidir su nuevo destino. Sonrió al darse cuenta de que era la primera vez que compraría un ticket aéreo en otro país. Ella salía de Bogotá siempre con un plan de viaje diseñado a la perfección. La notaria estaría en crisis pero fue desplazada temporalmente por la mujer que se había perdido y no desistiría en su búsqueda.

Estaba de buen humor hasta que pensó en su vida. En sus hijos y en Francisco. Extrañó a Parker y a Chloé. Se sintió egoísta. Siguiendo un impulso lo llamó para saber cómo estaban las cosas y lo mismo haría después con sus hijos. Prefirió comunicarse con él primero para tener un panorama general. Él respondió.

–Hola, Gina. ¿Cómo estás?

–Bien. Estoy bien. ¿Y tú? ¿La pierna?

–Mejorando. Queda un largo camino, pero me han dado el alta provisoria. Debo permanecer en reposo y asistir a controles.

En ese momento, Gina pensó cómo haría solo en su apartamento para manejarse. Quizá los chicos hubieran ido con él, pero era solo un dos ambientes. Entonces, preocupada y pensando en contratar a alguien preguntó: –¿Está alguno de los chicos contigo?

–Los dos.

–Ah… ¿Se turnan? No hay espacio suficiente en tu nuevo apartamento para los tres. Además, están Chloé y Parker –pensó en voz alta.

–No. Estoy en casa –respondió con naturalidad.

Nada podía preparar a Gina para esa respuesta. ¿Qué era “en casa”? ¿Qué casa? Una furia irrefrenable comenzó a correr por sus venas. Quería cortar para no provocar un enfrentamiento, pero a la vez era necesario, estar segura.

–¿En qué casa? –inquirió.

–En la nuestra.

¿Nuestra? No había nuestra ya. Sentía el enojo en la garganta, en las manos, en la cabeza, en cada parte de su cuerpo. ¿Cómo se atrevía

a invadir su espacio personal? Le había costado años decidir la separación. A solo un tiempo de iniciado su viaje, por un malogrado accidente, ¿todo volvía al comienzo?

–No entiendo.

–Los chicos insistieron en que viniera. Era más fácil para ellos y desde luego para mí. Ignacio quiso llevarme con él pero…

–Debiste ir con tu amigo –lo interrumpió. Su enojo era tan rotundo como el modo en que lo expresaba.

–¿Te molesta que esté aquí? –preguntó desorientado.

–Sí. Mucho –silencio–. No debiste aceptar.

–No me parece que sea para tanto. La mitad de esta propiedad me pertenece y estuvimos juntos veinticinco años. Tuve un accidente, no puedo caminar. Tú estás viajando. Parece que Diego tiene razón y muy preocupada no estás.

–¿Qué tiene que ver Diego en esto? Es muy inapropiado. Muy invasivo de tu parte. ¿Dónde estás durmiendo?

–En nuestra habitación. Obviamente no iré a la de huéspedes.

–¡Es mi dormitorio ahora! –dijo indignada.

–Te desconozco. Esta conversación terminó para mí –dijo y cortó.

Gina lloraba de bronca. Toda lo logrado desde el inicio de su viaje se le vino encima. Lo llamó nuevamente, pero él no respondió, lo que acrecentó su ira.

¿Cómo había sido capaz? Solo imaginarlo parte de la casa otra vez, a su regreso, le provocaba vértigo. No lo soportaría. Tuvo la imagen vívida de llegar y que su presencia hubiera actuado sobre cada espacio. Aunque fueran los rincones de toda la vida, para Gina habían adquirido otra energía. Se le caían las lágrimas por la rabia.

Caminó. Todas las experiencias desde que había partido de Colombia parecían insignificantes y lejanas. Se sentía anclada al pasado. Densa, insegura, triste y muy enojada. Solo la comodidad y la liviandad de sus shorts y una camiseta fucsia parecían ser lo positivo de ese momento.

Llamó a Paul y lo puso al tanto de lo ocurrido. Él la escuchó atentamente. Media hora después conversaban en la confitería de su hotel.

–Gina, entiendo tu fastidio, pero lamento decirte que no tienes razón.

–¿Qué dices, Paul?

–Digo lo que es. Es el padre de tus hijos. Es completamente razonable lo que ellos decidieron.

–¡Decidieron sobre mi propiedad y en mi ausencia, sin siquiera preguntar! –dijo elevando la voz.

–¿Les pediste permiso para hacer este viaje?

–No. Sabes bien que no.

–Claro que lo sé, pero es bueno que lo recuerdes. Tú no estás allá y no están dadas las condiciones para que te pidan consejo desde el momento en que decidiste no regresar cuando te avisaron del accidente. Debes pensar con los años de ellos no con tus prejuicios y debilidades. Tus hijos están haciéndose cargo de una responsabilidad que antes era tuya y tu exesposo los necesita. Hicieron lo correcto.

Paul no tenía ningún interés personal en la cuestión más que ser sincero y honrar la amistad que los unía. Luego de oír sus palabras Gina supo que por mucho que le molestara, él tenía razón. No tenía derecho a oponerse. Muchos menos a cuestionar a sus hijos.

–Gina, sé de duelos y rupturas. El primer tiempo supone un proceso de autodescubrimiento. A pesar de tener nuestras ilusiones rotas y experimentar una decepción afectiva, podemos llegar a sentir esa gratificante experiencia de vivir la vida en cada etapa con lo mejor que tiene cada momento, aprendemos, de a ratos, a olvidar el pasado y vivir el presente. Peter es un ejemplo de eso. ¿Acaso no fuiste feliz en el crucero o en el bar mirando el Empire State anoche?

–Sí, supongo que sí lo fui.

–Eso es bueno, pero no te engañes. El proceso del olvido está marcado por la tristeza. Vamos superando importantes retos, nos hacemos más fuertes y aumenta nuestra autoestima. Pero el enojo y las lágrimas, son lo último en desaparecer. Te lo digo yo, que justamente estaba extrañando al “innombrable” que me engañó.

–Cierto… ¿Cómo es su nombre? Nunca lo mencionaste. He sido egoísta centrándome en mí.

–Gina, jamás volveré a decir su nombre. Me lo juré y así será.

–¿No eres algo extremista?

–Es verdad, pero nada de mi ser debe reconocerlo. Nombrarlo es darle un lugar. Es una mala persona. No me merece. Además, no me cuestiones –agregó con cierto humor histérico–. Es el “innombrable” y ¡basta!, porque haces que lo recuerde –su lado femenino había estallado en una agonía lenta y caprichosa.

–Está bien. No sufras más por él.

–Necesitamos establecer nuevos hábitos y otras rutinas que se alejen de todo aquello que nos recuerde a nuestra expareja.

–Eso es parte de la razón de mi viaje también –agregó.

–Debemos afianzar nuevas costumbres que nos aporten seguridad e independencia emocional.

–¡Pareces un libro de autoayuda!

Otra vez, la risa estalló entre ambos.

–¡Repito palabras de mi terapeuta! –más risas–. ¿Y no crees que nos hace falta una cuota de eso?

–¡Es evidente que sí! –exclamó–. ¿Qué debo hacer?

–Creo que no estaría mal, disculparte. Mantener un vínculo cordial y decirle amablemente que a tu regreso, él no debe estar allí.

–Eso no ocurrirá. Al menos no este día.

–Cuando sea el momento. Claro que no hay un manual de instrucciones para estos casos. Quizá tengas una idea mejor.

–No la tengo. Hoy he pensado en irme –dijo cambiando de tema.

–¿Por qué?

–Porque Nueva York comenzó a asfixiarme. Mi ser me pide tranquilidad.

–Bélgica.

–¿Bélgica? No entiendo. ¿Qué sucede allí?

–Debes ir a Bélgica. Brujas, exactamente. Allí tu búsqueda se enfrentará a los fantasmas y a la verdad.

–¿Qué fantasmas?

–Los de tu pasado. Los que no te sueltan. Ya comprenderás –adivinó.

–No conozco Bélgica. ¡Y definitivamente no identifico qué fantasmas no me sueltan!

–Mejor todavía –respondió Paul convencido–. Yo me ocupo. Sé lo que necesitas.

Llamó a su agente de viajes. En unas horas, Gina, tenía un nuevo destino. Partiría a la mañana siguiente. No podía creer que había accedido. Era un atentado contra la previsibilidad que gobernaba su vida. Recordó que era notaria. También su profesión parecía distante, aunque esa mañana había conversado con Alicia.

CAPÍTULO 29

Nostalgia

El amor no conoce su propia profundidad
hasta la hora de la separación.
Khalil Gibran

Mientras Gina se despedía de Nueva York. Francisco sentía un dolor agudo en el alma. Gina, lejos de darle alguna esperanza, lo había decepcionado. No era posible que un lado tan egoísta y tenebroso hubiera salido de sus palabras, ignorando las razones concretas por las que él estaba allí, en la cama que fuera de ambos.

Ignacio llegó a visitarlo después de la hora de la cena. Andrés se había quedado un rato más en casa de Josefina aprovechando que su padre tenía compañía. Diego había regresado de correr. Se había duchado y estudiaba, pero no dejaba pasar demasiado tiempo sin ir a la habitación de su padre para verificar si necesitaba algo. Isabella había pasado a verlo luego de su trabajo.

–No te imaginas lo furiosa que estaba porque estoy aquí –comentó luego de relatarle la conversación a su amigo–. Completamente desconocida –afirmó.

–Tengo la teoría de que conocemos a la mujer con la que nos casamos justo cuando nos separamos. No digo que sea el caso de Gina, pero la estadística habla en mi favor. Lo peor de ellas queda expuesto cuando el matrimonio termina.

–Puede ser con todas, pero no con Gina. Siempre ha sido generosa, el tipo de mujer que es capaz de hacer cualquier cosa por los suyos.

–Esos son los temas que tendrás que asumir.

–¿Cuáles?

–Dijiste “siempre ha sido generosa”. Es cierto, pero quizá cambió y además, ya no eres parte de “los suyos”. Ella te sacó de allí y no quiso permitirte volver. No digo que no te quiera como padre de sus hijos, pero ya no eres prioridad como hombre, como pareja. Sé que es horrible lo que digo, pero debes comenzar a asumir que tomó una decisión. Tienes que recuperarte. Iremos al gimnasio, saldremos con mujeres, quizá hasta hagamos un viaje. Sé que ahora todo eso no te interesa, pero cambiarás. Sé de lo que hablo.

–La verdad es que no tengo ganas de nada de lo que mencionaste. No es por mi pierna. Si estuviera sano, tampoco lo haría.

–¿Por qué?

–Porque no quiero hacerme el joven. Solo quiero a mi familia tal como era.

–¡No seas imbécil! –dijo riendo–. Hablo en serio. Es obvio que nada cambiará tu edad, pero no está mal tener actitud frente a la vida. Estamos en el tiempo de ir por segundas partes.

–¿Segundas partes? Jamás volvería a formar pareja con nadie que no sea Gina.

–Eso dices ahora. También yo lo dije al principio.

–Pero tú estás solo –inquirió.

–Es verdad. No quiero compromisos, pero también es cierto que no encontré una mujer que me hiciera pensar en lo contrario. A veces, me imagino que llegará una que dinamitará mis sentidos y entonces no sé. Quizá suceda en días lo que no paso en años.

–Puede que tengas razón. De momento no soy buena compañía.

–¿Les dijiste a los chicos que se enojó?

–No. Si bien ninguno la critica abiertamente, a su modo todos me demuestran malestar por su viaje. Advierto que su decisión de no volver fue peor que el hecho de mi accidente.

–Y no saben que habías ido a buscarla al aeropuerto…

–No, por supuesto que no. No es necesario. Mis hijos no serán rehenes de nada. Es más, ni bien me sienta un poco mejor, me voy a tu apartamento.

–Puedes venir ya.

–No. Los chicos sabrían que fue por ella. Prefiero protegerla.

***

Gina ordenaba sus cosas para partir nuevamente. A la maleta de color verde esmeralda mediana completamente llena, se sumó otra más de tono similar. Era evidente que se iba de Nueva York con más equipaje del que había llegado. No solo por las compras y los regalos de Paul, sino por lo vivido. ¿Era posible que la risa, las dudas, las decisiones y la autoestima ocuparan espacio? ¿Pesaba el enojo?

Claramente no era la joven que había partido de su pueblo. Ese era un recuerdo cada vez más distante. Lo raro había sido darse cuenta de que no era tampoco la notaria que había partido de Bogotá apenas algo más de una semana atrás. Pensó en Francisco. Estaba muy sensible y lloró. No se sentía cómoda con lo que le había dicho, aunque había sido completamente sincera. De pronto un recuerdo la envolvió. Pensó en el hombre del que se había enamorado perdidamente. En aquel entonces, creía que ningún otro podía ser capaz de algo tan hermoso para demostrar su amor. Hizo una pausa. Suspiró, mientras daba lugar a la memoria y siguió llorando. No eran sollozos sino lágrimas mudas de esas que desempolvan recuerdos que duelen en el presente. Quizá, no hubiera otro Francisco en ningún lugar del mundo. La memoria la enfrentaba al hombre que había dejado atrás, pero no al que no supo escuchar que ella ya no era feliz sino al que le debía muchos años de felicidad.

Cerró los ojos. Eran muy jóvenes, estudiaban, estaban llenos de ilusiones. Una noche, días antes del cumpleaños de Gina, habían conversado sobre sus sueños luego de hacer el amor en una playa solitaria a la que solían ir. La brisa tibia los acariciaba y bajo las mismas estrellas el amor de su vida le había preguntado:

–Gina, ¿cuáles son tus sueños?

Ella había sonreído. Uno siempre sueña cosas, pero rara vez está preparado para enumerarlas.

–Muchos.

–¿Cuáles? –había preguntado con gran interés.

–Me gustaría bucear. Nunca lo he podido hacer a pesar de tener tan cerca el mar caribeño.

–¿Bucear entre corales?

–Algo así. Amo el mar. Imagino desde pequeña historias infinitas que suceden en sus profundidades. De sirenas, de piratas, de día, de noche…

–¿Y qué más?

–Recibirme. Ser notaria. Casarme contigo. Tener hijos. Ser siempre tan feliz como en este momento. –¿Por qué lo preguntas?

–Porque quiero cumplir todos tus sueños.

Él era además de atractivo, muy dulce y estaba enamorado. Lo decía, lo demostraba, lo gritaban sus ojos cuando la miraba. Gina jamás olvidó aquellas palabras. Ninguna mujer podía pedir más que amar al hombre que deseaba cumplir todos sus sueños.

–¿Y a ti qué te gustaría? ¿Qué sueñas?

–Mi único sueño es estar siempre contigo. Amarte cada día más y que te suceda lo mismo –se besaron apasionadamente.

Al regresar a su casa, Francisco tenía un propósito que cumpliría a la mañana siguiente. Así se había contactado con un operador de turismo que le había recomendado la isla de Providencia, ubicada en el mar Caribe, cerca de San Andrés, para llevar a cabo su plan.

–Esta pequeña isla tiene la tercera barrera coralina más grande del mundo, en la que se encuentran cuarenta lugares diferentes para explorar bajo el agua. Además de explorar esta maravilla natural, cerca de sus costas hay embarcaciones piratas que naufragaron en sus costas, lo que hace mucho más interesante el viaje –había recitado para convencerlo de contratarlo.

–¿Cómo debo llegar?

–Tienes que tomar un avión hasta San Andrés y luego otro o un catamarán a Providencia.

Enseguida Francisco había consultado precios y supo que podía pagarlo. Lo hizo. Así, como regalo de cumpleaños, había invitado a

Gina a viajar a San Andrés. Sería el primer viaje junto a ella, quien había aceptado emocionada y feliz. Habían pasado en esa isla, los mejores días de sus vidas y por eso habían decidido que cuando tuvieran un hijo lo llamarían Andrés. Sin embargo, cuando ella sentía que nada podía ser mejor algo ocurrió y le demostró lo contrario.

–Amor, te dije que cumpliría todos tus sueños. Esto es para ti –dijo y le entregó un folleto junto con los tickets.

–¿Qué es esto?

–Iremos a bucear. Juntos.

Gina tomó el folleto en sus manos temblorosas y leyó:

Con la tercera barrera coralina más larga del mundo, un mundo submarino embellecido por su biodiversidad, aguas multicolores con una visibilidad al interior por casi todo el año, la isla de Providencia ofrece el mejor buceo de toda Colombia. La mayoría de sus aguas han sido declaradas como un área protegida por la Unesco, conocida con el nombre de Reserva Mundial de la Biosfera "Seaflower". La isla posee un área marina que equivale aproximadamente al 10% del mar Caribe. Providencia cuenta con una gran diversidad de sitios para practicar el buceo, como cuevas, grietas, majestuosas paredes, además de muchas embarcaciones de piratas que han naufragado en la Isla.

El amor entre ambos había adquirido dimensiones extraordinarias, llevaban la sonrisa como una señal. Eran felices.

Gina detuvo el recuerdo. La habitación en Nueva York era otra vez el escenario. El cuadro parecía tener la espalda más grande como si la libertad estuviera perdida para siempre.

Entonces, volvió al momento en que había aceptado casarse con él. Allí entre corales y sin palabras, Francisco había sacado un anillo del equipo de buceo y se lo había mostrado. Ella había creído morir de amor. Apresurados, subieron a la superficie para besarse en medio de un mar turquesa de amor, inolvidable y soñado.

–¿Quieres casarte conmigo? –había dicho él, flotando en medio de un paraíso mientras apretaba en su mano la alianza para no perderla.

–¡Sí! Te amo –había respondido tan rápido que ambos rieron.

Por fin le había colocado el anillo. Con dificultad había buscado el suyo para completar el par y ella se lo había puesto en medio de los sonidos del agua jugando contra sus manos. Los mismos que habían usado durante veinticinco años. En realidad ella se lo había quitado; Francisco, no. Al menos todavía lo llevaba en el aeropuerto.

Le dio nostalgia pensar en ese viaje, en aquella época. Él había cumplido sus sueños siempre. Los que le contara de joven y todos los

demás. Ella había roto en pedazos el único de él.

En algún momento, la rutina, enemiga íntima de las palabras “para toda la vida”, se había devorado a aquella pareja que había definido el amor, la felicidad y la plenitud en la isla de Providencia.

Entonces tomó su celular y escribió un WhatsApp.

“Francisco, perdóname. No mereces lo que dije. Puedes quedarte en la casa el tiempo que necesites. Gracias por lo que alguna vez fuimos”.

“Todavía podemos serlo”, respondió.

¿Podían? ¿Había algo del Francisco de la isla en el hombre que había tratado de detenerla en el aeropuerto? ¿Quedaba en algún rincón de su alma parte de ese amor? Y él, ¿sentía amor o estaba acostumbrado a ella y elegía el camino más fácil?

CAPÍTULO 30

¿Verdad?

Hay tres cosas que no se pueden ocultar por mucho tiempo:
El sol, la luna y la verdad.
Buda

María Dolores disfrutó de una cena inolvidable con Manuel. Él se mostraba muy entusiasmado con la idea de ser padre, aunque insistía en que era mejor estar seguros para hacer planes. Pero más que eso, era muy notorio que le alegraba verla feliz y distendida.

–Me gusta verte así, feliz. Cuando en tu mirada no hay miedos o angustia.

–Amor, eso sucede cuando estoy contigo. Tú eres la razón de mi felicidad –hizo una pausa–. Te diré algo que nunca te dije… –comenzó.

Manuel sintió un escalofrío en la espalda. Pensó en Raquel.

–Dime, amor… Te escucho.

–Cuando me ves de ese modo, cuando descubres tristeza en mi mirada es porque estoy pensando que puedo perderte –se animó a decirle parte de la verdad.

–No debes pensar en eso. Nunca vas a perderme –respondió sin meditar y sintiendo lo que decía. De inmediato al escucharse pensó: *¿Y Raquel?* También a ella le había dicho lo mismo, sintiendo exactamente que era igual de honesto respecto de su amor. Justo esa había sido la forma en que la había convencido de que no podía verla esa noche.

–¿De verdad sientes eso? ¿Me amas?

–Claro que te amo. Tú eres mi vida y eso no cambiará nunca. No importa lo que pase, nada cambiará esa verdad. Debes estar tranquila cuando digo que te amo. Es lo que siento. No podría vivir sin ti.

María Dolores, completamente feliz, deseó estar embarazada para que su matrimonio venciera por fin las tentaciones de Manuel y él olvidara sus distracciones. Le creía. Definitivamente decía la verdad. Sin embargo, cuatro palabras de su discurso hicieron sonar un alerta en su interior.

–¿A qué te refieres cuando dices “no importa lo que pase”?

–Al embarazo –dijo. Fue veloz al responder. Con esas palabras su inconsciente perturbado había dejado una pista de su propio temor. Ser descubierto. Ignacio quizá tuviera razón y su esquema de vida fracasara tarde o temprano.

–Bueno, si no estoy embarazada, quizá sea tiempo de que busquemos un hijo. He dejado de tomar la píldora.

Manuel se quedó mudo.

Era lógico lo que decía. Pero ¿cómo podría avanzar? Las

preocupaciones empezaron a inquietarlo. Decidió disfrutar a su lado y no pensar. Era feliz por sentir que la hacía feliz. Quitarle sus miedos era muy importante para él. Sin embargo, olvidaba un detalle. Ese amor genuino que le había jurado era cierto, pero no exclusivo y allí comenzaba la historia de su contradictoria verdad mentirosa.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y le dijo que debía trabajar. Tuvo una idea y realizó una llamada desde su móvil.

A las siete y media llegó a la casa de Raquel, cumplió con el ritual de cambiarse la alianza y llegó al dormitorio donde ella dormía.

La observó. Era tan hermosa. Algo cambió dentro de sí. Pensó en María Dolores, deseó sacarla de su recuerdo, pero no pudo. La estrategia de mundos paralelos comenzaba a fracasar. No estaba logrando olvidar a la otra en ninguno de los dos casos. ¿Cuál era la otra? Para el mundo era Raquel, porque había llegado después y no estaba casado con ella, pero para él era imposible atribuirle a ninguna de las dos ese rol. Simplemente porque las amaba a ambas. No había otra, había un hombre con su corazón dividido, casado dos veces. Una vez de un modo tradicional y otra, de manera privada pero igual de auténtica.

Se sentó a su lado y acarició su rostro. Ella despertó.

–Lo siento. Te extrañé anoche pero no fue posible venir.

–Lo de siempre –murmuró–. Excusas.

–No. No ha sido lo de siempre. No importa el motivo, porque lo único que interesa es que te amo y aquí estoy listo para invitarte a desayunar.

Ella se incorporó.

–¿Adónde?

–En la habitación de un hotel precioso. Pasaremos allí el día. He rentado la suite matrimonial.

–¿Cuándo has hecho eso?

–Recién. Desde mi automóvil. Pero debes apresurarte porque en otro caso te haré el amor aquí, ahora, ya. No resisto verte sin poseerte, sin hacerte el amor.

Raquel lo besó apasionadamente en la boca. Sus lenguas latían la urgencia de los momentos que se anunciaban. Por eso, abruptamente interrumpió el beso y se levantó urgida por la necesidad de estar lista cuanto antes. Era feliz y Manuel sintió que era feliz también por haber logrado que se sintiera tan contenta.

***

Llegaron a una suite soñada. La cama era king size, tenía jacuzzi y hasta un pequeño sauna. Todo estaba decorado con un gusto

distinguido y cálido. Al realizar el chek-in, Manuel anotó el nombre de ambos y se registraron como un matrimonio. Era un hotel cinco estrellas lejos del centro de la ciudad. Raquel sentía que por fin su suerte cambiaba, él la había llevado a un lugar público, exponiendo su amor, al menos delante de algunas personas. No advirtió que estaría encerrada en la suite. Se centró en que Manuel la había presentado como su esposa al conserje. Era un avance.

Lo demás había sido perfecto. Durante casi ocho horas habían disfrutado de sus cuerpos, sus ganas y su amor sin inhibiciones. Habían hecho el amor en cada rincón de esa suite como si fuera necesario compensar su precio. Desayunaron, almorzaron y merendaron como reyes que recuperaban fuerzas. Manuel no era un gran amante, pero tenía el potencial de poder volver a empezar si su compañera era lo suficientemente creativa. Raquel lo era. Por eso, durante ese día mágico había superado sus records de pretensiones sexuales. Varios orgasmos para Raquel y otros para él, que sentía su hombría al nivel de un dios griego. Le había dicho tantas cosas hermosas que Raquel solo podía sentirse amada. Sus palabras eran caricias y sus proyectos eran sueños que le quitaban el aliento. A pesar de haber estado allí por horas, la cama no era lo mejor que compartían. Raquel se había enamorado del efecto de sus promesas y sentimientos.

Afortunadamente, su celular no había sonado, señal de que María Dolores estaba tranquila. Cuando el horario presionó silencioso sobre su tumultuosa doble vida, se fueron de allí.

Dejó a Raquel cansada y feliz en su casa. Subió a su vehículo y regresó a su hogar con María Dolores.

Al entrar, encontró a su esposa radiante. Toda ella brillaba y su sonrisa iluminaba la vida de ambos. Sonrió.

–¡Hola! –dijo y lo besó. Estaba tan feliz que no percibió las huellas de otros labios en su boca–. ¿Mucho trabajo?

–Sí… fue una jornada diferente. Estoy cansado. ¡Estás preciosa!

–Es por esto –dijo y le dio un sobre.

Él lo abrió, mientras ella lo observaba detenidamente esperando su reacción. El corazón de Manuel descubrió lo que sus ojos adivinaron. Un resultado positivo le anunciaba desde un informe de laboratorio que sería padre. Sintió emoción. Levantó la vista con una lágrima rodando por su mejilla.

Sin embargo, cuando se acercó a María Dolores para besarla, ella lo apartó bruscamente. Manuel se sorprendió. Esperaba otra celebración. Insistió y el rechazo en esta oportunidad fue acompañado de una bofetada que le dejó marcados sus dedos en el rostro.

–¿Qué significa esa alianza? No es la nuestra –afirmó poderosa. Como si la fuerza que le daba el hijo que gestaba se hubiera sumado a la furia de descubrir lo lejos que había llegado el engaño, que había elegido ignorar. No era difícil suponer la respuesta.

¿Había algo de verdad en Manuel?

CAPÍTULO 31

Éxito

Da tu primer paso ahora. No importa que no veas el camino completo. Solo da tu primer paso y el resto del camino irá apareciendo a medida que camines.

Martin Luther King Jr.

Lucía llamó a Isabella a su despacho. Después de la publicación de *Mamushkas*, el correo electrónico previsto para las lectoras había colapsado y la encargada de prensa y de dar respuesta a los mismos, le había dicho que López Rivera era un diamante en bruto. Lucía lo sabía. Hacía muchos años que trabajaba como editora, habían pasado por sus ojos miles de textos de diferentes autores y periodistas. Sabía de inmediato cuando uno de ellos tenía el don. Este era uno de esos casos. Cuando una editora profesional se encuentra con alguien que marcará una diferencia, lo sabe. Ignora de qué manera o con qué obra o en qué rol y circunstancias estallará su éxito, pero es perfectamente consciente de que eso ocurrirá. Entonces, es necesaria la estrategia de medir lo que se dice y cómo se dice.

La humildad no siempre le gana al ego, y el talento, a veces, se destruye sometido a la sombra de la soberbia. Para evitar esos riesgos Lucía era distante. Actuaba con prudencia hasta que su intuición le indicaba que era el momento. Isabella parecía una joven simple. Le daría una oportunidad de demostrar quién era. Si pertenecía al grupo de las que valoraban agradecidas las oportunidades a su editor. O sí, por el contrario, era vencida por una falsa idea de superioridad. Isabella ingresó en la oficina. Nerviosa, nunca sabía qué esperar de su jefa. Tampoco podía determinar si la apreciaba o la consideraba una más del plantel de la revista. Los sentimientos de Lucía eran un misterio. Solo sabía, desde hacía algunos días, que llevaba muchas mamushkas dentro de sí. En eso, se parecían.

–¿Me llamó, Lucía?

–Sí, siéntate.

–¿Sucedió algo? –preguntó. Isabella no sabía manejar la ansiedad. Frente al silencio hablaba primero.

–Sí. La columna de las mamushkas ha sido un éxito rotundo. Se han recibido más de cuatro mil mails desde su publicación –dijo y analizó la reacción de la joven. Le gustó ver que su intuición no había fallado. Hubiera podido asegurar que contenía lágrimas de emoción. Le brillaban los ojos y demoró en pronunciar las siguientes palabras.

–Muchas gracias por decírmelo –era sincera.

–Eso nos marca un nuevo rumbo.

–¿Cuál?

–Tu espacio en la revista es en la última página. He decidido que la columna se ubique en la primera y que lleve tu foto. La idea es

multiplicar esta repercusión. Matías se ocupará del diseño –recordó la mancha de rímel en la camisa de él. Eso podía ser una complicación. Prefirió alejar su intuición.

Isabella no sabía muy bien qué decir. Las palabras se repetían y se mezclaban en su pequeño mundo interior. ¿Primera página? ¿Foto? ¿Repercusión? ¿Miles de mails? ¿Cómo superar las mamushkas? ¿Era capaz? Como si hubiera escuchado sus pensamientos, su jefa continuó.

–Esta es una oportunidad. Creo que tienes el don. Eres capaz de decir mucho con solo cuatrocientas palabras o menos. No todos lo logran. Es el momento de tu primer gran paso. Las mamushkas podrían señalar el inicio de una nueva etapa laboral. No debes desperdiciarla.

–No lo haré. Gracias –dijo mientras por dentro sus emociones celebraban una gran fiesta. Reían, bailaban y olvidaban temporalmente sabores amargos del pasado. Su primera reacción fue ir a contarle a Matías, él era su confidente. Había faltado al trabajo ese día. No tuvo ganas de llamar a Luciano en ese momento. Ni siquiera había leído su artículo.

–Bien. Solo algo más.

–¿Qué?

–Seré yo quien indique el tema de cada columna, aunque serás libre de acuerdo con tu inspiración de escribirla como prefieras. Quiero el estilo de las mamushkas y que generes empatía con las lectoras. O sea, sé tú misma, pero mejor en cada oportunidad. Debes reinventarte. Luego decidiré la frecuencia, es posible que sean dos semanales. Una para la revista y otra para la página web. Entre trescientas cincuenta y quinientas palabras.

–Lo haré –respondió.

–Correcto.

–Entonces, ¿cuál es el tema de la próxima columna?

–La muerte.

Isabella quedó perpleja. Esa mujer parecía conocer el mapa de sus remordimientos. ¿Era necesario exigirle hasta ese punto? ¿Otra vez debía escribir sobre algo que no podía asumir? Se preocupó. Luego, con disimulo, actuó como si le hubiera pedido que escribiera sobre la alegría.

–¿Algún problema?

–No, claro que no. La muerte es la justificación de la vida.

Lucía sonrió, satisfecha. La joven estaba en su misma frecuencia. Había tomado la decisión correcta.

Isabella salió de la oficina sintiendo que la fiesta de su mundo interior no le cabía en el cuerpo. Cumplió con el deber ser que no

coincidía con sus deseos. Llamó a Luciano.

–¡Hola, Lu! Algo increíble ha sucedido en mi trabajo. Me darán la primera página con mí fotografía. Y prensa recibió miles de mails por mi último artículo –relató con entusiasmo.

–Me alegro… –dijo y permaneció en silencio.

–No se nota –respondió sin pensar. Sintió como si una bofetada helada hubiera interrumpido su conmoción y la misma mano hubiera apagado abruptamente la música de su fiesta.

–Es que no quiero que eso interfiera en nuestros planes.

–Ah eso… no, claro que no –contestó con una angustia que no supo evitar. No eran sus planes, eran los de él–. Tengo que cortar –agregó.

–Te amo.

–También yo –no lo sintió así, aunque lo dijo.

No pudo comenzar la nueva columna ese día. El resto de la jornada laboral transcurrió esperando que llegara la hora de salida para ir a contarle a Matías. Le había avisado que iría a su casa pues quería decirle algo.

***

Isabella estaba dividida. Una parte de ella sentía felicidad por su logro profesional y otra, mucha angustia por la falta de apoyo de Luciano. Pensó que en una pareja normal lo sucedido sería motivo de celebración. En cambio, en la suya, debía regresar, cocinar y actuar como si nada hubiera ocurrido esperando que Luciano le preguntara y resignándose a que si lo hacía, sería una formalidad que duraría unos minutos.

Caminaba en medio de ese encierro en el que se había enredado. Se arrepentía de sus decisiones. Si hubiera actuado de otro modo, seguramente su realidad tendría otras perspectivas, pero no había forma alguna de retroceder en el tiempo.

Sin darse cuenta estaba en la puerta del apartamento de Matías. Tocó timbre.

–¿Isabella?

–Sí, soy yo.

–Sube.

Él la esperaba ansioso. Miraba el canal de música sin demasiada concentración. No importaba qué tuviera que contarle, lo había elegido para compartir algo. Desde su llamada había estado suponiendo de qué se trataba sin imaginar ni de cerca la realidad. Era cierto que en su rol de amigo compartía todo con ella, pero había algo que ya no estaba funcionando en ese sentido. No era honesto de su parte ocultar que estaba enamorado. De algún modo, toda la tarde

había estado reflexionando sobre si no era una manera de estafa emocional permitir que ella ignorara sus verdaderos sentimientos. Quizá esa tarde, en el minuto de valentía que buscaba cada día, encontrara éxito y no fracaso. El éxito no era ser correspondido, apenas radicaba en confesar su amor. Su amistad era sincera, pero no era lo único que lo unía a ella.

La joven entró en el apartamento y él sintió que se detenían sus latidos. No podía dejar de mirar el brillo en sus ojos. ¿Así era cuando estaba feliz? Supo que traía una buena noticia.

–*¿Come stai?* –saludó Isabella imitando su italiano.

Sono innamorato, pensó.

–*Sono felice di vederti* –respondió.

–Yo también estoy feliz de verte –contestó ella que estaba aprendiendo la lengua con su ayuda.

Matías vestía de manera informal. Una camiseta negra lisa, jean y un par de tenis.

–Me encanta tu estilo libre –lo aduló.

Él no podía dejar de pensar en encontrar valor para hablar. Era urgente. Se lo debía. De pronto recordó que era ella la que tenía algo que contar. Estaba distraído. Ella detenía el tiempo y marcaba el pulso de la mirada de Matías, que solo parecía tener ojos para suspirar frente a su belleza.

–¿Qué tienes que decirme? Debe ser importante si te hiciste tiempo para venir –dijo. Ella evitaba estar sola con él en su apartamento porque Luciano la cuestionaba. Su esposo no entendía la amistad entre ellos.

–Bueno, Lucía te asignará un nuevo diseño.

–No puedo asociar eso con tu visita. Lucía siempre me asigna nuevos diseños –dijo con humor.

–Sí. Pero esta vez tendrás que hacer tu mejor trabajo.

–¡Ah! ¿Sí? ¿Y por qué?

–Porque me ha dado la primera página con mi fotografía. ¡La columna de las mamushkas explotó en miles de e-mails! –él la había leído y había entendido la razón de ese espontáneo beso al salir de la oficina. Ella se estaba redescubriendo. De pronto reaccionó.

–¡Sí! Esa es la mejor noticia que podías darme. Nada me hace más feliz que tu éxito –dijo al tiempo que la abrazaba tan fuerte como era capaz. La retuvo durante unos segundos–. Hay que festejar. Tengo cerveza helada –agregó y fue en busca de dos vasos.

Isabella lo observaba. Era tan sincera su alegría. Lo quiso más por eso.

–Brindemos. ¡Por tus logros! Esto recién comienza –anunció muy

seguro de sus palabras

–Por nosotros –dijo ella.

De pronto la música que emanaba de la televisión se impuso. Un recital en vivo de Rod Stewart sonaba. La canción *Have you ever seen the rain* los envolvió y comenzaron a bailar y cantar simulando tener micrófonos en sus manos por momentos o guitarras o baterías según el ritmo.

–¡Creo que como cantante eres muy buena autora de columnas! –dijo él burlando su tono grave.

Ella le arrojó un cojín del sofá.

–¡Te arrepentirás de eso! –dijo y comenzó a correrla por el apartamento. Reían con ganas. El sonido de la complicidad llenaba todo el espacio que no estaba ocupado por el amor de Matías y la felicidad de Isabella. La fiesta que había comenzado en su interior parecía haberse extendido fuera de ella. Y no era la invitada. Era la protagonista. Nadie apagaba la música. Al contrario, el volumen subía junto a él.

Matías la alcanzó rápidamente y la abrazó.

–Estoy feliz por ti. Muy feliz –dijo mirándola a los ojos.

Entonces algo tembló. Isabella nunca supo si fue dentro o fuera de sí. Matías la besó. Se apartó un instante dispuesto a pedir perdón o a verla partir, pero eso no sucedió. Ella simplemente se quedó allí, enfrentando la realidad. No se movió ni un milímetro de su abrazo y él pudo escuchar los latidos de su corazón provocando al suyo. Suplicaba por un minuto, solo un minuto de valor para decirle lo que sentía, pero no tuvo tiempo. Isabella cruzó los brazos por detrás de su cuello y lo besó. Rod Stewart cantaba *Sailing* como si hubiera advertido la necesidad de cambiar el ritmo para lo que se anunciaba.

Matías no podía hablar. No era capaz de darse cuenta de si soñaba o había muerto y ese era el paraíso. Isabella estaba entregada a disfrutar ese impulso, no quería pensar. Él había hecho lo que ella necesitaba. No importaba que fuera su amigo. ¿Era su amigo? Las circunstancias habían definido la situación.

Los besos eran intensos. Se tropezaban unos con otros. Se mezclaban lenguas, saliva y deseo. Entonces las manos de ambos comenzaron a tocar las expectativas de placer del otro. Y les sobraba ropa y les faltaba tiempo. Y no alcanzaban los besos y las caricias no lograban apaciguar las ganas de beberse al otro de un solo sorbo. Y la cerveza avanzaba en la sangre de los dos. Y Rod Stewart cantaba *I don't want to talk about it*. Exactamente eso ocurría. No querían hablar de eso, querían sentir. Y en eso estaban cuando él, sin dejar de besarla, la levantó y ella lo rodeó con sus piernas hasta llegar a la

cama.

La ropa que se quitaban caía rendida sobre el suelo, desordenando una escena que había comenzado un rato antes sin posibilidad de imaginar ese encuentro. Pero allí estaba devorándoles la piel, el alma y el calor de sus cuerpos. Era el nudo de una película sin que hubieran sido conscientes del principio.

Isabella desnuda era como ver el sol de frente. Matías desnudo era una tentación irresistible. Solo eso podía pensar el uno del otro. La magia se acrecentaba mientras sus latidos parecían salírseles del cuerpo. Se deseaban con desesperación, sin embargo, las ganas de detener el tiempo para jamás olvidar lo que sentían fueron de pronto más fuertes. Algo más grande que la atracción había impuesto una lentitud de placer único al momento. Necesitaban mirarse y cuidarse. Los besos eran una caricia que los enlazaba de manera invisible. Él tomó un condón de la mesa de noche pero fue ella quien lo sorprendió cuando dijo: *¿Puedo?* Isabella lo volvía literalmente loco. Verla y sentirla en su piel más sensible colocándolo hizo que el éxtasis fuera inimaginable. A partir de ese momento, solo podían saborear al otro como si no hubiera un mañana, un mundo afuera, una realidad al margen del maravilloso sentimiento que los unía. Estaban ardiendo de vida por primera vez.

Despacio, protegiéndola con cada movimiento como si ella pudiera romperse, él entró en ella y supo que era diferente. Isabella lo sentía por todas partes, pero fue en el instante en que él, sin saberlo, besó sus culpas, cuando ella estalló en un orgasmo que la convirtió en otra mujer. No se conocía capaz de sentir ese nivel de gozo. Él no supo si era real el brillo de sus ojos o si dos estrellas se habían caído sobre su almohada. Besó su sensibilidad más profunda mientras la acariciaba al límite de sus resistencias. Entonces, ella se iluminó de vida otra vez y ambos sintieron el desenfreno del deseo que humedecía la intimidad que compartían. Mezclada la agitación de ambos entre sábanas y sudor parecía imposible que pudieran separarse. Solo lograron la distancia que existe entre las manos y los labios que continúan descubriéndose con suavidad.

Cuando se aquietaron los latidos de ambos. La ausencia de palabras hizo que escucharan a Rod Stewart una vez más. Cantaba *You're in my heart.*

–Es así. Estás en mi corazón, Isabella. Me enamoré de ti. No planeé esto, pero soy el hombre más feliz del mundo en este momento.

Ella comenzó a llorar y se cobijó en su pecho.

–¿Qué es lo que te sucede? Quiero hacer todo por ti. Quiero tu felicidad.

–No puedo. No puedo estar aquí. Ni puedo contarte –dijo al tiempo que a toda velocidad se levantó, se vistió y salió del apartamento sin escuchar nada más de lo que Matías había dicho. Su voz era un sonido lejano.

El recital de Rod Stewart había terminado cuando la puerta se cerró detrás de ella.

CAPÍTULO 32

Eficacia

Un hombre puede imaginar cosas que son falsas, pero solo puede entender cosas que son ciertas.
Para cada acción hay siempre una reacción opuesta equivalente.
Isaac Newton

Diego se había aferrado a sus estudios más que nunca. No solo porque eso significaba ocuparse de algo cuyo resultado dependía exclusivamente de él, sino porque realmente disfrutaba aprender. Leía sobre física con la naturalidad que otras personas eligen novelas o libros de entretenimiento en las librerías.

No se había comunicado con Gina y no tenía pensado hacerlo. Respecto de su vida, les había pedido a todos que no intervinieran ni comentaran nada.

Quería realizar un viaje, pero no como una vacación ni para alejarse de la realidad. Había comenzado a proyectar su futuro. En ese sentido, quería visitar el lugar en donde había decidido realizar un posgrado en física. Nada lo enlazaba a Colombia. Su familia estaba dividida. No había dejado de quererlos, claro que no. Pero podía seguir haciéndolo desde otro lugar del mundo. Ese era su plan. Terminar su carrera e irse a vivir al exterior. Previamente debía conocer y decidir dónde se radicaría.

Su espacio para los sueños había existido al lado de Ángeles. Eso había muerto y, como bien determina la ley de gravedad, sus pies siempre estaban tocando el suelo.

Esa tarde llovía, relámpagos y truenos invitaban a no salir de la calidez y comodidad de su casa. Francisco dormía. Andrés no estaba. Diego, recostado en el sofá de la sala, estaba entusiasmado leyendo *La física de la vida: la evolución de todo*. Era muy práctico al momento de trasladar leyes o teorías a su propia vida y le gustaba hacerlo. La esencia del tema es que todo proceso en movimiento avanza hacia una mayor eficacia.

Exactamente eso era lo que Diego deseaba, eficacia. Desde que la traición le había demostrado que no debía creer en cuestiones de sentimientos, había elegido la eficacia. La previsibilidad y la ciencia eran aliadas de la eficacia, entendida como la capacidad de alcanzar el efecto buscado tras la realización de una acción. Las relaciones humanas claramente no respondían a esa condición. Él se había entregado por completo a Ángeles. Si bien siempre existía en toda pareja una posibilidad de ser abandonado, eso no incluía la traición y las mentiras. Si solo hubiera terminado la relación, no la hubiera juzgado. Se hubiera sentido triste pero entendiendo que eso era posible en un marco de lealtades. Nadie podía defraudarlo en el terreno actual. Había traducido su dolor al lenguaje de una soledad

constructiva, cual era centrarse en su progreso y disfrutar el trayecto. Porque, como bien decía el libro que leía, “la inacción interrumpe el flujo y detiene el proceso de optimización natural”. Ángeles y su engaño no detendrían el avance de su vida. Cuando pensaba en las palabras de su padre respecto de si el hijo era suyo, no podía sentir nada. Era como si el pasado reciente se hubiera convertido en un hecho histórico ajeno a su vida. No había vínculo alguno con esa posibilidad, sea o no el padre. Si el hecho de permitir que la indiferencia lo gobernara lo convertía en una mala persona, pues eso sería.

Continuaba lloviendo intensamente. Seguía atrapado en su libro cuando una llamada de un número desconocido lo interrumpió. Por alguna razón, que más tarde atribuyó a estar concentrado en el texto y no en el entorno, respondió.

–¡Hola! Por favor, debes escucharme, solo eso te pido –dijo Ángeles temerosa de que él le cortara.

Diego la escuchó y no pudo evitar lamentar lo sucedido. Sus sentimientos hacia ella eran o habían sido verdaderos.

–No hay nada que agregar, Ángeles.

–Sí. Hay.

–Estoy en la puerta de tu casa. Puedes dejarme pasar. Serán solo unos minutos.

¿Hay algo realmente fortuito en el universo o todo está predeterminado? Mientras que la mecánica de Newton puede predecir cómo caerá un dado que se tira, si se tiene la información necesaria, no puede saber cómo actuará un átomo. Diego dio lugar a la breve aleatoriedad que rodea los vínculos. Quizá porque su determinación no coincidía con sus sentimientos. Tal vez por el simple hecho de que llovía torrencialmente o porque algo en su interior necesitaba escuchar lo que su razón rechazaba. Cuando no había explicación posible para algo, el tema estaba concluido a excepción de la investigación. ¿Qué podía decirle Ángeles que justificara lo ocurrido?

–Está bien. Ya te abro –respondió. Fue a la puerta y allí estaba ella. La misma, pero muy diferente a sus ojos. Desprotegida, con el cabello mojado y la ropa empapada. Sin duda había ido caminando. Solo le permitió pasar al hall de recepción.

–Te escucho.

–Diego, te amo. Eso no cambió –intentó acariciar su rostro, pero él dio un paso atrás–. Perdóname.

–Es mejor que digas algo realmente relevante o que te vayas por el mismo camino que llegaste. Si viniste a buscar mi perdón, no te lo daré porque no me corresponde. No soy el Dios en el que tú crees. Que

él te perdone. Yo no.

–No seas cruel. Si supieras…

–¿Yo cruel? Ángeles, rápido dime a qué viniste.

–Una vez. Solo ocurrió una vez. No pude evitarlo.

–¿Tu traición? –rio con ironía–. ¿Y crees que eso le quita gravedad?

–Sé el dolor que te causa y no es menor el mío, por eso estoy aquí…

–No quiero detalles –interrumpió–. No me importan. Te pido que te vayas, no perderé tiempo en más de lo mismo.

Ángeles se lanzó a besar sus labios como un recurso que pudiera acercarlo y darle a ella valor. Él no pudo sentir más que un beso culposo y desesperado. La apartó.

–Quiero volver contigo. Interrumpiré este embarazo –dijo desesperada–. Seguiremos con nuestro proyecto de estar juntos. Todos podemos ser víctimas de algo que no fuimos capaces de evitar. Tú también. Debes darme una oportunidad, en nombre de nuestro amor.

Diego no podía creer lo que escuchaba. Algo así como que por no saber quién era el padre desecharía el hijo y pretendería volver las cosas al estado anterior. ¿Víctima? El efecto fue peor. Le perdió el poco respeto que le quedaba. Ni siquiera tenía el instinto de proteger a ese hijo. ¿Con quién había compartido su vida durante casi un año?

–¿No fuiste capaz de evitar qué? ¿Tu engaño? ¿Resulta que ahora eres la víctima? –repitió indignado–. Puedes hacer lo que quieras. Es tu hijo. En mi opinión la víctima he sido yo, pero como es un rol que no ocuparé, esa condición no existe para mí. Nada cambiará el hecho de que no volverás a mi lado. Eso no ocurrirá. Nunca. Tú te encargaste de que conozca una parte de ti que me avergüenza. Se terminó –dijo y abrió la puerta indicando que debía irse.

Según Bejan, entender mejor su ley podría ayudar a anticipar cambios. Diego la había entendido. Estaba decidido a mejorar su vida. En ese avance se producirían cambios y ajustes para evolucionar hacia algo mejor.

Al cerrar la puerta, Diego sintió tranquilidad. Nada en Ángeles lo había movilizado. Al contrario, había confirmado que su decisión era la correcta. No obstante, pensar que pudiera estar engendrando un hijo suyo, le provocó angustia. Tal vez no nacería de todas maneras. Mejor así.

Pensó que si una dinámica se vuelve más eficaz cuanto más libre es, entonces la moraleja para su vida bien podría ser "no te detengas". No lo haría.

CAPÍTULO 33

Sueño

No te rindas que la vida es eso, continuar el viaje, perseguir tus sueños, destrabar el tiempo, correr los escombros y destapar el cielo.

Mario Benedetti

Josefina y Andrés debían ir esa tarde al consultorio de la ginecóloga Clark con los nuevos resultados. Él solo pensaba en el modo de hacerla feliz y de distraerla de su preocupación. Recordó que su padre le había pedido a su madre que se casara con él de una manera muy romántica durante una excursión de buceo en la isla de la Providencia, cerca de San Andrés. Sin que ella lo supiera, había conversado con su suegro acerca de lo que quería hacer, ya que necesitaría una semana de vacaciones. Por supuesto, el buen hombre no había tenido ningún problema.

Ya en el consultorio, Josefina le pidió que entrara con ella. La médica los saludó amablemente y dispuso su atención a la lectura de los estudios. Sonrió brevemente y se puso más seria después.

–¿Qué sucede, Camila?

–No tenemos nada de qué preocuparnos con tu útero. Todo está bien. Aunque seguiremos con controles. Respecto de las microcalcificaciones mamarias, el informe de la biopsia revela que hay un carcinoma.

–¿Qué es eso? –preguntó Andrés.

–Significa que la proliferación celular es cancerígena y crece dentro del conducto sin traspasar su pared, sin hacer invasión o infiltrar al tejido que lo rodea.

–¿Es cáncer? –preguntó Josefina.

–Digamos que es algo detectado muy temprano y debemos tratarlo.

–Si tú lo tuvieras, ¿estarías preocupada? ¿Puedo morir? ¿Me quedaré pelada y esas cosas? –no podía detener las preguntas y mezclaba temas como era habitual en ella.

–Josefina, no es para preocuparse: es para ocuparse. Si estuviera en tu lugar, de hecho lo estuve una vez, me ocuparía. No vas a morir. Solo deberás realizar un tratamiento.

Andrés sintió que se quedaba sin aire. Sabía lo que la estética significaba para Josefina y la médica no había respondido a su pregunta.

–No me has respondido. ¿Deberé someterme a quimio o rayos?

–Es posible. Debemos primero realizar la cirugía. Lo que sigue lo determinaremos luego del informe del patólogo.

Josefina permaneció un instante en silencio, después miró a Andrés y de pronto habló.

–¿Tengo una semana?

–¿De qué hablas, Josefina? Si sigues el tratamiento, ¡tienes una vida entera!

–Me refiero a que si puedo tomarme una semana sin médicos ni estudios antes de abordar el tema de la cirugía.

–¿Con qué fin? –preguntó con curiosidad la doctora.

–Quiero hacer un viaje que tenemos programado –respondió.

Andrés la miró sorprendido. No dijo nada. ¿Cómo sabía ella sobre su plan?

–Creo que si es solo una semana, puedes hacerlo, pero debes venir sin demoras a tu regreso.

–Lo haré.

–Hablo en serio. Tu sanación, en buena medida, dependerá de que seas responsable frente al tratamiento. Autorizo solo una semana, pero antes de partir, es decir hoy mismo o mañana, realizarás los estudios prequirúrgicos –dijo mientras emitía las ordenes.

–Así será –respondió Andrés.

–Debe venir de inmediato luego del viaje. No permitas que pierda tiempo o busque excusas.

–Estoy aquí. No hablen como si no estuviera presente. Haré lo que debo hacer. Los prequirúrgicos mañana y volveré a nuestro regreso –agregó Josefina.

–Aquí estaremos –coincidió él.

La doctora Camila Clark llamó a su secretaria y le indicó que se ocupara de darle con prioridad turnos en la clínica para la mañana siguiente. Se aseguraría de que Josefina se hiciera los estudios que requería previamente la cirugía, antes de partir.

–¿Adónde irán?

–A cumplir su sueño –respondió Andrés sin más datos. En verdad, no lo sabía.

Regresó junto a ella y subieron solos al ascensor. Lo besó.

–Puede que todo lo que dice sea verdad y que esto se resuelva, pero si por alguna razón en lugar de eso se complica, quiero cumplir el sueño de irme de viaje contigo.

Él no reaccionaba.

–¿No vas a decir nada?

–Jo, no vas a creerme, pero hasta le he pedido a tu padre mis vacaciones. Solo dudo ahora, porque estaba seguro de que los resultados serían otros… Tal vez deberíamos postergarlo.

–¿De verdad quieres llevarme de viaje? ¿Ibas a sorprenderme con lo que yo deseo?

–Sí, más o menos así –omitió decir que su plan llegaba más lejos.

–No me importan los resultados. Solo me importas tú. ¿Puedes

respetar mi decisión? No vamos a postergar nada.

–Mañana dejaremos los estudios listos y cuando regresemos, ¿harás todo lo que la doctora diga?

–Lo prometo.

Ella lo miró con devoción. Él no pudo negarse.

–Entonces, ya mismo iremos a la agencia de viajes.

***

Camino a la agencia, Gina llamó a Andres.

–¡Hola, hijo! ¿Cómo están? He soñado contigo y con Josefina. ¿Todo está bien?

Andrés miró a Josefina atónito por segunda vez ese día.

–¡Hola, Gina! Estás en altavoz.

–Hola, mamá. Sí, estamos muy bien. De hecho, vamos camino a una agencia de viajes. Nos tomaremos nuestra primera semana juntos.

–¡Qué bien! ¿Adónde irán?

–No lo sabemos todavía.

–No puedo evitar contarles que San Andrés es un lugar soñado. Pero ya decidirán ustedes.

–Y tú, ¿estás bien? –preguntó Andrés.

–Sí, hijo. Estoy bien. ¿Los demás?

–Todos bien, pero deberás hablar con cada uno. Solo te diré que Chloé y el viejo Parker están muy malcriados y duermen en tu cama.

Gina pensó que no lo hacían solos, pero prefirió no abordar la cuestión.

–Bien, hijo. Conozco tus reglas. No debí preguntar. Disfruten mucho.

–Adiós, Gina –saludó Josefina.

–Hasta pronto mamá.

–Los quiero –agregó.

Al cortar, otra vez el viaje con Francisco a San Andrés vino a su memoria. No lloraría más. Lo alejó de su recuerdo.

–Qué raro que soñara con nosotros. Es muy intuitiva. ¿No?

–Sí. Más de lo que me gustaría. Creo que salimos airosos, pues no siguió interrogando.

–¿Por qué dice que San Andrés es un lugar soñado? Ya sé que lo es, pero digo para ella.

–Porque allí fue feliz con mi papá. Fue el primer viaje que hicieron juntos. De hecho, mi nombre se les ocurrió en esa isla antes de que tuvieran hijos.

–Quiero ir al lugar donde se decidió tu nombre –agregó. La cercanía con la posibilidad de que todo podía terminar en poco

tiempo, se convertía en simbólica a cada instante para Josefina. Quería saber todo de él y compartirlo todo con él. Incluso conocer el sitio donde sus padres habían soñado con ese hijo que por fin había llegado después. ¿Acaso ella podría soñar y cumplir de la misma manera con un hijo suyo? ¿Le daría la vida esa chance? ¿Qué hora marcaba su reloj?

***

A la mañana siguiente, luego de que Josefina se realizara los estudios, pero antes de pagar en la agencia el viaje reservado el día anterior, Andrés esperaba a Diego en la casa. Había ido a correr su rutina de ocho kilómetros diarios. Al llegar, mientras bebía agua mineral para hidratarse, Andrés lo interrumpió.

–Diego, necesito pedirte un favor.

–¿Qué pasa? –dijo un poco a la defensiva. Creyó que le pediría que llamara a su madre.

–Primero, debo pedirte reserva sobre lo que voy a contarte. Le he prometido a Josefina que no lo diré a nadie, pero no puedo irme sin explicarte las razones.

–¿Irte? ¿Adónde?

–Una semana. A San Andrés, con Josefina.

Diego miró a su hermano, vio preocupación en su expresión. No era acorde con un viaje de placer.

–Te escucho. Supongo que con papá accidentado y mamá fuera, no se trata de unas vacaciones, aunque de verdad no se me ocurre qué puede ser. Si no fueras tú, diría que eres egoísta y solo te vas, pero no es lo que creo.

–Diego, el control ginecológico anual de Josefina dio mal. Hubo que realizar más estudios. Tiene cáncer de mama. Me pidió que la lleve de viaje y yo mismo pensaba hacerlo, solo que mi plan era festejar que estaba bien. Sin embargo, la biopsia dijo lo contrario. La médica que la atiende autorizó solo una semana. Ya se hizo los estudios prequirúrgicos. Regresa directo a cirugía. Ni sus padres lo saben –al escucharse, las lágrimas no lloradas comenzaron a reclamar su lugar.

Diego lo miró con tristeza.

–Tranquilo. No tienes que decirme nada más. Yo me ocupo de papá y de la casa. Tómate el tiempo que necesites. Por supuesto, no diré una palabra. Yo… ¿puedo ayudarte en algo más?

–Tengo miedo –confesó y se puso a llorar.

Diego lo abrazó. Contuvo su angustia como pudo. Él no era demostrativo, pero amaba a su hermano. Eran diferentes pero nunca

los había alejado ese hecho. Se respetaban.

–Ahora, haz que sea un viaje único. Cuando regresen, veremos qué más hacer. De momento todo está controlado.

–Le pediré que se case conmigo –agregó.

–Está bien. Ustedes deben estar juntos. Ella nunca te traicionará. Te felicito. Es un escenario difícil, pero estoy seguro de que lo superarán.

–Gracias… te quiero.

–También yo.

***

Dos días después, en medio de sentimientos encontrados, se despedían de Francisco antes de ir al aeropuerto de Bogotá.

–Papá, Diego se ocupará de todo durante esta semana. Estarás bien.

–Hijo, vamos, despreocúpate. Deben divertirse mucho. Tu madre y yo, vivimos días inolvidables allí. Me alegra que puedan ir.

–Gracias –ambos le dieron un abrazo y partieron.

Llegaron al Aeropuerto Internacional Gustavo Rojas Pinilla, en San Andrés, con más sueños que preocupación porque el amor marcaba el camino de sus pasos. Ese era el inicio y el final de todo lo que los unía.

Una hora después, se alojaban en el Hotel MS San Luis Village Premium. Todo era perfecto. Solo debían lograr lo que le falta al tiempo, la posibilidad de detenerse.

CAPÍTULO 34

Brujas, Bélgica

Le expliqué que el mundo es una sinfonía, pero que Dios toca de oído.
Ernesto Sábato

Gina llegó al aeropuerto de Bruselas sintiendo la soledad en cada poro de su piel. No solo por la vida entera que había dejado atrás, y le reclamaba espacio desde la nostalgia, sino porque la ruidosa Nueva York era sinónimo de Paul, y él era su amigo del camino. Estar a su lado conllevaba alegría. El único sentido de estar en ese país desconocido era confiar en su consejo. Paul había dicho: “Debes ir al silencio mágico de Brujas para mirar y mirarte”.

Luego de los trámites de rigor en migraciones caminó unos cuatro minutos hasta la estación Bruselas Midi donde, según indicaciones de Paul, debía tomar el tren a Brujas. Había sido muy detallista en la explicación. Tanto que le parecía seguir sus pasos. Iba incómoda con sus maletas y el bolso. En los trenes no se despachaba equipaje. Si bien tenía programados pocos días allí, sus maletas debían acompañarla, pues no sabía cuál sería el siguiente destino. Por suerte, su calzado deportivo Massimo Dutti, sus jeans y una de las camisetas sin mangas, alivianaban el calor que le provocaba la carga y facilitaban el trayecto. Recordó a Paul diciéndole: "¿No te olvidarás de mí hasta llegar al hotel?”. En ese momento entendió por qué. Si le hubiera avisado, no iba. Después de todo estaría allí poco tiempo y había vivido hasta ese día sin conocer el lugar. Eso de andar buscando trenes sobre la hora, improvisando traslados y caminando cargada, le pesaba literalmente. Las estructuras y los planes hacían lo posible por recuperar espacio en su ser. Ella era notaria, estaba acostumbrada a tener el control pero, en el último tiempo, eso había cambiado. En ese momento sintió que era nadie. Un ser anónimo en un país extraño donde solo el idioma inglés le permitía comunicarse, porque la gente hablaba una lengua incomprensible para ella. El idioma oficial era flamenco, muy parecido al holandés. Todavía no descubría la magia con la que su amigo signaba ese lugar en el mundo. Después de más de dos horas, por fin llegó y se alojó en el hotel Lace, en el corazón de la ciudad. La habitación era cómoda, vistosa, pero sin suntuosidad. Simple. Echó de menos los cuadros de su dormitorio en el hotel de Nueva York. Sacó de su maleta lo necesario, se dio un baño, y salió a caminar. Eligió sus shorts blancos y una camiseta amarilla con una estampa, regalo de Paul. Había pasado el mediodía. Se observó en el espejo del hall del hotel y sonrió. Parecía otra mujer. Desde Nueva York, su forma de vestir era además de liberadora, más espontánea. Los colores le daban el aspecto de alguien que enfrenta la vida con

deseos de atropellarla de placer. No podía creer que se hubiera comprado esos lentes enormes tan llamativos y mucho menos, que los estaba usando desde entonces con tanto gusto.

Se dirigió hacia la plaza principal. Las calles adoquinadas acompañaban un escenario medieval. Era como viajar en el tiempo. Retroceder y encontrar el pasado. ¿Hablaría de eso Paul cuando le dijo que se enfrentaría a fantasmas y verdad? ¿Sería Brujas el lugar para amigarse con el ayer? ¿Acaso allí entendería que no debía sufrir por lo que se había terminado?

Pasado. Brujas era pasado. Pero era también la parte soñada del tiempo vencido. La que nunca muere y brilla cuando se la mira. Era ese pasaje de una vida a la que se quiere regresar, entrar, mirar, disfrutar, permanecer. Casas pequeñas, coloniales y cálidas. Todo era confortable. Sentía que la abrazaba. Puentes como los que la habían llevado a los labios de Peter o al corazón de Paul. Carrozas con caballos en las calles en las que se podía pasear. Caballos como los que habitualmente veía y de los otros, los que no sabía cómo se llamaban, pero tenían las patas como de elefantes. Eran de otra época. La trasladaban a castillos y fantasía. Brujas era eso. Había entrado en las páginas de un cuento sin salir de su vida.

Justo arriba del museo se detuvo a comer algo, pues tenía hambre. En la mesa ubicada a su lado, un joven devoraba un waffle. ¿Cuánto hacía que ella no se permitía un exceso de calorías de esa magnitud? Años. Se sintió tentada. Minutos después, un waffle con helado de crema y pasta de avellanas le anunciaba un momento de placer irrepetible. Jamás había comido algo tan exquisito. No sabía si era el sabor único, un ingrediente mágico o si, simplemente, su paladar se había entregado a la posibilidad de disfrutar una delicia sin culpa. Desde allí podía observar todo el centro. Nada se parecía a lo urbano clásico. Le gustaba. Poco a poco la energía de esa ciudad maravillosa se había metido en los mismos poros, agotados de soledad, para llenarlos de expectativa silenciosa. ¿Qué se llevaría de esa experiencia? Cada lugar dejaba una huella invisible en su historia.

Caminó apartándose del área y sin darse cuenta se detuvo ante una puerta sombría. Negra, de doble hoja. Cinco escalones se alzaban en señal de respeto hacia la entrada y un león de cada lado parecía custodiar el ingreso.

Imponía la necesidad de coraje atravesar la entrada que contrastaba con imágenes doradas de ángeles en el frente. Era la basílica de la Santa Sangre. No pudo resistir la tentación. Había que cruzar las puertas. Era simbólico.

No pudo creer lo que sus ojos vieron. Era tanto el dorado, que

sintió que el color del oro se había inventado allí. No había un solo espacio vacío en ese escondite católico. Los detalles se sumaban unos sobre otros, haciendo del lugar un sitio denso que le daba poder. Instintivamente, y sin dejar de observar, se acercó al altar. Miraba desde las entrañas y hasta con el alma, porque los ojos no eran suficientes para grabar en su memoria el escenario y lo que sentía. No cabía en su ser esa inexplicable sensación de presagio. Se arrodilló en la primera banca, rezó una plegaria con los ojos cerrados. Entonces, sucedió.

–Debes oír. Esa es la llave de tu felicidad.

Gina reaccionó de inmediato. Como si hubiera despertado de golpe. No había nadie. Estaba sola. ¿Acaso era su imaginación? No. Era una voz de mujer, anciana. La buscó pero no halló ninguna persona además de ella en la iglesia. No sintió miedo, sino extrañeza. Cerró los ojos una vez más.

–Debes oír. No me busques. Tus ojos no podrán alcanzarme –escuchó con claridad.

–¿Quién eres? –preguntó sin abrirlos.

–No importa. Solo debes oír –repitió la voz. Sintió una mano posarse sobre su hombro y cuando quiso tocarla, ya no estaba allí. Ni la mano ni la mujer.

Permaneció unos minutos, víctima del misterio. Rodeada de un mutismo abrumador que parecía burlarse de la consigna de oír que le había llegado como un enigma secreto.

Había anochecido cuando salió. Todo estaba cerrado. Parecía que el tiempo se había dormido profundamente. El silencio devoraba la quietud. Miró a su alrededor confundida. Solo un farol lanzaba una luz amarillenta como un dardo sin punta. La nada en ese pequeño lugar en el mundo llamado Brujas.

¿Qué era lo que debía oír?

CAPÍTULO 35

Alea iacta est

Nadie es tan valiente que no sea perturbado por algo inesperado.
Nada es tan difícil que no pueda conseguir la fortaleza.
Julio César

Ignacio llevó a Francisco al hospital a una consulta con el traumatólogo que lo había operado. Su amigo se manejaba con muletas, por supuesto sin apoyar el pie. Al llegar allí, les informaron que el médico había tenido una emergencia familiar y que no se encontraba en la ciudad. En su lugar, los atendería la doctora Rivas, que conocía la historia clínica y había estado presente en la cirugía.

Ignacio abonó la consulta y regresó a la sala de espera.

–No está tu médico. Parece que tuvo una emergencia y está fuera de Bogotá. Te atenderá la doctora Rivas –explicó.

–Ayúdame, nos vamos –respondió incorporándose lo más rápido que pudo.

–¿Por qué? Detente. Dijo que conoce tu historia clínica y que estuvo presente en la operación. Es solo un control. ¿Desconfías porque es mujer?

–Conoce algo más que mi historia clínica. ¿Estuvo en mi operación? –repitió.

–Eso dijo la secretaria. No entiendo. ¿Podrías explicarme qué sucede?

–No lo puedo creer. Es mi ex. La dejé cuando conocí a Gina, pero estuvimos juntos casi un año.

–¡Buenísimo!

–¿Eres imbécil? –atacó con cierto nerviosismo.

–No –respondió riendo–. No veo el problema. Eres separado ahora.

–Las cosas no terminaron de la mejor manera. No deseo verla.

En ese momento, la doctora salió del consultorio.

–Señor López –llamó de manera profesional.

Era tarde para irse. Se observaron. Buscaban sin disimular semejanzas con el ayer. Ignacio no perdía detalle. Era una mujer atractiva. El ambo de color azul le quedaba holgado. No podía advertir sus formas en detalle. No estaba maquillada y tenía ojos claros. Además, era rubia. No se parecía a Gina. Su absoluto opuesto, al menos físicamente. Eso ya era, en sí mismo, una gran noticia.

–Vamos –lo impulsó Ignacio ignorando la voluntad de su amigo. Para él, nada podía haber ocurrido de mejor manera.

Vencido por la situación, Francisco, tomó sus muletas y se dirigió al consultorio.

–Tú esperas afuera –le ordenó a Ignacio, quien se veía contento observando la función en mi primera fila.

–Está bien. Eres un ingrato, pero lo acepto. Aquí te espero –respondió en voz baja–. Puedes demorar, no estoy apresurado –agregó.

Francisco lo fulminó con la mirada antes de ingresar en el consultorio. La doctora cerró la puerta detrás de él.

–Parece que volviste a mi vida después de todo –dijo–. Confieso que no esperaba que fuera en un quirófano y anestesiado, pero así fue. Casi veintiséis años después –omitió las formalidades de un saludo típico en esas circunstancias.

–Amalia… Lo siento. Sé que no fue fácil –respondió sin rodeos.

–No. No lo fue. Pero ha pasado mucho tiempo. No tengo reproches.

–Te lo agradezco, quise desaparecer cuando supe que eras tú quien reemplazaba a mi médico.

–¿Cómo supiste?

–Porque estudiabas medicina entonces y me enteré de que te habías graduado.

–Pudo ser otra Rivas –agregó.

–Es cierto, pero algo me aseguró que eras tú. Como te dije, hubiera querido irme. Pero ya sabes, no estoy en mi mejor momento para salir corriendo –bromeó.

–Ven a la camilla. Debo examinarte.

Francisco reconocía en ella la misma dulzura de su juventud. Había sido buena con él. Quizá, de no haber conocido a Gina, se hubieran casado. Solían hacer planes cuando estaban juntos. Pensó entonces que probablemente él había nacido para estar en pareja. No recordaba etapas importantes de su vida sin una mujer a su lado.

–No sé qué decir. Confieso que me siento incómodo.

–¿Por qué? –Porque no esperaba encontrarte. Además, prometí que jamás volverías a saber de mí. Quería ayudarte a que me olvidaras.

–Francisco, han pasado años. Aquella promesa está vencida. Tú sigues casado con ella y yo…

–¿Tú qué? –preguntó con un interés que a él mismo lo sorprendió al escucharse. No aclaró que no continuaba casado. En su lugar, la última conversación con Amalia sonó en el interior de sus recuerdos.

–No importa. Examinemos tu pierna. Nuestra relación es profesional ahora.

Enseguida y sin seguir hablando quitó la férula y luego el vendaje. Higienizó la herida y constató que no hubiera infección. Era una suerte. Las fracturas expuestas pocas veces no se infectaban. Luego realizó el proceso inverso.

–Evoluciona bien. No debes preocuparte.

Francisco no podía dejar de observarla. El sabor inesperado que provoca el pasado cuando regresa sin avisar lo había atravesado sin

que pudiera reaccionar. ¿Acaso los finales de las historias inconclusas regresaban por su definición? ¿O era un viaje a la nostalgia, en medio de su crisis matrimonial, el que lo sorprendía pensando cómo habría sido su vida si la hubiera elegido a Amalia, en lugar de dar espacio a la atracción que Gina había despertado? La observaba en su rol de médica y le gustaba. No la miraba como mujer, pero había cierto orgullo íntimo en ese reencuentro.

–¿Volveré a caminar?

–Por supuesto que lo harás –aseguró con una sonrisa.

Se miraron. Era una de esas conversaciones en las que se reviven momentos que nada tienen que ver con las circunstancias que se comparten. Era muy inoportuno recordar que se conocían desnudos como la memoria de Francisco recreaba. También resultaba inevitable para Amalia rememorar que había llorado más por ese hombre, que durante los casi veintiséis años siguientes a su partida. El amor jugaba con esos reveses inexplicables. ¿Era necesario que él apareciera? ¿Cuál era la señal que Dios pretendía enviarle? No la captaba con claridad.

–Gracias…

–¿Por qué?

–Por tu profesionalismo y tu generosidad. Después de lo que hice, ya sé que ha pasado tiempo suficiente –aclaró–, pudiste negarte a participar en mi cirugía cuando supiste quién era. Yo lo hubiese hecho en tu lugar –agregó.

–No tienes que agradecerme. En verdad, no voy a negarte que al principio sentí cierta sensación de revancha al reconocerte vulnerable, pero luego pudo más lo que alguna vez me unió a ti. Solo quería que tu pierna sanara.

Francisco se sentía tranquilo. No podía decir que atraído. Gina latía en sus entrañas, pero durante ese rato no la había recordado. Tenía curiosidad por saber. Algunas veces, se había preguntado por el modo en que Amalia había superado su abandono. Quizá la paradoja fuera que, en ese momento, él debía aprender de ella. Le debía una indemnización emocional. Quizá no volviera a verla.

–La verdad, no sé si sea el lugar o el momento, pero debes saber que aquello en lo que creías, se cumplió en mi caso.

–¿Qué cosa?

–Tal vez no lo recuerdes, pero dijiste: “El que las hace las paga”. Y en eso estoy, pagando.

–Estaba enojada… no comprendo de todas formas lo que intentas decir. ¿Qué estás pagando?

–Te abandoné.

–Eso ya lo sé –dijo con sarcasmo.

–Lo que no sabes es que hace un tiempo, Gina me abandonó a mí. No sigo casado con ella.

–¿Debo decir que lo lamento?

–Supongo que no.

Silencio. Miradas cruzadas. Una parte de la aniquilada autoestima de Francisco empezaba a latir pausadamente.

Afuera, Ignacio sonreía y observaba la puerta del consultorio con gran expectativa por el hecho de que no se hubiera abierto enseguida. ¿De qué hablarían? No creía que la pierna fuera el único objeto de conversación en ese escenario. Agradecía que hubiera sucedido un encuentro así. Su amigo tenía que recuperar las ganas de vivir del modo que fuera. Gina no iba a regresar. En lo más profundo de su ser, los dos lo sabían. Aunque él no lo dijera directamente y su amigo tuviera la esperanza.

Amalia Rivas era una suerte de destello de luz. Un trébol de cuatro hojas. No importaba cuál fuera su vida. Quizá estuviera casada y con hijos o tal vez no. Pero algo era seguro, traía al presente una parte de la historia de Francisco en la que él había sido protagonista, valorado y amado. Eso era mucho durante la difícil tarea inicial de revalorizarse y pensarse como un hombre deseable. Alguien por el que una mujer independiente había llorado. Se imponía dejar atrás al que derramaba lágrimas por otra que no lo elegía. El universo había arrojado equilibro contra el desorden de sus sentimientos. Francisco hacía malabares. Más instinto que voluntad.

Al mismo tiempo, Amalia trataba de que sus pensamientos se organizaran y, sobre todo, que coincidieran con sus deseos y sus palabras. Todo era un caos. Mientras pensaba que debía actuar como médica, enviaba señales de mujer que no olvida. Al tiempo que su voluntad era decir lo correcto, su boca lanzaba palabras iguales a lo que sentía. Y por si hiciera falta, deseaba concentrarse en la pierna de Francisco y, sin embargo, debía luchar contra su mirada para que sus ojos no se detuvieran en su boca.

–Perdón, lo siento. No debí decir eso –dijo Amalia. Lo racional de su ser habló.

–¿Sabes? Creo que a esta altura no importa lo que debemos o no hacer, sino solo estar conformes con lo hecho. Así que está bien. No lo lamentes.

Ella sonrió.

–Nunca… –dijo sin pensar. Tenía urgencia por hacerle saber.

–¿Nunca qué? –preguntó–. Ah… nunca me perdonaste –adivinó–. No te culpo.

–No. Nunca me casé.

Francisco sintió un vacío en el estómago. Amalia tiraba al mar una pesada mochila de dolor. Sintió que quería intuir algo más. ¿Por qué le sucedía eso? Había llegado a ese control roto de amor por Gina y un rato después se descubría disfrutando que su ex nunca se hubiera casado. ¿Era su ego? ¿Cómo acomodar las sensaciones en esa transición? ¿Acaso algo en él sabía que no vivía una crisis matrimonial sino un final definitivo?

Así de inesperado podía ser el destino. Los dados rodaban al ritmo de quien los arrojaba, pero esa no era la cuestión. Lo relevante siempre sería quién los detenía y de qué manera. Allí, la suerte quedaba echada. Ni antes ni después.

CAPÍTULO 36

Bailar

La conciencia se expresa por si misma a través de la creación. Este mundo en el que vivimos es el baile del creador. Los bailarines vienen y van en el parpadeo de un ojo pero el baile permanece. En muchas ocasiones cuando estoy bailando me he sentido tocado por algo sagrado. En esos momentos, he sentido mi espíritu elevarse y volverse único con cada cosa que existe.

Michael Jackson

Gina caminó hacia el hotel guiada por el GPS de su celular. Parecía que sus pasos la llevaban por los caminos de Hansel y Gretel. Por un momento, sumergida en el conjuro misterioso de esa voz, pensó en perderse a propósito para desafiar la posibilidad de volver a escucharla. Había un significado simbólico en esas palabras. Como notaria, ella daba fe de lo que sus ojos veían, ¿cómo podía confiar en una voz que venía de ningún lugar y la trasladaba a ninguna parte? Sin embargo, creía. Se sentía como si un mensaje divino fuera el portador de su futuro. ¿Qué debía oír? La ansiedad le ganaba. La ventana de una casa pequeña llamó su atención. Espió. Observó a una señora de cabello blanco, sentada de espaldas leyendo un libro que parecía un papiro, frente a una chimenea encendida. Todo estaba lleno de adornos. Se veía la cocina integrada al espacio con cucharones colgados y ollas en las hornallas. Todo era rojo y dorado. Como una Navidad que ocurría sin festejos al margen del mes de diciembre. Imaginó una caldera y que la mujer venía por ella. Se fue rápidamente. Temió ver una bruja.

Luego, sonrió frente a sus pensamientos. El hotel estaba cerca y ella había dado paso a la superstición. Brujas no tenía nada que la relacionara a hechizos, se llamaba así porque *Brugge*, en flamenco, significaba puentes y había gran cantidad de ellos allí. Su nombre había nacido de la proximidad del sonido y no del significado. La energía mística se iba convirtiendo en algo mucho más terrenal, aunque el mensaje de la voz no dejaba de repetirse en su interior.

Al ingresar en el hotel Lace, había varios jóvenes de ambos sexos conversando en la recepción. Pensó que solo eso le faltaba, que hicieran ruido por la noche. Claramente no era lo que necesitaba oír. Gente joven, sin problemas, ostentando una felicidad permanente era la peor provocación del destino. Pensó en sus hijos, los echó de menos. Hubiera dado lo que fuera por abrazarlos, pero así era la distancia, infranqueable. No pudo ser.

Llegó a su habitación con un nudo en la garganta. Necesitaba desesperadamente un abrazo. Contacto físico con la seguridad de los suyos. Pensó en Francisco. Recordó a Peter y extrañó a Paul. Estaba acostada cambiando los canales de la televisión de manera mecánica, cuando su amigo la llamó.

–¡*Hello, darling*! –esa inconfundible voz le robó una sonrisa.

–¡Hola, Paul! Pensaba en ti. Te extraño –confesó.

–Así soy, ¡insustituible! –bromeó–. ¿Te gusta Brujas?

–Sí. Creo que estoy envuelta en sus rarezas. Siento que me caí adentro de un cuento –omitió contarle su experiencia en la iglesia. Eso era para hablarlo cara a cara.

–Así es. Un lugar mágico. Para encontrar lo que no sabemos que buscamos –agregó.

–Pasan aquí cosas inexplicables y juro que no estoy loca.

–Lo sé. Por eso quise que lo conocieras. ¿Qué harás ahora?

–Descansar un rato y luego creo que cenaré aquí, en el hotel.

–Hay cenas con show. Debes ir –recomendó.

–No tengo deseos de un show. Me siento sola y la angustia avanza sobre mí.

–Hazme caso. Quizá puedas oír algo que te divierta. ¿Me prometes que irás? La música suele ser una buena decisión en momentos difíciles. Genera endorfinas, creo.

Gina parecía tener un detector de la palabra oír. ¿Por qué su amigo la había utilizado? Era imposible que supiera lo sucedido.

–¿Por qué me dices eso? ¿Piensas que debo "oír" algo? –preguntó resaltando el verbo.

–Definitivamente. Oír y sentir. ¿Por qué no diría eso? Me alojé en ese mismo hotel y me gustó lo que viví en aquel show. Sé que estás triste y no deseo que te suicides –dijo con humor–. ¿Prometes ir? –insistió.

–Está bien. Lo haré.

–¿No me mientes?

–No.

–Me enteraré si no lo haces. Tengo espías cuidándote.

Ambos rieron.

–Y tú, ¿qué harás?

–Creo que será un ciclo de Patrick Swayze.

–¿Verás películas? ¿*Ghost*?

–Algo así.

–¡Podrías buscar algo más arriba! O el suicidado serás tú –agregó con humor.

–¡Oh, no! Amo la vida y esta separación me ha dado más de lo que me ha quitado.

–¿Conociste a alguien? –preguntó con curiosidad.

–Sí. A ti. Y me siento Kevin Kostner en *Robin Hood*. ¡Te rescataré de ti misma!

–Eres el loco más lindo que he conocido en mi vida. Te quiero.

–Y yo, a ti Lady Marian.

–Entonces, ¿ya no quieres una pareja?

–Digamos que cambié el foco de atención. Entendí el mensaje del destino y haré lo que siento. Tengo cincuenta años, el mundo no termina para mí con una traición más.

–Te admiro.

–¡Haces muy bien!

Otra vez los unía la risa que amaban y compartían. La que los justificaba frente al mundo. Nada como reír con ganas y ser ocurrente. Paul era un genio en ese ámbito.

Se despidieron. Gina sentía que su amigo se había convertido en alguien que le daba un sentido diferente a su transformación. Solo por él, el viaje ya había valido cada tramo de duda vencida.

Un rato después, sin demasiadas ganas, fue a la recepción, averiguó sobre la cena show y reservó una mesa para uno. En otro momento de su vida hubiera sentido que una mesa individual era sinónimo de fracaso, pero en esa oportunidad se parecía más a un logro indiscutible. Era dueña de su vida.

Decidió estrenar el vestido verde bordado. Necesitaba sentirse linda y segura como antídoto contra la soledad. El espejo era un descubrimiento diario. Un momento de cada día que disfrutaba de manera inusual. Era parte de los hallazgos de su búsqueda. Un cadete del hotel la acompañó al salón y se ubicó en una mesa en un rincón, desde donde veía bien el escenario, pero podía preservarse del resto de los asistentes. Estaba cerca de la pista de baile.

Un hombre tocaba en el piano ritmos de jazz. Pidió la carta, ordenó la cena que comió con lentitud, saboreando cada bocado de libertad que acompañaba con un recuerdo. De repente, una música muy familiar invadió sus oídos, el piano sonaba diferente. Conocía esa canción. Mucho. Entonces miró hacia el escenario. Una mujer comenzó a cantar. Gina reconoció el tema y sonrió. El himno gay de Gloria Gaynor, *I will survive,* invadió el salón.

Acompañaba el ritmo con sus pies bajo la mesa. Bailaba su sangre y su expresión. La energía incuestionable de la música se metía en su piel y latía el instinto de supervivencia de la letra de la canción. Ella también sobreviviría a la adversidad. El amargo sabor de no ser feliz había dejado lugar a una sensación de plenitud y ganas de bailar. Lamentó que Paul no estuviera allí. Una vez más había tenido razón. Estaba escuchando algo divertido, cuando la iluminación del lugar cambió. De pronto, el centro del escenario mostró una joven con vestido rosa y un hombre con una camisa negra ajustada y un pantalón del mismo color, se acercaba en medio de un juego de seducción escénico. Entonces, *Dirty dancing* comenzó a sonar. Era todo tan extravagante. Esos clásicos de la música y el cine no podían ser

parte del programa de ese extraño show. El bailarín no parecía muy joven, no podía determinar desde su ubicación sus años, pero sus movimientos eran perfectos. Le parecía estar mirando la película, hubiera llamado a Paul, pero no quería perder detalle. Entonces, no pudo creer lo que vio. Justo en el momento en el que el bailarín se lanza por el pasillo con pasos estremecedores, protagonista principal de la escena, Gina lo reconoció y fue feliz. Una lágrima de emoción se mezcló con su sonrisa. No era un desconocido… ¡Era Paul! A corta distancia un grupo de jóvenes completaban la coreografía del film.

Mientras todo era una gran fiesta, se acercó a ella y dijo con tono actoral: "Nadie deja a Gina en un rincón", evocando la frase célebre con la que había suspirado tantas veces al ver el film.

Tuvo un deseo irrefrenable de bailar, pero primero, de abrazarlo. Lo hizo.

–No te conocía esta faceta –exclamó.

–Soy un creativo, Gina. Capaz de cualquier cosa por las personas que quiero.

Después de esas palabras, bailaron, rieron y cantaron. Expresaron emociones, entusiasmo y pasión. Fue una forma fantástica de entregarse al presente. Vivieron el lujo de ser quienes eran. Bailar bien no fue importante para Gina. El centro de su alegría se debía a que disfrutaba de cada movimiento de su cuerpo. Le gustaba ser ella. Luego se quitó los zapatos de tacón, para dejar que la música de diferentes películas se apoderara de su energía vital. *Wake Me Up Before You Go Go*, de George Michael, le hizo recordar su camiseta con la leyenda "Choose life" con la que solía dormir. ¡Gran paradoja "Elegir la vida"! Quería conseguirla otra vez.

Y así sucedió con cada canción. No se metían en su cuerpo, sino que sacudían su alma y la devolvían a la mejor versión de Gina, al ritmo de su descubrimiento.

Dio gracias porque la felicidad estaba instalada, al menos esa noche, entre su realidad y su búsqueda. Había oído a su amigo y a la música junto al tiempo sin relojes. Sentía ganas de que esa noche se detuviera para disfrutarla más.

¿Sería eso todo? Definitivamente supo que no. Había más esperando por ella. Solo tenía que seguir oyendo, no sabía qué, pero sintió la certeza de que ese mensaje llegaría sin interferencias. Le pertenecía.

CAPÍTULO 37

Reproches

No se le debe tener miedo a la muerte sino a no comenzar a vivir nunca.
Marco Aurelio

Después de haber partido del apartamento de Matías, Isabella había caminado sin rumbo. Confundida. Sintiendo sus manos sobre el cuerpo, su olor instalado en ella como una señal que le parecía que todos podían advertir. Sintió culpa. Otra vez ese sentimiento tan egoísta que avanzaba sobre su vida ocupando el territorio perdido de sus sueños. ¿Qué había hecho? ¿Qué sentía por él? Era su amigo, había permitido que un momento hiciera pedazos la relación que la unía a su persona en el mundo. Su confidente, su incondicional ser en la tierra. ¿Por qué le había gustado tanto? ¿Quería más y no tenía nada? ¿Estaba arrepentida y lo tenía todo a su alcance? ¿Cuál era la realidad? Parecía un cuadro surrealista donde las formas y colores expresaban mucho, pero no existía un modo único de decodificar el sentido.

La imagen de Luciano cayó sobre sus cuestionamientos. ¿Cómo podría regresar a su casa y compartir la cama con él? Se ducharía, así no podría advertir su perfume. Pero ¿y si descubría las marcas de lo vivido que habían quedado en su alma? Esas estaban escritas en sus ojos. No quería volver. Menos, pensar en los planes de su esposo. Definitivamente no era la mejor situación para proyectar la maternidad. Todo era un caos. Primero pensó en Gina, y sintió vergüenza. No podía desahogarse con su madre. Después, en su hermano, Andrés. Tampoco él era una opción. No estaba en la ciudad. Entonces dio vueltas sobre su eje sin ser consciente del tiempo. El clima había cambiado. Igual que ella. Lo que había iniciado con un día de sol se había transformado en una tarde nublada y lluviosa. Así, empapada y herida de caricias, había llegado a su casa.

Luciano la esperaba. Lo había saludado distante. No fue capaz de mirarlo a los ojos. Recordó a Matías dentro de ella. Tembló.

–Me voy a duchar. Regresé caminando. No conseguí taxi y tengo frío. Me mojé mucho.

–Está bien. Yo preparo la cena.

Luciano advirtió que lo evadía. Isabella era muy transparente, se le notaban sus sentimientos. Era evidente que algo la enojaba. Pensó que seguramente era porque no le había demostrado demasiado interés a su progreso laboral. La siguió a la habitación. La observó tomar una toalla y quitarse la ropa mojada.

–Lamento no haberte preguntado más sobre lo que sucedió en tu trabajo. Me alegra que te reconozcan.

–¿En serio? ¿Por qué debo creerte? ¿Leíste la columna de las mamushkas? –una mujer desconocida habitaba su cuerpo y pronunciaba palabras por su boca. Era tanta su confusión, su ira, su pasión y sobre todo el dominio que los restos del placer le habían dado sobre sus acciones, que no se reconocía. Isabella, la del día anterior, observaba desconcertada a la intrusa que se animaba a decir cosas que ella solo sabía reprimir.

Luciano volvió a mirarla. ¿Qué la había transformado?

–Claro que debes creerme. Soy el mismo hombre que siempre ha hecho todo por ti. No. No leí tu columna y no necesito hacerlo para saber que es buena.

La pelea se iniciaba. Isabella caminó descalza hacia el baño en suite de su habitación. Él la siguió. Era una discusión con desplazamiento. De esas en las que una de las partes inicia un recorrido ciego por la casa, porque lo único que quiere es evadir la situación. Y la otra persona, como suele suceder, no desiste de los límites espaciales y persigue a su presa como si estuviera cazando.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque eres inteligente.

–Estoy cansada –dijo dirigiéndose a la cocina. De pronto tuvo sed y no quería verlo. Continuaba con la recorrida doméstica en un frustrado intento por escapar de ese diálogo.

–¿De qué? –la siguió.

–De todo. No quiero tener un hijo. Quiero progresar en mi carrera. Soy joven todavía. Quiero seguir trabajando. Me molesta que hables de tu plan como si fuera el mío, porque no lo es –dijo con honestidad brutal. ¿De dónde sacaba coraje para decir todo eso?

–¿Te volviste loca? ¿Perdiste la memoria? –reprochó.

Su carta más oscura tomaba protagonismo. La culpa renacía en Isabella. ¿Hasta cuándo se estaba en deuda con alguien? Ingresó en el baño y cerró la puerta.

–No. Lamentablemente no perdí la memoria –gritó–. ¡Lo miserable es que tú utilices la tuya para manipularme!

–¡Abre la puerta!

–No lo haré –contestó llorando. El poder se había convertido en angustia. El agua salía de la ducha y caía sobre su cuerpo entumecido por el miedo. Sentada en el rincón, abrazada a sus rodillas fue la misma que aquella noche fatal. Lloró.

Luciano golpeaba la puerta. La discusión había llegado al límite y comenzaba a ceder.

–Perdóname. No quise decir eso.

Silencio.

–Por favor, Isabella. Ven aquí, te amo. No entiendo por qué estamos peleando.

Ella era una mezcla de desbordes, recuerdos tristes y escenas fatales. El sonido de la lluvia se intensificaba afuera, como el de aquella noche. Todo era igual. El principio del fin. La culpa. Ese entierro. La prisión. Abogados. El juicio. La mentira. El remordimiento. La deuda.

¿Por qué? El precio del miedo no debería ser una condena a perpetuidad. No era posible que su reacción de entonces siguiera siendo esa sentencia corrosiva e interminable que la arrojaba sobre su vida como si a pesar de respirar, estuviera muerta. ¿Acaso la voz del destino no podía cambiar su discurso?

Salió de la ducha. Abrió la puerta del baño y Luciano la abrazó en silencio. Intentó besarla, ella lo rechazó.

–No. Ahora no.

–Prometo leer tus mamushkas, cuéntame sobre el proyecto de la editora –la siguió al vestidor.

Callada se secó y se enfundó en su pijama más cómodo sin responder.

–¿No vas a hablarme? No entiendo qué es lo que tiene así de ofuscada –su intuición reclamaba un espacio.

–Necesito un rato en silencio. Voy a escribir. Luego hablaremos. Si en verdad te interesa mi proyecto, déjame concentrarme en él.

***

Muerte

¿Qué es la muerte? ¿La ausencia de latidos? ¿Dejar de sentir? ¿El final de las culpas? ¿La justificación de la vida? ¿Un cementerio? ¿Miles de pasos y pensamientos urbanos? La respuesta depende de a cuál de todas nos referimos.

La del concepto universal, llena de ángeles y demonios en medio de seres que ponen fin a la enfermedad o asumen riesgos fatales o se vuelven buenos solo por haber dejado de respirar. La del túnel de luz y la energía eterna, esa no es la que me ocupa, porque de esa no se regresa.

Pero hay otra, más letal y menos visible. La que tiene que ver con el modo en que abordamos el sentido de nuestra existencia. La de la tragedia interior.

Hoy, la muerte es sentirse así, desgraciadamente viva, por esa pelea que se lucha sin saber manejar las armas. Esa es la que importa. La que constituye el motivo y el motor de un corazón roto.

Poco a poco perdemos parte de nuestro ser en una pulseada infranqueable contra las malas decisiones y pensamos que no hay razones

para continuar. Esa es la muerte verdadera, la que duele y nadie define. La que no se entierra ni se crema. La que vive en cada hueso y en la piel. La que te hace sentir que se acabaron las chances de ser feliz. Estar atrapada en la rutina hostil de un remordimiento y solo escuchar la voz de los reproches.

Las personas mueren a veces cuando ya no quieren vivir.

De esa muerte quiero rescatarlas. De la que todas tenemos expectante en algún rincón de la memoria, porque de esa sí es posible volver. Revertir y renacer, pero primero hay que reconocerla y aceptarla.

La vida golpea más fuerte que el final. Los desafíos nos sacan de los féretros cotidianos o nos sepultan en ellos. La única diferencia no radica en los latidos, sino en arriesgarse a pesar del miedo.

¿Qué es la muerte entonces para las mujeres que pensamos, sentimos y soñamos? La respuesta es simple. La muerte que nos incumbe es una oportunidad de sacar de nuestras vidas todo lo que sobra para impedirle actuar sobre la mujer que somos y que paradójicamente, solo quiere vivir y ser feliz.

Tú, ¿estás realmente viva?

Isabella López Rivera

Evitando hablar con Matías, a la mañana siguiente Isabella entregó a Lucía el texto impreso y esperó.

La editora lo leyó. Se quitó los lentes y suspiró. Un impulso la empujó a leer una vez más. Indudablemente el universo interior de Isabella López Rivera le estaba gritando al mundo. Era necesario que alguien la escuchara y fuera corriendo a abrir el candado que la tenía encerrada y la devolviera a la vida. Quizá, al darle ese espacio en la primera página había hecho mucho más de lo que creía.

La columna era excelente. ¿Acaso Lucía estaba algo muerta también?

CAPÍTULO 38

Fin

Cuando al punto final de los finales,
no le siguen dos puntos suspensivos.
Joaquín Sabina

La escena se repetía una y otra vez en la memoria de Manuel, que observaba el pocillo de café que llevaba horas delante de él en su oficina.

–¡Dime ya qué significa esa alianza! –había exigido furiosa María Dolores.

Él, víctima de su propia torpeza, había mirado su mano izquierda y sí, allí estaba el anillo que compartía con Raquel. Recordaba el calor de la bofetada y el eco de sus palabras. Había mirado lentamente su dedo anular, esperando que fuera un error. Pero no, allí estaba la prueba de su mentira.

Al dejar a Raquel en su casa no bajó del auto a cambiar el anillo. ¿El inconsciente lo había traicionado? ¿Acaso quería ser descubierto? Quizá también Raquel lo había hecho adrede. Debió recordarle. ¿Por qué no le había dicho? La respuesta parecía muy obvia. Lo que no había sido tan obvio para él, era que su esposa lo haya acorralado. No había explicación posible. ¿Qué podría decir que fuera creíble y justificara la presencia de la alianza? Ni siquiera era igual a la que compartían como para alegar que la había reemplazado. No. Era de otro par.

Pensó en no decir nada, pero eso dejó de ser una opción cuando envuelta en un ataque de nervios, María Dolores había comenzado a golpearlo en el pecho con los puños. Lloraba.

–¡Mentiroso! Cretino, hijo de puta. No solo tienes una amante, sino que le juegas al romántico –gritaba.

–No es lo que piensas –se había animado a decir. Fue peor. Él, el dueño de las palabras había elegido las que menos le convenían.

–¿Ah, no? ¿Y qué es?

–La encontré –dijo sin pensar.

–¿Y la nuestra?

–La perdí –estaba como en trance. No dimensionaba el alcance de su provocación.

–Tú definitivamente estás seguro de que soy idiota, ¿verdad? ¿Cómo te animas a sostener esa estupidez? Ningún hombre fiel pierde su alianza porque para eso hay que quitársela. Si la sacaste de tu dedo, fue para que alguien no la viera, ya que tú no eres cirujano –su tono era frenético–. Peor aún. Nadie encuentra una alianza y se la pone sin más. Eres un enfermo.

Manuel no podía reaccionar. Decirle lo que sentía no era una

opción. Además, estaba embarazada. Era ridículo pensarlo en ese contexto, pero se suponía que tenía que estar tranquila.

–¡Te exijo la verdad ya mismo! ¿Quién es? ¿Desde cuándo?

Manuel recordó a su amigo Ignacio. Era la crónica anunciada de un desastre inevitable. ¿Por qué no podía amarlas a las dos? Poder, podía. Lo que no le era permitido era sostener ambas relaciones en simultáneo. Además, iban a formar una familia.

–Dolo, debes calmarte.

–No me digas lo que tengo que hacer y es mejor que no vuelvas a abrir la boca si no es para enfrentar la situación y confesar tu traición –amenazó.

–Estás embarazada, tendremos un hijo… –comenzó.

–¡No! Yo tendré un hijo –afirmó. Supo que todo el tiempo que había preferido mirar para otro lado había sido una tonta. Insegura y débil. Ella merecía más que eso, estar embarazada le daba la fuerza para atravesar la verdad. Recordó a Gina, seguro su amiga, aplaudiría de pie su actitud. Estaba furiosa con él, pero también consigo misma por haber permitido que eso ocurriera. La indignación le había ganado al amor. Una emoción violenta diferida. Llevaba mucho tiempo tolerando. No lo haría más–. ¿Vas a hablar?

Manuel no sabía qué decir. Su vida no era un catálogo de alternativas.

–Te amo y amo al bebé que tendremos. Juro por mi vida que te amo –la miró y se le caían las lágrimas. María Dolores bajó la guardia. ¿Significaba eso que la elegía?–. Eres mi vida, no te he mentido.

–¿Entonces? –presionó ya sin llorar.

–No puedo decirte lo que me pasa.

–¿Por qué?

–Porque es muy difícil de entender y quiero cuidarte.

María Dolores evaluó los daños. Su corazón roto, su orgullo herido. Otra alianza llevaba las cosas a un nivel de indignidad absoluto. Había sido capaz de ignorar una amante en la creencia de que él la dejaría en beneficio de su familia, pero no podía soportar el hecho de que usara dos pares de anillos. Eso quería decir que tenía dos vidas. Que había continuidad, que la otra era siempre la misma, había compromiso afectivo. Gina se lo había preguntado, necesitaba su consejo. Además, estaba embarazada y quería disfrutar de ese estado. ¿Por qué lloraba Manuel? ¿Era verdad que la amaba? Ella le creía. ¿Qué debía hacer? Él intentó abrazarla una vez más, ella no pudo responder al contacto físico y se apartó. Estaba enojada. No deseaba someterse a compartir al padre de su hijo, prefería estar sola. Algo había cambiado en ella, quizá fuera consecuencia del desorden

hormonal o tal vez, simplemente, había llegado su tiempo de recuperar la dignidad y valorarse.

–Solo puedo intentar comprender si me dices la verdad –fue su último intento.

–No puedo.

–Entonces tendrás que irte hoy mismo de esta casa –advirtió entre lágrimas.

Él no era capaz de abandonarla. Su mundo, o al menos parte de él, se desmoronaba delante de sus ojos. María Dolores se había alejado y lo observaba apoyada sobre la pared de la sala. El perfume de los jazmines del florero inundaba el espacio.

Entonces, Manuel tomó una decisión.

–Las amo a las dos –dijo.

Sobre el sonido de la "s" final, María Dolores tomó el florero que tenía a mano y lo arrojó contra él. Luego continuó con cada pieza de colección de la vitrina. Estallaban cristales de Murano y porcelanas traídas de sus viajes. Pero fue justo con una esfera que Gina le había traído de Roma, con la que le pegó exactamente en la sien, le provocó un corte. Al ver sangre, reaccionó y pudo tomar real conciencia de lo que había hecho. ¿Cómo había sido capaz de destrozar su casa por ese infeliz?

–¡Vete! ¡Vete, ya! –gritó–. ¡Te odio! Te dejaré en la calle. "Las amo las dos" –repetía–. ¡Hijo de puta! Soberano hijo de puta –lo insultaba sin detenerse.

Esquivó los pedazos rotos de los objetos que formaban parte de su historia y lo sacó a empujones y golpes de la casa. Su rostro sangraba cada vez más y su ojo estaba casi cerrado. No le importó. Quizá había tenido puntería con alguna otra cosa.

Él había subido a su auto y había partido a casa de Raquel. Desde entonces, vivía con ella, pero no era del todo feliz. Extrañaba a María Dolores y se preocupaba por su hijo.

Aquella tarde, solo en la oficina, evocaba mirando ese pocillo, el tsunami en que su vida se había convertido. Esperaba a Ignacio.

–Hola, amigo. Preguntaría cómo estás, pero creo que es obvio.

–Mal. No puedo trabajar. María Dolores no me atiende. Raquel me exige que le pida el divorcio y yo, en medio.

–Bueno, en medio de ambas estás desde hace tiempo y por tu voluntad. Creo que es previsible que tu mujer no te atienda… –intentaba que pudiera ver la situación con claridad y asumiera su responsabilidad en los hechos–. Odio decir que te lo dije, pero así fue. ¿Cómo pudiste decirle que las amas a las dos? No tienes instinto de supervivencia –exclamo con humor. Ya le había contado esa escena

dantesca. Una pesadilla en la que objetos preciosos eran disparados como balas contra su persona. Habían estallado en mil pedazos por doquier y, por si hiciera falta, los jazmines y el agua estaban en el piso.

Ambos rieron de la tragedia.

–Le dije porque es la verdad. Las amo a las dos. ¿Por qué nadie entiende que las amo, de verdad, a las dos?

–¿Será porque eso no es posible? –preguntó con ironía.

–Sí, lo es. Te lo juro. Las amo a las dos.

–Basta. No lo repitas más. No resisto escucharte. Con Raquel te retractaste. Fuiste más inteligente pero la última vez que dijiste eso se desató una guerra en tu sala de estar. Te pido por favor, no vuelvas a decirlo.

–Lo sé. Y pagué por los daños…

–Ya sé. Tienes cuatro puntos en la sien por culpa del mini Coliseo romano y una mujer que quiso matarte a pura puntería –dijo en alusión a la herida y a la pelea.

–No hablaba de eso.

–¿No? ¿Y a qué te refieres?

–Vengo del banco. María Dolores utilizó la extensión de la tarjeta de crédito por sumas que no creerías. Y además, vació las cuentas corrientes. Eran orden recíproca.

–¡También te lo avisé! ¿En qué gastó?

–En todo. Muebles, joyas, ropa, perfumerías, electrodomésticos… en fin…

–¡Claro! Arregló el desastre que hizo por ti y se indemnizó.

–Supongo.

–¿Y cuál es tu situación? Imagino que diste de baja a su adicional.

–No. No lo hice. Está embarazada.

Ignacio no podía creer lo que oía.

–Disculpa, amigo, pero además de embarazada está despechada. Va a aniquilarte si no la detienes.

–Ya lo hizo, tengo lo puesto. Ningún ahorro y una citación en lo de un abogado. Solo me quedan mi trabajo, la oficina y la camioneta, pero no puedo concentrarme.

–Bueno… algo hay que reconocerle. Reacciona rápido y ella sí tiene instinto de supervivencia. Ya se ha quedado con todo. ¡La mayoría tiene las mismas pretensiones, aunque no todas tienen la suerte de un ex culposo que no discuta ni un centavo! ¿Cómo puedo ayudarte?

–Necesito que vayas a verla y trates de mediar.

–¡¿Yo?! ¿Por qué yo? –preguntó azorado–. Ni siquiera la conozco.

–Porque eres mi amigo y yo, claramente, no puedo hacerlo.

–Ve tú a tu casa e intenta hablar.

–Cambió la puerta.

–La cerradura querrás decir…

–No. Literal. Fui, hay otra puerta. Supongo que yo la compré y no hace falta que te diga que no tengo llave.

Ignacio no pudo evitar reír.

–¡Qué creativa! Eso sí, es la primera vez que lo escucho. Va para el top ten. ¿Y qué se supone que logre mediando en la jaula de los leones? –preguntó solo por curiosidad.

–Quiero mi ropa y que sepa que voy a reconocer al bebé.

–¿Tu ropa? Debe estar convertida en cenizas en la basura. Cambió la puerta. ¿Qué crees que hizo con tu ropa? ¡Debes aceptar la realidad! Discúlpame, pero debes buscar ya mismo un abogado. Yo solo puedo ser tu amigo. Puedes venir a vivir a mi apartamento, si lo deseas. Puedo prestarte dinero, pero ir a hablar con "Lucifer"… No, eso de ninguna manera.

–No la llames así… Le di motivos.

–Eso es verdad, pero no era necesario este desastre. Vamos ¡anímate! Deberías pensar en dejar a Raquel y recuperar tu vida. Todo esto quedará atrás. No será rápido ni fácil, pero pasará. Perderás la casa, deberás pagar mensualmente una gran suma. Te ha dejado la camioneta y la oficina solo para que produzcas dinero para poder pagarle.

–No puedo dejar a Raquel –respondió ignorando el resto de los anuncios de su desolador presente y poco promisorio futuro.

–¿Por qué no?

–Porque es posible que también esté embarazada.

Silencio.

Ignacio no podía reaccionar. Su amigo era literalmente una máquina de cometer errores fatales. ¿Cómo podría ayudarlo? Era más fácil que Francisco saliera adelante. Al menos el universo había enviado a la doctora Rivas. Pero tratándose de Manuel, le mandaba una guardería. Intentaba poner humor a la situación pero era muy difícil. Llamó a su abogado y concretó una cita. Haría lo que más necesitaba, lo acompañaría para que lo asesoraran.

CAPÍTULO 39

Despedida

Una persona suele encontrar su destino en el camino que eligió para evitarlo.
Jean de La Fontaine

La belleza de sus casas, el encanto de sus canales, el orgullo de sus viejos edificios, hace de Brujas un destino ineludible para todos amantes de la belleza y el arte. “Es una de las ciudades más románticas del mundo”. Eso decía la folletería turística. Pero Brujas significaba mucho más que eso.

Gina vivió en Brujas un tiempo inolvidable. En soledad a su llegada y junto a Paul, después. Habían ido también a Gante, un lugar soñado en el mundo.

La última mañana salieron a caminar temprano. Era increíble ver cómo esa ciudad amanecía. “Despertaba con la alegría de *La bella y la bestia*”, según Paul. Había muchos negocios de cosas usadas, gran cantidad de antigüedades. Comercios atendidos por personas mayores. Los ojos no alcanzaban a abarcar la gran cantidad de detalles. Los límites eran arbolados y había infinidad de puentes.

Se detuvieron en un canal donde había cisnes para alimentar.

–Gracias, Paul.

–¿Por qué?

–Por todo lo que haces por mí. Por el tiempo en Nueva York. Por venir aquí. Por bailar conmigo. Por hacerme reír tanto… –enunció con nostalgia.

–La gratitud no es eterna. Deja de decirme gracias –bromeó–. Para que lo sepas, nos hemos salvado mutuamente. Ayudándote a ti en tu búsqueda, me he descubierto yo en la mía. He conocido y priorizado partes de mí que había postergado. Ya no soy el que era, ese para quien una pareja era lo principal quedó atrás. Ahora soy otro. Alguien que entendió que puede dar mucho de sí mismo y recibir felicidad, sin un hombre a su lado. La felicidad no es el sexo o la pareja o la fidelidad, Gina. Tú me enseñaste que la felicidad es saber quiénes somos y estar orgullosos de eso.

Gina lo escuchaba atentamente. Sin duda nadie mejor que su amigo para encontrar las palabras justas.

–Tienes razón. ¿Sabes? Muchas cosas han cambiado en Bogotá. No creerías, si te dijera que mis hijos crecen sin mí, toman decisiones, definen su carácter y aunque no sé bien qué les ocurre, los conozco bien y sus voces me indican que nada sigue igual. Mi mejor amiga, que era sumisa y toleraba los engaños de su marido, está embarazada y lo echó al descubrir su doble vida. No apruebo el modo violento en que lo hizo, pero ese es otro tema.

–¡Qué interesante! ¿Puedo saber qué hizo? –agregó divertido.

–Sacó lo peor de ella. ¡Le arrojó un florero y otros adornos por la cabeza!

–No te creo.

–Le dijo que las amaba a las dos el muy desgraciado –explicó.

–Sí, te creo.

–Le cambió la puerta, no la cerradura. ¡La puerta! ¿No es genial?

–Bueno, es algo excesivo, pero sí muy cinematográfico –comentó.

–Estoy de acuerdo. Creo que Manuel la provocó lo suficiente, pero Dolo no debió reaccionar así. Pudo echarlo igual sin tirarle con nada. En fin...

–¡Solo tu amiga sabe lo que ha sentido para semejante desborde!

–Es cierto –agregó–. En otro momento de mi vida estaría desesperada. Mi gente en medio de situaciones en que pueden necesitarme y yo, lejos. La distancia me obligó a aceptar que debo soltarlos y que eso no es grave ni me convierte en alguien que no soy. No significa que no me importen, más bien quiere decir que yo me importo. Supongo que "oír" se relaciona con ese punto también –dijo haciendo referencia al evento ocurrido en la basílica de la Santa Sangre, que ya le había contado en detalle.

Abandonaron el puente y caminaron hacia el sur sin hablar por un rato.

–Mira, no necesitamos pareja para estar bien, pero igual cumpliremos con el rito de Brujas. Siempre hago caso a las leyendas y más en lugares como éste. Iremos al Minnewater, un pequeño lago rectangular rodeado de árboles que linda con el parque del mismo nombre. Hay allí un restaurante para almorzar. Muy costoso, pero ideal para despedirnos de este místico lugar.

–Me parece bien. ¿Y qué dice la leyenda que vamos a honrar? –preguntó con curiosidad.

–Se refiere a la trágica historia de amor de Minna y su amante Stromberg.

–¿Trágica?

–Cuenta la leyenda que en Brujas vivía una joven doncella llamada Minna que estaba enamorada del humilde Stromberg. Sin su consentimiento, el padre de la muchacha concertó un matrimonio entre su hija y Morneck, un joven de una condición social más apropiada para ella. Al enterarse de su futuro matrimonio, Minna huyó. El joven Stromberg salió en su búsqueda, pero no fue hasta el día siguiente cuando la encontró muerta a orillas del lago. Para que su amor mutuo se mantuviese en sus aguas eternamente dio sepultura a la joven en sus profundidades. De ahí que se le conozca como lago del

amor.

–Es terrible. ¿Crees que sea verdad?

–Elijo creer que sí. Hay otras versiones, pero menos románticas. También se dice que antes de que existiese este lago, en este lugar había un bosque habitado por espíritus mágicos. *Minne* es una antigua palabra germánica que significa ‘elfo’ o ‘duende’, lo que supondría otra versión diferente de por qué el lago se llama así…

–Me asombras. ¡Sabes de todo! Prefiero la tragedia de amor.

–Definitivamente. Dicen que se conocerá el amor eterno al cruzar el puente del Minnewater.

–¿Podríamos cruzarlo? Por las dudas, digo –comentó con humor.

–Por supuesto que lo haremos. Yo ya lo hice –pausa–. Se ve que no siempre funciona. O algo entendí mal o la leyenda no garantiza que sea “un buen amor” –ironizó.

Ambos rieron mucho. Llegaron allí y el disfrute del ambiente en una banca, a orillas del lago, los sumergió en un silencio perfecto. Gina lucía otro vestido con flores y el sombrero claro con sus infaltables lentes de sol. Los sonidos de la naturaleza se colaban en sus sentidos, los colores exploraban la posibilidad de crear imágenes eternas en sus memorias.

–¿Por qué querías que visitara este lugar, Paul?

–Para que vieras que somos el resultado de nuestros derrumbes, heridas y cicatrices. A finales del siglo XV, el rio Zwin se encenagó, lo que sumió a la ciudad en un período de decadencia comercial y política. Brujas, por tanto, empezó a vivir en el anonimato de los mapas de reyes, comerciantes y conquistadores, desde el siglo XV hasta el siglo XX, cuando la ciudad, en estado de abandono total, y sumergida en una pobreza sin precedentes, fue objeto de una restauración y reestructuración haciendo de ella lo que hoy nos deslumbra.

–Entiendo. Yo era algo así como Brujas a finales del siglo XV, cuando decidí separarme –bromeó.

–Bueno, en el avión no dabas la sensación externa de abandono total y pobreza: vestías uno de mis diseños con un bolso Gucci –recordó riendo–. Pero digamos que internamente, sí.

–Y ahora, ¿ya estoy en proceso de restauración?

–Diría que has logrado en tiempo record, al menos en apariencia, lucir como nueva. ¡Mírate! ¡Eres tapa de Vogue!

Ambos rieron a carcajadas. Era tan maravilloso hablar simbólicamente. Además, aprendía de su amigo. Él saciaba sus deseos de beberse el mundo placenteramente.

De pronto, las campanadas interrumpieron la conversación.

Más campanadas.

Silencio.

–¿Qué significa eso?

–Que debemos despedirnos de la magia medieval. En unas horas el tiempo se detendrá y nos llevaremos de aquí lo que hemos vivido.

Ambos permanecieron en silencio, disfrutando el sonido de esas campanas.

Luego del almuerzo, Paul le entregó un sobre a Gina.

–Este es tu nuevo destino. Es mi último atrevimiento, luego tú decide dónde ir pero por favor no me digas que no a esta idea. Conocerás otra versión del mundo, pero debes ir exactamente a los lugares que te indico.

–¿Por qué? ¿Adónde iré? –interrogó, no muy segura.

–Irás a Perú.

–¿A Perú? No me siento capaz de disfrutar tanta belleza natural. ¡Soy muy urbana!

–Justamente. Allí aprenderás a disfrutar lo bueno que existe en lo que no conoces o dista de tu realidad cotidiana. Perú es un país maravilloso.

–Paul, no eres un maestro hindú. Deja de jugar al místico conmigo. ¡No soy Julia Roberts en *Comer, rezar y amar*!

–Claro que no. No te he indicado que comas, menos que reces, pero el amor podría ser una buena opción, si aparece –bromeó–. No te pido que visites ningún lugar al que yo no haya ido antes. ¿Sabes? No hay glamour, ni grandes tiendas, ni ruido, ni castillos medievales. Hay otra cosa.

–¿Y qué es lo que hay? Si puedo saberlo, ya que me harás ir.

–Energía.

–¿Energía?

–Sí. No discutas Gina. Ya has pagado el viaje.

–¿Yo?

–Sí. ¿Olvidas que tengo los números de tu tarjeta?

–Eres terrible. Menos mal que la economía es el único problema que no tengo –agregó.

Risas.

–Llámame cuando llegues a Cuzco.

–¿No iré a Lima?

–Llegarás, pero solo esperarás en el aeropuerto tu siguiente avión a Cuzco el mismo día.

La despedida comenzaba a ser una constante. Los nudos en la garganta, las emociones, las ganas de decir, pero la realidad de callar. Entregados a la experiencia única de ser quienes eran juntos. Los ojos

de Paul contenían las lágrimas.

–¿Volveré a verte? –preguntó.

–Siempre. Pero hasta que eso ocurra “voy a estar aquí” –dijo Paul. Señalando a su cabeza, y no a su corazón, evocaba una de las escenas más recordadas del cine familiar cuando E.T se despide–. Señalo tu mente, puesto que es el cerebro el que se encarga de almacenar recuerdos en la memoria.

Gina lloró y lo abrazó.

–He visto *E.T., el extraterrestre* unas miles de veces. Tengo miedo, Paul –le dijo cerca del oído.

–Yo también, pero lo ignoro. Tengo algo para ti. No ha sido fácil lograr que lo hagan aquí, pero tengo mis contactos –dijo y le dio un pequeño paquete. Gina, lo abrió con ansiedad. Lo miró y se le llenaron los ojos de lágrimas. Una camiseta blanca con letras negras bordadas con la leyenda “Choose life”. Ella le había comentado que había tenido una de joven.

–¡Gracias! Te adoro, Paul. Estás en todos los detalles.

Ambos se fundieron en la intensidad de un abrazo. Sus latidos se mezclaron hasta acompasar el mismo ritmo. Eso era la amistad verdadera. Una conexión invisible que trascendía las palabras o los encuentros y los enlazaba con los sentimientos más importantes que compartían.

A partir de esa despedida, Paul y Gina estarían a solo un pensamiento de distancia.

CAPÍTULO 40

¿Azar?

[…] lo que llamamos azar es nuestra ignorancia de la compleja maquinaria de la causalidad.

Jorge Luis Borges

Amalia Rivas había intentado por algunos días pretender que volver a ver a Francisco no le había ocasionado ningún cambio en su interior. Había continuado trabajando, con su rutina de clases de yoga y su terapia. Era una mujer simple que había pagado el enorme precio que la vida impone a las que se enamoran para siempre de un buen hombre y un día dejan de ser correspondidas.

Después del abandono de Francisco, no había logrado sentir nada profundo por nadie, luego de mucho dolor y vacío por varios meses. Había transitado una depresión severa por la que había adelgazado mucho, al límite de la desnutrición. Había dejado de estudiar, se había aislado de sus amigas y no tenía ganas de nada. Entonces, la peor noticia la había sacudido: su madre tenía un cáncer terminal. Y para emporar la situación, Francisco, su amor de toda la vida, se casaba con Gina. Sin más remedio que actuar, porque su padre había muerto hacía muchos años y con su hermana no se podía contar, se había convertido en el apoyo de su madre. Una enfermedad tremenda que hizo metástasis en los huesos rápidamente había reducido su tiempo de vida sumergiéndolo en un gran deterioro progresivo desde que fue diagnosticada. Ya en su lecho de muerte, logró reaccionar. Amalia todavía escuchaba sus palabras: “Hija, debes olvidarlo. Recuperar tu vida. Estudiar. Prométemelo”.

Con más ganas de morir junto a su madre que de reconstruir su vida, Amalia no pudo negarse y lo prometió.

Al regreso del entierro sintió que iba a deshidratarse de tanto llorar. Una amiga en común le había contado, que ese malogrado 10 de agosto, él se casaría y en franca burla del destino había sido ese día y no otro, cuando el cáncer había terminado con los latidos de su madre. Esa noche enterró su pasado y a la mujer más buena que había conocido jamás. Como pudo, y con la única idea de honrar su memoria, había salido adelante. Económicamente podía administrarse, tenía donde vivir y el único problema heredado era su hermana.

Años después había elegido la especialidad en Traumatología. Por exigencia de su hermana que quería su parte, habían tramitado la sucesión y vendido los bienes que dejara su madre. Para ese entonces, su hermana había tenido una niña y había enviudado. Siempre la envidia la había mantenido alejada. Amalia no entendía por qué era así. Nada le había sido dado de regalo, todo lo que había logrado, Dios sabía, que era fruto de su esfuerzo. Jamás le había reprochado que no

cuidara de su madre, ni sus ausencias, nada. Pero ya recibida y cansada, la última vez que le había prestado dinero, ya estaba en pareja con un hombre que era literalmente una mala persona. Por ese motivo, cuando no se lo devolvió, prefirió apartarse. Se había puesto ese precio. Ella no la necesitaba. Solo lamentaba la suerte de esa niña.

Esa tarde estaba en el consultorio, trabajando y pensando en Francisco. ¿Había sido el azar el que lo había llevado a ser víctima de ese accidente? ¿Por qué estaba ella de guardia? ¿Por qué no había sentido bronca o enojo? ¿Por qué se había alegrado con ese reencuentro? El azar como encuentro accidental implica que los procesos que coinciden son independientes, no hay relación causal entre ellos, aunque cada uno tenga una causa que actúe de modo necesario. Mucha teoría no le daba las respuestas.

Alimentaba en silencio esa remota posibilidad de volver a verlo, cuando la secretaria le anunció que su sobrina quería verla.

Un escalofrío la recorrió. Debía tener veinte años para ese entonces. La sorprendió que supiera de su existencia. Había imaginado que su hermana jamás la había mencionado.

–Que pase, enseguida. Apresúrate –indicó.

Minutos después, una joven que parecía devastada, le recordó físicamente su apariencia cuando Francisco la había dejado.

–Cariño, ven. ¿Qué te sucede? –había dicho como si el tiempo no hubiera pasado, aceptando el vínculo con ese inocente ser sin meditar.

La joven se había lanzado a sus brazos y lloraba. Amalia estaba desconcertada. Le acarició el pelo. Contenía sus propias lágrimas, mientras imaginaba a qué suerte de pesadilla la habían sometido su hermana y ese malviviente. Después de desahogarse, la escuchó.

–Sé que eres mi tía. Mi madre no quería hablarme de ti cuando era pequeña. Pero yo sabía que existías. Tengo un problema grave, no tengo dinero y no sé a quién recurrir. Mi madre no es una opción.

–¿Qué es lo que te ocurre?

–Estoy embarazada.

–Y no tienes novio o alguien que se haga cargo del bebé –adivinó.

–No quiero tener este niño. La mitad de mí quiere, pero la otra no…

–Mira hay opciones. Puedes darlo en adopción. Interrumpir el embarazo no es la única posibilidad. Pero explícame, ¿por qué te sientes así, dividida?

–Porque no estoy segura de quién es el padre y dependiendo de eso, quiero al bebé o no.

Amalia se quedó muda unos instantes. No parecía el perfil de chica que tuviera muchas relaciones. Estaba realmente angustiada. Si bien

esa no era su especialidad, sabía que las jóvenes en esas situaciones eran diferentes.

–Explícate más.

Silencio.

Vergüenza.

–El marido de mi madre es… él ha intentado muchas veces… bueno, tú entiendes.

–¿Abusó de ti?

–De chica me tocaba y me hacía cosas. Mi madre nunca me creyó. Pero hace poco, ella no estaba y él me violó. No fui capaz de sacármelo de encima. Quedé paralizada. Debí luchar y no lo hice. Estaba muy asustada. Pensé que si simplemente no me movía y sacaba mi mente de allí todo terminaría más rápido –lloraba mientras relataba lo ocurrido.

–Cariño… –Amalia se puso de pie y abrazó contra su regazo a la joven que estaba sentada en la silla de los pacientes–. Yo te ayudaré.

–Eso no es todo. Tenía un novio que amo.

–¿Tenía? ¿Te dejó cuando lo supo?

–En realidad yo lo dejé, pero no fui capaz de decirle la verdad. Piensa que lo engañé. Cuando intenté explicarle no me permitió terminar. Si fuera su hijo lo tendría sin pensar… pero ¿cómo puedo saberlo?

–Podemos determinar la fecha en que fue concebido. Cariño, debes denunciar este hecho, lo sabes… No puedes regresar a tu casa… –Amalia pensaba mil cosas a la vez. Entonces hizo lo que debía.

–Vendrás a vivir conmigo. Ahora voy a examinarte, tendrás que recuperar peso y haremos la denuncia. Eres mi sobrina. Yo vivo sola, no tienes que preocuparte por nada.

–Tengo trabajo –agregó.

–Bien. No es momento de que te preocupes por eso ahora. Cuentas con todo mi apoyo.

–Gracias…

Amalia realizó un control de rutina. Ángeles, estaba al límite de la desnutrición de acuerdo con su talla. Pidió por el interno una consulta con la obstetra, que era su amiga, mientras su sobrina la observaba triste, pero más tranquila. ¿Por qué ocurrían esas barbaridades? Su hermana era un monstruo. Por el tiempo que duró esa consulta tan particular, Amalia olvidó a Francisco.

–Dime, Ángeles, ¿cómo se llama tu novio? Debo hablar con él. Si quiere dejarte, que lo haga, pero le debes la verdad.

–Diego. Diego López Rivera.

Amalia tuvo que sentarse para evitar un desmayo.

CAPÍTULO 41

San Andrés

El mar es un antiguo lenguaje que ya no alcanzo a descifrar.
Jorge Luis Borges

Alojados en el hotel MS San Luis Village Premium, no le resultó difícil a Josefina imaginar la razón por la que Gina y Francisco tenían los mejores recuerdos de ese lugar. Era un paraíso en la tierra. Para ella, que nunca había salido de Bogotá, era la constante sensación de felicidad. Cuando lograba olvidar las causas por las que estaban allí, sentía que lo tenía todo. Al hombre que amaba, la carrera que había elegido, padres buenos, armonía familiar y muchos sueños por cumplir. Sin embargo, el lado B de su vida la enfrentaba con la más terrible posibilidad, que no era morir, sino soportar su amor, después de eso, lejos de Andrés.

El hotel estaba frente a la playa. Solo siguiendo un camino llegaban desde su habitación directamente a la tibieza de una arena casi blanca que terminaba donde un mar turquesa y transparente les regalaba frescura. Un mar que se juntaba con el cielo del mismo color, mientras el sol interrumpía la escena para iluminarlo todo.

Disfrutaron todo el tiempo de cada detalle. En la isla eran dos seres enamorados que estrenaban besos diferentes, se tomaban selfies, reían, escuchaban música y se divertían con todas las actividades previstas para los turistas. Dentro de la habitación, eran amantes apasionados que querían ir siempre por más.

Una noche, entre las sábanas blancas que fueron testigo de su amor incondicional, cuando Andrés estaba dentro de Josefina, ella le pidió que se detuviera, pero sin abandonar su cuerpo.

–¿Te he lastimado? ¿Tienes algún dolor? –preguntó preocupado.

–Vida… ¿Cómo podrías lastimarme? No es eso. Quiero verte, sentirte, grabar este momento en mi memoria. Deseo detener el tiempo…

Andrés la besó manteniendo la quietud en ese instante de pasión. No podía responderle. No era capaz de pensar en nada, porque en ese momento mientras ella acariciaba su rostro y le miraba el alma, él lo tenía todo. Compartían una rara excitación que no era acompañada de ímpetus, sino que les nacía en las entrañas. Andrés había apoyado sus manos a los lados de ella y la besaba pausadamente. Las caricias de ella eran suaves pero provocadoras, sus palabras irresistibles.

–Quiero una implosión –pidió.

Él sonrió. La besó.

–¿Y que sería eso?

–Quiero que estallemos por dentro. Que el orgasmo llegue así,

despacio y explotar sin más movimiento que nuestro parpadeo.

Andrés comprendió lo que quería y no tuvo que esforzarse, porque comenzó a suceder mientras ella hablaba. Sus cuerpos latían temblorosos como en el segundo previo a un sismo. El calor interno se evidenciaba en el sudor. Les ardía la piel y brillaban sus ojos que no se soltaban ni por un instante. Ambos lo sintieron, era el momento, Josefina arqueo levemente su pelvis y Andrés con un movimiento urgente, pero casi imperceptible, derramó su amor.

Luego de mirarse más allá de ellos mismos, ella cerró los ojos y él se desplomó sobre su cuerpo.

–Te amo.

–Lo sé. Yo no podría amarte más.

–Quiero pedirte algo –dijo ella.

–Lo que quieras.

–Cada vez que pienses en mí, que este momento y este viaje sean lo primero que recuerdes.

–No me hables como si eso fuera a ocurrir sin la posibilidad de hablar contigo.

–Nada hay en este mundo que yo quiera y tú no me hayas dado. Debes saberlo. No voy a hablar de cosas tristes. No perderé ese tiempo. Solo quiero que esta felicidad nos acompañe siempre.

Andrés entendía la profundidad de sus palabras. Ella no necesitaba que él egoístamente pensara en sí mismo y diera prioridad a sus miedos. Se corrió emocionalmente de su dolor.

–Así será, bonita. Y volveremos aquí cada año a celebrar la vida. Y una noche cualquiera en este lugar, no en otro sitio, le daremos vida a nuestro primer hijo. Lo prometo.

Ella fue feliz.

–Me encanta la idea. ¿Y cómo se llamará ese hijo?

–Será una niña y la llamaremos Victoria.

–No me gusta ese nombre. No quiero trasladarle a nuestra pequeña situaciones del pasado… –dijo sinceramente.

–¿Cómo te gustaría entonces?

Desde la cama podían oír el murmullo de las olas y ver a la luz de la luna ese mar turquesa que los envolvía en su inmensidad. Ambos pensaron lo mismo. Tenía que ser un nombre que les recordara ese lugar.

–María del Mar… ese será su nombre.

Andrés volvió a besarla. Rieron imaginando sus rizos, sus ojos y las travesuras que haría hasta que un sueño reparador los alcanzó.

***

A la mañana siguiente disfrutaron su último día en la isla. Una tristeza silenciosa asomaba en la mirada de Josefina. No decía nada, pero como Andrés había imaginado que eso podía suceder, había elegido esa noche para sorprenderla.

Las palmeras y la playa durante la noche eran realmente una provocación para los sentidos.

–Me gustaría ir a caminar por la arena, descalzos –propuso Andrés.

–¿Ahora? Son casi los dos de la madrugada –dijo ella. Se habían acostado tarde preparando el equipaje.

–Sí. Para despedirnos del lugar.

–Bueno –respondió dubitativa.

–Y tal vez, bañarnos en el mar de noche –avanzó.

–¿Qué es lo que tienes planeado? Te conozco –lo inquirió sonriendo.

–No lo arruines entonces –agregó. Era la desventaja de estar tan unidos. Se adivinaban los pensamientos.

Ambos rieron con cierta complicidad. Se pusieron sus trajes de baño y algo de ropa. Minutos después llegaban a la playa. No había nadie. Solo el sonido de la naturaleza y el amor.

Él se quitó la camiseta a orillas del mar y la invitó a hacer lo mismo. Entraron en el agua y sintieron la calidez de una caricia. La silueta de ambos se fundió en un beso nocturno. Sus cuerpos mojados comenzaban a excitarse cuando él sacó una cajita del bolsillo de su short.

–Josefina… –comenzó a decir.

–¡Sí! –respondió ella vencida por la ansiedad. –¡Sí! –repitió y lo besó antes de que él pudiera abrir el pequeño tesoro.

–¡No me dejaste hablar!

–Perdón. ¿Qué querías decirme? –dijo sin disimular su felicidad como si fuera posible volver el tiempo atrás para escuchar una propuesta.

–Creo que no hace falta que lo diga. Escuchaste mi pensamiento. Para siempre, bonita. Este amor es para siempre y quiero que el mundo lo sepa. Nos casaremos al llegar a Bogotá. Así, solo nosotros –dijo.

–Para siempre, vida.

Se colocaron los anillos bajo la luz de la luna.

La noche los abrazó, el mar se mezcló con ambos en los rincones más secretos de sus sueños y no hicieron falta más palabras para que el tiempo se detuviera en ese momento sin riesgo de olvido.

CAPÍTULO 42

Seguridad

Siempre gana quien sabe amar.
Hermann Hesse

Lucía se había tomado su tiempo para dar respuesta a Isabella sobre la columna de la revista por dos razones: la primera, quería observarla. Quería intentar darse cuenta de si estaba ansiosa o no. Si lo estaba, podía ser que solo fuera creativa, pero si no, significaba además que había exorcizado sus demonios y continuaba su camino. En este caso, lo que escribía tenía directa relación con su vida. Lucía, a su vez, iba avanzando en su propio proceso interior a la par de la escritura de esa jovencita que, además de talentosa, parecía tener mucho en común con ella a la hora de inventariar heridas abiertas.

Lucía estuvo dos días pendiente de Isabella, solo la veía centrada en su computadora y casi sin interactuar con Matías, el diseñador gráfico. Eran amigos. Eso era raro. ¿Eran amigos? Recordó el rímel en la camisa de él. No era justo suponer nada, quizá solo la había contenido. Entonces, ubicó su atención en él y lo supo. Algo sucedía entre ellos. La manera en que Matías la miraba era infinita. Como si no fuera capaz de dejar de hacerlo. ¿Era eso un problema? Siendo estricta, claramente sí. No era recomendable mezclar trabajo con relaciones. Sin embargo, algo la impulsaba a ser más permisiva, a mirar para otro lado. Si su diseñador era el disparador de esas columnas, hasta por una cuestión comercial no debía interferir. ¿Qué rol ocupaba el esposo de Isabella? Quizá el próximo trabajo le diera alguna pista.

La llamó a su escritorio por el conmutador. Isabella se veía tranquila, eso apoyaba su idea de que se había desahogado sin más expectativas que sacar de ella esos gritos encerrados y lograr algo de libertad. Su creatividad era un don.

–No todos los días –dijo Lucía.

–Perdón, no comprendo.

–Tu columna. Me gusta este estilo de finalizar con una pregunta. Te la estoy respondiendo.

Isabella recordó cómo terminaba su texto *Muerte*: “Tú, ¿estás realmente viva?”. “No todos los días”, había dicho Lucía. ¿Había escuchado bien?

De inmediato recordó sus *Mamushkas* y la respuesta de Lucía. “Tú, ¿cuántas mamushkas llevas dentro de ti?”. “Muchas”, había contestado. La magia de las palabras la abrumó. ¿Acaso ella y su distante editora tenían sentimientos parecidos en algún punto de su historia? Isabella no sabía nada de la vida de Lucía, pero comenzaba a

interesarle.

–¿No vas a preguntarme nada?

–¿Puedo?

–Supongo que sí, es tu artículo. Tu presentación en la primera página.

–¿Por qué los temas? El perdón y la muerte no parecen ser cuestiones al azar.

–Nada lo es.

–¿Qué le sucede? –preguntó sin pensar. Al oírse casi se descompone. ¿Qué pasaba con ella? ¿Cómo podía tan siquiera sentir que tenía el mínimo derecho de preguntar sobre su vida privada? –Perdón. Perdón no quise inmiscuirme. Fue un atrevimiento. Le pido disculpas. Sucede que usted me da cierta seguridad tácita –justificó.

Lucía, sonrió.

–Soy tu editora. Darte seguridad es parte de mi trabajo. No te disculpes. ¿Por qué supones que me sucede algo?

–Por las respuestas a las preguntas de mis columnas.

Era intuitiva además de talentosa. Le agradaba, cada vez más.

–Pues la vida es lo que a todos nos ocurre –evadió una respuesta precisa–. Solo quiero felicitarte. Deberás ir con Matías a una sesión de fotos. Quiero opciones para elegir la imagen de ti que acompañará tus trabajos. Es muy importante que te veas luminosa y honesta.

–¿Fotos?

–Sí. Te maquillarán en el estudio.

–Está bien –aceptó sin más opciones.

–Luego de eso, que será en un rato, quiero que vayas pensando en la siguiente columna. Debes escribir sobre el abandono –Isabella tuvo deseos de salir corriendo. ¿Abandono? ¿Abandonar? ¿Que te abandonen? Era terrible. Esa mujer tenía un detector de sus peores experiencias y de sus dudas. Si no fuera por la certeza de que nadie conocía su historia, hubiera asegurado que era a propósito–. ¿Algún inconveniente?

–Ninguno. Es un tema muy actual. ¿Quién no fue abandonado o desea abandonar a alguien?

–No lo sé. Tú me lo dirás. Se lo dirás a miles de mujeres, en realidad –Lucía supo que Isabella estaba enredada en un secreto–. ¡Hola, Matías! –saludó–. Ya le dije a Isabella acerca de las fotos. Pueden ir ahora mismo, los esperan.

Isabella sentía que los latidos del corazón se le salían del cuerpo. No quería darse vuelta para saludarlo. Ignoraba si podría disimular el sentimiento que había nacido y se obligaba a negar.

–Hola, Isabella. ¿Vamos? –dijo él de modo completamente natural.

–¡Hola! Sí, claro.

Lucía los observó. Supo que tenía razón.

***

–Escúchame. Haremos nuestro trabajo. Mientras te tomen las fotografías disfrutarás de ese momento, porque sencillamente es el rostro de tus columnas. Así te conocerá toda Colombia. No pensarás en lo que hemos compartido o sí, si te piden que recuerdes un momento que deseas repetir –bromeó.

Isabella se relajó al ver que además del hombre, allí seguía su amigo, su persona en el mundo. ¡Era tan lindo! ¿Cómo no se había dado cuenta de eso antes?

–Basta, Matías. Eres mi persona en el mundo, mi amigo. Nada de lo que ocurrió debió haber sucedido. Ambos lo sabemos –respondió. Pretendía que alejándolo las dudas que habían nacido en ella se disiparían.

–Es cierto, soy tu persona en el mundo, tu amigo, y tú, la mía. El resto lo conversaremos luego de las fotos.

La sesión fue agotadora. Peinaron y maquillaron a Isabella y le dieron dos conjuntos diferentes de ropa. En ambos se veía juvenil y fresca. Era la imagen de una mujer inteligente. Su belleza no era la de una modelo. No tenía exagerados pómulos o una nariz respingada. Era simple, bonita y transmitía sensibilidad. Matías le hacía muecas y le hablaba en italiano para robarle sonrisas. Mientras duró ese trabajo, ella logró sentirlo como siempre, pero no pudo evitar desearlo como nunca le había ocurrido con nadie. ¿Qué haría con esas ganas en exceso?

–Te invito una cerveza. En mi casa –dijo él.

–Matías…

–Hace calor. ¡No eres irresistible! –dijo con humor.

Tú, sí. Ese es el problema, pensó.

Entonces, la mamushka arriesgada que vivía en ella tomó el reto de hacer lo que sentía y no lo que debía. No miró su reloj, no permitió al pasado ocupar su memoria. Olvidó la alianza que lucía en su mano izquierda. Suspiró.

–Solo una –respondió.

Continuaron conversando sobre la columna, el trabajo, las fotos y la vida que compartían. Él no la presionaba. Al contrario, había dejado espacio al amigo. Le daba seguridad. Acostarse con él no había modificado la relación. Tampoco la juzgaba. Esa actitud lo volvía irresistible.

Llegaron al apartamento. Él buscó los dos vasos y sirvió la cerveza

helada. No intentó besarla o acercarse demasiado. Isabella comenzó a preocuparse. ¿No había dicho que se había enamorado de ella? Así, hablando de temas varios, pero pensando en devorarse de un minuto a otro, bebieron dos botellas.

–Me voy –dijo de pronto.

–¿Quieres hacerlo?

–Debo hacerlo.

–No me has respondido.

–No, no quiero. Igual no te entiendo del todo. Dijiste que estabas enamorado de mí y sin embargo, después de haberlo compartido todo, hoy no te has acercado…

–Intento hacerte sentir lo que es el verdadero amor. Lo que tú necesitas, puede no coincidir con lo que yo deseo, pero entre ambas cosas elijo que te sientas segura.

Isabella sintió el efecto de esas palabras rodar por su alma y caer directo en su corazón.

–¿Eres real?

–Tú dime.

–No lo creo. No conozco ese modo generoso de amor.

–Pues lo que conoces no es amor. No hay modo generoso y modo egoísta. Hay amor y eso significa que el otro es lo primero en tu vida. Su felicidad es la tuya.

Ella tomó su bolso y fue a la puerta para marcharse. La abrió. Sentía la necesidad de Matías en todo el cuerpo. Él permanecía en su lugar, solo mirándola. Entonces, giró sobre sus pasos, dejó caer el bolso, cerró la puerta y regresó a él. Lo besó de manera provocadora. Quería que le hiciera el amor. No resistía tenerlo cerca y no poder tocarlo. Él era de ella.

Matías le respondió a sus labios con el doble de intensidad. Comenzaron a desvestirse con torpeza allí mismo, en medio de la sala. Matías no dejaba de provocar en ella un deseo inusitado. Isabella estaba entregada a sentir. Las caricias que había recordado desde la primera vez eran más y mejores que en su memoria, porque sobre la piel, le incendiaban el cuerpo. Él la llevó entre más besos y pasión contra la pared. No había música, pero los sonidos del placer eran una sinfonía para los oídos de ambos, que encontraban en cada uno nuevas sensaciones para ir por más. Matías con destreza posó su mano por debajo de la ropa interior de Isabella. La humedad crecía entre sus dedos mientras ella se arqueaba y jadeaba ante el inminente estallido. Él la miraba enardecido y no podía creer que verla alcanzar un orgasmo a medio vestir y sin estar dentro de ella fuera tan excitante.

Isabella recuperó el aliento y, guiada por un impulso que no quiso

detener, le quitó su ropa interior, lamió su intimidad con suavidad y con los labios sedientos volvió a besar su boca seduciendo hasta el último rincón de su cuerpo y de su alma. Matías sintió el paraíso y en pleno éxtasis la recostó en el sofá y entró en ella de una embestida. El placer era infinito. El calor de la sangre parecía encender el sexo y quemar todo aquello que pudiera alejarlos. Hallaron juntos el momento en el que perdieron la noción del tiempo y de sus reacciones. Unos minutos después Matías pudo hablar.

–Mentí –dijo. Ella se puso alerta–. Eres insoportablemente irresistible.

–Mentira. Me dejabas partir…

–No. Te daba tiempo para estar convencida.

–Lo estoy. No sé cómo voy a ordenar mi vida, pero esto es lo que quiero para siempre. Estoy segura.

Matías comenzó a recorrer cada rincón de su cuerpo con caricias y besos. La exploró sin límites. Conoció el origen de sus dudas y también los sueños que nacían en su fortaleza. Ella lo dejaba hacer. Se había abandonado en los brazos del poder de ese sentimiento que no conocía. Había dejado ser a la mujer que la invadía. Sin miedos. Tenía que ser amor.

CAPÍTULO 43

Comprender

Todos, alguna vez, fuimos amores pasajeros de trenes que no iban a ningún lado.
Joaquín Sabina

Manuel fue a consultar el abogado junto a Ignacio. El profesional lo asesoró y se ocupó de conversar con el letrado que representaba a María Dolores. Las pretensiones de ella eran sencillas de resumir, porque básicamente quería todo, menos su oficina, la camioneta y las deudas contraídas, por supuesto. Además, una cuota mensual de por vida para ella y su hijo.

Había poco por discutir. El matrimonio se había terminado por exclusiva culpa de su esposo. La ley la amparaba, porque podía probar la relación paralela de su excónyuge.

Además, Manuel no quería dar batalla. Se sentía completamente responsable y la amaba. En su favor y por insistencia de su abogado, solo puso la condición de que respecto de ella, esa cuota sería reconsiderada cada dos años. Si bien no lo expresaría el acuerdo, la misma se relacionaba con la posibilidad de que ella formara pareja nuevamente. El solo hecho de pensar en eso le destrozaba el alma. En verdad, estaba roto por dentro. La mitad de su ser moría de ausencia, mientras la otra intentaba sostener y disfrutar el amor correspondido que también hacía latir su corazón.

Raquel lo esperaba en su casa. Estaba feliz de tenerlo, aunque no había logrado que le contara con exactitud qué había sucedido. Solo le había dicho que María Dolores se había enterado de que estaban juntos y qué él había tomado una decisión. Había omitido la dantesca pelea, alegando que se había golpeado el ojo con el filo de una viga en una obra. Eso era mucho más digno que el golpe contra el mini Coliseo romano arrojado contra él. Le había dicho también que María Dolores estaba embarazada. Raquel no soportó esto último. Aunque Manuel la hubiera elegido, tenía temor de que un hijo le diera ventaja a su ex.

Había inventado así su atraso para sentirse más segura y medir las reacciones de Manuel. No estaba embarazada y en realidad, no quería estarlo por deseos de ser madre sino por no ser la otra siempre. Las amantes casi nunca tienen hijos, las esposas los tienen y ella quería ocupar ese lugar.

Esa noche decidió que quería salir a cenar afuera, pero antes deseaba saber en qué términos se había acordado el divorcio.

–¡Hola, amor! ¿Cómo te ha ido con el abogado?

–Bien.

–¿Qué significa bien? ¿La camioneta?

–Es nuestra. También la oficina.

–¡Genial! –dijo victoriosa.

–¿Cuándo venderá la casa? He pensado que con tu parte más mi propiedad podemos comprar una más cómoda –dijo con entusiasmo.

–No la venderá.

–¿Por qué no?

–Porque se la he dejado.

Raquel comenzó a inquietarse.

–¿Por qué hiciste eso?

–Porque tendrá un hijo mío.

–Puede que también yo –mintió irritada.

–Eso no es seguro. Y si ocurriera, ya veremos. Te amo, lo sabes.

–También te amo, pero este acuerdo no me parece justo.

–Lo es. Estoy aquí contigo.

–Sí, pero la mitad de todo lo que le dejas te pertenece. Has trabajado mucho por eso –dijo en tono de pelea.

–Yo acepté –respondió enojado por los cuestionamientos.

–No me digas… ¿Y qué más aceptaste?

Manuel decidió ser honesto. Se quedará con la casa, el auto y una cuota de manutención.

–¿¡Qué!? ¿Te volviste loco? ¿Y nosotros?

–Nosotros estamos juntos. Esa fue siempre la idea.

–¡No es justo! Quiero que te hagas valer. ¿Qué te sucede? ¿Por qué lo hiciste? –sus dudas reclamaban, pero no eran los bienes. Lo importante era descubrir si lo unía algo más a su ex.

Manuel estaba agotado, sensible y triste. Le faltaba una parte de su ser, aunque tuviera la otra. No podía pensar con claridad. Además, estaba aturdido por la discusión. Fue cuando pensó que no podía confesar su verdad. Recordó las súplicas de su amigo que le había pedido por favor que ya no repitiera eso.

Silencio.

El tiempo simuló detenerse.

Nada amenazaba los siguientes minutos, si elegía las palabras correctas. Aunque fuera a medias, quería ser honesto. Ella lo merecía.

Raquel solo lo miraba esperando una respuesta.

–No lo sé. Supongo que el tiempo que llevamos juntos, el hecho de que espera un hijo mío y yo no estaré a su lado del modo que ella imaginó, me empujaron a no discutir. A dejarle todo –Raquel se quedó callada unos instantes–. Estoy contigo. Te amo –repitió. No quería que el amor se le escapara absurdamente ante sus ojos. De pronto sintió que su verdad era la ilógica mentira de un hombre común que creyó que podía jugar a la doble vida y salir ileso de allí. Su autoestima se

estrelló contra la realidad. Manuel la abrazó. Necesitaba sentirla cerca. Ella respondió al abrazo. Se le caían las lágrimas.

–Necesito que me escuches. Dependo emocionalmente de ti. Tu amor me da seguridad y tus palabras me sostienen. Cada caricia ha sanado una parte de mí que alguien más había roto en pedazos. Desde que te conozco solo sueño con una cosa, no compartirte. Ser feliz a tu lado. Solo te pido que no me mientas. Si has actuado por culpa, puedo entenderlo –agregó–, pero necesito estar segura de que estás donde deseas estar y de que construiremos juntos una vida. Sin fantasmas del pasado.

Manuel la escuchaba. Reconocía en sus palabras la razón que lo alejaba de lo que había pretendido sostener, hasta que la confusión de las alianzas había desencadenado lo ocurrido. Supuso que, si eso no hubiese pasado, habría sido otra cosa la que lo hubiera puesto al descubierto. Recuperó cierta coherencia. Hizo un esfuerzo por correr el sentimiento por María Dolores de ese escenario.

–No quiero mentirte. Te amo. Estaremos bien. Solo te pido tiempo. Es un duelo luego de tantos años, pero quiero atravesarlo contigo. Sé que tarde o temprano será un recuerdo. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado. Eres una mujer increíble. Amo el modo en que defiendes nuestro amor desde las entrañas con una madurez de la que debo aprender mucho –era completamente sincero.

A Raquel le daba seguridad que Manuel la valorara. No quería perderlo y ya más calmada, internamente sintió que poco le importaban los bienes materiales o intentar competir con la ex. Debía centrarse en luchar por su felicidad. Nunca había estado tan cerca. Lo apoyaría y poco a poco su sueño sería realidad.

–¿Crees que podríamos salir a cenar afuera? Quisiera comenzar a disfrutar el hecho de que ya no debemos escondernos.

Manuel necesitaba un poco de oxígeno. Nadie como Raquel para dárselo.

–Sí, creo que es una buena idea –caminó hacia el cenicero de la entrada y lo tomó en sus manos. Todavía estaba allí la alianza del par de María Dolores–. Ya no necesitamos esto –agregó. Fue su primera determinación simbólica. Lucharía contra ese amor dividido con toda su voluntad. Había entendido que más allá de sus sentimientos, desde la razón no era posible. Eso de amarlas a las dos era la mejor manera de lastimarlas y perderlas. No quería eso. Ignoraba cómo, pero saldría de esa red de fantasía.

–Me parece bien –respondió Raquel.

Manuel se dirigió a la cocina y tiró a la basura el cenicero de cristal con el anillo incluido. Una puntada en el corazón lo obligó a

contener el dolor. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Una nueva etapa comenzaba. Raquel era feliz.

CAPÍTULO 44

Compartir

Al final solo se tiene lo que se ha dado.
Isabel Allende

Gina llegó al Aeropuerto Internacional Jorge Chávez de Lima, donde debió aguardar tres horas para abordar el siguiente vuelo a Cuzco. Se sentó en una confitería. Sacó el modo avión de su celular y pensó en enviarles un mensaje a cada uno de sus hijos para decirles donde estaba y que era probable que de allí regresara a casa. A su lado, un matrimonio con tres niños merendaban. La escena familiar le provocó nostalgia. Se vio a sí misma joven, en un aeropuerto parecido a ese, junto a Francisco, lidiando con maletas, bolsos, dulces y juguetes. Habían ido a Disney cuando Isabella tenía diez, Andrés nueve y Diego, siete años. Habían pasado catorce largos años desde aquel recuerdo. ¿En qué momento había dejado de disfrutar el hecho de ser quien era? ¿Cuándo sus roles se habían tragado sus sueños? Se sentía tranquila. Más segura pero incompleta, seguía faltando parte de ese algo que conformaba su ser. Regresó a su celular. Meditó sobre la información que deseaba compartir, podía incluir a Francisco. Buscó el grupo de WhatsApp de la familia y envió una nota voz:

"*Hola… estoy bien. En el aeropuerto de Lima, volaré a Cuzco por unos días. Espero que estén bien. Todos bien… Los quiero*".

Luego, reprodujo el audio en su oído, como hacen quienes dudan del tono con el que envolvieron sus palabras. Se escuchó. ¿Sería escucharse a sí misma parte del mensaje de Brujas?

Entonces se dio cuenta de que había logrado mucho desde su partida. La Gina de antes habría dicho "Hola. ¿Cómo están?". La que había comenzado a reencontrarse se puso en primer lugar. Era ella quien avisaba que estaba bien. Dudó acerca de la procedencia de ese último "Los quiero", no quería confundir a Francisco. En verdad lo quería, pero cada vez era más la certeza respecto de la decisión de separarse. De inmediato pensó que todavía no lo habían dividido todo. Los bienes materiales no eran la cuestión. Ellos no discutirían por dinero ni tampoco les afectaría una disolución de la sociedad conyugal, cualquiera fuera el resultado. Pero… ¿y lo demás? ¿Qué pasaría por ejemplo con ese grupo de WhatsApp? ¿Con los amigos en común? ¿Con los sitios que frecuentaban? ¿Y si un día Francisco pretendía sus mascotas? ¿Todo eso se compartía luego de un divorcio o al contrario, había que decidir quién se lo quedaba? ¿Podía realmente compartirse? Mientras esas dudas se enquistaban en sus preocupaciones las respuestas llegaron.

"¿En Perú?... ¿Cuándo regresas?", respondió Isabella.

“Estamos bien, mamá. Un beso de Josefina”, fue el mensaje de Andrés.

“Me alegra escuchar que estás bien. Yo aquí, mejorando”, escribió Francisco en último término. “También te queremos”, agregó supliendo la omisión de sus hijos. Era inherente a él cuidarla. Gina lo advirtió de inmediato. Lamentó realmente que se hubiera terminado el amor. Era un gran hombre. Bueno al derecho y al revés.

Entonces, un texto de cuatro palabras le sacudió el alma. “Diego salió del grupo”.

Ya ninguno continuó escribiendo.

¿Qué sucedía con su hijo? ¿Por qué estaba tan enojado con ella? ¿Debía llamarlo? No tuvo deseos de una discusión. Leyó un rato, caminó por el *free shop* y casi sin darse cuenta, estaba ubicada en el asiento del avión.

Una hora después arribó al aeropuerto Alejandro Velasco Astete. Hizo los trámites en migraciones, y salió con su equipaje. Entre la gente que buscaba pasajeros, alcanzó a leer un cartel con su nombre mal escrito de puño y letra “Gina Ribera”.

Un hombre de nacionalidad peruana, con una gran sonrisa, la esperaba. Le gustó la sensación de que la recibiera alguien. Pensó en Paul. Estaba en todos los detalles. No conocía Perú, de manera que intentaría llevarse de allí algo más que turismo. Decían que la energía era diferente. La mística era un atractivo más. No tan sofisticada como en Brujas, pero allí estaría porque Paul lo había asegurado.

–Hola, soy Gina Rivera.

–Bienvenida a Cuzco. Mi nombre es Carlos. La llevaré a su hostel –dijo con gran amabilidad.

Caminaron hasta un pequeño auto que nada tenía de suntuoso. No era el estilo que elegía Paul. Le llamó la atención. Sin embargo, al mirar a su alrededor, vio que los vehículos públicos, en general, eran modelos viejos. Pensó que en Perú un hostel debía ser el equivalente a un hotel. No veía la hora de llegar y poder ducharse. Le dolía la cabeza y lo atribuyó a su cansancio. Tenía calor. Había pasado más de un día sin dormir en una cama. El chofer le hablaba y ella no quería ser descortés, pero no tenía deseos de hablar. Su malestar iba en aumento. Los latidos de su corazón estaban acelerados. Se asustó. ¿Acaso tendría un ataque como el de María Dolores, ahí sola en ese lugar?

Empezaba a parecerle que todos los demonios la estaban apresando para llevarla al infierno. Mareos, náuseas, sudores fríos le recorrían la espalda y el alma. Todo le daba vueltas como si estuviera dentro de un lavarropas gigante y la cabeza le fuera a estallar de un momento a

otro.

–Disculpe, pero me siento mal. ¿Podría detener el automóvil? Me falta el aire –dijo. Intentaba sujetarse a la vida con todas tus fuerzas, pero estas la habían abandonado hace rato.

–No se preocupe, mi señora. Es el soroche.

–¿Qué es eso? –preguntó imaginando un virus. Escuchaba las trompetas del juicio final. La situación la tenía muy confundida. No era la mejor forma de empezar su estadía en Perú.

–Es el mal de altura. ¿No va a decirme que no sabía eso cuando decidió venir? –seguía sonriendo–. Es hasta que se acostumbre.

Gina no estaba en condiciones de explicarle que no había sido ella quien había decidido ir allí. ¿Qué cuestión era eso de la altura? Estaba fastidiosa y se sentía terrible. Tenía deseos de vomitar.

Carlos detuvo el automóvil. Gina apenas pudo bajar. De inmediato dobló a la mitad su cuerpo, sin darse cuenta, con una arcada feroz. Le dio la sensación de que estaba vomitando su historia y que nunca terminaría. El hombre se acercó a ella.

–Permiso –dijo. Con cuidado le sostuvo la frente con su mano mientras con la otra apoyada en su espalda la equilibraba.

–Gracias –alcanzó a decir. Estaba aturdida. Se sentía enferma–. ¿Puede explicarme mejor qué me está sucediendo?

–Claro, mi señora. No importa de dónde venga usted. El mal de altura afecta generalmente a las personas a partir 2.438 metros sobre el nivel del mar, o más. Cuzco se encuentra a 3.400. Puede usted tener diferentes síntomas como mareos, dolor de cabeza, náuseas, taquicardia.

Gina los tenía todos.

–¿Cuándo se me pasará este malestar?

–En realidad no hay una “cura”. Podría descender de nuevo a una elevación normal. Pero la mayoría de los turistas llegan a su hostal, descansan, beben un mate de coca, y progresivamente se van adaptando. No hay modo de llegar a Machu Picchu sino a través de Cuzco. Los vuelos aterrizan aquí y los autobuses de Lima se detienen aquí también. Yo no soy un médico, pero créame, se sentirá mejor y deseará regresar después de que conozca mi bella tierra.

–Lo dudo –dijo en voz muy baja. Recordó a Paul y a todos sus ancestros en diferentes idiomas. ¿Por qué la hacía pasar por esa experiencia? Si hubiera estado en condiciones de tomar su celular, le hubiera enviado un audio, pero no podía mover la cabeza.

–¡Hemos llegado! ¿Ha visto que está mejor? –dijo contento–. Ya no vomita usted –Gina estaba completamente mareada–. La ayudaré con el equipaje.

Como pudo miró hacia la entrada del hospedaje. No había hotel. Era una suerte de casa colonial. “Casa de la Gringa Hostel, calle Tandapata N°148” creyó leer. No le produjo gran entusiasmo, pero pensó que solo quería darse un baño y recostarse un rato.

Se despidió del chofer quien la acompañó a la recepción, y esperaba su propina. Se la dio.

–Le dejo mi número. Si desea algún traslado, puede llamarme.

Gina sonrió y guardó la tarjeta.

–Disculpe, tengo una reserva a nombre de Gina Rivera –dijo al conserje. El hombre leyó una pantalla. Estaba pálida.

–Bienvenida. Es la habitación número seis. El baño se encuentra al final del pasillo.

–No deseo ir al baño, gracias.

–Tal vez no ahora, pero es para que sepa dónde está ubicado.

–Perdón, no le comprendo.

–Usted reservó una habitación compartida. El baño es compartido también, pero está fuera de la habitación –comentó.

Gina creyó que iba a desmayarse. ¿Qué había hecho Paul?

–Ahorita, sus compañeras de habitación han salido. Son dos muchachas de Bogotá.

–¿Dos? –solo eso atinó a decir.

–Sí. Su amigo dijo que una habitación triple estaba bien. Hay una cuarta cama. Tenemos de seis si desea –ofreció–. Es más económico.

–¿Tiene una individual con baño privado? –estaba decidida a hacer el cambio. Quería matar a Paul. No deseaba compartir el dormitorio, menos el baño.

–Déjeme ver… No. Lamentablemente, están ocupadas.

Gina evaluó sus posibilidades. Salir a buscar alojamiento con su equipaje a cuestas y el mal de altura sobre ella no era una opción.

–Está bien. Me quedaré –decidió el soroche por ella.

–La acompaño.

Para su sorpresa la habitación era muy bonita. Una pared rosa con una ventana colonial a la calle, les daba un aspecto juvenil a las tres camas que se apoyaban sobre ella. Había una cuarta ubicada perpendicularmente. Los edredones eran lisos color marfil con un detalle de flores del mismo color rosa fuerte de la pared y verde a la altura de los pies y en la almohada. Sobre cada una había un juego de toallas de color turquesa. Un cuadro de una mujer peruana con ropa típica adornaba la pared. Un mueble de madera. Una cortina color lila y un único armario. Lo abrió. Había ropa y diferentes objetos como secador de cabello, perfumes, bolsos y pequeños paquetes con artesanías del lugar.

Dejó su equipaje en el piso y se desplomó en una de las camas. De pronto sonó un mensaje de su celular. Lo leyó:

"*¡Hello, my darling!* Solo a título informativo debo comentarte algo. En las altitudes por encima de los 2.400 metros, el aire es más delgado, es decir, hay menos presión, por lo que cada vez que respiras, inhalas menos oxígeno del que estás acostumbrada. Podría explicártelo científicamente pero la síntesis es que resulta muy probable que te sientas horrible y experimentes síntomas variados ¡que no te gustarán! Espero que no te haya sucedido. Pero… si sirve de algo, casi muero cuando fui. Jajaja".

Gina no pudo evitar sonreír. Era terrible. Lo llamó.

–Te mataría si no te quisiera tanto. ¿Te has vuelto loco? ¿Una habitación compartida sin baño privado? ¿Mal de altura? ¿Por qué no me has avisado? Me siento fatal. Tengo cada síntoma y vomité en el camino, mientras el chofer me sostenía la cabeza.

–Bueno –rio imaginando la foto–. No es lo que esperabas.

–¡No! Claro que no.

–De eso se trata. De que aprendas que la vida no es siempre lo que esperamos. Y que con lo que nos da, debemos aprender a ser felices. Siempre hay algo bueno en lo que no nos gusta.

–Supongo que es así. Dime, ¿me sentiré mejor pronto?

–Por supuesto. Bebe mucha agua y mate de coca. Descansa y luego sal a caminar, pero sin hacer esfuerzos.

–¿Mate de coca?

– Sí. Es una tradición milenaria de los incas que está relacionada con la hoja de coca. En Cuzco te lo ofrecen para aclimatarte y evitar el soroche. No es otra cosa más que una infusión de hojas de coca.

–Bien –Paul la había tranquilizado–. Es linda la habitación, aunque será raro compartir mi estadía con dos extrañas –dijo cambiando de tema.

–Tú lo dijiste. Compartir. Esa es la clave.

–No te hagas el misterioso. ¿La clave para qué?

–Para avanzar en tu búsqueda.

Gina se sorprendió recordando los pensamientos en el aeropuerto sobre las valiosas cosas que aún no eran de ella ni de Francisco en exclusiva. ¿Qué sucedería?

–Quizá tengas razón una vez más –respondió y le contó.

–Deja al tiempo hacer su trabajo. Disfruta. Siente. Percibe la energía. La vida de todas las personas cambia radicalmente luego de visitar Perú. Pararse frente a Machu Picchu es observar uno de los lugares históricos más asombrosos del mundo, construido hace más de quinientos años. Te dejará sin aliento, no solo por el asombroso

entorno natural donde fue construida, sus increíbles estructuras, su complejidad, su belleza o su historia, sino también por la altitud. ¡Ya lo has notado! Además, el turismo de aventura.

–¿Aventura?

–¡Sí! Harás rafting y bicicleta de montaña.

–¡Juro que te mataré cuando vuelva a verte!

–Lo sé.

–¿Era lindo el chofer?

–¡Basta! Ni lo vi. ¿Te dije que casi vomité en sus pies? ¡Pobre hombre!

Ambos rieron con ganas. La felicidad a veces tomaba formas desopilantes.

Cortó y dos chicas de la edad de su hija entraron riendo a la habitación.

–¡Hola!

–¡Hola!

Compartir es el acto de participación recíproca en algo, ya sea material o inmaterial. Lleva implícito el valor de la generosidad. Saber vivir significa que en la medida que se da, se recibe. Al compartir se produce una ruptura con el egoísmo. ¿Podría su familia compartir sus decisiones? ¿Era ella capaz de compartir las que ellos tomaran?

Gina pensó que en ese país aprendería a dar de otro modo y a saber recibir, a ofrecer y a aceptar a las personas. Sin prejuicios. Siempre que su cuerpo resistiera la altura.

CAPÍTULO 45

Hablar

Entre las dificultades se esconde la oportunidad.
Albert Einstein

Amalia se hizo cargo de inmediato de la situación de su sobrina Ángeles. La acompañó a buscar sus cosas, luego de que ambas vieron salir de la casa a su madre y al esposo.

Después, fueron juntas a la consulta con su amiga obstetra, a quien le contó brevemente la historia. Estaba a tiempo de interrumpir el embarazo porque tenía una gestación de cinco semanas.

Mientras Ángeles esperaba afuera luego de su evaluación médica, Amalia fue directa con su amiga.

–¿Qué crees que debo hacer?

–Seré honesta contigo. El tipo merece ir a la cárcel... Tu hermana lo mismo, pero si lo que te preocupa realmente es Ángeles, debes saber que ella tiene que tomar una decisión. Dos en realidad. Si continuará o no con el embarazo y si hará la denuncia.

–Qué triste… ¿Qué harías si fuera tu hija?

–Es muy difícil tomar una postura en un tema tan delicado. Si fuera mi hija trataría de causarle el menor trauma posible y para eso es necesario saber qué siente y qué piensa. Quizá hablar con el novio, explicarle. Mientras tanto, debe alimentarse bien y descansar. Yo propondría una terapia también –recomendó.

–Gracias, de verdad –dijo. La abrazó. Casi se desplomó sobre sus hombros. ¿Cómo era posible que en un plazo tan breve su vida hubiera dado un giro de ciento ochenta grados?

–Creo que debes avisarle a tu ex lo que ocurre o hablar directamente con el hijo –insistió. Estaba al tanto de que todo se mezclaba con una larga historia del pasado. No tenía detalles, pero sabía lo suficiente como para dar ese consejo. Su amiga estaba atravesada por dos cuestiones. La primera era Ángeles. La otra, su viejo amor.

–Lo haré.

–Llámame.

–Gracias otra vez.

***

Al llegar a su casa, Amalia habló directamente con Ángeles sobre sus opciones. Era terrible someterla a una decisión de esa naturaleza estando tan angustiada, pero el tiempo era de vital importancia.

–¿Qué debo hacer?

–Creo que debes hablar con Diego.

–No. Eso no. Haré lo que tú creas que es mejor –dijo poniendo su futuro en manos de esa mujer que le había demostrado más amor en esos días que su madre en la vida entera–. ¿Puedo acostarme un rato? Estoy agotada –era evidente que no quería hablar más. Amalia sintió mucha pena por ella. Era tan dulce.

–Claro –le había preparado la otra habitación–. Creo que debes avisar en tu trabajo que no podrás ir por un tiempo. Si quieres, acerco un certificado médico.

–Bueno –respondió casi sin voluntad. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dio un beso.

***

Amalia caminaba de lado a lado por su sala de estar pensando qué hacer. Su amiga y colega tenía razón. Sin embargo, no era fácil saber cuál era el mal menor. Ángeles estaba demasiado vulnerable y se había entregado a ella. Esa noche casi no pudo dormir dando vueltas sobre el mismo tema.

Por la mañana había tomado una determinación. Le llevó el desayuno a su sobrina y se fue.

–Quédate tranquila. Resolveremos esto.

–Gracias, tía –dijo con ternura. Otra vez se le caían las lágrimas. Amalia la abrazó.

–Me ocuparé de todo. Tranquila. Iré a avisar a tu empleo que estás enferma. Y me tomaré el día en mi trabajo. Cuando regrese, hablaremos. ¿Estás de acuerdo?

–Sí. Lo que digas.

Era la primera vez en la vida de Amalia, desde la muerte de su madre, que realmente sentía que tenía familia. Su hermana nunca le había generado cercanía. Era tan diferente a su sobrina…

Se ocupó del certificado y decidió, al salir de ese café, que le daría a Ángeles las oportunidades que nunca había tenido, más allá de la decisión que tomara la joven. Quizá le gustara estudiar o trabajar en su consultorio. Ya vería más adelante. Bien decían que cuando Dios no da hijos, el diablo da sobrinos. De momento, con la valentía que no hubiera tenido jamás, pero que nacía del poder de la sangre, estacionó el vehículo en la puerta de la casa de Francisco. Siempre supo dónde vivía. Tocó el timbre. Un chico abrió. La miró.

–¿En qué puedo ayudarla?

–Necesito hablar con Francisco López. ¿Es tu padre?

–Sí. ¿Y usted es…?

–Perdón, mi nombre es Amalia Rivas. Operé a tu padre, pero me trae otra cuestión. ¿Tú eres…? –quería saber si era el novio de

Ángeles.

–Diego. Pase. Por favor, aguarde aquí. Creo que está dormido.

Francisco miraba una película cuando Diego le avisó que lo buscaban. Al escuchar el nombre de Amalia, se sorprendió cuando una rara sensación lo recorrió. Le alegraba la idea de volver a verla. Pero ¿por qué había ido hasta allí? Con sus muletas y la pierna inmovilizada con la férula siliconada, llegó a la sala. Aún le quedaban dos meses más de recuperación. Afortunadamente, no había infección.

Diego los dejó solos.

–Francisco, sé que no debería estar aquí, pero es urgente. Debo hablar contigo –dijo sin siquiera saludar, hecho que le dio una idea inmediata de que algo grave sucedía.

–Estoy algo desorientado. ¿Algo está mal con mi pierna? –preguntó lo único que se le ocurrió.

–No. No es eso. Tengo una sobrina. No la veía desde pequeña. La relación con mi hermana fue imposible siempre y peor cuando formó pareja con el peor de los hombres –Francisco la observaba sin comprender qué tenía que ver él con todo eso–. Hoy vino a verme al consultorio en busca de ayuda. Está embarazada.

–Lo siento, pero no logro entender por qué yo debo saberlo, salvo que necesites hablar con alguien –pensó en voz alta–. Aunque no estoy seguro de que me eligieras a mí para eso.

–Escúchame. No supongas. No se trata de nosotros, aunque podría decirse que somos parte de una misma situación. Mi sobrina fue violada por el marido de mi hermana.

–¡Dios, qué espanto! Lo lamento. ¿Cómo puedo ayudarte?

–Su novio la dejó al enterarse del embarazo, porque cree que lo engañó. Ella no fue capaz de decirle la verdad. Lo intentó, pero no pudo.

Francisco se esforzaba por descubrir qué relación tenía con ese tema. ¿Por qué eran parte de la misma situación como había dicho? De golpe, su intuición feroz le arrojó a la memoria parte de la conversación con su hijo Diego: *me traicionó… el embarazo es su problema no el mío, lo correcto se transforma en su opuesto cuando analizas el origen*. Sintió un escalofrío.

–¿Cómo es su nombre? –preguntó con premura.

–Ángeles… –Amalia supo que no necesitaba decir nada más.

–Basta… no puede ser. No sigas. ¡No puede ser! –repetía y se tocaba la frente con su mano derecha. Entendió de inmediato las razones de su visita.

–Debo seguir. Perdóname. Te imaginas que estoy desesperada. Me la he llevado a vivir conmigo. Me haré cargo de ella. Está muy

confundida y triste. Le expliqué sus opciones. Yo preferiría que no continúe, pero lo cierto es que lo único que importa es lo que ella decida con el menor trauma posible.

–No puede ser… –repitió. Como si al escucharse pudiera creer que era verdad lo que sucedía–. ¿Estás aquí por lo que intuyo?

–Sí, es tu hijo Diego. Por eso estoy aquí. No hace falta que lo aclare. Por otro lado, me da impotencia y mucho odio que, sin denuncia, ese cretino siga libre.

–Luego me ocuparé de eso. Ahora, hay que pensar en los chicos –era absurdo que hablara con su ex algo que debía ser una conversación con Gina. ¿Dónde estaba ella? ¿Quería que regresara? ¿Cuál era la señal del destino en tan tremenda dificultad?

–Tienes razón –aceptó la prórroga–. No es posible un ADN a las cinco semanas sin causas que permitan una punción de líquido amniótico, porque es un procedimiento excepcional y riesgoso.

–Es decir que no hay manera, hasta que nazca, de saber si mi hijo es el padre.

–Así es. Estoy sin dormir. Me da mucha pena. No quiero dejarla sola. Me recordó a mí a su edad. Está muy delgada, asustada y triste.

Francisco pensó que a esa edad él la había dejado. Sintió culpa. Instintivamente se acercó a ella y la abrazó. Amalia lloró sobre su pecho. Un tsunami de lágrimas apretadas contra la seguridad, que solo había conocido en esos brazos, la sumergieron en el silencio de los recuerdos.

Los veintiséis años de ausencia tomaban protagonismo para hacerles sentir que nada había cambiado, aunque todo fuera diferente. Él acariciaba su cabello, seguía siendo fino y suave. Se mezclaba la tristeza de los acontecimientos con el desborde emocional de ese contacto físico inesperado. Nada tenía que ver con el deseo, pero paradójicamente había despertado en los dos la necesidad de sentirse unidos. ¿Sería la gravedad del drama que debían enfrentar? ¿Acaso las segundas partes tenían o podían tener finales felices? ¿Por qué ninguno de los dos lograba separarse de ese abrazo?

Cuando ella se calmó, Francisco habló.

–Creo que no debe continuar con el embarazo. Sería pedirle más de lo que cualquiera en su lugar sería capaz de soportar. Voy a hablar con mi hijo. No puedo saber cómo reaccionará. Está muy herido, programando un viaje, aferrado a su estudio. Diego es de pocas palabras. ¿Sabes? Muy maduro para su edad. Aun así, es un problema muy terrible para afrontar.

–Sí. Yo creía que la muerte de mi madre y tu casamiento era lo peor que podía pasarme. Hoy veo que no es así.

Francisco la miró con dulzura.

–No creo estar a la altura de la pérdida de tu madre.

–Ambas cosas sucedieron el mismo 10 de agosto –explicó.

–Perdóname, Amalia.

Ella lo miró y se cayó en su alma rota.

–Lo hice hace mucho tiempo. Coincido con vos pero no podemos decidir por ellos. Ángeles no está en condiciones de ver con claridad y ha dicho que hará lo que yo entienda más conveniente. Sin embargo, creo que antes de tomar una decisión, ellos deben hablar.

Francisco pensó unos instantes.

–Habla con ella. Yo hablaré con mi hijo. Luego veremos cómo continuar –dijo. Tomó su celular y le pidió su número sin vacilar. Ella hizo lo mismo–. Debemos estar comunicados.

–Sí. Lamento visitarte en esta situación.

–Yo lamento la situación, pero me hace bien estar contigo.

Amalia lo besó con la mirada y él le devolvió el beso con su pensamiento más protector.

La acompañó hasta la puerta. La vio subir a su auto. Sin saber que les ocurría a los dos lo mismo, cada uno era dominado por una nostalgia que parecía más una promesa del destino que un recuerdo. ¿Había una oportunidad esperando por ellos en medio de ese desafortunado presente?

CAPÍTULO 46

Unión

Yo hago lo que usted no puede y usted hace lo que yo no puedo.
Juntos podemos hacer grandes cosas.
María Teresa de Calcuta

Andrés y Josefina regresaron a Bogotá más enamorados que al partir, si es que eso era posible. Sabían que deberían afrontar una etapa difícil, pero confiaban en que estar unidos los fortalecía.

Dejaron el equipaje. Saludaron a sus familias y sin demasiada explicación se fueron ansiosos a la notaría. No había turnos para una ceremonia ese mismo día. Le explicaron a la funcionaria que Josefina comenzaría un tratamiento y que querían estar casados cuanto antes. Le exhibieron los estudios para que constatara que era cierto lo que decían. La mujer fue abrazada por su lado más romántico y por el recuerdo del amor joven que alguna vez había sentido.

–Esperen aquí. Soy la jefa, puedo arreglarlo.

–Gracias –respondieron ambos al mismo tiempo.

Un momento después, regresó con una carpeta y algunos formularios.

–¿Son ambos solteros? –preguntó.

–Sí.

–¿Mayores de edad?

–Sí.

–Bueno, deben completar la solicitud de matrimonio, traer sus registros civiles de nacimiento con fecha de expedición de no menos de tres meses. Solo así son válidos para contraer matrimonio y fotocopia de las cédulas de ciudadanía.

–No tenemos actas de nacimiento con esa fecha de expedición –dijo Andrés preocupado.

–Puedo pedirlas urgente si abonan el trámite.

–Perfecto –Andrés sonrió. No podía creer lo que estaban haciendo.

La mujer sonrió enternecida. No era justo que esa hermosa joven estuviera enferma. Le daría un turno para el día siguiente. Para algo estaba a cargo y no había daño alguno en hacer esa pequeña concesión. La notaria aceptaría un matrimonio más cuando le contara las razones. Era muy bondadosa.

–Bien. Esto es lo que deben pagar por todo el trámite –señaló el importe final que Andrés pagó en el mismo acto.

–Regresen mañana a las doce del mediodía. Veo que ya tienen las alianzas.

Josefina pasó detrás del escritorio y la abrazó.

–Es usted un sol. ¿Cómo es su nombre?

La mujer se emocionó frente a esa efusividad. Sin embargo, era su

alma conmovida la que empujó una lágrima sobre su rostro. Su trabajo no solía ser tan emotivo.

–María del Mar Pérez –respondió.

Entonces fue Andrés el que cruzó el escritorio y la abrazó. Era la señal perfecta que Dios enviaba para bendecirlos.

–Así se llamará nuestra hija. Un día formaremos una gran familia y será, en parte, gracias a usted.

A esta altura, la señora era pura congoja por la emoción.

***

Fue una noche larga para ambos. Casi olvidaron su preocupación más importante en medio de su sueño secreto. Cenaron con los padres de Josefina y durmieron en casa de Francisco. Compartieron con cada uno anécdotas de su viaje.

A la hora pactada, los dos estaban allí. Él, vestido con una camisa blanca y un pantalón oscuro. Ella, con un vestido color marfil angelical que le quedaba precioso y resaltaba su bronceado. Estaban lindos, sencillos e impecables. Pero sin duda era el brillo de las ilusiones que tenían en sus miradas lo que los convertía en seres que todos observaban al pasar.

La ceremonia se desarrolló rápidamente. Era casi un trámite desde lo formal, pero significaba todo, considerado desde la fortaleza de dos seres que se unen para enfrentar el destino.

María del Mar derramó alguna lágrima.

***

Radiantes se tomaron una fotografía mostrando sus alianzas. Andrés agregó a su hermano nuevamente y a Josefina por primera vez al grupo de WhatsApp de la familia. Y envió la imagen.

“Casados. Para siempre. Tuvimos nuestras razones para hacerlo de este modo. Sean felices por nosotros”. Pulso enviar luego de escribir el texto y besó a su esposa.

***

Diego miró la notificación. Había salido de ese grupo indignado, porque su madre les había escrito como si continuaran siendo la familia de siempre. Sin embargo, sabía lo que sucedía con su hermano. Fue feliz por él. No saldría del grupo otra vez, lo haría por él. Lo quería de verdad.

“La mejor manera de hacer las cosas es con convicción. Se los ve felices. Está bien para mí. ¿Cenamos hoy?”, fue el primero en

responder y lo hizo por audio.

***

Isabella no podía creer lo que leía. Mandó un icono de cara sorprendida. “¿Qué hicieron qué?”, escribió. Lo llamó.

–Hermano, ¿se volvieron locos?

–De amor, supongo. Estamos muy contentos.

–Me alegra muchísimo. Los felicito –agregó.

Supongo que también mi cuñada tiene varias mamushkas dentro que no conozco, pensó.

***

Francisco, en medio de la conmoción que lo atravesaba por el reencuentro con Amalia, además del problema de Diego y Ángeles, solo atinó a sentir que al menos ese hijo estaba feliz. Aceptó su decisión. Era raro no haber formado parte, pero era un adulto y estaba enamorado. Eso le daba licencia para actuar de acuerdo con sus convicciones.

“Estoy sorprendido. No puedo ir corriendo a felicitarlos por razones que todos conocen –rio–, pero supongo que el amor y la felicidad es todo lo que buscamos en la vida. Ustedes lo han encontrado. ¿Cenamos como dijo Diego? ¿Vienes con Luciano, Isabella?”, respondió a través de un audio dando por hecho que se reunirían.

***

Gina se estaba adaptando a la altura de Cuzco. Las jóvenes que la acompañaban eran realmente muy agradables. Todo era raro pero divertido. Había salido a caminar por sus calles. Llamaba la atención con un vestido a lunares, blanco y negro. Por supuesto, sus gafas y sombrero se destacaban entre los turistas y los lugareños.

Era una ciudad imperial. Demostraba tener un inmenso magnetismo para los turistas nacionales y extranjeros, pues escuchaba todos los idiomas mezclarse con la tonada peruana.

El centro era mítico. Sentía que estaba lleno de misterio y de enigmas. Combinaba, bastante bien, desde su mirada, la historia y la modernidad.

Paul había tenido razón en cuanto a que progresivamente había mejorado su soroche. Le habían contado, Mía y Zoe, sus compañeras de habitación, que la ciudad estaba emplazada en el legendario Valle del Huatanay, a 3.350 metros sobre el nivel del mar. Estuvo habitada

desde tiempos inmemorables. Se la considera la ciudad más antigua del continente americano.

Gina caminaba por las calles empedradas inmersa en un excelente clima andino. Quería saborear cada rincón, meterse en el corazón de la ciudad y sentir que su energía la abrazaba. No era una turista. Era un ser en plena búsqueda interior acompañada por un entorno que cambiaba la vibración de sus latidos. Sumergida en esas sensaciones profundas había visitado la Catedral y derramado alguna lágrima de emoción de rodillas frente a su altar. Había recorrido la Iglesia del Triunfo, cuyo nombre llevó a sus pensamientos a un interrogante. ¿Qué era triunfar?

Algunos museos la conectaron con el misterio que esconde el pasado de piezas anónimas. Y se enamoró de la Plaza de Armas. Fue allí donde sintió que el ritmo de su corazón se hacía uno con cierta tranquilidad inusitada como si su viaje interior intentara coincidir con el exterior en la médula de Cuzco.

Había gran cantidad de artesanos que la rodeaban. Ofrecían estatuillas diversas de Incas, animalitos, lunas, soles, valles sagrados, mantas, sombreros típicos y pequeñas reproducciones de Machu Picchu, entre otras muchísimas cosas. Se detuvo en un puesto de flores y sintió su ser unirse al aroma fresco y colorido. Una fiesta para sus ojos. Sintió alegría. Elevó una mirada al cielo y la sorprendió un ave disfrutando el esplendor que da la libertad. Sonrió. Era raro y sanador estar en sintonía con la naturaleza de ese lugar hermoso y colonial.

–¿Desea comprar un recuerdo, mi señora? –le habían ofrecido varios a su paso.

A Gina le hizo gracia. Pensó que tenía suficientes. En todo caso, le hubiera gustado vender alguno de los que le impedían avanzar. ¿Acaso podía uno vender aquello que quería olvidar o comprar lo que quisiera recordar? No, claro que no. No era literal sino simbólico el lenguaje.

Cansada, se sentó en una banca frente a la plaza en el momento en que escuchó su celular vibrar. Lo sacó y vio que era el grupo de la familia. Miró la foto de su hijo y de Josefina con sus flamantes alianzas y pensó que se habían comprometido, pero de inmediato leyó los mensajes y escuchó los audios. Se quedó sin aire. Sintió que ellos eran una familia, que se reunirían esa noche y ella estaba sola en medio de la nada de un país extraño, donde no tenía ni siquiera la posibilidad de abrazar a alguien para no sentirse tan desolada. ¿Cómo había sido Andrés capaz de casarse así de repente, sin avisar? No podía definir si estaba enojada, herida o molesta por estar lejos y no poder responsabilizar por eso a nadie más que a ella misma. ¿Acaso

ella habría celebrado algún matrimonio secreto? Era muy posible. No podía contestar. No sabía qué responder. Hasta Diego había regresado, añadido por su hermano, al grupo y se lo escuchaba bien. ¿Francisco se oía como el dueño de la casa o de la familia? ¿O de ambas cosas? ¿Acaso todos prescindían de ella? No le gustó el sentimiento que le provocaba pensar en eso. Llamó a Paul y le contó rápidamente, antes de comenzar a sollozar.

–Mi bella Gina, la vida sigue para todos ellos. Tú misma querías eso. Cuando decidiste priorizarte, decidiste también que los soltarías. Bueno, nada grave ha ocurrido. Solo eso. Tú los soltaste y ellos toman sus propias decisiones.

–Paul… ¡Se casó! No es un tema menor.

– ¡Y tú te separaste y te fuiste de viaje! ¿Cuál es la diferencia? –silencio. Él lograba siempre centrarla en su eje, pero cómo dolía en ese caso–. ¿Estás ahí?

–Sí. Proceso tus palabras.

–Bien. Debes cortar, respirar hondo y felicitar a tu hijo. No tienes derecho a opacar su alegría, cualquiera haya sido la razón por la que decidió casarse sin avisar. *¿Capito?* Como sueles decir tú.

Gina sonrió sin ganas.

–*Capito* –respondió–. Gracias –agregó nostálgica–. Ojalá estuvieras aquí.

–No me necesitas. No, en ese lugar. Allí, lo que te haga falta llegará.

–¿Por qué lo dices?

–Porque esa es la energía de ese lugar. Hace un batido con tu vida y luego te devuelve para que elijas el mejor camino.

–No me gusta eso de ser parte de un “batido” –agregó.

Ambos rieron.

–Vamos, *my darling*. No demores. Respóndele a tu hijo. Diles que te alegra que se reúnan.

–¡¿Qué?!

–¿No te alegra?

–No. No sé. Me da celos.

–Tú no estás allí, porque decidiste partir –recordó.

Se despidieron. Gina regresó al grupo y revisó nuevamente las fotos, mensajes y audios. Sentía una presión en el corazón. La notaria hizo lo correcto por sobre la mujer que estaba visceralmente celosa y molesta. Había dejado de comunicarse con Francisco cada día.

“Andrés, les deseo lo mejor. No niego que imaginé tu boda de otro modo, pero respeto la decisión de los dos. Me alegra que se reúnan en casa. Una parte de mi estará allí con ustedes”, silencio por un instante.

“Cuídalos, Francisco. Besos a Parker y a Chloé. Los abrazo”, dijo en un audio.

“Gracias, mamá, un beso de Josefina”, respondió Andrés.

“Vuelve, mami”, pidió Isabella con un icono de manos juntas en forma de súplica.

“Los cuidaré”, escribió Francisco.

Diego no contestó.

Guardó el celular en el bolso y sostuvo su cabeza con ambas manos. *Todo cambiará*, escuchó. De inmediato, miró a su alrededor. Una mujer anciana, de poca estatura y vestimenta clásica del lugar, le sonrió. Gina pensó que la voz sonaba igual a la que había oído en la basílica de Brujas.

–¿Qué es lo que cambiará? –preguntó asombrada.

–Su vida. Eso vino a buscar, ¿verdad? –había cierta sabiduría en su mirada.

–¿Quién es usted? ¿Por qué lo dice? –era la misma voz, estaba segura, aunque fuera ilusorio pensarlo.

–Digamos que soy una mujer con cierta percepción heredada de mis ancestros. Cuando ellos me lo indican, simplemente hablo porque otros necesitan oír.

Gina comenzó a mirarla con gran interés. *Oír*, la palabra que encerraba su búsqueda.

–¿Es posible que haya oído antes su voz? –preguntó apartada de toda lógica. Era imposible que esa anciana hubiera estada en la basílica de la Santa Sangre.

–Te responderé con otra pregunta. ¿Crees en la voz del destino?

–Supongo que sí.

–Debes saber que puede hablarte a través de diferentes voces. Si logras reconocerlas, tu búsqueda terminará en la felicidad. Volverás a ti.

Gina estaba confundida. Miró el cielo un instante. Las estrellas le sonreían con sus destellos. Había anochecido, aunque era temprano.

–¿Volveré a mí...? –comenzó a decir pero al mirar a su lado, la mujer ya no estaba allí.

La buscó entre la gente, pero no pudo encontrarla.

CAPÍTULO 47

Callar

Nada más caótico que encontrar el veneno, el antídoto, la herida y la espina en la misma persona.
Joaquín Sabina

Luego de compartir una cena en familia, en la que Josefina y Andrés contaron todo sobre su viaje y que allí había nacido la idea de casarse de ese modo, todos fueron en alguna medida felices por ellos. Pudieron correr de lugar sus propias preocupaciones para darle el protagonismo a la pareja. Si esa noche hubiera tenido un título habría sido *Lo que callamos*. Cada uno guardaba dentro de sí. Entonces, un nuevo amor sin poner fin a un matrimonio, un gran secreto, una enfermedad, una falsa traición, el regreso de un viejo amor y el anuncio de una verdad muy dolorosa, eran capítulos que sobrevolaban las páginas del libro que se escribía en silencio en las memorias de los López Rivera.

Isabella había ido sola, alegando que Luciano tenía otro compromiso, lo cual era cierto y le había dado algo de espacio para pensar. Prefería disfrutar de su padre y hermanos sin su presencia. Le hubiera encantado que Matías ocupara su lugar, pero no era posible sin explicar algo que todavía ella no comprendía y menos aún podía resolver.

Andrés no podía dejar de mirar a su esposa. Le suplicaba a Dios por su salud y por el futuro de ambos.

Diego, con su herida abierta, sangraba de espaldas la ruptura con Ángeles, negando su existencia, olvidando a puro dolor sin mirar atrás.

Francisco había sido avasallado inesperadamente por el reencuentro con Amalia primero y por el fatal golpe del destino, después. Ese que lo obligaba a hablar con su hijo menor y lo vinculaba a ella irremediablemente de un modo casi íntimo. Por momentos algo aturdido y otros, agradecido por tenerlos junto a él, observaba a sus hijos. La mirada cómplice de su amigo Ignacio, también invitado, le daba la señal de que estaba obrando bien. Le había contado lo sucedido con Amalia y lo había visto angustiarse en serio. Quería mucho a Diego, era su padrino. Esa noche, hablarían con él.

Era inevitable pensar en Gina. Una silla vacía podía gritar tantas verdades mudas en una reunión. Amalia y Ángeles estaban allí, sin estar, a fuerza de pensarlas.

¿Debía llamarla? ¿Era lo correcto contarle lo que sucedía con Diego? Lo había meditado y no tenía ganas de hacerlo. No sabía bien la razón. Quizá porque Amalia estaba en la escena o tal vez, aunque no lo reconociera, porque también él, aunque no lo admitiera, sentía

que no era un error que hubiera viajado.

Cualquiera que fuera la razón, optó por callar.

–Papá, ¿te ayudo a acostarte o te quedas un rato más con Ignacio? –preguntó Diego–. Estoy cansado y mañana debo levantarme temprano.

Francisco miró a su amigo. El difícil momento era inminente.

–Hijo, debo hablar contigo algo muy serio.

–Los dejo a solas –agregó Ignacio.

–No. Puedes quedarte –dijo el joven con tono determinante–. Papá no hablaré de temas privados ni tuyos ni míos –se adelantó poniéndose a la defensiva. Esa antesala solo podía referirse a su madre o a su pasado con Ángeles.

–No se trata de mí. Puedes no hablar, si quieres, pero tienes que escuchar lo que voy a decirte. Es demasiado grave. Por doloroso que sea, no puedo privarte de tu derecho a conocer la verdad.

–Sin vueltas, papá. Si se trata de mi vida, tengo muy claro todo.

–No lo tienes.

–Ya te dije que a mí pueden traicionarme, pero solo una vez. Ella se terminó para mí.

–Diego, debes dejarlo finalizar. Ven, siéntate a mi lado –agregó Ignacio haciéndole lugar en el sofá.

–¿Qué es lo que intentas decir?

Francisco medía sus palabras, todo se mezclaba en él.

–Ángeles no te traicionó y es mi obligación no callar lo que sé.

–¡¿Ah, no?! ¿Cómo explicas que no sepa quién es el padre de su hijo?

–Porque fue violada por su padrastro. Por eso no lo sabe.

Diego lo miraba sin poder procesar sus palabras. Parecía alguien que recibe un *knock out*. Su mirada vacía. Su pulso débil. Su boca muda. Su rostro pálido. Su cuerpo inmóvil.

–Hijo, lamento decirte esto, pero debes saberlo.

Diego no reaccionaba. Solo reproducía una y otra vez las palabras de su padre en su interior completamente ajeno a su ser y al lugar donde estaba.

Fue violada por su padrastro.

Fue violada por su padrastro.

Fue violada por su padrastro.

En la física hay muchas teorías, tantas como la mente pueda imaginar. Son predicciones sobre cómo algo debería estar basado en leyes. Si Ángeles no lo había engañado, ninguna interpretación de la ciencia podía ser aplicable.

Fue violada por su padrastro.

Fue violada por su padrastro.

Fue violada por su padrastro.

Diego no hablaba. Ignacio y su padre respetaron su silencio.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó luego de unos minutos.

Era lógica su pregunta. La fuente determinaría su veracidad. Él era un joven de ciencia, no de sensiblería. Aunque sabía muy bien que su padre no aventuraría una charla de ese tenor si no tuviera información precisa. Solo que no podía imaginar cómo lo sabía.

–Amalia Rivas.

–¿La médica que vino aquí a verte? ¿Qué tiene que ver ella con este asunto?

–Sí. Ella es su tía. Ángeles fue a verla en busca de ayuda. Amalia la recibió en su casa. Le dio un lugar. La ha llevado al médico y se ha asesorado respecto de qué hacer. Cuando Ángeles le dijo tu nombre, asoció que eras mi hijo y vino a verme. No pretende nada de ti, pero entendió que debías saber la verdad.

–Ella no se trataba con esa tía…

–La desesperación y la imposibilidad de resolver sola lo que le sucede la llevaron a su consultorio. Afortunadamente. Ya no volverá a la casa de su madre.

De golpe, Diego se puso de pie y fue a su habitación. Francisco atinó a seguirlo, pero Ignacio lo detuvo.

–Dale espacio. Procura no olvidar que usas muletas. Solo resta que te dañes más la pierna. ¿Un whisky? –ofreció Ignacio acercándose al bar.

–Sí. ¿Un cigarrillo?

–Sí. ¿Qué piensas?

–Que está devastado. ¿Sabes? Nada es tan terrible como la impotencia de ver sufrir un hijo y no poder hacer nada para ayudarlo. Ser testigo de su dolor te asesina por dentro, posterga todo lo demás. Tu propia vida se corre de lugar.

–Tú estás haciendo algo. Todo lo posible. No cambiará tu dolor, pero eres útil y lo apoyas solo estando a su lado.

–No es suficiente. ¿Viste su rostro? Le provoqué, quizá, un dolor mayor que seguir pensando qua había sido un engaño.

–No pienso de ese modo. La verdad es espantosa, pero define a Ángeles en los términos que él la conoció y se enamoró de ella. Ahora solo debe perdonarse la dureza con que la trató y decidir cómo quiere continuar. Callar no era una alternativa.

–No. No lo era.

Compartieron un largo silencio sostenido por su amistad. Alcanzaba con estar allí hermanados como siempre. Diego regresó una

hora después con los ojos llorosos.

–¿Sabes dónde viven? –preguntó.

–No. Pero puedo averiguarlo ya.

–Hazlo.

De inmediato, Francisco llamó al celular de Amalia.

***

Mientras, Amalia hablaba con su sobrina.

–Tesoro, debes oírme.

–Sí, tía –la joven estaba tan ávida de cuidados que parecía no querer hacer nada que pudiera no ser lo que Amalia esperaba de ella.

–No hay modo de saber quién es el padre hasta el nacimiento. Para entonces habrás tenido que resistir un embarazo lleno de incertidumbre y rencor por lo sucedido. Creo sinceramente que no debes continuar con él. Sin embargo, no soy quien debe decidir sobre tu cuerpo y tu vida. No puedes tomar una decisión sin que tu novio conozca la verdad, pero me ocupé de eso.

–¿Cómo? ¿Hablaste con Diego?

–No. Lo creas o no, he sido novia de su padre. Él me dejo cuando conoció a la madre de Diego.

–¿De Francisco?

–Sí. Cuando dijiste su apellido me di cuenta. Hace años que no lo veía, pero justamente hace poco tiempo el destino lo llevó accidentado a mi guardia. Así que fui a verlo. Él hablará con Diego.

–Me muero de vergüenza. No puedo enfrentarlo. ¿Cómo le explico que no me resistí?

–No debes explicar eso. Ni dar detalles de lo ocurrido. Si te parece bien, comenzarás una terapia para que recibas ayuda profesional que te permita superar este momento.

–Sí, tía.

–Tesoro, puedes no estar de acuerdo conmigo. No dejaré de cuidarte por eso.

–No quiero regresar a mi casa. Haré lo que digas.

–No. No regresarás jamás. Pero no por ello debes estar sometida a lo que yo crea conveniente. Tú eres valiosa y tu opinión es importante –dijo intentando empoderarla.

–Si no puedo saber si es de Diego, no quiero tenerlo. Ya mismo quiero poner fin a esto. ¿Tengo que denunciarlo?

–¿Quieres hacerlo?

–No. Quiero olvidar.

–Yo voy a apoyarte sea cual sea tu determinación, pero antes debes hablar con Diego.

En ese momento sonó su celular. Era Francisco.

–Hola.

–Hola. He hablado con Diego. ¿Podrías darme tu dirección?

–Por supuesto –respondió y se la dio mientras él tomaba nota.

–Luego hablaremos.

–Adiós.

–¿Quién era, tía?

–Francisco. Habló con Diego. Supongo que él pidió nuestra dirección.

Ángeles comenzó a llorar.

–No puedo verlo. Me da vergüenza. Por favor, ayúdame –dijo con desesperación.

–Cálmate. Aquí estoy. Siempre será así a partir de ahora.

CAPÍTULO 48

Perú

Voy a vivir el momento
Para entender el destino
Voy a escuchar en silencio
Para encontrar el camino.
Marc Anthony

Gina fue a la plaza cada atardecer y se sentó en el mismo lugar, aguardando por la misteriosa mujer que le había hablado sobre oír, sobre un cambio en su vida y sobre la voz del destino. Pero ella no había vuelto a aparecer. Estaba segura de que era real. La habían visto sus ojos. En ese momento pensó *¿La habrían visto los demás?* Los misterios de Cuzco comenzaban a avanzar sobre ella.

Había bebido mate de coca, pero esa mañana deseaba café. Lo pidió. Sin pensar en la infusión bebió un sorbo que casi no pudo tragar. Era concentrado, tan fuerte que se convertía en asqueroso. Entonces pidió leche. La agregó, pero al beber, un sabor que su paladar no reconoció, la invadió.

–Es de cabra, señora –dijo la amable mujer que se la había traído. Optó por un jugo de frutas.

La excursión de canotaje que había contratado Paul, pasaría a buscarla en breve. Iría al río Urubamba. Paul había dicho que podía participar del nivel uno, pues eran tramos sin dificultad e iría un guía.

Llegaron en un mini bus de ocho personas. Había algunos italianos y se habían sumado sus compañeras de habitación, Mía y Zoe.

Los paisajes eran espectaculares sobre el Valle Sagrado de los Incas, en medio de lugares que fusionaban lo milenario y la más pura emoción de aventura. El tramo que harían era Calca, Urubamba, Huarán. Hacía calor. Les dieron los chalecos salvavidas y las instrucciones. El rafting era un trabajo en equipo. El guía explicó en español y en italiano que, según los rápidos del río, había que remar de un lado en un sentido y del otro, en el contrario cuando deseaban girar. Él era experto y les indicaría.

"Izquierda o *sinistra*" y "derecha o *destra*", serían las voces de mando. Subieron a ese bote y Gina no podía creer que lo estaba haciendo. Eso no le daba ninguna seguridad. Se sentía prensada por el chaleco salvavidas y tenía calor. Así, la pequeña tripulación con cuatro pasajeros de cada lado y el guía al centro comenzaron la aventura.

Era tranquilo, seguían las órdenes. Reían, hablaban entre ellos en ambos idiomas. Hasta que el primer rápido los sorprendió. Primero se empaparon, luego la fuerza que debían hacer para remar era terrible. Los debilitaba la risa. *¡Destra! ¡sinistra!* Todos se divertían incluso Gina. Sus compañeras la animaban. Los hombres, algunos jóvenes y otros no tanto, estaban en grupo, se conocían y eran muy alegres.

Disfrutaban. La tarea de llegar a destino fue titánica. Atravesaron varios rápidos. Les dolía el cuerpo por el esfuerzo físico. Luego almorzaron en medio de ese paraíso recordando anécdotas del día. De regreso al hotel, Gina no podía levantar los brazos en la ducha para lavarse el cabello: los rápidos se habían quedado con toda su energía y le habían dejado mucho dolor muscular. Tomó un analgésico.

Supuso que la enseñanza era que no había que bajar los brazos, pero ¿cómo? Esa noche se durmió contenta. Había conocido una Gina que no hubiera sido capaz de imaginar ni en sus mejores sueños. Podía ser parte de una aventura y disfrutarla. Había logrado actuar sin conocer los resultados de nada. La notaria lograba el cambio que la mujer le imponía a su equilibrada vida.

Al día siguiente la excursión consistía en ciclismo de montaña en Cuzco. Conocer antiguas vías incas y preincaicas, sitios arqueológicos, pueblos pintorescos y el paso por diferentes pisos ecológicos en pocas horas, era el plan de ese turismo de aventura. Había diversas rutas que iban desde la ciudad hasta las zonas arqueológicas cercanas, pero ella, por decisión de Paul, tomaría el circuito de los andenes circulares de Moray que pasaba por las salineras de Maras para bajar hacia el valle del Urubamba o Valle Sagrado de los Incas.

Gina se preguntó cuánto tiempo hacía que no andaba en bicicleta. No lo recordaba. Los brazos y hombros le dolían más que el día anterior. Un mini bus la trasladó junto a otros turistas al inicio del circuito, donde le dieron su bici y el equipo adecuado para proteger sus codos y rodillas, además de un casco. Parecía un astronauta, así se sentía. ¿Lo lograría? Tenía que hacerlo. Su orgullo iba en esa aventura. Una española, que viajaba sola, muy graciosamente le daba conversación. Se reía con ironía de lo que intentarían hacer. La mujer le contó que su esposo le había dicho que ella no era capaz de eso. Era un desafío. Ya no tenía ese esposo, pero sí la marca en su autoestima de esas palabras y tantas otras que la limitaban. Así, iba por el mundo celebrando su divorcio y haciendo todas y cada una de las cosas que su ex le había dicho que no era capaz de lograr. Era libre en ese momento y quería vivir. Cierta empatía se generó entre ambas. Compartieron risas, insultos, caídas, golpes y más insultos y más risas y otros magullones, pero consiguieron llegar a la meta.

Con cierta nostalgia, se despidieron con un abrazo e intercambiaron números de celular. Esas horas las habían unido en el esfuerzo de descubrir que eran capaces de mucho más de lo que creían.

Durante esos días Gina no quiso comunicarse ni con sus hijos ni con Francisco. Solo había hablado brevemente con su madre y largo

rato con María Dolores. Se sentía juzgada por los demás y no deseaba exponerse a eso. Extrañaba a Parker y a Chloé con desesperación. También, al chequear la cotización en alza del dólar, llamó a Alicia para que les avisara a unos clientes que la notaría no les cobraría honorarios por su trabajo. La demora era imputable a la otra parte, pero no obstante preocupaba a Gina. Así los comparadores de esa propiedad estarían más tranquilos.

Regresó al hostel, se dio una ducha y se desplomó en la cama. Le dolían las piernas de una manera feroz. Le latían por la osadía muscular realizada. Decidió que cenaría allí si lograba despertarse.

Algunas horas después, abrió los ojos. Su cuerpo le recordaba cada segundo de las aventuras vividas. Comenzó a reírse sola de sí misma. Paul llamó.

–¡Hola, bella Gina! ¿Cómo estás?

–Rota. Literalmente mi cuerpo debería ser descartable. No hay una sola parte de él que no me duela –rio–. ¡Estoy hecha un desastre! Con una coleta de caballo, sin maquillar, cansada y todo el día en calzado deportivo. Fueron muy atinadas mis compras en Nueva York.

–¿Y por dentro?

–Paul, me he divertido sin pensar. Creo que mi capacidad de disfrutar quién soy se despertó en mi viaje, pero aquí se potenció.

–Así sucede. Bueno, debo dejarte. Arréglate un poco. ¡Uno no sabe dónde puede encontrar el amor de su vida!

–Por Dios, Paul. No estoy para citas. Luego de mi excursión a Machu Picchu, iré pensando en regresar.

–¿Quieres hacerlo?

–No. La verdad no.

–¿Hay problemas en la notaría?

–No, en absoluto. Alicia se ocupa de todo junto a mi adscripta. Estoy comunicada a diario.

–Entonces, no te apresures. Quizá no oíste todo todavía. ¿Apareció la anciana otra vez? –preguntó con referencia a la señora sobre la que Gina le había dado cada detalle.

–No…

–¡I love you, darling!

–Yo también te quiero.

Gina se vistió con su short de jean, su calzado deportivo y la camiseta que Paul le había regalado en su despedida en Bélgica. Quiso cenar en el hostel, pero no existía esa posibilidad a menos que ella misma cocinara en el espacio común. Descartó esa idea. Si bien se estaba habituando a compartir, no tenía la menor intención de ir al mercado en ese lugar y proveerse su comida. Fue al centro

nuevamente y sin saber por qué, eligió un restaurante que había en un primer piso. La mejor ubicación era la única mesa para dos desocupada. Daba a una gran ventana desde la que se podía ver toda la plaza. Había música popular y gente de todas las nacionalidades y edades. Se sintió cómoda. No era un lugar ruidoso y estéticamente era muy tradicional. Le gustaba. Se ubicó en la mesa. Observaba la calle desde arriba, buscaba a la anciana de los anunciados misterios.

–Perdón, creo que se ha equivocado de lugar. He reservado esta mesa.

Gina no quería girar. La voz. Esa voz la había captado por completo hasta aislar cualquier otro sonido del espacio. El tono era el más seductor que había escuchado en toda su vida. Quería que continuara hablando. En un instante imaginó un hombre irresistible, al siguiente no le importaba su imagen, solo quería oírlo.

–¿Me ha escuchado? –insistió. Era educado y su tonada no era peruana. Le sonaba familiar.

La latía el corazón. ¿Qué sucedía con ella? Nada ni nadie le había atraído desde su separación, ni siquiera le había llamado la atención. Sin embargo, allí detrás de ella el magnetismo de una voz la había hipnotizado. Justo cuando iba a responder una mano se posó sobre su hombro.

–¿Está usted bien?

Una energía eléctrica le erizó la piel. Se desconoció. Tomó valor y giró. Fue entonces cuando sus ojos vieron la sonrisa del dueño de la voz.

–Estoy bien. Disculpe. Vi la mesa desocupada –titubeó.

–Supongo que no advirtió el cartel –agregó dirigiendo los ojos a un cartelito que decía “Reservada”.

–No, claro que no– respondió. Pero no se levantaba para irse. Quería que siguiera hablando, no importaba de qué. Se hubiera quedado absorta mientras le leía la Biblia. Era un hechizo. Además, tenía una mirada dulce. Jamás antes le había sucedido algo así. Su cuerpo se despertó enviando señales de alerta, de ganas, de energía viva y de oportunidad a cada una de sus terminales nerviosas.

–Bueno, creo que solo tenemos tres opciones. O se queda usted con mi reserva lo que implicaría no cumplir una promesa para mí, o se retira, o compartimos la cena. ¿Qué prefiere?

Gina sentía que ese hombre podía ver los latidos de su corazón asomando por la paradójica frase “Choose life”. No le importaba. Solo deseaba que continuara hablando.

–Creo que podemos compartir la cena –respondió–. Al escucharse, pensó que desde su llegada a Cuzco era la primera noche que salía a

cara lavada. Lo lamentó. Se sintió atrevida. ¿Estaba bien cenar con un extraño por su voz? ¿De qué hablarían? Las dudas se le vinieron encima, iba a levantarse cuando recordó las palabras de la anciana y se detuvo. Él se sentó enfrente de ella sin dejar de observarla.

Gina perdió la noción del tiempo y de la situación. ¿Era esa la voz del destino que la llevaría a su felicidad?

CAPÍTULO 49

Amigos

El Samurái debe obrar sin dudar, sin confesar el más mínimo cansancio ni el más mínimo desánimo hasta concluir su tarea.

Yamamoto Tsunetomo

Manuel intentaba recuperar su vida. Poco a poco había comenzado a hacerse a la idea de que para María Dolores los unía solo el pasado y el hijo por nacer. Se habían visto en los tribunales acompañados de sus respectivos abogados para firmar el acuerdo. Solo se habían saludado con un distante “Hola”. Sus miradas habían cambiado radicalmente. Ninguno de los dos tenía velos o excusas. Algo los obligaba a mirarse como en verdad eran. Así fue que, mientras Manuel la veía más hermosa y segura que nunca, ella, por el contrario, observaba a un simple hombre que, sin ser malo, había tomado un camino sinuoso que en modo alguno era acorde con su perfil. No sabía si era culpa de su amante, de él mismo o de los dos. Pero tenía la certeza de que había vivido equivocada sorteando su tiempo, sus sueños y la posibilidad de ser feliz, al lado de un hombre que no la había valorado lo suficiente. Había iniciado una terapia y se sentía mejor. Estable emocionalmente. Centrada en su embarazo. Extrañaba mucho a Gina, quien a solo un pensamiento de distancia acompañaba su proceso de cambio a través del celular. Le había enseñado a reír de lo peor y a estar conforme con sus decisiones. Su amiga le mostraba la parte de sí misma que no conocía, siempre había intentado hacerlo, pero las cosas suceden cuando debe ser, ni antes ni después.

Raquel, por su parte, construía su futuro junto a Manuel. Si bien a veces se daba perfecta cuenta de que tenía su cuerpo, pero no lograba atrapar por completo sus pensamientos, elegía no exigir en ese sentido. Quizá, aunque le diera furia reconocerlo, se había convertido en la mujer que decide no indagar. No era todavía su esposa, pero ese era el proyecto una vez que se dictara la sentencia de divorcio. Había desistido temporalmente de la idea de tener un hijo. Sus mejores armas eran su sensualidad y tener todo su tiempo para él, no cambiaría eso todavía.

Manuel, a pura voluntad y por consejos de Ignacio, había retomado el ritmo de trabajo. Tenía días muy buenos y de los otros, pero poco a poco salía adelante. Internamente seguía amándolas a las dos, pero no había vuelto a repetirlo delante de nadie.

Esa noche saldrían a cenar junto a Ignacio y a Francisco. Raquel lo impulsaba a que recuperara su vida social.

Ya en el restaurante los tres amigos ordenaron y después de conversar brevemente sobre trabajo, sus vidas fueron el tema de

interés.

–Cuéntame, Manuel. ¿Cómo estás? –dijo Francisco que hacía más tiempo que no lo veía. Aunque estaba al tanto de sus novedades.

–Supongo que estoy mejor. Más tranquilo, seguro, pero mis sentimientos no han cambiado. Es mi razón la que se ubica, pero yo…

–¡No lo digas! –interrumpió Ignacio.

Los tres rieron.

–¿Y tú?

–La verdad es que he tenido épocas mejores. Mi esposa me dejó y está buscando no sé qué por el mundo. Tuve un accidente, mi hijo mayor se casó sin avisar, mi hijo menor atraviesa un drama que no puedo evitarle y me he reencontrado con la única ex que me importó luego de veintiséis años. ¿Qué me dices?

–La ex se llama Amalia, para que te ubiques, y es muy distinta de Gina –agregó Ignacio.

–¿Y te gusta?

–¿La verdad? Estamos grandes para eso, pero debo confesar que pienso en ella más de lo que imaginé, y en consecuencia, pienso menos en Gina. Eso está bien ¿no?

–No soy el mejor para dar consejos, pero no les mientas.

–¡Ah, eres un caradura profesional! –comentó Francisco riendo–. ¿Escuchaste, Ignacio?

Pero Ignacio estaba distraído con su celular.

–Perdón, no. Estaba respondiendo un mensaje.

Manuel y Francisco se miraron.

–¿En qué andas?

–Bueno, ustedes tienen tantos problemas y yo no estoy muy seguro de lo que me pasa.

–¿Cómo que no estás seguro de lo que te pasa? –repitió Francisco.

–Mira, cuando te sientes así es porque lo que pasa es muy importante –dijo Manuel.

–Conocí una mujer. Ella dinamitó mis sentidos. Es divina, sagaz, profesional y muy inteligente –contó con entusiasmo.

–¿Cuántos años tiene?

–Cincuenta.

–A ti te gusta, eso está claro, pero ¿qué piensa ella del asunto? –preguntó Manuel.

–Bueno, ella enviudó hace algo menos de un año. Nos conocimos en una librería.

–¿Quién conoce a alguien en una librería? –agregó Francisco interesado.

–Supongo que pocas personas. Pero en mi defensa debo decir que

no pude evitar hablar con ella cuando me di cuenta de que ambos teníamos en nuestras manos un ejemplar del mismo libro.

–¿Y qué libro era ese?

–*Hagakure. El camino del Samurai.*

Manuel y Francisco no comprendían.

–¿Practica artes marciales? –preguntó Manuel–. ¡Eso puede ser peligroso! –bromeó.

–¿Quién lo dice? ¿Alguien con quien practicaron tiro al blanco con adornos, flores y cristales europeos?

Los tres comenzaron a reír. La vida era más fácil con amigos.

–No. No practica artes marciales, pero es muy inteligente. Está cerrando un ciclo y encuentra sabiduría en la filosofía japonesa.

–¡Eso sí es bien difícil de hallar!

–¿Y hasta dónde han llegado, si puede saberse?

–Muchachos, no les contaré eso. Nos estamos conociendo, pero algo es muy diferente. Puedo sentirlo. Cuando sea el momento se las presentaré. Deberían ambos leer sobre estos temas –aconsejó–. ¿Qué harás con Amalia? –preguntó cambiando el eje de la charla.

–Por ahora, pensar en ella. Debo esperar que regrese Gina.

–Tú no debes esperar a nadie.

–Pienso lo mismo –agregó Manuel.

–De todas maneras, no es un gran momento para nada.

–Nunca sabemos cuándo es el momento, simplemente ocurre –comentó Ignacio.

Cenaron entre variados temas. Si hubiera sido una cena de mujeres, probablemente Ignacio habría tenido que informar hasta el ADN de la dama de la librería, pero como eran hombres y no eran curiosos sino un modelo básico de aceptación, ninguno continuó preguntando. Esperarían a que él mismo les contara como lo había hecho esa noche.

***

Francisco se recostó con el agradable sabor de haber cenado con amigos. No se había dormido cuando sonó su celular. Era Amalia.

–Francisco, ¿puedes hablar?

–Sí, claro. ¿Qué te sucede?

–Acabo de salir de la casa de mi hermana. Estaba ese depravado con ella. Le he dicho que no busque a Ángeles, que está conmigo. Que ese hijo de puta la violó y que si se acerca cualquiera de los dos, radicaremos la denuncia e irán presos.

–¿Por qué fuiste sola? Hubiera ido contigo. ¿Qué sucedió?

–Mi hermana me trató de mentirosa. El tipo me echó de la casa.

Entonces le dije que Ángeles estaba embarazada y que le haría una punción amniótica para poder probar el ADN del bebé y que guardaría ese resultado para acusarlo si intentaban acercarse.

–¿Pero no me has dicho que eso no es posible?

–No lo es, salvo que haya otros análisis con resultados que indiquen causas graves, pero mentí.

–Entiendo. ¿Dónde estás?

–En la calle, en mi auto. Estacionada en algún lugar.

–¿Quieres venir? –la invitó sin pensar–. Iría a buscarte si pudiera conducir.

–Ángeles está sola en casa. Debo volver.

–Prométeme algo.

–¿Qué?

–Jamás regresarás a hablar con esa gente sola. Yo iré contigo.

–Lo prometo –Amalia sintió que él la protegía. Había olvidado como eso la hacía sentir.

–¿Fue Diego?

–No. Aún no.

–¿Crees que lo hará?

–Sí.

–Pues ojalá sea rápido. Es necesario que hablen.

–Bien.

De pronto unas ganas irresistibles de verla se adueñaron de Francisco. Quizá ella se negaba a ir porque era la casa de Gina.

–Escucha ¿puedo invitarte un café? Tendrás que pasar por mí, dado que como sabes estoy con muletas –rio de los nervios. ¿Cómo se había animado?

El corazón de Amalia no le entraba en el pecho. ¿Qué parte de ella no había entendido que habían pasado veintiséis años? ¿Por qué se sentía como una adolescente?

–Supongo que sí.

***

Un rato después, él se había cambiado y puesto su perfume. ¿Por qué se había puesto perfume? Casi ni lo usaba desde hacía mucho tiempo. La respuesta era evidente. Ya se manejaba con menos dificultad con las muletas.

Andrés y Josefina estaban buscando apartamento y mientras tanto vivían allí. Esa noche se habían ido a dormir temprano. Les dejó una nota en la cocina. Diego no estaba. Parker ladró cuando el vehículo de Amalia estacionó en la puerta. Entonces él salió.

***

Era raro, pues no se sentían incómodos por la situación. Más bien estaban unidos por el pasado y por la importancia de un presente que los había ubicado del mismo lado frente a la adversidad.

Él no había estado con ninguna mujer que no fuera Gina durante esos años y ella, algunas pocas relaciones pasajeras. No eran expertos en seducción. Sin embargo, parecía que la seducción era experta en sí misma, porque por alguna razón que ellos no controlaban, un sentimiento auténtico crecía al ritmo de una conversación que fue en parte un viaje en el tiempo, un modo de sanar heridas y una promesa para el futuro.

CAPÍTULO 50

Confesión

Toda dificultad eludida se convertirá más tarde en un fantasma que perturbará nuestro reposo.

Frédéric Chopin

Isabella atravesaba diferentes estados de ánimo. Cuando estaba con Matías, no tenía ninguna duda acerca de que era en sus brazos donde deseaba estar el resto de su vida. Sin embargo, el regresar a su hogar, el remordimiento respecto de Luciano la amenazaba.

Lo grave era que no sentía culpa por estar engañándolo sino por haber traicionado la gratitud que merecía. Eran cosas completamente distintas. La deuda emocional que tenía con él, esa que creía nunca estaría cancelada, la había obligado a permanecer casada. Incluso, quizá, a casarse sintiendo que su destino había quedado definido aquella fatídica noche. Estaba en su habitación intentando ordenar sus ideas, pensando en el tema de la próxima columna, alejando el recuerdo de Matías continuamente de su memoria y de su piel, cuando Luciano regresó.

–¡Hola, amor! –saludó contento.

–Hola –Isabella comenzaba a lidiar con un rechazo físico. No quería verlo y menos sentir su proximidad. Estaba enojada con ella misma. No era justo el lugar en el que había permitido que sus decisiones la ubicaran. Luciano la vio seria.

–¿Qué ocurre?

–Nada. Tengo que escribir. Iré a la cocina.

–¿Por qué a la cocina?

–Porque tú tienes un escritorio, pero ningún lugar de la casa me pertenece –necesitaba discutir, aunque era cierto lo que decía no abordaba directamente el tema principal.

–¿Qué dices?

–Eso. Que no tengo mi propio espacio. Siempre tengo que elegir ir donde tú no estás en ese momento. Si decides ver televisión, entonces vengo al dormitorio. Pero si estás cansado o te quieres duchar, voy a la cocina y así. Soy una itinerante en los pocos metros que ocupamos, siempre pendiente de darte la prioridad.

¿Por qué las mujeres nunca tienen su propio lugar? ¿Por qué son el rincón de la ducha o el auto o un bar anónimo los refugios de su dolor? ¿Dónde lloran las mujeres cuando ya no resisten más? Ella había pensado mucho en ello. No era el mayor de sus problemas, pero estaba irritable y fue lo primero que le vino a la mente.

–¿Por qué no me dices qué es lo que realmente te molesta? –preguntó.

–Porque deberías saberlo –otra vez la Isabella que decía lo que

pensaba había tomado el control de sus palabras. La otra la observaba temerosa.

–Pues hasta donde yo sé, discutimos, porque no leí tus mamushkas. Luego te transformaste, porque tuve la osadía de decir que he hecho todo por ti. Lo cual es verdad. Hice más de lo que cualquier hombre que le da un “escritorio” a su esposa es capaz de hacer. ¿O no? –ironizó indignado. La discusión elevaba el tono.

–¿Crees que necesito que me lo recuerdes?

–Parece que sí. Porque te comportas como una adolescente. Sostienes ideas feministas en tus columnas que hablan de perdón y muerte, como mensajes encubiertos de la verdad de una víctima. ¡No lo eres!

Isabella se enfureció al escucharlo. Por fin había leído su trabajo, pero lo utilizaba para ofenderla.

–¿Mensajes encubiertos de la verdad de una víctima? Y según tú, ¿cuál sería esa verdad? –avanzó en la pelea. Quería saber hasta dónde era capaz de llegar él y hasta dónde ella resistiría.

–Tú no estás para nada muerta. Y no hay más muerte que aquella de la que no se vuelve y por la que, a veces, se paga como en este caso. Tú estás viva, muy viva y tienes la posibilidad de tener hijos –dijo consciente del golpe bajo que le pegaba en el alma.

–¡Eres de lo peor! ¿Es necesario que seas tan inhumano?

–¿Inhumano? ¿Es necesario que me obligues a recordarte quién soy?

–Tengo memoria y es por ese motivo que estoy aquí. Pero se terminó. La gratitud también tiene fecha de vencimiento, también se muere. ¡Basta! –salió de la habitación, tomó las llaves del auto y se fue.

Luciano la siguió hasta la puerta y se detuvo al verla partir sin mirar atrás. ¿Por qué las cosas tenían que ser así?

***

Isabella condujo llorando largo rato. Llamó a su madre, pero no pudo comunicarse. La noche, empecinada en recordarle el hecho más lamentable del que había sido parte, amparaba una lluvia intensa que golpeaba su parabrisas. Se detuvo. Sintió miedo. ¿Y si sucedía lo mismo? Estaba paralizada. Le parecía observar el vehículo desde arriba como si se hubiera separado de su cuerpo. Allí, detenido en medio de una calle solitaria. Los truenos le provocaban temblores. La tormenta se agravaba, quizá por eso no había gente en las calles. Estaba oscuro. Entre sollozos buscó su celular en el bolso.

–Matías –dijo llorando sin consuelo.

–¿Qué sucede? ¿Por qué lloras?

–Debes venir.

–¿A dónde?

–Aquí. No puedo conducir. Tengo miedo. Mucho miedo. Ven por mí –suplicó.

Matías sintió que se quedaba sin aire. ¿Acaso habría descubierto Luciano lo que pasaba entre ellos?

–Dime dónde te encuentras exactamente.

–No lo sé.

–Isabella, respira hondo. Mira las esquinas. Los carteles. Lee –ella obedeció y le dio su ubicación–. Bien, ahora no cortes. ¿Estás sola? –preguntó mientras salía de su apartamento. El celular se cortó. Ella estaba a dos calles de allí. Corrió desesperado. ¿Acaso había tenido un accidente? Enseguida pudo ver el automóvil detenido. Empapado por la lluvia, abrió la puerta del acompañante y subió. Ella lo abrazó tan fuerte como fue capaz.

–La maté. Yo la maté. A ella y a su hijo.

–¿Qué dices? ¿A quién?

–Fue mi culpa, Matías. Fue una noche como esta, llovía como ahora. Luciano me había dejado conducir su automóvil nuevo. Esa mujer se cruzó de golpe con su enorme panza. No la vi, porque me distraje cambiando la frecuencia de la radio. Soy una asesina. Yo sigo aquí y puedo tener hijos, pero ella está enterrada y su bebé jamás nació.

Matías acariciaba su cabello. Asimilaba la información de su relato, pero no comprendía. Hasta donde él sabía ese accidente había sido protagonizado por Luciano, dos años atrás, creía. No recordaba el tiempo con exactitud.

–Isabella, tranquilízate. Nada de lo que hayas hecho va a cambiar mi amor por ti. Debes pensar en eso. Explícame, aunque creo que comienzo a entender –agregó. La culpa podía ser la razón por la que Isabella toleraba tantas cosas en su matrimonio. Hablaban tomados de la mano. Mientras la intensa lluvia golpeaba los vidrios y gritaba su propia versión de los hechos.

–Cada noche siento el golpe de su cuerpo contra el vehículo. Murió en el acto y también su bebé. Cuando bajamos luego del impacto y Luciano constató que no tenía pulso, yo me asusté tanto, que tomó mi lugar. Nos cambiamos de ubicación y él asumió la responsabilidad. Llamamos a emergencias… Vino la policía y una ambulancia. Estuvo detenido algunos días. Luego, con la defensa de su letrado, pudo demostrar que no había sido intencional. Un delito ocurrido por su negligencia y también por la imprudencia de la pobre mujer. Sin

embargo, salió en los periódicos, la familia de la joven lo repudió en los Tribunales. Tuvo que abonar mucho dinero al abogado. Él pagó por lo que yo hice. Fui testigo de todo lo que debió ocurrirme a mí. Luego me escondí de la mujer que me gustaba ser y me convertí en la que él merecía. Una que le agradeciera siempre lo que había hecho. Por eso rechacé el trabajo en Nueva York, me casé y le hubiera dado ese hijo si no hubieras aparecido tú –las lágrimas salían de sus ojos en torrentes de culpa y liberación.

Matías, la besó suavemente en los labios.

–¿Tú le pediste que lo hiciera?

–No. Yo estaba con un ataque de nervios. Él tuvo la idea y yo acepté.

–¿Lo amas?

–Cuando nos casamos creía que sí. ¿Quién podía amarme tanto como para hacer algo así? –no respondió su pregunta.

–Yo haría eso y lo que fuera necesario por ti.

–Lo sé. Pero no lo sabía entonces. Tampoco, que podía sentirme con alguien como me siento contigo. Y ahora, soy este desastre. Una desagradecida y desleal mujer que engañó al hombre que se hizo cargo de dos muertes en su lugar.

–No es exactamente así –no quiso preguntarle otra vez por sus sentimientos.

–Matías, no me mientas. Jamás lo has hecho. No empieces justo hoy.

–No te miento. Solo percibo una realidad diferente. Luciano es un buen hombre, actuó para proteger a la mujer que amaba, pero quizá, también sabía que no sería capaz de retener a esa misma mujer de otro modo.

Ella se quedó pensando.

–Me gustaría que tuvieras razón, pero no lo creo.

–¿Ya sabías en ese entonces de tu propuesta para ir a trabajar a la revista de Nueva York?

–No en concreto. Solo algunas conversaciones. La oferta formal fue después del accidente, algunos meses después.

–No soy lo suficientemente objetivo para opinar. Te amo, lo sabes –hizo una pausa–. Intentaré centrarme en ti. Debes pensar dónde quieres estar.

–Ya te lo he dicho, contigo.

–No quiero ser tu escape. Te amo con locura, pero necesito saber que tomarás una decisión sin pensar en mí. Porque la realidad es que debes hacerlo por ti. Debes recuperar tu vida y perdonarte. Ahora entiendo más tus mamushkas. Además, debes dejar de sentir que una

parte de ti está muerta. No está bien. No es justo. Abandona esa culpa. Es suficiente –Isabella no pudo evitar comparar de qué maneras tan opuestas interpretaban él y Luciano sus columnas.

–Yo te amo, también.

–Yo te creo, pero eso no cambia el hecho que deberás regresar a tu casa y tomar decisiones. Yo te esperaré, el tiempo que sea necesario.

–No quiero volver. Discutimos y me fui. Solo quiero que me abraces.

Matías lo hizo de inmediato. Esperó a que se calmara y después de compartir un profundo silencio observando la lluvia, él le susurró al oído.

–Te llevaré a tu casa. *¿Capito?* No saldrás de tu matrimonio por la puerta de atrás. Harás lo que debes hacer. Te amo demasiado como para permitir que hagas algo diferente de eso. Además, por mucho que me disguste, Luciano merece que seas tú misma y que le hagas saber tus motivos.

Isabella sabía que él tenía razón.

***

Isabella llegó a su casa. Luciano se había ido a dormir. Escribió en la penumbra de su sala de estar iluminada por la luz de la pantalla. Enfrentó la página en blanco de su monitor. Sentía exactamente lo que quería transmitir.

Abandonar

Las palabras llegan a nuestro pensamiento de la mano de las imágenes que las nombran. Así de manera inconsciente somos atrapadas silenciosamente por nuestros prejuicios. Mientras decir "ángel" nos hace pensar en alguien bueno, nombrar un "anciano" nos enfrenta a la finitud de la vida y "abandonar" nos vincula al inevitable concepto de desprotección. Porque abandonar es dejar, es terminar, es no atender, es partir, es soltar.

Sin embargo, no necesariamente esas acciones son condenables o tristes. ¿Por qué la palabra no sugiere algo feliz? ¿Acaso abandonar un mal hábito no es algo para celebrar? ¡Claro que lo es! Pero nuestras arraigadas estructuras inclinan la balanza en el sentido opuesto. Hoy quiero referirme al abandono sano, el que termina ciclos, el que concluye historias, el que puede dar lugar a otros comienzos. El abandono del que hablo es el que define que algo duró el tiempo exacto y redime. Por eso debemos abandonar y así debemos también, entender que nos abandonen.

Porque significa poner fin a los plazos, a las esperas, a las condiciones. A la mirada suplicante y a la injusticia. Porque es proferir las palabras dichas y también, las guardadas. Liberar el alma de malos recuerdos para

atesorar proyectos y expectativas. Abandonar es poner fin al egoísmo, al miedo a ser y al temor a no ser. Es irse de las lágrimas mudas de la noche y dejar atrás la culpa. Es permitir que deje de llover y escampe en nuestro destino.

Te a escribo a ti, que caminas en la cotidianidad de tus obligaciones como alguien que está separada de su peor preocupación latente. De la peor pesadilla que supone no poder hacer nada para evitar lo que sabe que ocurre. A ti, que conversas, sonríes y trabajas pretendiendo que el insomnio y el dolor tremendo de tu alma no están allí. Debes aceptar que los sentimientos gritan tus silencios a la nada, esperando que tú decidas abandonar lo que no te hace feliz.

Abandonar es, en el mejor sentido, poner fin… y seguir, porque la vida no siempre está de espaldas. Es entender que la gratitud y la lealtad no deben ser eternas.

Tú, ¿a quién debes abandonar? O, ¿cuándo aceptarás que te han abandonado?

¿Has soltado aquello que te detiene?

Isabella López Rivera

Antes de quedarse dormida en el sofá, le envió un mensaje a Matías.

“Lo dejaré todo por ti”.

“No. Hazlo por ti misma. Solo eso me hará feliz”, respondió enseguida.

CAPÍTULO 51

Ver

Cuando cambias la forma de ver las cosas, las cosas cambian la forma en que se ven.

Wayne Dyer

Diego no lograba procesar lo que había sucedido. No podía olvidar el nivel de crueldad de sus palabras cuando había visto a Ángeles por última vez. No podía imaginar el dolor que debía haberle ocasionado a su corazón ya destrozado por los hechos.

En su afán de comprender, solo los contenidos de la mente cuántica le lanzaban respuestas. En la interpretación de todo lo que sucede, ya sea en el exterior o en el interior, influyen las creencias que se encuentran arraigadas en el subconsciente. Quizá por ese motivo no se había permitido ni siquiera pensar en otra posibilidad que no fuera la de la traición. Sin embargo, lo ocurrido era evidencia de que muchas de esas creencias eran erróneas. Diego había permitido que sus pensamientos, emociones y comportamientos se constituyeran en fuentes de bloqueo y sufrimiento. Y sobre todo de prejuicio. Se había quedado con la primera mirada y no se había detenido a ver.

Agradecía que una mujer como Amalia fuera tía de Ángeles y estuviera ayudándola.

Siempre había creído que tenía el poder de transformar la realidad e incluso de elegir las ilusiones que alimentaba. Porque finalmente era cuestión de comprender la mente cuántica. Y en esa resolución había planeado su viaje y su posterior radicación en el extranjero. Pero la vida no pide permiso a nadie para irrumpir con sus reveses, y Diego no era la excepción.

Todos los seres vivos y todo lo que tienen alrededor está formado por átomos cuyo interior es en gran parte vacío. En la vida, todo lo físico no se compone de materia, sino de campos energéticos. La materia es más “nada” (energía) que “algo” (partículas). Como los sentimientos. ¿Quién los explica? ¿Qué los genera? ¿Por qué cambian? ¿Cuál era la razón por la que su decisión irrevocable de no volver a Ángeles se había desintegrado? Aunque pareciera una locura y pocos seres lo entendieran como él, la respuesta estaba en la física cuántica. La persona que observa las partículas de un átomo afecta la conducta de la energía y la materia. Él, luego de conocer la verdad, se había permitido mirar los hechos y darles la posibilidad de una infinidad de probabilidades en un campo invisible de energía. Así, la energía había respondido a su atención y se había convertido en materia. Lo sucedido a Ángeles lo convertía en un mejor observador de la vida que deseaba vivir.

Por eso, aun teniendo la dirección, se había tomado su tiempo para

ir a verla. Cuando pudo comprender y sentir que estaba listo, su cuerpo y su corazón no resistieron un momento más de espera.

Llegó a la casa de Amalia. Tocó timbre. Nadie respondía. Insistió.

–Tía, ¿olvidaste tu llave? –dijo una voz triste al otro lado de la puerta, mientras abría confiada. Al verlo se quedó muda. No atinó a cerrar, a irse, a hablar. Nada. Solo lo observaba.

–Hola. ¿Puedo pasar? –dijo él.

Ella, simplemente, se corrió para que entrara. Estaba sola. Se había levantado de la cama para abrir.

–No sé cómo empezar esta conversación. Supongo que "perdóname" es el mejor inicio –dijo con los ojos vidriosos. Ella permanecía callada–. Te pido que comprendas como yo lo hago. Esto no es culpa tuya ni mía, es de alguien más. Pensé en matarlo, pero ¿sabes? No lo merece. Por causa y efecto tendrá su propia condena. Sin embargo, necesito decirte algo.

–¿Qué?

–Sé que debes tomar una decisión. Antes de que lo hagas, quiero decirte dos cosas. La primera es que no debes considerar que ese hijo podría ser mío. No importa si lo es. Un hijo nuestro debe ser motivo de alegría para los dos, no una incertidumbre letal. No puedes concebir con la energía negativa, que supone la posibilidad de que sea consecuencia de lo ocurrido –no pudo decir la palabra violación.

Ángeles sintió un mareo y perdió estabilidad. Él la sostuvo y ambos se sentaron en el sofá.

–¿De verdad piensas eso?

–Estoy convencido. Lo he analizado. Lo que creo es también lo que siento.

–¿Cuál es la segunda cosa que viniste a decir?

–Volveré contigo, si me perdonas, sea cual sea tu decisión. Era capaz de todo por ti, luego me perdí frente a los hechos. Permití que pensamientos equivocados me gobernaran. Ahora que puedo observar con claridad, mi amor por ti sigue aquí –dijo tocando su pecho–. Y aquí –agregó apoyando su dedo índice en la sien–. Te amo de todas las maneras posibles.

Ángeles se puso pálida e instintivamente llevó sus manos al abdomen. Un fuerte dolor le cortó la respiración y la obligó a reclinar su torso. Sentía que algo la partía al medio. Mientras se retorcía de dolor, sintió un calor entre las piernas y supo que algo andaba mal. Diego se arrodilló para ayudarla cuando vio que su pijama estaba ensangrentado. En ese momento entró Amalia.

–¡Dios! ¿Qué sucede? –dijo acercándose a su sobrina.

–Estábamos hablando y de pronto se retorció de dolor.

***

Emergencias llegó rápidamente y Ángeles fue trasladada en compañía de Diego y de su tía al hospital.

Ingresó a la guardia, todavía con una fuerte pérdida. La ecografía fue decisiva. Había sufrido un aborto espontáneo. Amalia arregló con el obstetra que permaneciera internada para controlarla pues estaba muy débil.

***

Amalia sintió un gran alivio. La naturaleza se había ocupado de enmendar el error de los hombres. También, al saber que Diego había ido a la casa a darle todo su apoyo a Ángeles.

Amalia le avisó a Francisco lo acontecido y él fue directo al hospital.

Los tres permanecieron en silencio en la habitación. No hacían falta palabras. La observaron descansar por los efectos de un sedante y Diego no soltó un instante su mano. Cuando ella despertó, la abrazó y se derrumbó sobre su pecho.

–Todo terminó, mi amor. Te pondrás bien y yo estaré contigo –Amalia y Francisco salieron de la habitación para darles intimidad. Ángeles lloraba aferrada a Diego.

–Creí morir. No pude resistir o pelear…

–Shh… eso es parte del pasado.

–¿Lo es?

–Sí. Definitivamente... Estamos vivos –la besó con dulzura en los labios–. Mira esto es como el monitor del ritmo cardíaco. El de una persona viva tiene altos y bajos. ¿No?

–Sí.

–Bueno, cuando mueres es una línea horizontal. En cambio, cuando hay giros, vueltas, tristezas, perdidas, alegrías, estamos vivos. Experimentamos cumbres y también sótanos de sometimiento. Eso ocurrió, pero yo sanaré cada vestigio de esa violencia.

–Lo único que me detenía era pensar que pudieras ser el padre… –insistió con el relato.

–Eso ya no importa. Quizá tu cuerpo necesitaba mis palabras para que ocurriera lo que sucedió. Te desvaneciste luego de escucharme. ¿Recuerdas?

–Sí, me acuerdo de todo hasta que sentí sangre entre mis piernas.

–Entonces… sabes que no me has respondido.

–¿Hace falta?

–Sí.

–Diego, no sé si hay algún modo de que yo pueda volver a comenzar, después de lo que he vivido, pero estoy segura de que si alguna posibilidad existe, solo es a tu lado. Te amo. Siempre ha sido así y siempre será así. Tengo mucha vergüenza y no sé cómo pueda volver a ser la que fui…

–Serás otra. No dudo eso, pero estaremos juntos. Yo también soy otro. No es fácil…

–¿Pensar en lo que me ha pasado? –dijo convencida de que a Diego como a cualquier hombre le daría rechazo pensar en su cuerpo ultrajado por otro hombre.

–No. No me resulta fácil aceptar cómo te he tratado. Merecías la oportunidad de explicar y no te la di. No sé si pueda perdonarme.

–Lo harás.

CAPÍTULO 52

Efectos

Eres libre de tomar tus decisiones pero prisionero de sus consecuencias.
Pablo Neruda

Josefina y Andrés decidieron que no era justo ocultar el estado de salud de ella a la familia. Primero hablaron con sus padres. Lágrimas, miedo y fortaleza. Intentaron tranquilizarlos con la idea de que el pronóstico no era tan malo. Había que ocuparse, pero definitivamente podría haber sido peor.

Después, Andrés se hizo cargo de comunicarles a Francisco y a su hermana lo que sucedía. Diego ya lo sabía. Todos, consternados, comprendieron las razones del matrimonio apresurado. Nadie se atrevió a cuestionar. El respeto por las decisiones de ambos gobernó la situación. Fue una de esas veces en que los otros se devoran la tristeza y la preocupación. Se pusieron a su disposición para lo que pudieran necesitar. Las reacciones no difirieron demasiado entre los López Rivera. Eran un gran clan tácito. Siempre estaban para el otro. Sin embargo, faltaba Gina. Isabella le había preguntado si le avisaría y él se había limitado a decir que ninguno se adelantara, que él sabría cuándo sería el momento. Había mirado especialmente a Francisco. Su padre sintió que traicionaba a Gina, pero su hijo estaba primero. Era un hombre. Tenía que aceptar sus condiciones y confiar en él. ¿Era capaz?

El día de la cirugía llegó como ocurren las cosas que no tienen demasiado sentido. Josefina quería que la operaran y terminar con el tema cuanto antes. Andrés sabía que era el inicio.

–Bonita, aquí estaré esperándote. Todo saldrá bien.

–Eso es lo único que me importa, que estés aquí, conmigo, siempre –dijo con una sonrisa–. Cuídala hasta que vuelva. Aunque esté dormida, la pones en mi dedo –dijo mientras se quitaba su anillo.

–Por supuesto que lo haré –la besó en los labios. Ella cerró los ojos y no los volvió a abrir.

–¿Estás bien?

–Sí, pero es tu rostro lo último que quiero ver. Te amo –ambos sonrieron. Las enfermeras la pasaron a una camilla y la trasladaron a quirófano.

Cuando Andrés llegó a la sala de espera, sus dos hermanos, Francisco y los padres de Josefina estaban sentados allí. También estaban Ignacio y Ángeles. Eran un ejército de afecto que le hizo saber en silencio que no estaba solo. Él no tenía deseos de hablar, de modo que ninguno intentó que lo hiciera. Lo observaban con disimulo. Jugaba con su alianza, sonreía. Por momentos, se le caía alguna

lágrima. Los recuerdos peleaban contra el temor de perderla, era evidente. El padre de Josefina apretaba su mano de a ratos. La mamá estaba pálida, con los latidos sostenidos en el tiempo que faltaba para que un médico le dijera que la pesadilla había concluido.

Luego de más de una hora, la doctora Clark apareció. Vestía un ambo color verde. Habló con Andrés y los padres.

–He extirpado el sector de la mama con microcalcificación. He procedido también a sacar el ganglio centinela axilar. Como te he explicado –dijo dirigiéndose a Andrés–, es el ganglio que podría hacer expandir la enfermedad por el caudal sanguíneo. Todo se ha enviado al patólogo.

–¿Cuándo sabremos los resultados? –preguntó la mamá.

–Señora, alrededor de una semana, quizá menos.

–¿Cuáles son las opciones? –quiso saber el padre.

–Si el resultado es positivo, deberá someterse a quimio y rayos. Si no fuera así, solo sesiones de radioterapia. Entre veinte y treinta.

Andrés no podía hablar. Estaba paralizado. Solo quería estar con ella.

–¿Puedo verla?

–Sí, en unos minutos estará en la habitación.

Una vez allí, Andrés se apresuró y le colocó la alianza nuevamente como le había prometido. Aun no despertaba.

Los días siguientes fueron extraños. El ánimo de Josefina estaba muy cambiante. Pasaba del optimismo al enojo con gran facilidad. Era lógico y hasta previsible. San Andrés había quedado atrás, no podía centrarse en estudiar. Si bien el posoperatorio no era doloroso, el miedo era corrosivo. Habían hecho todo tan rápido, que el proceso de asimilar la situación tenía otros tiempos y por ello, era más cruel e invasivo que la enfermedad. Había que pensar todo junto: lo postergado, lo temido, lo probable, lo posible y por allí, entre las variables, estaba sigilosa la figura sombría de una joven mujer, pelada. Más atrás, en la línea de partida de una carrera en la que debía participar sin haberse inscripto, Josefina era la vida y la muerte, esperando el silbato para correr.

***

Ángeles había renunciado a su empleo. Por consejo de Amalia y con el acuerdo de Diego, estaba decidida a volver a empezar, intentando dejar atrás el pasado. También había comenzado terapia y era de gran apoyo. No iba a denunciar a su agresor en tanto y en cuanto ni él ni su madre se acercaran a ella.

–Diego, creo que lo que me ha sucedido es terrible, pero ahora que

estamos juntos otra vez y cuento con mi tía, me doy cuenta de que salir adelante depende de mí. No sé si voy a lograrlo, pero lo ocurrido a Josefina me enseña que ella está en manos de la ciencia y la suerte. Creo que eso es aún peor. Yo al menos tuve la bendición de no tener que llevar adelante nuestra decisión. Dios lo quiso así, eso creo.

–No estoy seguro de que haya sido Dios pero agradezco que sucediera. Tampoco creo que sea menos grave, son dos situaciones tremendas. Lo importante es que estés segura de que nunca te dejaré.

Se besaron con ternura.

***

Isabella se debatía entre aceptar el consejo de Matías y enfrentar la situación con un diálogo adulto, o simplemente armar una maleta e irse a casa de su padre sin más explicación que un “se terminó”. En el fondo de su ser sabía que esto último era una actitud infantil y evasiva, pero la otra opción la descomponía porque sabía que Luciano tenía poder sobre ella. La enfermedad de Josefina también le había afectado. Sintió que era dueña de su vida hasta que de la noche a la mañana podía dejar de serlo. Entendió que no hay solo vivos, muertos y muerte de la que se regresa. Había otra categoría muy difícil de sobrellevar, la de la enfermedad.

Matías se había convertido en la razón de sus pensamientos y en el único sueño que podía devolverla a la vida. Extrañaba a su madre muchísimo, pero quería comenzar a resolver su vida, sola. Eligió no decirle entre qué cuestiones se debatía cuando hablaban.

***

Francisco no sabía qué posición tomar frente a Gina. Esa duda volvía sobre él una y otra vez. Andrés era un hombre, lo había demostrado y le había pedido discreción. A su tiempo, Diego había hecho lo mismo respecto del viaje y lo había respetado. Por supuesto, y con más razón, le había indicado callar respecto de los últimos sucesos de su vida. Pero en ese momento no se trataba de los hechos ocurridos en la vida de sus hijos, por graves que fueran sino de su actitud respecto de eso en su nueva condición de separado. ¿Era realmente honesto de su parte callar? ¿Acaso veinticinco años de matrimonio no valían quebrantar el silencio? ¿Tenía ella derecho a saber? O por el contrario, el hecho de que hubiera partido, ¿implicaba una postergación unánime de esa posibilidad?

Todo eran preguntas. No parecía hallar las palabras que despejaran sus vacilaciones. Quizá, era ese el camino que transitaban los

separados, empezar a dividir. Era la primera vez que se sentía así. Inevitablemente pensó en Amalia. ¿Tenía que ver el reencuentro con su nueva manera de mirar la realidad? Cada día que pasaba Gina estaba más lejos de sus pensamientos y el deseo de regresar a su lado por momentos desaparecía.

–¿Qué te sucede? –preguntó Ignacio quien llegaba a la oficina. Había comenzado a trabajar de a poco–. Conozco esa cara.

–¿La verdad? No sé si debo decirle a Gina lo que sucede aquí. No son temas menores. Es la madre de mis hijos.

–¿Me pides un consejo?

–Sí –respondió. No sabía lo que su amigo diría y tampoco qué necesitaba escuchar para sentirse mejor. Si hablaba, sus hijos se enojarían con él y si no, quizá cometía un gran error como consecuencia de la separación, pero no de su lealtad.

–¿Los chicos quieren que ella sepa?

–No. Por lo menos, no por mí.

–Amigo, es una buena mujer y una gran madre, pero la realidad es que los hijos de ambos crecieron y ella no está aquí.

–¡Pero no sabe lo que pasa!

–¿Crees que regresará si le cuentas?

–Sí –silencio.

–¿Eres consciente de que si lo sabe y no vuelve, intentará comunicarse? Te pondrá en evidencia y además no podrás protegerla.

–Yo no puedo creer que no regrese.

–No lo hizo con tu accidente. Perdón, pero es la verdad. ¿Te ha seguido llamando cada día?

–No. Dejó de hacerlo cuando supo que estaba mejor. Algún mensaje para saber cómo evoluciona mi pierna, pero ya no conversamos como antes. Pregunta por los chicos, Chloé y Parker. Nada más.

–Si estás seguro de que volverá, dile. Pero si tienes la mínima duda, piensa en ella y no le digas. Los chicos jamás le perdonarán que, sabiendo lo sucedido, no haya regresado. En cambio si no lo sabe, al menos no podrán juzgarla más que por el viaje.

–Creo que tienes razón.

–¿Amalia? –preguntó cambiando de tema.

Ignacio se posicionaba en el presente de cara al futuro.

–¿Y la misteriosa mujer de la librería?

Ambos rieron.

CAPÍTULO 53

Rafael

Lo que es para ti, te encuentra.
Anónimo

Rafael era periodista. Había ido a Perú para despedir a un colega y amigo. Se sentía diferente, había sumado algunos interrogantes, pero su sentido de la trascendencia lo ubicaba en un lugar frente a la enfermedad que no era el de la tristeza, sino el de pensar que cada persona tenía una misión en la vida. Los que partían temprano, por la causa que fuera, la habían cumplido. De modo que cuando su amigo le dijo que el tiempo que le quedaba era breve, tomó la decisión de viajar a Cuzco. Los unía una amistad de toda la vida, de esas en las que no importa la frecuencia, sino la calidad del vínculo. Hablaban a diario y se veían todo lo seguido que la distancia les permitía.

Rafael vivía en Barranquilla, pero viajaba bastante seguido por Latinoamérica. Trabajaba para un periódico local. Tenía voz de locutor. Le habían ofrecido puestos en los medios televisivos, pero él prefería la tranquilidad de su computadora.

Unos días antes de la noche en que Gina había ocupado su mesa, su amigo Darío la había reservado, con la idea de salir a cenar y beber pisco. Sin embargo, eso no había podido cumplirse. La enfermedad había avanzado y lo que pudo ser otra oportunidad para celebrar la amistad, se había convertido en un ritual que cumpliría a solas para honrar su memoria. Recordó la última conversación.

–Debes ir a conocer ese lugar –había dicho al darse cuenta de que no podría acompañarlo.

–Es solo un restaurante, amigo.

–No. Es el lugar que he elegido desde hace un tiempo para disfrutar de una buena cena, beber un pisco y ver esta maravillosa ciudad. No puedes perdértelo.

–Si es tu deseo, iré. Lo prometo.

–Mi mesa está reservada como cada sábado. No podré ir… Dudo que mi salud me permita volver –estaba internado. Rafael lo había mirado, ambos sabían que era cierto. Darío había adivinado sus pensamientos–. Estoy tranquilo. Viniste a despedirte y eso harás.

–Amigo… –cierta conmoción lo dominaba. Lo extrañaría. Había perdido mucho peso y el dolor físico del cáncer tomaba protagonismo. Si lo sedaban, los efectos de la morfina lo obligarían a extraviarse y a convertirse en el Darío de las drogas y los médicos. Ya no sería su amigo. Los rescates de calmantes eran cada vez más seguidos, Rafael no sabía cuántas de esas conversaciones lúcidas quedaban por llegar.

–Solo dame un abrazo. Volveremos a vernos cuando sea el momento. Estarás bien. Yo también –Rafael, lo había abrazado en silencio. No hacía falta decir nada más–. Por favor, ve por la enfermera y dile que tengo dolor.

A la mañana siguiente todo había concluido. Luego del servicio y de saludar a los hijos, Rafael había decidido permanecer en Perú hasta cumplir esa pequeña promesa. Cenaría en ese lugar y vería Cuzco a través de la mirada de su amigo.

Pero una vez más, el universo disponía sobre sus planes. Una mujer había ocupado la simbólica mesa y no parecía querer abandonarla. Así, una extraña se había convertido en la compañera de esa cena que había pensado compartir con su nostalgia y los recuerdos. ¿Acaso su amigo había sentido como un presagio que eso sucedería? Imposible saberlo, pero era lindo pensarlo.

***

Rafael había acompañado a Gina hasta el hotel. Ambos caminaron por las empedradas calles coloniales conversando a la luz de la luna como dos adultos que valoran el tiempo. La había tomado de la mano con tanta naturalidad que parecía que le pertenecía.

Gina había llegado completamente confusa a su habitación. Recordaba una y otra vez sus palabras. La historia de la reserva de esa mesa. El destino que lo había llevado allí. Su voz. Ese sonido que le provocaba un temblor en su interior. El modo en que la había mirado entre la curiosidad y el interés. Su dolor de estómago frente a su sinceridad luego de brindar con pisco por su amigo y por la vida.

–Me gustas.

–No me conoces. No me habías visto nunca hasta hace una hora –había respondido ella como si no fuera posible que eso le sucediera.

–Me gustas –había repetido–. Me gustas desde hace una hora entonces.

–Rafael, hemos coincidido por obra del azar y nos hemos divertido, pero solo eso ocurre aquí.

–No sé qué es lo que sucede aquí, como tú dices, pero quiero averiguarlo. Cuéntame quién eres. Cómo has llegado a esta mesa.

Gina se había sentido libre de hablar, pero de inmediato la sorprendió la sensación de tener que armar una síntesis de su historia personal por primera vez frente a un hombre que no le era indiferente luego de veinticinco años. No sabía por dónde empezar. ¿Quién era? ¿Era notaria, separada con tres hijos? No. sonaba a un perfil de esos sitios de internet en que se busca pareja. ¿Era una mujer que recién se había separado y había viajado para reencontrarse? No. Tampoco. Era

más que eso. ¿Quién era? Era difícil describirse a sí misma. La ventaja era que no podía ser juzgada por alguien que no la conocía. Decidió no armar su discurso previamente desde el razonamiento. Dejaría fluir la conversación. Eso le habría aconsejado Paul.

–¿Quién soy? Es una gran pregunta.

–Creo que lo grande es la respuesta.

–¿Quién crees que soy? –comenzaba un juego de seducción sin saberlo. Casi instintivamente.

–No tengo idea pero como te dije, me gusta. Así es que sorpréndeme.

–Soy una mujer que puso su vida al servicio de su familia y que un día, no hace mucho, se dio cuenta de que no era feliz.

–¿Entonces?

–Entonces, quiero ser feliz otra vez. ¿Sabes? En algún momento de los últimos años me he perdido. Podría decirse que lo tenía todo, pero no lograba disfrutar de casi nada. Toda mi vida fui organizada. Mi profesión de notaria me coloca en una posición de control. Sin embargo, eso no ha funcionado con mi vida personal. Por primera vez, decidí pensar en mí. Dejé a mi esposo y me animé a este viaje, con el objetivo de priorizarme. No es fácil, pero he logrado mucho.

–Es interesante tu planteo. ¿Cómo has llegado a Cuzco?

–La pregunta debería ser: ¿por qué estoy viajando sola?

–Eso es algo obvio. Porque querías dejar algo atrás y no deseabas a nadie a tu lado.

–Es cierto –la sorprendió su precisión para entender sus sentimientos–. Paul. Estoy aquí por mi amigo Paul Bottomley –respondió a la pregunta de cómo había llegado allí–. Lo conocí en el avión a Nueva York. Él es lo mejor que pudo sucederme –Rafael la observó. Era evidente que había pensado que podía sentirse atraída por ese hombre–. Es mi consejero. Su novio lo engañó con el mejor amigo de ambos –dijo para despejar toda duda. ¿Por qué explicaba eso? No sabía.

–Entiendo –sonrió sin disimular ante esa aclaración.

–Él ha sido, además de amigo, una suerte de agente de viajes. He estado en Brujas y luego, he llegado aquí. Paul me aconsejó los lugares que debía conocer para encontrar las partes de mí que había perdido. Yo confié en él y me dejé llevar.

Hablaban como si se hubieran conocido hacía mucho tiempo.

–¿No estás triste por lo de tu amigo?

–Me duele su ausencia, pero entiendo que la vida termina para todos. Eso es inevitable. Por eso hay que disfrutar cada momento. Quizá lo que más me afecta es que él tenía mi edad.

–¿Qué edad tienes?

–Cincuenta y tres. Eso me ubica en el lugar de pensar que pude ser yo o cualquiera de mis amigos. Ya no son mis padres o gente mayor, lo cual sería ley de vida. Son pares. O sea que esto me conecta con la finitud de la existencia. Y lo raro es que no es tan lejana como uno puede suponer.

–Es cierto –Gina estaba fascinada no solo con su voz, sino también con el contenido de sus palabras. Aunque por momentos se distraía solo mirándolo y pensando cómo era posible que estuviera viviendo esas emociones que había olvidado.

–Siempre creí que la mejor manera de vivir es intentando no hacerse demasiados problemas. No forzar las cosas que se resisten. Cuando algo debe ocurrir, simplemente sucede y cuando no, no hay nada que pueda hacerse para ganarle la pulseada al destino –continuó.

Ese hombre se estaba metiendo por la única grieta que su alma había dejado abierta sin saberlo. La desconcentraba y a la vez, absorbía su entera atención. ¿Quién era? ¿Por qué allí? Era tan caballero sin dejar de ser seductor. El príncipe más azul que había visto jamás. Se sorprendió en esos pensamientos al darse cuenta de que no sabía qué estaba diciéndole. Entonces, sonrió y reinició la conversación con otra pregunta rezando porque no fuera su turno de contestar algo. La fascinación y un terremoto de sensaciones la habían sacado de allí por unos instantes.

–¿Y quién eres tú? –preguntó mientras lo poco que sabía de él comenzaba a instalarse entre su alma y su búsqueda.

–Soy un hombre que se divorció hace tres años. Padre de dos hijas. Que creyó que estaría solo el resto de su tiempo y que esta noche considera la posibilidad de que eso puede no ser así –Rafael no había tenido que elaborar su respuesta. Él sabía bien quién era–. Además, tengo una hermana, el resto de mi familia ya no está. Era pequeña.

¿Cómo era la atracción en las segundas partes? ¿Cómo sería besar sus labios? Él hablaba y Gina se perdía entre su voz y sus palabras tratando de entender por qué se sentía de esa manera. Sus latidos le gritaban a sus sueños que el universo siempre provee lo que se le pide.

–¿Qué harás mañana? –dijo él de pronto.

–Iré a Machu Picchu.

–¿Y por la noche?

–¿Me invitas a una cita? –había cierta naturalidad que no reconocía como propia en su diálogo. Estaba floreciendo la mujer sin prejuicios que empezaba a conocer el mismo mundo pero con otra visión.

–Sí. ¿Qué me dices? ¿Le darías la oportunidad a este extraño?

–Sí, se la daré. Pero mañana por la noche dormiré en Aguas Calientes.

–Que sea pasado mañana entonces –dijo. Intercambiaron celulares y la noche continuó.

Rememorando las sensaciones de esa conversación, Gina había llegado a la mañana siguiente al bus turístico que partía desde Cuzco y paraba a lo largo del Valle Sagrado, una de las zonas más valoradas del Imperio Inca, rumbo a las Ruinas. Se sentía nerviosa por la salida y a la vez no podía dejar de pensar en eso. Oscilaba entre cancelar y no exponerse a que ese sentimiento avanzara dentro de su ser. Luego pensó que, aunque no tuviera idea de cómo continuar, iba a arriesgarse a conocerlo.

El guía hablaba y explicaba que el lugar tenía un valor arqueológico y patrimonial incalculable. Vestida de manera casual y mezclada entre los turistas, pensaba en Rafael. Le gustaba su nombre. Pasaron por Ollantaytambo, un poblado que sigue habitado y mantiene una formidable fortaleza inca. Allí almorzó antes de tomar un tren hacia Aguas Calientes, el último pueblo para alcanzar Machu Picchu.

Al día siguiente por la mañana, un autobús la llevó hasta la puerta del complejo arqueológico. Se había puesto ropa liviana y otro par de calzado deportivo adecuado para la excursión.

No podía sacar a Rafael de su memoria. Sonó su celular. Un mensaje de WhatsApp.

“¿Puedes mirar detrás de ti?”.

Gina giró de inmediato. Sin pensar. Solo sintiendo deseos de que fuera cierto. Allí estaba él.

–¡Hola! No creo que debas escalar sola el Huayna Picchu.

–¿Qué haces aquí?

–Vine a buscarte.

–¿Por qué?

–Porque pensar en ti hasta mañana por la noche iba a ser insoportable. ¿Puedo acompañarte?

Gina sintió que la felicidad brillaba en su expresión. No intentó disimular. ¿Escalar había dicho? No importaba. Haría lo que fuera para compartir más tiempo con él, incluso escalar. Le dolía todo el cuerpo, pero su alma bailaba y le regalaba el sabor de buenos tiempos.

CAPÍTULO 54

Sentir

La emoción que puede romper tu corazón,
a veces es la misma que lo sana.
Nicholas Sparks

Amalia valoraba el apoyo de su amiga obstetra. Se conocían del hospital, trabajaban juntas hacía algunos años. Esa mañana fue a verla a su consultorio.

–¡Hola! ¿Tienes un minuto?

–Por supuesto, sí. Una paciente ha cancelado su turno y el siguiente está libre. Dime, ¿cómo está Ángeles?

–Se recupera, poco a poco. Creo que fue una suerte que no tuviera que pasar por las consecuencias de interrumpir el embarazo voluntariamente. De algún modo, lo ocurrido se lleva cualquier culpa o duda. La naturaleza actuó por ella. Además, la ha ayudado muchísimo que su novio regresara y la liberara de continuar. Es un buen chico. No debe ser simple para él tampoco, pero son muy jóvenes. Realmente creo que lo superarán. He venido a agradecerte.

–No tienes nada que agradecer. Me he ocupado de su salud y he sido honesta contigo respecto de lo que pienso del tema. Solo ocúpate de que sea feliz y de que jamás regrese con su madre o esa bestia.

–Sí. Así será –Amalia leyó un mensaje en su celular y sonrió.

–¿Qué es lo que tiene tan contenta? ¿Acaso todo esto te acercó a ese hombre de tu pasado?

–Algo así. No quiero ilusionarme. Ha pasado mucho tiempo. No somos los mismos, aunque es indudable que algo nos sucede cuando estamos juntos.

–¿Qué dice él?

–Nada. Por ahora solo hemos compartido momentos. Hace poco tiempo terminó con su matrimonio.

–¿Cuál es su nombre?

–Francisco.

La médica se recostó sobre el respaldo del sofá poniéndose cómoda para escuchar. La observó. Claramente Amalia tenía mucho interés en ese hombre. La delataba su expresión al nombrarlo.

–¿Qué te sucede?

–Te miro. Me preocupo. No quisiera que vuelva a lastimarte. No lo conozco, pero sé que te dejó hace muchos años y que tú nunca lo olvidaste del todo. Es información suficiente para una alerta.

–Es cierto. Pero ¿cómo hago para mantener distancia cuando aparece en mi quirófano y después resulta ser el padre del novio de mi sobrina?

–Creo que la cuestión es cuánto te gusta. Quizá sigas sintiendo

cosas por él. Lo demás, si bien es complicado, no es la razón de esa sonrisa que llevas puesta como una señal –dijo con cariño.

–¿Tanto se nota?

–Mucho. Tienes otra luz en la mirada, es tan típico. Eres médica. No hace falta que te dé consejos de ginecología –agregó.

–No entiendo.

–Pues… debes llevar condones en tu bolso. Los hombres que vienen de relaciones estables son los más propensos a contagios de enfermedades sexuales. No tienen el hábito de ese cuidado.

–¿Qué dices? ¡Ni me ha besado!

–Pero lo hará. Y tú aceptarás –dijo riendo–. Solo es un consejo médico. Tendrás una vida sexual muy activa pronto.

–No me imagino en ese rol con él… Me da cierta vergüenza.

–¡Por favor! Tenemos nuestro cuerpo, entre otras cosas, para disfrutar de él mientras sea posible. Solo te pido que evalúes las posibilidades de que no regresará con su exesposa.

–Es imposible saber eso.

–¡Pues intenta estar lo más segura posible!

***

Francisco llegó en taxi a la oficina. Ignacio estaba allí. Se ocuparon de algunas cuestiones laborales antes de hacer una pausa para beber un café.

–Estoy confundido –dijo Francisco de pronto–. Necesito de tu experiencia.

–¿Qué ocurre?

–Pienso en Amalia.

–¡Dime algo que no sepa!

–En serio.

–¿Y para que necesitas de mi experiencia?

–Porque no sé muy bien qué hacer cuando estoy con ella. Estoy fuera de práctica.

–Francisco, seducir es como nadar. Si sabes hacerlo, siempre lo harás del mismo modo. Te dará miedo a veces y seguridad en otros momentos. Hay mares calmos y otros no tanto. No hay consejo válido, porque solo tú y ella estarán allí. Y lo que hagas que no sea tu iniciativa, luego te dejará al descubierto. Tienes que ser quien eres.

–¿Y quién soy según tu gran archivo de teorías y clasificaciones?

–Eres quien vuelve a empezar. El que por fin comienza a aceptar que su matrimonio terminó.

–No estoy seguro de eso. También pienso qué pasaría si Gina quisiera regresar conmigo. No puedo lastimar a Amalia otra vez.

–No debes hacerlo. No avances si no estás seguro.

–Cuando estoy con ella, mis dudas desaparecen… y Gina también.

–Eso es bueno, pero podría no ser definitivo. Debes estar muy convencido de lo que hagas. Se lo debes a Amalia.

–Saldremos esta noche.

–¿La invitaste? –preguntó sorprendido.

–Sí. Fue un impulso.

–Solo sé tú mismo. El resto simplemente ocurrirá.

–¿Cuánto tiempo pasó entre tu separación y la primera mujer con la que estuviste?

–Ese no es parámetro. Yo engañaba a mi mujer. ¿Recuerdas? –Ambos rieron–. Pero si te sirve de algo, estuve en varias camas sin lograr encontrar a alguien que de verdad me importara, hasta hace muy poco.

–¿La mujer de la librería?

–Sí. Estoy loco por ella. Solo lamento no haberla conocido antes.

–Supongo que no somos dueños del tiempo. No decidimos cuándo es el momento para que algo ocurra. Prefiero pensar que quien decide por nosotros, no se equivoca.

–¡Es una buena forma de no hacerse cargo!

***

Esa noche Francisco fue a buscar a Amalia en un taxi, todavía no podía conducir. Al verla supo que había dedicado tiempo para verse más linda. Estaba maquillada y llevaba perfume. Su cabello suelto caía sobre sus hombros. Su vestido negro tenía un escote sugerente y llevaba zapatos altos de color rojo que combinaban con su cartera y un collar.

Fueron a cenar. Comenzaron hablando de temas varios y sin importancia. Pero sus ojos se cruzaban y decían otras cosas. Las palabras no coincidían con los pensamientos y en más de una oportunidad, ambos tuvieron que retomar una conversación que no sabían bien dónde había quedado. Mirarse los distraía.

–Amalia, quiero ser completamente honesto contigo.

–¿Qué sucede?

–No lo sé, pero no te estoy escuchando. No puedo dejar de mirarte y de recordar el tiempo en que estuvimos juntos.

Ella permaneció en silencio. No sabía cómo interpretar esas palabras. Eran un halago, pero le sonaban más a un problema. No podía pensar con claridad, menos analizar la situación.

–Tampoco puedo concentrarme demasiado –dijo.

Ambos rieron.

–Supongo que esta conversación será fácilmente olvidable –bromeó.

–¿Qué hacemos aquí? –dijo dando paso a lo que pensaba en ese instante.

–No lo sé. Algo me empuja hacia ti. Sé que mi vida puede parecer un caos en este momento, y probablemente lo sea, pero soy sincero cuando digo que estar contigo es lo que espero durante el resto del día.

–No es que quiera hablar de ella, pero una vez me abandonaste por Gina. Si existe esa posibilidad, realmente prefiero que no nos veamos más. Todavía estoy a tiempo de protegerme…

Francisco tomó su mano con la suya sobre la mesa. Amalia sintió ese contacto como la antesala de su mejor sueño de toda una vida.

–No quiero lastimarte. Me une a Gina una historia. Tenemos tres hijos. La realidad es que ella decidió la separación. Yo creía que quería salvar mi matrimonio hasta que tú apareciste.

–Pues deberás descubrir qué deseas realmente –dijo acariciando su mano–. Nada me gustaría más que avanzar y compartir. Estar contigo otra vez me hace sentir viva. Más allá del tiempo que ha pasado, a tu lado parece como si nada hubiera cambiado. Sin embargo, todo es diferente. Agradezco tu honestidad, pero creo que...

–Vayámonos a otro sitio –dijo él sin pensar. No la dejó terminar su frase.

–¿A dónde quieres ir? Creo que no me estás escuchando –agregó. Su mente la llevó a pensar que la invitaría a un hotel.

–Solo ven. Dame la oportunidad. Una hora o dos –dijo al tiempo que pedía y pagaba la cuenta.

Sin poder reaccionar, ambos estaban en un taxi. Francisco le indicaba al conductor una dirección que ella no pudo retener. Sostenía su mano con vigor. ¿Adónde la llevaba? Le latía el corazón a un ritmo acelerado. No podía hablar. De pronto el vehículo se detuvo. Bajaron. Francisco se desenvolvía sin ayuda con sus muletas. Amalia no podía creer lo que veía.

–Necesitaba venir aquí –dijo. La miró en medio de una mezcla de agitación y ansiedad. Sabía que ese lugar les daría otra perspectiva. No quería que Amalia se fuera.

Ella lo observó. Dominada por un impulso no pudo evitar comerle la boca de un beso. Estaban frente a la misma banca de la plaza, cerca de la facultad, donde mucho tiempo atrás la había besado por primera vez.

Las estrellas fueron testigos de la forma en que sus cuerpos y sus sentimientos se mezclaban al ritmo acompasado de quienes logran

sentir sin pensar en el futuro.

CAPÍTULO 55

Creer

Que el alma que hablar puede con los ojos
También puede besar con la mirada.
Gustavo Adolfo Bécquer

El corazón de Gina explotaba. No podía definir si era felicidad, expectativa, autoestima elevada, locura o un poco todo eso simultáneamente. Rafael había ido a buscarla a Machu Picchu y con un romanticismo de novela le había dado su razón. *Porque pensar en ti hasta mañana a la noche iba a ser insoportable.* ¿Podía una mujer en su situación no sucumbir ante esa seducción sutil? En realidad... ¿Podía una mujer en cualquier circunstancia resistir esas palabras? ¿Era capaz cualquier ser humano sin distinción de sexo de oírlas sin caer al vacío desde una montaña rusa? ¿Cómo podría alguien no suspirar por el hombre que las había dicho?

Por supuesto, había aceptado su compañía. Habían caminado por las ruinas, se habían tomado fotos con sus celulares. Se habían reído de sí mismos y de las limitaciones físicas respecto de los jóvenes que los adelantaban rápidamente.

Sin perder un solo minuto, habían conversado sobre nada relevante y a la vez, sobre el sentido de todas las cosas. ¿Cómo? No lo sabían, pero así había sucedido. En ese momento, conocían mucho el uno del otro y solo querían adivinar lo que faltaba. Era recíproco. El tiempo era exacto, iban a la par igual que sus emociones. Se llamaba descubrir o descubrirse.

Al pie del Huayna Picchu, ambos se habían mirado pensando en el beso que no se dieron.

Comenzaron el ascenso sintiéndose casi unidos por un destino invisible. Como si no fuera posible que el tiempo real de conocerse fuese tan breve. ¿Acaso había seres que venían de otra vida a buscarse en la siguiente? Desde la lógica no había respuestas. Desde otro espacio más espiritual y verdadero, quizá, sí.

Resultó que escalar el Huayna, no era subir como Gina imaginó. Escalar era subir, bajar, trepar, quedarse sin aire. Atravesar espacios muy angostos y otros trechos de sencillo recorrido. Asumir la dificultad en medio del cansancio y creer en la fuerza de continuar pese a todo. El pico, a cuya cúspide deseaban llegar, era la vida misma. Allí, en ese recorrido no había bienes, ni dinero, ni nada material que estableciera diferencias entre quienes tenían el mismo objetivo. Porque el anhelo de llegar a las metas es universal. No tiene nacionalidad. Pertenece al mundo de los que sueñan, pero también persiguen la posibilidad de cumplir a puro esfuerzo y convicción sus ilusiones. Es un sentimiento que une.

Cuando el trayecto se volvía sinuoso y Gina se quedaba sin estado físico, Rafael tomaba su mano con firmeza y la ayudaba.

–Lo lograremos. Ya verás.

–¿Cuánto falta? –no daba más. Estaba agotada. Solo él era su impulso.

–¿Quieres la verdad? ¿O deseas llegar?

–Quiero aire –dijo agitada. Entonces, él se inclinó levemente delante de ella–. Aire quieres, aire tendrás. Sube –la invitó–. Te cargaré sobre mi espalda.

–¿A caballito?

–Sí. Como solía llevar a mis hijas cuando estaban cansadas.

–¡No te creo! ¡No lo harás! –dijo. Pero antes de que pudiera darse cuenta su cuerpo estaba apoyado contra Rafael, sus brazos cruzaban su cuello y él sostenía sus piernas. Gina no supo cuánto duró ese pequeño respiro, porque su ser sentía de pronto en todos los idiomas y le pedía que no alejara ese contacto que era una dosis de vida.

Entregada a disfrutar, permaneció en silencio esa fracción de hechizo que el tiempo le había regalado.

–Tendré que bajarte. Este tramo debemos hacerlo con cuidado –anunció. Lo hizo. Pero antes de que ella sintiera el vacío, él tomó su mano. Ella le dio más que eso. Le concedió el control. Una nueva Gina emergía del pasado reciente.

Así, confiando en él, se dio cuenta de que lo que le daba seguridad, no era saber lo que iba suceder, sino estar al lado de quien elegía para dar paso a lo que la vida tuviera planeado. Rafael cambiaba su eje de sentido. Le gustaba sentirse cuidada. Era magnífico que el desenlace de algo dependiera de otro ser, que había empezado por tomar su mano, pero que había llegado inexplicablemente al rincón más secreto de su corazón.

Y mientras ella era completamente devorada por un alud de sentimientos que no conocía, Rafael sentía que Gina multiplicaba su energía. Un sol que le bronceaba la vida asomaba en la mirada única de esa mujer que había aparecido como un faro para iluminar su destino. ¿Qué le sucedía? El tiempo con ella no tenía otra unidad de medida más que su sonrisa. A su lado, ¿quién podía usar reloj?

Así, llegaron a la cima. Por obra del universo, los demás turistas comenzaron el descenso en ese momento y quedaron solos, sentados frente a la inmensidad de ese paisaje sublime. Miraban en el mismo sentido cuando él tomó su mano. Gina sintió que la recorría entera la necesidad de él. ¿Era posible? Una lágrima muda se deslizó por su mejilla cuando él la rodeó con sus brazos. ¿Las búsquedas llegaban a su fin? No importaba. El tiempo se había detenido a escuchar la voz

del destino. Entonces, en plena conmoción interior de ambos, sus bocas se buscaron para fundirse en un beso que les explicó, a través de sus labios, el motivo por el que estaban juntos.

No pensaban, sentían.

No estaban apresurados, vivían.

No era deseo, era entrega.

No eran sus bocas, era volver a vibrar al besar. Una energía diferente fue testigo de lo que ellos mismos no podían ver. A veces, los comienzos no se advierten por quienes los originan. Simplemente son.

–Gina, no puedo poner palabras lo que me pasa a tu lado. Solo puedo asegurarte que es lo único que quiero. Me gusta pensar que podría sentirme siempre como ahora –dijo. Su voz hacía temblar su interior como la primera vez que lo había escuchado.

Ella peleaba contra las lágrimas de emoción que querían salir de sus ojos. No recordaba nada. No pensó en sus hijos, ni en su familia, ni en su profesión, ni en sus amadas mascotas.

Nada. Solo él.

Escucharlo era todo lo que movilizaba su ser con una intensidad que jamás había vivido. ¿Qué era “siempre”? Entonces lo supo.

–Rafael, “siempre” es una ilusión. “Ahora” es lo único que tenemos realmente. Somos dueños de pequeñas fracciones de tiempo que nos ofrecen posibilidades. Besarte fue un modo de animarme a aceptar una. Este viaje me enseñó eso.

–Quizá tengas razón. Entonces quiero todas las posibilidades que el tiempo pueda ofrecerme contigo –dijo y volvió a besarla con suavidad–. Quiero todos tus “ahora” –agregó.

Latidos y deseo reclamaban un espacio protagónico. Se tomaron una foto. Luego, ella descansó sobre su pecho. Compartieron juntos el silencio. Solo pensaban en el otro.

***

El descenso fue más fácil pues pese a ser el mismo recorrido, algo en ellos había cambiado. Los unían la confianza y la seguridad que da el sentir que dos personas creen en lo mismo.

Rafael acompañó a Gina a su hostel en Aguas Calientes. También él había reservado una habitación allí. Se besaron en el hall, y cada uno fue a bañarse y a cambiarse a su dormitorio. Se extrañaron al separarse en el pasillo.

***

Gina salió de la ducha y se observó desnuda frente al espejo. ¿Qué

pensaría él si la viera? Las cicatrices de las cesáreas eran testimonio de su vida anterior. Parecía todo tan lejano. Su cuerpo no era el de la joven que había sido. Sin embargo, no sintió pudor, sino un inmenso orgullo porque por fin el espejo le devolvía a la mujer que había salido a buscar. Sus imperfecciones eran pequeñas al lado de su aceptación de sí misma.

Pensó en llamar a Paul, pero alguien golpeó a su puerta.

–¿Quién es?

–Te echo de menos y esperar hasta la cena para verte será insoportable.

Ella sonrió. Sentía felicidad en cada poro de su piel. Abrió, sin pensar que solo vestía su bata.

–Creo que tienes un problema serio con las esperas –dijo.

–Es nuevo. Solo me ocurre cuando se trata de ti. ¿Puedo pasar? –ella se corrió para que lo hiciera. Estaba bañado y olía a perfume. Su cabello todavía mojado brillaba.

En el instante en que la puerta se cerró, un mundo, que solo el tiempo controlaba, invadió la distancia entre sus miradas. Un beso que sucedió justo a mitad de camino entre ambos fue la antesala de las primeras caricias.

–¿Qué es lo que tienes que me atrae de esta forma? –susurró Rafael en sus oídos.

Gina se sentía deseada. Por momentos no podía responder a sus palabras porque solo quería olerlo, tocarlo, sentirlo cerca y, por supuesto. sumergirse en su voz.

–Escucharte es música para mí –atinó a decir antes de besar su cuello.

–Bailemos entonces y no dejaré de decirte cuánto me gustas.

Sus cuerpos comenzaron a danzar en silencio mezclados en los acordes de cada palabra que se decían. Gina era otra mujer. Y para esa Gina, era la primera vez que el placer se anunciaba de una manera tan diferente, tan intensa, tan profunda. Rafael se había metido en sus sentidos. No quiso pensar en el mañana.

–Me gusta tu perfume y la suavidad de tus hombros –dijo mientras corría con dulzura parte de la bata para besarlos.

Ella abrió su camisa con lenta destreza y aspiró el perfume de su pecho. Apoyó su delicada mano sobre él, y vibró. El mapa de ese hombre se abría ante su mirada y nada podía hacer frente al deseo de recorrerlo.

Rafael tomó su rostro con ambas manos y la miró directo a los ojos.

–¿Crees que puedes confiar en mí?

–¿Se notan mis miedos?

–Son tus miedos los que te hacen todavía más bella, si eso fuera posible. Puedo irme si quieres, pero puedo también cuidarte y darte todo lo que soy ahora mismo. Tú decides. Pero debes saber que te quiero conmigo.

Ella sentía que la vida la besaba en la boca. Le encantaba todo de Rafael. Hasta sus imperfecciones eran simplemente perfectas. No quería que se fuera, aunque no sabía cómo seguir.

–No quiero que te vayas.

–No pensaba hacerlo –agregó.

Ella sonrió. De pronto estaban de pie enfrentados, en un escenario breve como era la habitación de un hostel.

–¿Entonces? No me has respondido ¿Puedes creer en mí?

Gina cerró los ojos y solo pudo verlo a él y sentirse seducida por el magnetismo que la conducía a sus brazos.

–Sí –respondió. Él la besó intensamente.

Seguían bailando al ritmo de esa atracción recíproca que los llevaba a las mismas sensaciones de cuando eran jóvenes. Cierto pudor, fogosidad, ganas, dudas. Pero se sumaba la experiencia, y eso hacía que todo fuese diferente.

La bata de Gina cayó al suelo. Rafael la acariciaba con sus palabras. Susurraba en sus oídos que solo quería estar con ella.

–¿Qué piensas?

–Que puedo no gustarte.

–Pues no me gustas, me vuelves loco. ¿Más tranquila? –los ojos de Gina brillaban–. ¿Quieres que me detenga?

–No… solo que entiendas mis tiempos. Confío en ti –no supo si por convicción o por qué no pudo evitarlo.

–Tus tiempos serán los míos.

Rafael se fue quitando la ropa, sin dejar de besarla mientras avanzaban hacia la cama. Ella no podía pensar, porque a su lado solo era capaz de sentir y de sorprenderse de sí misma.

–Eres tan sensual. Me encantas. No puedo parar de tocarte y sentirte. Quiero mirarte –dijo guiándola hacia la cama. Gina sintió vergüenza al ser observada tendida allí exponiendo su completa desnudez. Intentó cubrirse con la sábana.

–No lo hagas. Me fascina mirarte. Quiero conocer cada rincón de tu cuerpo –dijo–. Me gusta todo de ti.

Gina vibraba solo al escucharlo, el sonido seductor de su voz sumado a sus palabras la hacían sentirse deseada. Su sexualidad la había asombrado desde un lugar dotado de una pasión más lenta pero insoportablemente intensa a la vez.

Rafael no podía creer que habitaran en él esos sentimientos que suponía perdidos. El sabor de esa mujer lo convertía en alguien entregado a la posibilidad de volver a sentir. Le hubiera gustado detener el tiempo. Como eso no era posible, decidió que prolongaría las caricias, los besos y esa antesala que era seducción y placer en estado puro.

–Me gusta respirar tu olor –dijo Gina luego de un beso húmedo entre sus senos. Las manos de Rafael tocaban su sensibilidad provocándole temblores de gozo.

Ambos estaban desnudos, el pudor comenzaba a alejarse. No había urgencia en poseerse porque los dos habían recuperado sensaciones casi olvidadas. Hacía mucho tiempo que nadie les provocaba esos sentimientos.

Gina volvía a ser la mujer que había perdido. Rafael estaba rendido a sus encantos. Le gustaba todo de ella, también los indicios en su cuerpo de que era vulnerable al tiempo tanto como él y sin que eso importara, sentirse ambos completamente atraídos por el otro. Descubrió con fervor que el deseo no era solo de la juventud. Estaba seguro de que no era posible sentir esa pasión sin experiencia de vida.

Se disfrutaron entre más besos, alguna sonrisa cómplice y el atrevimiento que se abría paso pausadamente hasta que naturalmente él se colocó un preservativo y entró en su húmeda intimidad sin dejar de decirse cuanto se gustaban.

La voz de Rafael la aferraba a su esencia. De pronto, él detuvo su movimiento. Necesitaba saber cómo se sentía.

–¿Estás bien? –la expresión de Gina tenía su propio fulgor.

–No sé cómo estoy, pero descubro a una nueva yo y me gusta. Quiero todo –susurró. Sentirlo superaba lo imaginado.

Entonces él pudo seguir. Movimientos más intensos, besos y gemidos dieron paso a pausados silencios en los que se besaban con la mirada y a otros en los que se aferraban a sus cuerpos, como si con ello pudieran unirse más. Las manos de Gina se marcaron en la espalda de Rafael y los labios de él, en su boca cuando juntos sintieron que la vida volvía a empezar. Ese era sin duda el mejor comienzo de la segunda parte.

CAPÍTULO 56

Elegir

Que tus decisiones reflejen tus esperanzas, no tus miedos.
Nelson Mandela

Francisco no había podido detener los recuerdos, cuando Amalia lo besó en la plaza frente a la facultad, en medio de esa locura adolescente de llevarla allí para que no se fuera. Evocar el pasado en situaciones como esas, sin duda, era un antídoto contra las partidas. Solo desearon permanecer juntos.

–Perdóname. No soy razonable. Te digo que si hay riesgo de que regreses con Gina, no quiero verte más, y luego, te beso. ¡Soy un desastre! –dijo cuando ya se habían sentado en la vieja banca de la plaza.

–No me pidas perdón por algo que me hizo feliz. Me alegra que lo hicieras –respondió. Al oírse se fastidió, bien podría estar agradeciendo un obsequio. No era eso lo que sentía. Ella lo miró, esperaba otras palabras. Se puso de pie.

–Creo que debo irme… –el beso la había transportado. El amor por Francisco seguía allí, intacto. Para ella, era todo, pero sintió que para él solo era un detalle. No iba a exponerse a sufrir. Quizá ya fuera tarde, pero si avanzaba sería irremediable.

–No. No quiero que te vayas –la tomó de la mano.

–Francisco, no queremos lo mismo. Mejor dicho, yo sé lo que deseo pero tú no. Debo pensar en mí. No sé si tengo fuerzas para resistir otro abandono. Y si las tuviera, no elijo pasar por eso nuevamente.

Francisco la miraba y solo podía imaginarla en sus brazos. Besarla otra vez y otra y sentir esa intransferible sensación de plenitud. ¿Cómo debía actuar? ¿Qué tenía que decir? Pensó en Ignacio. Tenía que ser él mismo.

–Amalia, voy a decirte exactamente lo que siento. No sé mentir, no quiero hacerlo. En este momento solo quiero estar contigo. No he pensado en Gina. No he pensado en nada ni en nadie, porque tú ocupas todo lo que soy. No lo entiendo. Supongo que no es lógico y que te genera inseguridad, pero es así.

–¿Entiendes que no quiero ser un reemplazo que llene tu vacío?

–¿Entiendes que te elijo? No quiero nada que no sea estar contigo. Es la verdad.

–Te creo. Pero dices eso aquí, ahora. ¿Qué ocurrirá cuando ella regrese?

Francisco imaginó esa situación. Trató de recordar a Gina en sus mejores momentos. Se imaginó frente a la alternativa de poder elegir entre ambas. No quería hacer nada mal. Su corazón le hablaba en dos

tiempos y Gina era el ayer. Sin embargo, de cara al futuro, el rostro de Amalia era el que le sonreía.

–Amalia, no quiero convencerte de nada. Solo seré honesto. Gina siempre formará parte de mi historia. Nuestro matrimonio terminó porque ella no era feliz. Dudo que eso cambie pero…

–Está claro. Estás aquí porque eso no se modificará –la duda se adelantó.

–Déjame terminar –interrumpió–. Es cierto. Creo que ella no volverá atrás, pero la cuestión es que acabo de darme cuenta de que también yo he cambiado. Quizá ella tenga razón. Yo no sé si era feliz o estaba acostumbrado a mi vida. Pero no puedo dejarte ir.

Amalia lo escuchaba con atención. Su futuro iba en la decisión que tomara.

–¿Qué ha cambiado?

–Besarte.

–No entiendo.

–Al besarte fui otro hombre. Tú me hiciste volar. Cuando hablas, no puedo dejar de mirarte y me siento como si fuera un joven en sus primeras salidas. Solo que tengo una gran ventaja, he vivido algo. Lo suficiente como para reconocer que esto es verdadero. No puedo prometerte cómo será estar conmigo, porque no lo sé. Estoy en medio de muchos cambios, pero sí soy capaz de decirte que daré lo mejor de mí para que estemos bien. Siento ganas de empezar algo juntos –se sorprendió a sí mismo con esa confesión. Ella solo lo miraba–. ¿No dirás nada?

–No –dijo y lo besó.

No fue un beso extraordinario, apasionado o excitante. Fue un beso que comenzó en sus miradas, continuó en la proximidad tímida de sus labios y los transportó al cerrar los ojos al lugar del corazón donde se dejan partir las dudas. Sus bocas entregaban sentimientos sinceros. Los latidos acompañaban esa segunda oportunidad que pocas veces la vida ofrece.

–Quiero intentarlo –insistió él.

–Ya lo estamos haciendo.

Permanecieron abrazados en silencio mirando la noche caer sobre ese comienzo. Sin dejar de acariciarse el alma.

De pronto, él rio.

–Tenemos un problema.

–¿Uno solo? –respondió ella que los estaba listando en su mente.

–Mi apartamento es un caos desde que me accidenté.

–Ya lo ordenarás cuando regreses allí. No veo el conflicto.

–Ángeles y Diego puede que estén en tu casa.

–Sí. ¿Y?

–Andrés y Josefina están en la mía.

–Y sí, ahí estarán hasta que se muden –dijo como si fuera algo obvio–. ¿Cuál es el problema?

–Que deseo pasar la noche contigo.

El corazón de Amalia se le salió del cuerpo. Estalló en brillos y emociones delante de su rostro. Bailó la danza de los que creen en la vida a pesar de sus reveses y volvió a su lugar para responder. Pero no pudo. Francisco la besó nuevamente. Fue diferente. Su lengua y sus labios tenían el gusto de la urgencia. La implacable necesidad de sentirse en cuerpo y alma. Toda Amalia respondió a esa demanda sensual potenciando el momento con sus manos y todo su ser.

***

Un taxi que pidieron por el celular los llevó a un hotel cercano. Cuando por fin estuvieron solos en la habitación, cada beso les daba permiso para ir por más. Lentamente, se desvistieron con torpeza y algo de pudor. Se miraban como si fuera la primera vez. En realidad de algún modo lo era, porque ambos habían cambiado.

Desnudos entre las sábanas, poco a poco el deseo fue irresistible. Ella sintió vergüenza al advertir que no podía limitar sus ganas. Francisco le quitó mucho más que los prejuicios. Bebió su miedo y alentó su capacidad de entrega multiplicando la de él en cada caricia. Quería que Amalia se sintiera tan mujer como merecía y más aún, porque era ella la que había despertado al hombre que había olvidado que era.

Amalia pensó en el consejo de su amiga le había dado. Se distrajo por un instante.

–¿Qué sucede? –preguntó él–. ¿Estás bien?

–Nada es que… bueno debemos cuidarnos –dijo sin pensar.

Él la miró sonriendo.

–¡No tengo con que aquí!

–Yo sí –dijo y fue en busca del condón.

El clima se vio pausado por un instante pero la excitación no. Francisco sentía literalmente que era un joven otra vez.

Los besos y la seguridad de sus brazos la animaron a ubicarse sobre él con el único recaudo puesto en cuidar su pierna dañada. Sin dejar de mirarse a los ojos, sus cuerpos se hicieron uno. Amalia no podía retener suspiros de placer. Lo sorprendió. Luego, se balanceó lentamente disfrutando al ritmo de un sueño cumplido.

Las manos de Francisco adivinaron todos los secretos escondidos en su cuerpo. Segundos después ella alcanzó un orgasmo. Sin

embargo, no fue su estallido sino sus lágrimas las que lo hicieron olvidar su propio placer para salir de su cuerpo y abrazarla.

–Mírame –pidió él.

–¿Por qué? –preguntó sin ocultar el gozo

–Porque estoy aquí contigo y me quedaré. Debes acostumbrarte a sentirme parte de ti. Quiero que me veas y desaparezcan tus dudas.

Atónitos y maravillados él bebió cada lágrima. Se buscaron con sus manos, se rozaron con los mejores recuerdos, se besaron otra vez mientras la respiración de ambos se aquietaba. Transcurrieron los minutos del después en silencio. Asombro y satisfacción se sumaban a imágenes que se superponían unas a otras en un collage de pasado y presente.

–Sigues siendo increíble –dijo él pidiéndole perdón con cada caricia y provocando sus sentidos para volver a sentirla.

–No soy la misma, lo sabes.

–No. Eres mejor. Y no hablo respecto de esto –dijo apretándola con fuerza contra su cuerpo–. Hablo de la gran mujer que hay en ti. Esa que ha superado a la joven que conocí.

Amalia estaba en una nube, no quería regresar. Tampoco permitiría que pensamientos de preocupación arruinaran ese momento. Luchaba contra la realidad. Sabía bien que era tarde para no involucrarse, pero no le importaba.

La pasión retomó su protagonismo y luego de que ella tuviera un orgasmo más que él disfrutó como propio, Francisco sintió que era su momento de máxima entrega y se dejó ir atravesado por el sonido de su placer.

Entre el sudor y el sentimiento de ser aliados en esa nueva oportunidad, él salió de ella y permanecieron abrazados con los ojos cerrados y el alma abierta. Quedaron tan relajados, que se durmieron por unos minutos.

–¿De verdad crees que va a funcionar? –preguntó ella al despertar.

–Me ocuparé de que así sea –respondió acercándola más a él.

–Tú no sabes estar solo… Tengo miedo de que estés aquí por eso.

–Casi toda mi vida he estado en pareja, es cierto, pero siempre he sido fiel. Estoy contigo ahora. Tomé una decisión. Te elijo. Quiero ser feliz y a tu lado descubro que lo soy. No me interesa analizar las razones. Deseo encontrarlas junto a ti.

Amalia recordó que cuando Francisco había advertido su interés por Gina, le había dicho la verdad. Nunca la había traicionado. Había preferido dejarla. Quizá por ese motivo estaban allí.

–Creo que nunca estuve tan asustada en mi vida, pero tampoco tan feliz –pudo decir antes de comenzar una vez más el ritual de besarse.

¿Acaso la oportunidad de vivir junto al único amor de su vida había llegado?

CAPÍTULO 57

Ellas

Las mujeres nunca son tan fuertes como cuando se arman con sus propias debilidades.
Madame Marie du Deffand

Mientras, Raquel soñaba despierta al lado de Manuel. La vida de ambos tomaba un curso más estable. El vértigo había dado espacio al amor y a la comprensión. Estaban compartiendo todo lo que antes les era prohibido y las únicas referencias respecto de María Dolores existían en relación con su embarazo. Raquel se sentía más segura y cada día que salían juntos era su modo de gritarle al mundo su triunfo. El rol de amante había quedado atrás. Manuel la enamoraba continuamente con sus detalles y con sus palabras. A la hora de sus encuentros íntimos, había optado por sorprenderlo cada vez más porque él no era demasiado creativo. Sin embargo, reaccionaba apasionadamente ante sus osadas iniciativas. ¡Hasta se había disfrazado de enfermera! A su modo, funcionaban muy bien.

Raquel había luchado por el hombre que amaba, pero no porque no pudiera vivir sin él, sino porque elegía no hacerlo. Cada mujer diseñaba el plan de su felicidad.

Manuel no la completaba, él significaba que podían ganarse batallas.

***

Amalia vivía literalmente en un estado de permanente felicidad. La vida que en otro tiempo le había quitado todo, le devolvía una sobrina que era un sol y al único amor de su vida.

No había suficientes palabras para describir cómo se sentía con Francisco. Era lo mismo pero mejor. Se conocían en la intimidad. Sin embargo, eran personas nuevas, cuerpos que guardaban historias y cicatrices que signaban batallas perdidas. No tenían cuerpos musculosos ni eran maravillas genéticas. Eran reales y se deseaban. Lo mejor era que ninguno de los dos quería heridas abiertas. Se habían prometido sanar todo aquello que pudiera afectar la oportunidad que tenían. Se sentían afortunados porque no siempre la vida ofrecía una segunda chance de ser feliz. Lo sabían.

Amalia se había permitido volver a creer en el amor, aunque fuera capaz de no necesitarlo. Cada mujer era dueña de su tiempo y del modo en que elegía disfrutarlo.

Francisco no la completaba, él justificaba su plenitud.

***

Luego de recordar parte de ese libro tan simbólico que había sido un puente para modificar su presente, ella no podía concentrarse en su trabajo. La necesidad de ver a Ignacio se apoderaba de cada minuto. Él había logrado que comenzara a vivir un nuevo principio. Todo eran motivos para sentirse optimista, valorada, deseada y entera frente a la vida. El modo en el que lo había conocido era como un mensaje abierto del destino y las palabras que compartían a diario, un medio para avanzar en el camino que los unía. Se entendían y se elegían.

La enamoraba la manera en que lentamente él se había adueñado de sus pensamientos para luego quedarse en su corazón. Sus caricias y su sensualidad la atraían tanto como su experiencia y sus errores. Porque ambos eran el resultado de cada situación. Aprendían y se superaban. Además, Ignacio no perdía el humor jamás, y eso lo volvía irresistible.

Ella era exactamente lo que deseaba ser. Había terminado su duelo. Cada mujer decidía cómo transitar el dolor hasta convertirlo en un recuerdo al que podía regresar sin angustia.

Ignacio no la completaba, él había convertido su mundo en un lugar mejor.

***

Era noche de amigos una vez más. Francisco llegó junto a Ignacio al restaurante y minutos después, Manuel. Pidieron el menú de siempre. Se veían diferentes. Sobre todo Ignacio y Francisco.

–Supongo que debo preguntar las novedades de Amalia y de la misteriosa mujer de la librería. Ustedes lucen casi felices. ¿Qué ha sucedido? –preguntó Manuel.

Los amigos se miraron, tenía razón. Francisco comenzó.

–Serás un desastre en tu vida amorosa, pero eres observador. Yo soy otro. No puedo creer cómo me siento. No he pensado en Gina. Hemos intercambiado algunos mensajes, pero ya no leo entre líneas lo que no dice.

–¿Por qué el cambio? –agregó Ignacio, que algo sabía pero sin mucho detalle.

–Porque me di cuenta de que tenías razón y me permití ser yo mismo. Estando con Amalia me siento vivo, ella está pendiente de mí, me hace sentir bien. Supongo que nunca dejó de amarme y no hay resentimiento. Hemos hablado. Lo único que me ha pedido es que me aleje si creo que puedo volver a abandonarla.

–Espera, espera… sin que pase nada entre ustedes, ¿hablan en esos términos? –interrumpió Manuel.

–Manuel, no les daré detalles. Solo puedo decir que nos besamos y

después sentí que podía perderla. Luego, toda mi vida me atropelló y finalmente, me di cuenta de que la quiero conmigo. Gina será parte de mi historia siempre, pero de mi depende aceptar que pertenece al pasado. Ella lo decidió así.

–¿Entonces?

–Entonces haré que funcione. Amalia significa mucho para mí. Pienso en ella todo el día y ansío el momento de verla. ¿No es eso suficiente?

–¡Admiro tu capacidad resolutiva! –dijo Manuel.

–No fue mi capacidad de nada. Amalia simplemente saca lo mejor de mí. Y yo he aprendido, en este último tiempo, que no se pueden forzar los hechos. He comenzado a plantearme si era feliz o si, en cambio, estaba cómodo y acostumbrado a mi vida. Quizá Gina tuvo razón después de todo.

–¿Por qué lo dices?

–Porque eso es lo que ella creía. Lo dijo cuando me planteó que no era feliz. Entonces no hice caso. Pero después de sorprenderme sonriendo varias veces al día o esperando la hora para ir a buscar a Amalia, logré comprender.

–En definitiva, ¿ahora debemos agradecerle a Gina que te dejara? –preguntó Ignacio.

–¡Espero que sí! Tampoco me hago el superado. Es probable que de no aparecer Amalia, yo siguiera hecho pedazos por Gina, pero el destino me llevó a ella. Supongo que nada es azar.

–Siempre es así. Las señales están ahí como indicadores fluorescentes. Es responsabilidad de cada uno verlas y decidir actuar o ignorarlas –agregó Ignacio.

–Se ve que mis señales son confusas –agregó Manuel.

Todos rieron.

–Amar es también una decisión –dijo Ignacio.

–No se elige a quien amar, te lo dice alguien que ama a dos mujeres.

–Es cierto. Pero sí se elige dar todo y mantener el amor para que no muera. Lo digo yo que no lo hice la primera vez, pero que soy capaz de todo por sostener el que hoy siento –Ignacio era convincente. Se lo veía tranquilo y feliz.

–¿Quién es ella? –preguntó Francisco–. Ya sabemos lo que lee, pero nos gustaría más saber otras cosas.

–Ella es la razón de mi vida. Me enamoré –confesó.

Silencio breve.

–Bueno, brindemos entonces por el amor –celebró Francisco levantando su copa de vino.

–Por los amigos y el amor –completó Ignacio.

–Por los amigos y por ellas –agregó Manuel.

–¡No es cierto, no brindarás por las dos! –replicó.

–¡Brindaré por las cuatro! Acepto mi destino, pero no dejo de amar a las dos. ¡Y es aquí en el único lugar en que puedo decirlo sin efectos secundarios!

–¿Qué sabes de María Dolores? –preguntó Francisco.

–Poco. No atiende mis llamadas. Solo me respondió un mensaje cuando le pregunté por el embarazo.

–¿Qué dijo? –intervino Ignacio.

–"Estamos bien". La verdad es que quiero verla, pero también quiero paz. Ambas cosas no estarían siendo compatibles.

–Ni lo intentes por ahora, por favor –le pidieron ambos.

La conversación continuó y cada uno a su modo compartió su realidad. La vida podía ser maravillosa, pero también sabía poner a las personas de rodillas. Los tres lo sabían. Todo era más fácil cuando los amigos estaban ahí. No solo en los días de sol sino en aquellos de intensa tormenta y rayos.

Esa noche la amistad disfrutaba de un clima favorable.

CAPÍTULO 58

Palabras

A veces es tan sencillo como abrir tu ventana interior.
Ángela Becerra

Isabella había decidido hablar con Luciano. La relación entre ellos no era tensa, pero ella lo evitaba. Él percibía que algo había cambiado. En la intimidad, por primera vez había fingido al principio. Luego con los ojos cerrados había imaginado a Matías. Nada era lo mismo. Se sentía culpable. No solo porque se había enamorado de su amigo, sino también porque no había tenido el valor de enfrentar el tema de manera adulta con Luciano. Su esposo, más allá de las diferencias, la amaba. Podía ser que la amara de un modo que no era el que ella necesitaba, pero solo por amor alguien podía hacer lo que él había hecho. ¿Quién era ella para juzgarlo y condenarlo a un silencioso engaño?

Esa mañana, él la despertó con el desayuno.

–Buen día, amor –dijo. La besó con ternura en la boca.

–¡Hola! –respondió algo confundida–. ¿Por qué me traes el desayuno a la cama? –preguntó frente a un detalle que no tenía casi nunca.

–Porque eres mi esposa y quiero que me perdones. He dicho cosas, que no siento, en las últimas discusiones. Tú has sacado siempre lo mejor de mí. No quiero que peleemos.

Isabella tenía un nudo en la garganta. Podía ver en él al hombre generoso que le había quitado el miedo aquella noche. No quería pelear o gritarle o desplazarse por la casa para que no la alcanzara. Pero tampoco deseaba besarlo o sentirlo. La realidad se le vino encima como un alud. Tuvo ganas de llorar. Cierta armonía reinaba en el ambiente, a pesar de sus sentimientos encontrados.

No pensó en Matías. Sintió su ser. Porque ya no era alguien a quien debía traer a su memoria, él era parte de ella, aunque quisiera lo contrario. Ni arrancándose la piel podía cambiar esa verdad. El amor no pedía permiso para instalarse. Lo tremendo era advertir que tampoco avisaba cuando partía. En ese momento, mirando a Luciano supo que no quedaba nada más que el pasado y la gratitud. No podía amarlo. Si es que alguna vez lo había hecho, eso había llegado a su fin.

–¿No me dirás nada?

–Yo… gracias. No he sido completamente honesta contigo pero debo ir a trabajar temprano. ¿Te parece que cenemos juntos? Necesito que hablemos.

–Sí, claro –respondió–. No intentó averiguar qué era lo que ella

había callado. ¿Lo sabría?

***

Las columnas de Isabella eran un éxito absoluto. Miles de mails de las lectoras llegaban al correo de la editorial con el deseo de expresar sus sentimientos. Lucía confirmaba que no se había equivocado. La última columna había sido publicada sin que ella hubiera llamado a la joven para felicitarla. Estaba probando su temple. No quería que fuera dependiente de su juicio de valor. Era editora y tenía el poder de decidir, pero en algunos casos, tenía también el don de saber a quién dejar volar entre los diseños de su propio talento. Isabella era uno de esos casos. Esa mañana debía pedirle el nuevo texto, por eso la llamó a su oficina.

–¡Hola! ¿Cómo estás?

–Bien –no podía explicarle que vivía las vísperas de una conversación dolorosa que no deseaba tener.

–Sabes bien cómo referirte al abandono –dijo en alusión a su último trabajo–. No responderé a las tres preguntas, pero te has ganado el derecho de saber que ya nada me detiene.

Isabella recordó rápidamente el final de la columna:

Tú, ¿a quién debes abandonar? ¿O cuándo aceptarás que te han abandonado?

¿Has soltado aquello que te detiene?

–Supongo que “soltar” es la clave, y avanzar es la acción –pensó en voz alta.

–¿Hablas de ti, verdad? Creo que en cada caso hay algo que sentiste que debías decir –afirmó Lucía.

–Supongo que somos lo que escribimos –dijo sin vacilar–. La mamushka de una Isabella intermedia era la que hablaba. Ni sumisa ni rebelada. Era una mujer que lograba un equilibrio basado en el dolor y en el amor.

–También somos lo que leemos.

–¿Y qué lee usted?

–Tus columnas, jovencita –dijo con cierto humor–. Entre otras muchas cosas.

Isabella sonrió por la sutileza. La enigmática vida de su jefa le generaba curiosidad.

–Gracias por creer en mí.

–Te lo has ganado. ¿Sobre qué te gustaría escribir esta semana?

Isabella se sorprendió. No tenía pensado un tema. Trató de seleccionar uno rápidamente pero no pudo. No supo qué responder.

–No lo sé. Lo que usted me indique.

Lucía advirtió en la mirada de la joven una preocupación. Iba a ayudarla del modo que podía.

–Cambiaremos la condición. Tú elige los temas y si yo deseo alguno en especial te lo pediré. Te has ganado esa posibilidad –agregó. De esa manera sería más simple que ella liberara sus sentimientos. Además, esa inusual empatía que las unía quizá también le diera respuestas a través de su columna. Lucía creía en las señales del destino.

***

Isabella y Matías salieron juntos del trabajo. Caminaban en silencio.

–Quisiera darte la mano –dijo ella.

–No puedes. Lo sabes –ella lo miró con tristeza–. No sé para qué quieres mi mano, si tienes mi vida entera –agregó–. ¿Qué sucede?

–Hablaré con él durante la cena.

–¿Estás segura? –él sabía que sí pero necesitaba escucharlo de su boca.

–Sí. ¿Puedo ir a tu casa un rato?

Matías moría por tenerla para él, pero eso no la ayudaría en el paso importante que había decidido dar.

–Creo que hoy deberías enfocar tu atención en lo que decidiste resolver. Poner fin a esa preocupación. No será fácil. Sabes que nada en el mundo me gusta más que estar contigo, no es un rechazo…

–Es amor. Del bueno –interrumpió tomando real conciencia del maravilloso ser que era él.

–Algo así –asintió con dulzura–. Haz lo que sientas y si por alguna razón, cambiaras de idea, no pienses en mí, piensa en ti. Tú eres lo único importante.

Ella sintió que Matías era la definición del amor. Quería decirle muchas cosas, pero no lo hizo. Solo pudo pronunciar cinco palabras.

–Eres mi persona en el mundo.

–Y tú, la mía.

***

Isabella caminó sin rumbo durante un largo rato. Buscando respuestas, hallando preguntas, recordando momentos, redimiendo sombras y también soñando que la felicidad era posible.

Llegó a su casa y para su sorpresa, Luciano la esperaba con la mesa puesta y la cena lista.

–Te he llamado varias veces al celular –dijo él–. ¿Lo olvidaste en el trabajo?

–No lo escuché –respondió. Lo buscó en su bolso y allí estaba–. He caminado y pensado mucho. Indudablemente me distraje.

–¿Qué es lo que sucede? –preguntó. Su tono era preocupado y sincero.

–Ven, siéntate –dijo ella, acomodándose en el sofá.

–La cena está lista –era cierto, pero su intuición quería postergar ese diálogo, aunque él mismo lo hubiera iniciado.

–Tendrá que esperar.

Luciano se sentó frente a ella.

–Te escucho.

–No soy feliz –dijo sin pensar en sus palabras ni en el poder de las mismas–. He cambiado –no lo sabía ella, pero de algún misterioso modo estaba sintiendo lo mismo que había motivado a Gina a partir. Suele suceder que madre e hija casi siempre comparten más de lo que saben, porque son, en buena medida, partes de una única alma con destinos diferentes.

–¿Qué quieres decir con ambas cosas? –estaba sorprendido. Esperaba un planteo remediable, pero era evidente que Isabella exponía un conflicto mucho más serio.

–Digo que no es justo estar a tu lado de esta manera. Nos hemos perdido. Los dos.

–Explícate.

–Perdidos, Luciano. No estamos en el mismo barco.

–¿Y dónde, según tú, ocurrió eso?

–No sé en qué momento exacto ni en qué lugar, pero sucedió. Tú, en la seguridad de creer que yo siempre estaré aquí y haré lo que sea para complacerte. Yo, en la ceguera de permitir que la gratitud le ganara la pulseada al amor. Te quiero, pero no es suficiente. Un matrimonio no se sostiene con cariño.

Luciano la observaba. No podía enojarse, porque ella hablaba con claridad y sin rencor. Una mujer madura pronunciaba su verdad. ¿Qué puede hacer un hombre enamorado cuando se da cuenta de que ese amor no es correspondido? ¿Es digno retener mediante cualquier recurso? ¿Cómo saber si todavía quedaba una oportunidad? ¿Qué carta jugar cuando la suerte estaba echada?

–No parece que esto sea algo que descubriste esta mañana –atinó a decir–. ¿Me estás dejando? –preguntó en forma directa. Era de los que creía que era mejor sufrir de un tirón que prolongar la agonía.

–Sí. Perdóname. No quiero lastimarte pero…

–Pero lo haces –interrumpió –No puedo perdonarte.

–Quiero que entiendas que no soy una mala persona por tomar esta decisión.

–¿Estás segura? –preguntó con ironía.

–Sí. Seré clara contigo. Fue un accidente que no pude evitar. He asumido mi error a puro dolor. No puedo ponerle palabras sin llorar. Mi equivocación no ha sido atropellar a esa pobre mujer embarazada y quitarle la vida. Ese ha sido un hecho desgraciado por el que debí responder. Mi peor error fue permitir que tú lo hicieras por mí. No debí hacerlo. Supongo que todo lo que inicia sobre una mentira no puede sobrevivir.

–¿Me dices que te casaste conmigo por lo que hice por ti?

–En ese momento me casé creyendo que estaba enamorada, pero ahora a la distancia y haciéndome cargo de mis propios traumas, siento que pudo no ser así. Siempre voy a agradecerte lo que hiciste, pero es tiempo de verdades. Ya no quiero esa culpa sobre mí. No puedo cambiar lo ocurrido, pero quiero comenzar a ser la dueña de mi vida, de mis proyectos, de mis decisiones. No deseamos lo mismo. No quiero vivir a la sombra del pasado.

Luciano se sirvió una copa de whisky. Durante esos minutos ninguno habló. Las palabras que no dijeron convirtieron la calma del ambiente en un viento sombrío y tenebroso.

–¿Quién es? –preguntó él mirándola directamente a los ojos. No tuvo dudas. Tenía que existir otro hombre.

En ese momento, ella no pudo pensar. Simplemente respondió.

–No eres tú.

–¿Me has engañado? –él se precipitó sobre ella y la sacudió apretando sus brazos. Isabella quedó inmóvil. No bajó la vista.

–Suéltame. ¡Ahora! –dijo con énfasis. Luciano reaccionó a tiempo y se apartó.

–Dime la verdad, la merezco –una gran desilusión ahogaba su amor propio. Una cosa eran peleas y concesiones dentro del matrimonio. Otra muy distinta, la infidelidad.

–Ya te la he dicho. No soy feliz. Me iré de aquí.

–¿Quién es? ¿Desde cuándo? –insistió.

Pero Isabella no contestó. Fue a la habitación a armar su maleta. Luciano la siguió.

–Por favor, no hagas esto más difícil. Luego vendré por lo demás –agregó ella.

–¿Por qué? –preguntó. Había dolor en sus palabras.

–Porque no pude evitarlo. A veces, la vida sucede como la muerte o la enfermedad, sin que podamos hacer nada al respecto. Intento hacer lo más justo, ser honesta.

–No lo eres del todo. Tú no tomarías esta decisión si no tuvieras el apoyo de alguien más. Te conozco.

En ese momento Isabella pensó en sus palabras. ¿Era cierto? ¿Actuaba por Matías? ¿Cuál era el hecho determinante de su decisión? Sintió cierto alivio.

–Te equivocas. Pude perdonarme. Soy capaz de separar mi gratitud hacia ti de lo que soy.

–¿Y qué eres?

–Libre, Luciano. Soy libre por fin de sentir que esas muertes no han signado mi vida para siempre a la voluntad de la culpa y a la gratitud eterna. No existen deudas emocionales a perpetuidad. Ya no quiero sentir que te debo nada. He pagado con entrega, sufrimiento y renuncias. Toda la vida elevaré plegarias para que Dios me perdone y para que esa familia encuentre paz. Pero no me quedaré con tu felicidad ni permitiré que ese hecho desgraciado se quede con la mía.

Él la abrazó. Sintió con nivel de certeza que era el final. Ella respondió al contacto con cariño. Ambos lloraron.

–No lo hagas, no te vayas. Podemos resolverlo. Te amo.

–No. No podemos. Ya no soy la Isabella que conociste y tú mereces a una mujer que pueda darte todo. De verdad deseo que seas feliz –dijo. Lo besó con suavidad en los labios y partió. Luciano no pudo contener las lágrimas.

La observó subir a su auto.

Isabella se dirigió a casa de su padre. Necesitaba espacio. No pensó en Matías. Llovía intensamente. No sintió pánico, algo dentro de sí se había liberado. De repente se detuvo y al ritmo del sonido de una tormenta muy similar a la de aquella noche, tomó su agenda y escribió.

Palabras

¿Qué es la palabra? ¿Quién le ha dado el poder de cambiar los destinos de las personas? ¿Por qué no aprendemos la importancia de decir? El término palabra proviene del latín y expresa uno de los elementos más imprescindibles en cualquier lenguaje. Se trata de un fragmento funcional de una expresión, delimitado por pausas y acentos. Como la vida, refleja momentos en los que hay que detenerse y otros en los que se impone poner énfasis en una idea, en los hechos o en los sueños.

La combinación de las palabras permite formar frases con un significado propio. Ese sería, en más o en menos, el concepto académico que todos aprendimos.

No quiero referirme a esas palabras, sino a las otras. Las relacionadas directamente con la mujer que somos. Vivimos esperando escuchar algo de alguien o del mismísimo destino. Sin embargo, no nos detenemos a pensar en las palabras que otros esperan o merecen que pronunciemos. Porque no

es solo escuchar, es decir. Ponerle palabras a las emociones, poder por fin, contar hechos dolorosos, redimir culpas, confesar amor. Asumir fracasos con hidalguía. Expresar lo que somos y sentimos. Contar las consecuencias de la ausencia y también agradecer la presencia. ¿Por qué al momento de asumir un error diferimos el hecho de verbalizarlo? ¿Por qué resistimos aceptar una nueva oportunidad y le ponemos palabras al miedo pero no a la posibilidad? Porque escuchar nuestras propias palabras nos obliga a aceptarnos. Y a veces, puede que no hallemos a alguien acorde a nuestras expectativas.

Hoy, he dicho. He podido ponerle palabras a mi verdad y necesito compartirlo con ustedes. Porque callar me ha invitado por mucho tiempo a capítulos de dudas, que me han lastimado, me han cuestionado cada arrebato que me encontró buscándome. El silencio me ha sugerido interrogantes que no me animé a plantear. Hablar, en cambio, me ha liberado.

Las palabras que no decimos escriben el tiempo que no tenemos.

Tú, ¿tienes algo que decir? ¿Qué señal estás esperando? Todas están dentro de ti. Ponle fin al encierro.

Isabella López Rivera

Al terminar, un relámpago iluminó más que la noche. Derramó luz sobre ese texto que la hizo estallar en lágrimas. Lloró con la intensidad de quienes luchan contra la adversidad y se emocionan. Eran lágrimas vivas y necesarias que desataban, uno a uno, los nudos que la enlazaban al perdón, a la muerte y al abandono. A veces, hay que hacer lo que corresponde. Avanzar no es tarea de los otros. Es efecto de las acciones que cada ser decide desde el corazón.

El verbo es el camino de la liberación.

CAPÍTULO 59

Ángeles

Te quiero por todo lo que ya hemos compartido, y te quiero anticipadamente por todo lo que está por venir.
Nicholas Sparks

Diego había retomado un ritmo casi habitual en su rutina de estudio y estaba especialmente atento a las necesidades de Ángeles. Ella era su prioridad. Sentía que solo él podría traerla de regreso de la pesadilla vivida y de su vulnerabilidad. Todas sus acciones le demostraban su amor incondicional y trataban que ella no sintiera que había manchas invisibles en su cuerpo. La extrañaba desde la intimidad, pero sabía muy bien que debía darle tiempo. No la presionaría en ese sentido ni en ningún otro. Poco a poco ella se estaba recuperando y las largas conversaciones que mantenían los unían cada día más. Eran el pasado y la promesa de un futuro que los encontraría fortalecidos y felices.

Aquella tarde habían decidido mirar una película en casa de Amalia. Diego había aprobado otro final y se tomarían la noche y el día siguiente de descanso. No coincidían demasiado en los géneros de cine que elegían, pero estaban completamente de acuerdo en compartir, por lo que veían películas de amor, de guerra, acción y suspenso. En esa oportunidad ella había elegido.

Acostados en el dormitorio de Ángeles disfrutaban de *Noches de tormenta*. Afuera amenazaba una inminente lluvia. Un escenario que parecía complotarse con las escenas convertía esa habitación en algo tan mágico y azul como la historia que miraban. Diego no era romántico, pero estaba enamorado. Por eso no era inmune a ciertos diálogos que inevitablemente lo hacían pensar en ellos. El film planteaba conflictos del pasado y un amor que convertía a dos seres en mejores personas, a partir del momento en que escucharon sus historias.

–Me gusta pensar que el amor existe también para mujeres mayores –dijo Ángeles en relación a la protagonista del film.

–¿Por qué dices eso? Tú estarás conmigo cuando tengas la edad de ella. No vamos a separarnos. Yo jamás te engañaría como hizo su marido –agregó. La impunidad de sus años le permitía tener certezas sobre un futuro lejano y estaba bien. La juventud tenía esa fuerza, ese dominio sobre la seguridad de los sueños que las personas de más edad resienten a pura experiencia.

–¡No lo digo por ti! –respondió sonriendo–. Amo intuir que jamás te perderé.

–No lo harás.

–Lo digo por mi tía.

–La médica de papá. Debo reconocer que las causalidades suelen ser sorprendentes a veces.

–Ella es algo más que su médica.

–¿Qué dices?

–¿No lo sabes?

–No.

–Es cierto que es su médica. Operó su pierna de urgencia. Las vueltas de la vida lo llevaron a él a su quirófano muchísimos años después.

–¿Después de qué? –preguntó y puso pausa a la película.

–En el pasado fue novia de tu padre. Él la dejó cuando conoció a tu mamá. Se reencontraron por el accidente y luego, cuando vine por su ayuda y le dije tu apellido, supo que eras su hijo. Ella fue a verlo por mí, por nosotros.

Diego no salía de su asombro. Recordó la conversación con su padre y la realidad había sido que él no había preguntado nada, suponiendo que la médica había asociado apellidos con su paciente y por la gravedad del asunto había ido a hablar con su padre. Tenía sentido un vínculo anterior.

–Pero ¿cómo lo supo?

–No le pregunté. Imagino que lo intuyó. O quizá sabía sobre tu padre y sus hijos aunque no lo hubiera vuelto a ver.

–¿La engaño con mi mamá?

–No lo sé, Diego, no era tiempo de tanto detalle. Yo estaba devastada.

–Me pregunto qué sentirá mi tía ahora, que ella sigue sola y tu papá se ha separado –agregó.

–No lo sé. ¿Crees que ellos tengan una relación?

–No tengo idea. Solo quiero que mi tía sea feliz.

–No he pensado en la felicidad de mi padre… –dijo con sinceridad–. Supongo que podría ocurrir.

Antes de que pudiera abandonar esa idea, Ángeles habló sobre otro tema igual de intenso.

–¿Por qué no has nombrado nunca más a tu mamá desde que viajó? –preguntó algo que la preocupaba.

Diego no se sentía molesto por la pregunta, porque era Ángeles quien la formulaba. La realidad era que lo que lo fastidiaba era Gina. No se había detenido a pensar por qué. ¿Acaso la separación? ¿El viaje? ¿El descubrir que su madre era también una mujer que podía pensar en rehacer su vida? ¿Que era injusto para con su padre? ¿Todo eso a la vez?

–No la he nombrado, porque estoy enojado. No entiendo su

actitud.

–¿Cuál de todas? –hablar con ella siempre lo sanaba y le brindaba otra mirada sobre los mismos hechos. Más conciliadora.

Diego la besó en los labios con dulzura.

–¿Sabes que solo tú puedes lograr esta conversación conmigo, verdad?

–Lo sé. Y también sé que has estado tan furioso por lo que pasó con nosotros y luego tan pendiente de cuidarme que es este el primer tiempo que encuentro para poder cuidarte yo a ti. Dime, ¿qué sientes?

–Bronca. Una familia rota. Una mujer desconforme que teniéndolo todo optó por hacerse la joven aventurera. Además, dejó tres hijos a la deriva sabiendo que podían sucedernos cosas. No se crían hijos enseñándoles que siempre estarás para ellos para luego, de la noche a la mañana, abandonarlos.

Ángeles se sentó en la cama con las piernas cruzadas y él permaneció acostado de lado.

–Bueno, creo que no tienes razón. Te amo y te apoyo en todas tus decisiones, pero esta vez debo decirte que estás equivocado. Y te lo dice alguien que tiene no solo el concepto sino la experiencia de lo que significa algo peor que una familia rota, que es una familia negada –Diego la escuchaba con atención–. Una familia no está rota porque el matrimonio termine. Ustedes se tienen unos a otros de manera incondicional. Lo veo con tus hermanos, con tu papá. Tú eres el resultado del gran trabajo que tus padres hicieron. Yo no sé cuál ha sido el hecho determinante que haya hecho que tu madre tomara esa decisión de separarse y luego viajar, pero la entiendo.

–Me confundes. ¿Cómo podrías comprender algo que no sabes? Además, tan ilógico.

–Porque no es irracional. Se cansó. Ahora que vivo con mi tía, si bien es poco el tiempo, he sabido lo que es sentirse amada y he podido descubrir en terapia, no sin mucho dolor, que mi madre me ha usado y que por más esfuerzos que yo hiciera por complacerla, nunca me quiso. Si yo hubiera tenido el valor de Gina, me habría ido antes.

–No es lo mismo. A ti te han maltratado. ¡A mi madre no!

–¿Cómo lo sabes tú? ¿Crees que la única manera de maltrato son los golpes? ¿Y si tu padre ha sido indiferente? ¿No alcanza eso para querer otra cosa? ¿Y si ella lo intentó?

Era la primera vez en todo el tiempo transcurrido desde la separación que pudo pensar en Gina desde otro lugar. ¿Podía Ángeles tener razón?

–No sé qué decirte. No puedo pensar en mis padres como en una pareja.

–Pero ¿puedes enojarte porque dejaron de serlo? Piensa, amor. Estuvieron juntos veinticinco años. Tú y tus hermanos son buenas personas. ¿Qué hicieron mal, según tú?

Diego estaba acorralado. No había ningún principio de la física que viniera a su mente en auxilio.

–Dicho de ese modo… Pero mamá se fue. Y lo que es peor, no regresó cuando papá tuvo el accidente. ¿Qué necesita hacer en el mundo sola? Josefina tiene cáncer, Isabella no lo dice aún, pero algo le sucede. Ha hablado con Andrés y conmigo. Y a mí… bueno sabemos lo que nos ha ocurrido.

–Es verdad. Pero cuando ella se fue, tú me habías dejado y Josefina no estaba enferma. Nada lograba cambiando su plan. Además sabía que todo lo que podía hacer por su familia, estaba hecho. Yo pienso que quiso hacer algo por ella misma.

–¿Qué? Lo tiene todo.

–Quizá sea como la protagonista de la película –dijo refiriéndose a *Noches de Tormenta*. Tal vez, está herida o vacía o ambas cosas.

Reflexiones nuevas comenzaron a andar el mundo interior de Diego. No era necio. Algo de verdad podía existir en las ideas de Ángeles.

–¿Por qué defiendes a mi madre?

–No es a tu madre. Es a todas las madres en su lugar. Lo hago, porque yo no tuve una y bien difícil ha sido. No quiero que el amor de mi vida sea injusto con la suya.

–Te amo.

–Y yo, a ti. Quita la pausa, veamos cómo termina –dijo. Conocía bien a Diego y era tiempo de dejarlo procesar sus palabras.

Cuando la película terminó, el final trágico había provocado lágrimas en Ángeles y Diego no podía detener sus pensamientos. ¿Era correcto que hubiera condenado a su madre al silencio como consecuencia de no estar de acuerdo con ella?

Cada uno de ellos interpretaba a Gina con su propio sentido. Cada experiencia, buena o mala, tenía una potencial interpretación que los obligaba a dar respuesta. No había escapatoria. La diferencia entre Diego y Ángeles era que él lo hacía a través del “cómo” ocurren las cosas, tarea que le compete usualmente a las ciencias “duras”; y ella, a través del “por qué” ocurren las cosas, una postura más filosófica, arraigada a su experiencia. Encontrar el equilibrio entre estos extremos no era sencillo, porque estaban muy relacionados y siempre uno repercutía en el otro.

Sin embargo, las personas que usan más el “cómo” que el “por qué” son quienes suelen arruinar las historias.

Diego era un ejemplo de ello. Al enterarse del embarazo y de que Ángeles no podía determinar quién era el padre, había reducido la realidad hasta desvincularla de su misterio y de sus reveses. Había construido una triste interpretación mecánica y horizontal de la situación que la convertía en una inexorable traición. No quería correr ese riesgo con su madre. Tener una mirada demasiado científica sobre la vida podía acabar por interpretar a su madre y sus "porqués" desde la perspectiva meramente mecánica del "cómo". Quizá su novia tuviera razón y los motivos de Gina no pertenecieran a un mundo riguroso que acabará siendo el final del vínculo que lo unía a ella.

–¿Qué crees que debo hacer con mi madre?

–Escucharla –dijo. Sabía que sus palabras le habían llegado al corazón y las estaba analizando.

–Todo lo que sucede excede la dimensión de lo calculable.

–¿Y eso qué te dice?

–¿Qué hay otra mirada desde la cual interpretar los hechos?

–Exacto. Una que supera con creces las leyes de la física, y que nos permite descubrir como detrás de cada "cómo", hay un potente "por qué". No te fijes en que Gina se ha separado de tu padre y que viajó. Debes averiguar si existe una causa, un porqué que pueda darle sentido.

¿Cuál era el de Gina?

CAPÍTULO 60

Volver

Déjame volver con el recuerdo de aquellas esperanzas del día que partí.
Homero Expósito

Gina estaba recostada en su cama de la habitación del hostel, mirando la nada y sintiendo en todo su cuerpo el aluvión de sensaciones reencontradas que habían despertado en su piel y en su alma durante los últimos días. Su estadía en Cuzco se había prolongado más de una semana. Esto había extendido su viaje a algo más de un mes. Claramente no era Perú el motivo. Si bien había aprendido a amar lo que ese país había provocado en ella, claramente no era su lugar en el mundo. Pero no era dónde, era con quién. Esa verdad era irrefutable.

Sin embargo, esa tarde casi noche sentía nostalgia. Extrañaba a sus hijos, sus animales, a María Dolores, a Alicia. Comenzó a pensar en la salud de sus mayores. Le dolió haber podido comunicarse solo con su madre y ser enjuiciada tan duramente por su padre. Necesitaba ver al viejo Parker, echaba de menos la ternura de su mirada. Quería besar a su amada gata Chloé y hablarle como solía hacerlo cada día. Todo lo que había dejado comenzaba a reclamar su lugar. Extrañaba. ¿Por qué? Era simple la respuesta, porque nada ni nadie, por muy lejos que estuviera, podía cambiar el sentimiento que la unía a sus seres. Priorizarse era la mejor decisión, pero en modo alguno significaba dividirse. Ella los amaba profundamente y desde ese lugar, la distancia comenzaba a angustiarla. No estaba arrepentida de nada, pero sabía que no podía prolongar para siempre ese idilio. Una dosis de realidad se había apoderado de ella.

Rafael era todo lo que una mujer como ella podía imaginar en un hombre. Se divertían, reían, hablaban seriamente de los hijos, compartían sus proyectos y algo diferente les sucedía. Lo habían hablado. Se admiraban. Eso era algo que no les había ocurrido nunca. Sentir admiración por alguien y que fuera recíproco. Admirar a ese ser con quien se comparte la entrega absoluta. A quien se le da el control del propio cuerpo y la llave de las emociones más secretas. Porque después de los cuarenta y cinco años, compartir una cama no era dormir juntos o tener sexo, era algo que iba más allá de todo el placer y se convertía en el disfrute del después garantizado. Gina recordaba su olor, sus palabras y sus caricias con la misma sonrisa que en su momento y junto a la necesidad de volverlas a sentir. Rafael tenía a Gina instalada en su corazón y sus pensamientos en forma permanente. Solo quería volver a sentirla del modo que fuera y mirarla. Ver su expresión cuando lo escuchaba no se comparaba con

nada que él hubiera conocido antes. El tiempo juntos era tan valioso entre las sábanas como durante una conversación en el transcurso de un paseo.

Ese sentimiento de admiración mutua en todos los aspectos llevaba una connotación importantísima en su búsqueda. Había concluido que debía ser requisito en cada pareja, porque sin admiración el amor envejece, se debilita y en muchos casos puede ser la causa de su fin.

¿Cómo seguía esa historia? Él vivía en Barranquilla; ella, en Bogotá. No quería una relación a distancia. Nunca había creído en ellas. Por otra parte, no sabía bien si quería una relación. Su búsqueda no tenía que ver con un hombre sino con ella misma, con su capacidad de ser feliz, de recuperar a la Gina que se había perdido en la rutina de una vida puesta al servicio de los demás. Se comunicaba con todos por mensajes o llamadas, pero comenzaba a sentir que salvo Alicia, ninguno de los demás eran los mismos. ¿Acaso su cambio no era el único? ¿Por qué sus hijos y Francisco no sonaban como siempre?

Sentía incertidumbre porque debía tomar decisiones y eso se mezclaba con sentimientos contradictorios. En ese momento su celular sonó. Atendió.

–¡*Hello, my darling*! ¿Cómo sigue el romance de Lady Marian y Robin Hood? –dijo Paul, que estaba al tanto de lo que sucedía con Rafael–. Debes hacer que valga la pena, porque ayer he desalentado a Peter Jenkins por completo. Le dije que tu recuerdo será todo lo que tendrá de ti.

–Hola, amigo mío. Llueve en Cuzco y no tengo un gran día. Mándale mi cariño a Peter –sonrió al recordar la situación en el crucero. Dile que ha sido el principio de un gran cambio para mí. No lo olvidaré.

–¿Por qué suenas tan dramática?

Ella sonrió. Paul lograba siempre su sonrisa.

–Porque los sueños terminan. Esto que vivo no es la realidad. Debo volver. Extraño a mis hijos y mis mascotas. Además, Rafael no es compatible con mi vida. Él es periodista en Barranquilla y yo, notaria en Bogotá.

–Bueno, ambos están en Colombia –dijo optimista.

–¡No te burles!

–No lo hago. Creo que no eres honesta contigo. Lo que tienes, además del sentimiento “viaje pos mes”, es miedo.

–¿Qué es el sentimiento “viaje pos mes”?

–Es la angustia y la añoranza del lugar de origen. Es el momento en el que el mundo te ahoga y te muestra la real dimensión de la distancia. Cuando quieres volver, al menos por una hora, para ver a

todos y después regresar. En la mayoría de los casos un pasaje de regreso es el que marca esa hora en el reloj. En el tuyo es peor, porque además debes tomar la decisión y creo que te has enamorado en el camino. Por eso tienes miedo.

Gina escuchó atentamente cada una de sus palabras. Él siempre tenía razón.

–Quisiera que estuvieras aquí. Tengo ganas de llorar y necesito tu abrazo.

–No puedo abrazarte ahora, pero no es lo que necesitas. Piensa. Confía.

–¿Qué quieres que piense? ¿En qué debo confiar?

–Estás en la parte melancólica de *Dirty Dancing* o de *Pretty Woman* o de *Reto al destino* o de *La boda de mi mejor amigo* o de tantos clásicos del cine. Confía en ti, en lo que eres y sientes. Este viaje, Rafael y tu voluntad te trajeron de vuelta. Ya no estás perdida. Sigue tu corazón.

–¿Y el miedo?

–En este momento le tienes miedo a todo, por lo tanto postérgalo. Tienes temor de regresar, de quedarte, de Rafael, de tu gente, del tiempo, de ti misma… ¿Sigo?

–No. Creo que es suficiente. Te quiero ¿Lo sabes?

–Por supuesto. También yo. Te llamaré mañana. Debes creer en tus decisiones. Eres la misma mujer que supo reencontrarse. Lo que hagas en adelante estará bien. ¿Has escuchado la voz? –preguntó con referencia a la anciana de Brujas y de la Plaza de Armas.

–Sí.

–¿Cuándo? ¿Qué te dijo? ¿Por qué no empezamos la conversación por ahí? –preguntó ansioso. Su superstición era extrema.

–Anoche en sueños. Dijo “Avanza”.

–¿En qué contexto?

–No recuerdo nada más.

Paul se quedó callado unos instantes.

–Hazlo, hermosa Gina. El destino te está hablando. Estás volviendo a ti.

–¿Cómo crees que debo seguir?

–Solo tú lo sabes.

***

Gina se despidió de Paul y su celular volvió a sonar. Atendió con urgencia. Su corazón comenzó a latir nervioso.

–Hola. ¿Qué te sucede? –era la primera vez que la llamaba.

–Te necesito, mamá.

Gina se quedó sin aire. Quería transportarse por alquimia a Bogotá,

pero conservó la calma.

–¿Qué te pasa, Andrés?

–Es Josefina. Tiene cáncer de mama. El pronóstico es bueno. La biopsia indicó que no será necesaria quimioterapia pero ha comenzado las sesiones de rayos y yo, en fin… me gustaría que estuvieras aquí –su voz sonaba quebrada.

Gina no pensó en su reacción. En un instante su rol de madre se apoderó de ella. Entendió las razones del matrimonio sin avisar.

–Hoy mismo sacaré el pasaje de regreso. ¿Cómo está ella?

–Bien. Dentro de las circunstancias lo llevamos bien. ¿Sabes? Yo no soy quien debe ponerte al tanto, pero a Diego le suceden cosas y también a Isabella.

–¿Qué les pasa? No me asustes.

–No puedo contarte. Ellos me han pedido reserva pero sí puedo, sin traicionarlos, decirte que creo que es tiempo de que vuelvas.

Andrés sabía todo lo que les sucedía a sus hermanos. Isabella le había confiado con detalles lo que ocurría con Luciano y Matías. Diego lo tenía al corriente de lo sucedido con Ángeles, también. Entre ellos, habían hablado poco porque Diego era de pocas palabras pero se habían reunido y la sangre que compartían había precipitado sus confesiones más sinceras. Los tres hermanos se aconsejaban y acompañaban de diferentes maneras, acordes a sus conflictos y temperamentos.

–¿Y papá? –preguntó refiriéndose a Francisco. Antes lo llamaba así.

–Él está siempre para nosotros.

–¿Sabe todo lo que no me dices?

–Algunas cosas sí y otras, no. Debes confiar en mí. Regresa.

–Lo haré, mi amor. De inmediato.

–Gracias.

–Te amo.

–Yo también.

Gina llamó a su agencia de viajes y compró el ticket de regreso para el día siguiente. Sus sentimientos de ese día habían sido un presagio. Su intuición le había avisado que debía volver. No la alertó sobre la necesidad de los otros de ella, sino que, concordante con su decisión de priorizarse, la colocó adelante y la hizo sentir que necesitaba regresar por ella misma.

***

Esa noche salió con Rafael a cenar a un restaurante argentino, donde escucharían tango. Se había puesto otra vez el vestido rojo. Él pensó al verla que le hubiera gustado alterar el orden de la salida. Postergar la

cena para llevarla a la cama primero. Era irresistiblemente sensual. Su espalda era perfecta.

Su voz tenía el mismo magnetismo de siempre para Gina, pero su expresión era otra y él lo advirtió de inmediato.

–¿Qué sucede, Gina?

–Mañana regreso a Bogotá –dijo de forma directa.

Rafael la observó. No parecía sorprendido.

–Está bien.

Gina, esperaba otra reacción. ¿No le importaba? ¿Por qué no ofrecía resistencia? ¿Por qué no preguntaba?

–"Está bien". ¿Solo eso dirás?

–Confío en ti. Sabíamos que no podíamos quedarnos aquí para siempre.

–Nunca lo dijiste.

–"Siempre" es una ilusión. "Ahora" es lo único que tenemos. Eso dijiste, ¿recuerdas?, que éramos dueños de pequeñas fracciones de tiempo que nos ofrecen posibilidades. Cuando me besaste, aceptaste una. Me dijiste que este viaje te había enseñado eso y yo respondí que quería todas las posibilidades que el tiempo pudiera ofrecerme contigo. Que deseaba todos tus "ahora".

Gina rememoró ese diálogo en la cima del Huayna Picchu. Tenía razón. ¿Cómo podía recordar con ese nivel de precisión?

–Me sorprende que te acuerdes casi textual lo que dije.

–Sucede cuando vives uno de los mejores momentos de tu vida, en un lugar memorable junto a una mujer increíble.

Su voz seguía siendo música para ella. Se caía en su sonido rendida ante lo que le provocaba.

–He hablado con mi hijo mayor. Su novia, su esposa –corrigió– está enferma. Tiene cáncer. Me necesita. Además, no me dijo qué, pero a mis otros dos hijos les suceden cosas –explicó proporcionando los pocos detalles que tenía–. Debo volver.

–No debes, quieres. Y está bien. Eres madre y no me gustaría que dieras la espalda a ese llamado. Ni por mí ni por nadie. Tu decisión habla de ti.

–Me angustia no volver a verte –confesó.

–¿Por qué te angustia algo que no sucederá?

–Así será. Vivimos en diferentes lugares, nuestros trabajos, los compromisos… –comenzó a decir–. ¿Es qué no te das cuenta de que es el fin?

–Paso a paso, Gina. Yo mismo te acompañaré al aeropuerto. Luego, la vida irá diciendo –no quiso asustarla. No era momento para decirle que jamás iba a renunciar a ella, salvo que ella misma se lo pidiera.

Acompañando el diálogo sonaba el tango *Volver*, de Carlos Gardel. Ya había comenzado cuando ambos prestaron atención a su letra.

[…] Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
Tengo miedo de las noches
que pobladas de recuerdos
encadenan mi soñar.
Pero el viajero que huye
tarde o temprano detiene su andar.
Y aunque el olvido, que todo destruye,
haya matado mi vieja ilusión,
guardo escondida una esperanza humilde,
que es toda la fortuna de mi corazón.

Los ojos de Gina brillaron. Rafael tomó su mano.

CAPÍTULO 61

Dudas

Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran y se reconocen y se abrazan. Ese lugar es mañana.
Ojalá podamos tener el coraje de estar solos y la valentía de arriesgarnos a estar juntos.
Eduardo Galeano

Esa noche Gina se abrazó a Rafael al salir del restaurante. Después, caminaron en silencio. La despedida era inminente y ya no era posible mantenerse alejada de las preocupaciones. Necesitaba ver a Josefina, informarse sobre su salud. Hablar con sus hijos. En definitiva, regresar. Una urgencia que había olvidado cómo la hacía sentir se había apoderado de ella.

Esa tarde se había despedido de sus jóvenes compañeras de habitación. Estaba sola. Por tercera vez en su vida tenía que armar una maleta simbólica. ¿Entraría en ella lo que había puesto al salir más todo lo que ese viaje había sumado a su equipaje?

***

A veces hay que volver. Tomar decisiones simples y auténticas. Reunir en un mismo acto de valentía fuerzas que se tienen y verdades que se encontraron. Acercarse. Abrazar lo nuevo y respirar en la intensidad de lo que se conoce, aunque ya no se necesite.

Hay momentos en la vida en los que una maleta es la única opción. No es viajar por el mundo. Es haberse perdido en él y después de una búsqueda única haber encontrado a la mujer que habita nuestro cuerpo y tenerla al alcance.

¿Qué falta cuando aparentemente se lo tiene todo? Saber oír y mirar. Decidir y recuperar.

¿Es posible haber perdido, en las idas y venidas del tiempo, la capacidad de reconocer los momentos valiosos y la posibilidad de disfrutar de las pequeñas cosas simples? Sí, pero no es definitivo.

Asusta el camino a todos los hallazgos. Sin embargo, el desafío de entender que la vida pasa y el tiempo no pide permiso estaba cumplido. La misión de ser feliz era un hecho asumido ineludiblemente.

A veces, hay que volver. Saber leer la brújula del alma y enfrentar la voz del destino.

¿Dónde? Allí donde se pertenece.

¿Cómo? De manera honesta y segura.

***

Con el beso de Rafael, latiendo en sus labios y la noche que habían pasado juntos, Gina no pudo contener las lágrimas. Ubicada en el

asiento del avión, recordó las últimas palabras antes de embarcar. *Continúa confiando en mí. No hay ningún final aquí. Solo te subes a un avión y yo, a otro.* ¿Era eso verdad? ¿Qué quería la nueva Gina? Una pareja no estaba en sus planes. Había amado compartir ese tiempo, pero ¿cómo podría eso adecuarse a su vida cotidiana? Ella no tenía la menor intención de negociar aspecto alguno de su independencia. Había recuperado el control de sus prioridades, no se correría del primer lugar. También había logrado preservarse, tampoco quería exponer su vulnerabilidad a un hombre que, por mágico que fuera, era hombre al fin. También Francisco la había deslumbrado tiempo atrás. Sin embargo eso había terminado sin que ella supiera ni cómo ni cuándo.

Había avisado el horario de arribo a Bogotá solo a su amiga María Dolores.

Las horas de vuelo fueron interminables. No había un Paul a su lado. En su lugar, la ausencia ocupaba un espacio infinito y su corazón parecía gritarle latidos a un hueco que escribía el nombre de Rafael en las nubes que veía por la ventanilla. ¿Podía extrañarlo? ¿Qué le sucedía? Los recuerdos no la dejaron dormir ni un rato. Las vivencias, cada lugar, cada momento en que ese viaje le había dado la posibilidad concreta de reencontrarse, de reír, de llorar, de sentir, de bailar se enredaban en sus pensamientos hasta provocarle suspiros y alguna lágrima de emoción. Todo parecía parte de un gran plan de nostalgia. La película del vuelo no ayudaba, nada más ni nada menos que *Ghost: la sombra del amor*. ¿Era necesario ese film? Pensó en Paul, él hubiera reído primero y llorado después. Pero no estaba.

Pensó en ella misma, y apagó la pantalla. Un minuto después volvió a encenderla. Era mujer, el amor la definía.

***

Mientras tanto, Francisco y Amalia vivían un romance que ni ellos podían creer. La pierna había evolucionado del mejor modo y solo usaba una faja de neopreno para inmovilizar rodilla y una bota Walker. Ya no eran necesarias las muletas.

Mantenían la relación a resguardo del mundo, solo por los hijos de Francisco, por Ángeles y porque Amalia sostenía que era necesario que fuera Gina la primera en saber. Durante esa cena en un hotel en el que pidieron servicio a la habitación, él la escuchó atentamente.

–Fran, soy feliz contigo. He recuperado en este tiempo cada lágrima derramada hace veintiséis años, pero ya no soy una jovencita.

–Me alegra que no lo seas, porque amo como me haces sentir.

–Me refiero a que no quiero perder tiempo.

–¿Qué quieres decirme concretamente? No es mi intención que pierdas nada, salvo los recuerdos tristes.

–Te amo, lo sabes. Siempre ha sido así. Pero necesito que pienses muy bien qué paso darás. Todavía vives en casa de Gina…

–Justamente de eso quería hablarte. He trasladado todas mis cosas al apartamento con ayuda de Ignacio. Lo he ordenado como pude. No soy bueno en eso. Quería sorprenderte. Tampoco tengo habilidad para decorar nada, pero he comprado un somier tamaño *queen* y un edredón de color azul. ¿Te gusta el azul, verdad? Lo digo por tu ambo.

Ella comenzó a reír.

–¿Es en serio?

–Sí, lo es. ¿Me equivoqué de color? –preguntó como si eso fuera importante. Era tan inocente para sus años. Tan primario en la seducción, pero tan dulce en sus ideas. Amalia no podía sentir más amor por él.

–No. Me gusta el azul –dijo para darle tranquilidad.

–Bueno, quiero que mi casa sea un lugar para los dos. No pretendo que te mudes hasta que estés segura, pero debes saber que el resto del decorado estará a tu cargo.

–Gina regresará. Antes de ninguna decisión, debes prometerme que hablarás con ella. Serás honesto con tus sentimientos y si sigues eligiéndome, entonces tú mismo le dirás que nos reencontramos y que estamos juntos si no…

–No hay “si no” posible. Me volví a enamorar de ti, pero esta vez no se terminará. Ni por Gina ni por ninguna otra mujer.

–Quiero que estés muy seguro de eso. Solo cuando la veas podrás tener certeza.

–La tengo ahora.

–Pero yo no. Necesito que lo hagas. Si tú tienes razón, quiero que tengas con ella una relación adulta. Están tus hijos y mi sobrina. Es necesaria la armonía. Tengo miedo de que ella quiera volver contigo y tú cambies de idea.

–Lo entiendo, pero eso no sucederá. Estoy convencido de lo que siento. Me haces bien. Sacas lo mejor de mí, cosas que había olvidado que era capaz de hacer.

–Tú me has devuelto a la vida. Entiende que todavía no me acostumbro a que eso no pase.

–Lo entiendo y me ocuparé de cada miedo. Eliminaré uno a uno tus temores con besos. Te haré el amor por cada duda que te angustie hasta que solo quede en ti la seguridad de que estamos unidos por todo el tiempo que nos queda por vivir. Y lo viviremos. Te lo prometo. Pasarán cosas lindas y de las otras, la vida es eso. No puedo

garantizarte solo felicidad, pero sí puedo decirte que estaré a tu lado, sea cual sea el destino que espera por nosotros.

Amalia, simplemente, fue feliz. Se besaron.

–Luego de que hables con Gina, si todo es como dices, le contaré a Ángeles. Creo que algo sospecha pero es tan respetuosa y tiene tanto miedo de hacer algo mal, que no me pregunta. Solo me observa y sonríe.

–No dudes de mí. Tuvo suerte de que seas su tía. ¿Supiste algo de tu hermana?

–Me enteré por una vecina suya, que es mi paciente, que salieron del país. Vendieron todo antes. No me extrañaría que no regresen. Creo que nunca amó a su hija.

–Mejor que estén lejos –meditó un instante–. Haré lo que me pides. Hablaré con Gina –dijo.

En ese mismo momento tomó su celular y le envió un mensaje.

“Gina, no sé cuándo regresas. A partir de mañana ya no estaré en la casa. Estoy bien, pero necesito hablar contigo. Avísame si vuelves pronto o si puedo llamarte. Deseo que tú también estés bien”.

Amalia lo leyó. El celular de Gina estaba fuera de línea.

–Luego, les diré a mis hijos. Quiero que todos sepan de ti.

Pocas personas tenían la oportunidad de volver a vivir el mismo primer amor, pero mejor en todo sentido. Amalia dio gracias a la vida por darle tanto. Francisco estaba haciendo más de lo que ella imaginó posible.

***

A la mañana siguiente ambos despertaron y el mensaje había sido respondido.

“Estoy regresando. Me alegra que estés bien. Si es por lo de Josefina, he hablado con Andrés. Si no, cuenta conmigo para lo que necesites. Te llamaré cuando esté en casa”.

Amalia se sintió cómoda al leer la respuesta. Parecían amigos. No advertía en sus palabras las de una mujer enamorada. Su intuición tampoco le indicaba ninguna alerta. Estaba tranquila.

CAPÍTULO 62

Llegar

Es mejor tomar distancia y dejar un valioso recuerdo que insistir y convertirse en alguien que resiste la realidad. No se pierde lo que no se ha tenido nunca, no se conserva lo que no nos pertenece y no podemos obligar a permanecer a quien no desea quedarse.

Laura G. Miranda

Gina llegó al aeropuerto de Bogotá. Eligió que solo María Dolores fuera a recibirla. Igual que al partir, empezaba un nuevo capítulo de su historia y frente a otra página en blanco, quería ser solo ella junto a su amiga del alma, la que arrojara sobre ella las palabras de la experiencia vivida. La maleta de color verde esmeralda había sido su equipaje al partir, pero al regresar traía otra más, de un color similar, obsequio de Paul. Había comprado mucha ropa, tanto de verano como de abrigo para ella y regalos para los suyos. Bajó del avión y sentía que era la mitad de sí misma. La realidad había vuelto a tomar protagonismo. Lo vivido junto a Rafael la debilitaba, se enojó con ella misma por eso. No era justo perder lo logrado en favor de un amor ¿Era un amor? Decidió priorizarse una vez más, debía olvidar. Él nada había prometido, solo había dicho que continuara confiando. Ella no había pedido nada tampoco. ¿Sería el miedo? No podía sacarlo de sus recuerdos y era necesario hacerlo porque la debilitaba.

Retiró su equipaje de la cinta y se dirigió al hall del aeropuerto. Allí estaba su amiga con una sonrisa hermosa. Radiante. Se abrazaron como si, en vez de algo más de un mes, hubiera pasado un siglo. Es que más allá del almanaque, la intensidad de los hechos era la unidad de medida del tiempo. Recordó el día en que había regresado a su pueblo con su título de Notaria en mano. Todo era lo mismo alrededor, pero ella no. Le sucedía lo mismo.

–¿Cómo estás? ¡Te ves cambiada! –dijo María Dolores, al tomar breve distancia para observarla.

–Estoy bien. Muy bien. ¡Dios! ¡Te ves diferente! –acarició su vientre.

–Llevas tenis, un jean y una chaqueta de cuero, ¡no creo ser yo la que está diferente! Te ves genial –dijo con entusiasmo.

–Y tú, ¡llevas un niño! –agregó Gina riendo.

–Mucho que contarte. ¿Qué quieres hacer? ¿Ir de inmediato a tu casa?

Gina pensó un instante. Necesitaba espacio, encontrar un equilibrio antes de tomar contacto con todos. Además quería hablar con Francisco a solas.

–Me gustaría que compartiéramos un café aquí. Que me cuentes y contarte.

–Has cambiado. La otra Gina hubiera regresado enseguida.

–No soy la misma.

–Y a la otra ¿la dejaste junto a mi viejo yo? –bromeó.

–¡Es posible que ambas estén reflexionando juntas! –respondió con humor. Ya sentadas en la confitería del aeropuerto se pusieron al tanto de las novedades de ambas con detalles. Rieron mucho y también se emocionaron. La amistad era una de esas maravillas que siempre estaba allí, esperando para compartir.

–¿De verdad le tiraste con la esfera que te regalé del Coliseo romano?

–¡Sí! Lo siento, porque era un obsequio tuyo. Lo genial es que le di justo en la sien. ¡Algo de tu energía fue en ese tiro al blanco!

–Creo que fue un exceso, amiga. Pudiste echarlo sin arrojarle nada por la cabeza.

–Creo que la fantasía de todas las mujeres ha sido en algún momento tirarle con algo a su esposo. ¡He reivindicado el género! –agregó recordando la escena.

–¡No, Dolo! La violencia no reivindica nada. Sí, en cambio tu decisión de pensar en ti y hacerte valer.

–Yo no tuve tu control. Me dijo que nos amaba a las dos y me convertí en un demonio. No pude resistirlo. Comencé a arrojarle todo lo que tenía cerca. Creo que no solo fue por la barbaridad que tuve que oír, sino porque descargué años de postergarme, de tolerancia, de injusticias. No es malo, pero es un desgraciado. Si lo sentía, no debió decírmelo. ¿No te parece?

–Es posible y lo entiendo, pero no lo justifico. No fue lo correcto, amiga. Al margen de ese hecho puntual, me sorprende tu reacción de separarte y cómo te veo de bien. ¿No lo extrañas?

–A veces, pero algo se rompió dentro de mí y ¡no me refiero a mi casa y adornos múltiples! Él destrozó mi incondicionalidad y el embarazo me dio una fuerza de la que nunca me creí capaz. Tendré un bebé, mi vida pasa por ahí ahora. Sé que vive con la otra, no sé si le habrá dicho que nos ama a las dos. Tal vez ya no me ame a mí. Me quedé con todo lo que me garantizará una buena vida junto al niño. No se negó.

–Es increíble lo que ha sucedido desde tu ataque hasta hoy. Te veo entera, segura y hasta feliz.

–¡Y con puerta nueva!

–¡Dios mío! ¿No era suficiente con cambiar la cerradura?

–¡No! En ese momento todo contra él era poco. Quise un mensaje bien claro de que lo quería lejos. Me liberé.

–¡Fuiste muy clara en tu mensaje!

–Ahora pienso que quizá haya sido algo impulsiva.

–¿Algo? –ambas estallaron en una carcajada.

–Hago terapia. He llorado tanto al principio que iba hasta tres veces por semana. Pero un día me dije: “Usaba dos pares de alianzas. Te engañaba con descaro absoluto. Basta de llorar por él”. Sé que lo de los anillos es simbólico, pero fue más doloroso eso que saber que se acostaba con ella. La realidad me dio un golpe de puño en el centro del alma y reaccioné.

–Me alegro mucho, amiga. No por tu angustia sino porque haya servido para que te des el valor que siempre has tenido. Él se lo pierde.

–Lo sé.

– En su favor debo decir que no discutir los términos del divorcio ha sido un gesto que no siempre ocurre. La mayoría de las mujeres pierde más de lo que gana. No es mala persona coincido contigo. Se equivocó.

–Supongo que ha sido la culpa y ha pensado en el bebé. En fin… ¿Y tú? ¿Así que Nueva York, Paul, Peter, Brujas, Cuzco, Rafael y una misteriosa voz han cambiado tu vida? –dijo haciendo una apretada síntesis de sucesos. Ambas rieron.

–¡Veo que adoctrinaste tu capacidad de resumir! Sí, así fue –respondió con cierta nostalgia, recordando su viaje y sintiendo en su piel las huellas de Rafael. ¿La recordaría él?

–¿Qué sientes?

–¿Respecto de qué?

–De Rafael y de todo lo demás.

–No sé. Volvería a vivir eternamente lo que compartimos. Me he sentido deseada, cuidada, diría que amada, aunque parezca una locura… Pero también ha renacido en mí la mujer que fui a buscar. Me reencontré con mi independencia, con la risa. ¿Sabes? bailo, miro películas, escucho música, disfruto de las cosas simples… Y no voy a permitir que nadie modifique eso. ¿Me entiendes?

–¿Y por qué lo haría?

–Porque la pareja se desgasta. Lo sé bien. Y te quita energía. Además, no quedamos en nada concreto. Bien podría terminar con esa despedida en el aeropuerto.

–No te apresures a juzgar. Él es diferente y el momento en el que se encontraron también lo fue. Ninguno de los dos buscaba lo que halló. Eso es muy bueno. ¿Le avisarás que llegaste?

–No lo sé. No quiero pensar en él ahora. Hablaré con Francisco, antes de ir a casa. Necesito que me cuente todo sobre los chicos y además, él quiere decirme algo. ¿Puedes llevarme adonde él esté? Deberás tener mi equipaje en el auto y buscarme cuando te llame.

–Lo que tú digas.

Gina llamó a Francisco y quedaron en encontrarse en un café, en la esquina de su oficina.

***

Gina lo vio ingresar en el café desde el auto de María Dolores. Entonces bajó y fue a su encuentro. Para su sorpresa, al verla, se puso de pie y la abrazó un instante antes que pudiera reaccionar, pero no le provocó rechazo. Era otra energía. La sorprendió su perfume. No lo usaba hacía años.

–Me alegra que hayas regresado. ¡Te ves espléndida! –dijo. Esperó que ella se sentara frente a él para ubicarse nuevamente en su silla–. ¿Qué quieres ordenar? –era amable. No había rencor en su tono ni reproches. Tampoco expectativas. Esta vez no había pedido lo de siempre sin preguntar.

¿Qué era lo que quería decirle? ¿Tanto podía cambiar en algo más de un mes? Sí. Ella lo había hecho y quizá él lo estuviera pensando en ese momento.

–Un café –respondió. Estaba asombrada. No era el hombre abatido que la había despedido en el aeropuerto y le había ofrecido irse con ella para no perderla. Ese Francisco no estaba allí. Ni un vestigio de él asomaba a su expresión. Afeitado, prolijo y sonriente. Entonces lo supo. Una mujer. Había conocido a alguien–. ¿Qué quieres decirme? –agregó.

–Gina quiero hablarte de los chicos. Han sucedido cosas serias que debes saber antes de verlos, para estar preparada. Además, quiero ser honesto contigo y ponernos de acuerdo en cómo seguiremos en adelante –sonaba adulto y seguro.

–¿Qué ha ocurrido además de la enfermedad de Josefina?

–Diego. Algo terrible le sucedió a Ángeles.

–Estaban peleados cuando partí. Él quería dejar la universidad por su embarazo y ella lo había abandonado. Eso fue lo que habló conmigo –al recordar le pareció increíble haber viajado en ese escenario pero no sintió culpa–. Luego, no sabía de quién era el niño y la dejó. Hasta ahí supe por Isabella, que me hizo jurar que no diría nada.

–Pues el tema fue mucho más grave. Ella no lo engañó, fue violada por el esposo de la madre. Por eso no sabía de quién era el bebé –Gina sintió un escalofrío. Se quedó muda esperando que continuara su relato–. En medio de eso tuve mi accidente –dijo mirando su pierna todavía parcialmente inmovilizada por la faja ortopédica y la bota Walker.

–¿Qué tiene que ver tu accidente en todo esto?

–Pues mucho. Ángeles es sobrina de la médica que me operó.

–No sabía que Ángeles tuviera una tía médica.

–No se trataban porque su madre no la dejaba, pero la joven, asustada, fue a buscarla y a pedirle ayuda.

–Sigo sin entender dónde apareces tú. ¿Sigue embarazada? ¿Qué hizo Diego?

–Ángeles es sobrina de Amalia Rivas.

–¿Tu ex? –dijo sin pensar.

–Sí. El destino quiso que ella estuviera de guardia cuando me accidenté, intervino en la cirugía y cuando supo el apellido de Diego, vino a verme. Ángeles tuvo un aborto espontáneo. De todas maneras habían decidido interrumpir la gestación. Diego volvió con ella y le dio su apoyo… Ángeles no quiso denunciar y nosotros entendimos que era mejor no exponerla a un proceso judicial de ese tipo. Se mudó con Amalia. Inició terapia de inmediato...

–¿Y la madre? ¿Y el marido?

–Amalia se encargó de decirles que si se acercaban, los denunciaría. Luego supo que abandonaron el país. Un horror. Nosotros creemos que nunca quiso a su hija.

"Nosotros". ¿Por qué hablaba en plural? Gina recordaba que antes de que empezaran a salir, él había dejado a esa chica, Amalia. Era casi de manual lo que había sucedido en su ausencia. No podía sentir nada.

–Supongo que tú y Amalia se han reencontrado…

–Sí. Estamos saliendo. Nadie lo sabe. Ella me ha pedido que sea yo quien hable contigo. Insistió en que verte podía cambiar mis sentimientos. Ella me pidió que estuviera seguro.

–Y lo estás. Se te nota –dijo con cierta nostalgia.

–Sí. No eres cualquier persona, pero no quiero que regresemos. Finalmente, quizá tuviste razón: estábamos acostumbrados a estar juntos. He sido feliz contigo y no quiero que tengamos una mala relación. ¿Cómo te fue a ti? ¿Encontraste lo que fuiste a buscar? A juzgar por tu nueva apariencia, diría que sí.

Gina suspiró. Francisco no había perdido el tiempo. Reconocía cierta molestia inconfesable frente al hecho de que ya no la eligiera, pero debía dejar de lado su ego herido. Era lo mejor para todos. ¿Debía sincerarse con él? Respiro profundo antes de hablar.

–Me alegra mucho tu felicidad, Francisco. Eres importante en mi vida, además del padre de mis hijos. Dile a Amalia que no soy una amenaza para ustedes. He cambiado, encontré más de lo que fui a buscar. Me he reencontrado con la mujer que soy –comenzó a decir y le comentó breves episodios del viaje. Le habló sobre Paul.

–¿Conociste a alguien? –preguntó sin vueltas.

–No hablaré de eso contigo. No quiero detalles de tu relación tampoco. Hay una línea de intimidad que nos debemos y que no cruzaré. Te agradezco que hablaras conmigo primero, aunque fue decisión de Amalia, porque llevarnos bien es lo mejor para todos.

–Hay algo más.

–¿Más?

–Isabella dejó a Luciano. No sé los motivos, pero volvió a la casa. Los chicos saben, pero no me han dicho. Funcionan como una cofradía últimamente. Diego sabía lo de la enfermedad de Josefina antes de que viajaran y nunca lo dijo.

–Eso es bueno. Son hermanos –tras un breve silencio agregó–. Quiero llegar a casa. Me iré. ¿Puedo decir que sé lo que me has dicho? –de pronto sintió urgencia por volver a verlos a todos.

–Sí. Deseo que sepan que nos hemos separado como pareja, pero que seguimos siendo su apoyo. No te llamé para contarte. Eso fue lo que prometí y cumplí. Ahora estás aquí.

Todavía movilizada por los hechos y su nueva realidad, Gina llamó a María Dolores quien fue a buscarla y la llevó a su casa.

***

El corazón de Gina latía acelerado. Quería llegar, abrazar a sus hijos, ver a sus mascotas. Dormir en su cama. Rafael seguía allí en su corazón como un gran espectador de su regreso.

Al abrir la puerta, el viejo Parker comenzó a girar sobre sí mismo y a mover su cola, agitado. Ladraba con euforia. Saltaba con torpeza por sus años, celebraba ver a su dueña con el cuerpo y la mirada. Su expresión dulce y simpática era única. Chloé se sumó al recibimiento caminando entre sus pies, emitiendo sonidos de bienvenida y frotándose contra su pantalón. La tomó en brazos y la besó con alegría mientras con la otra mano acariciaba al perro más leal del mundo.

–¡Cómo los extrañé! ¿Los han cuidado? ¿Durmieron en mi cama? ¿Comieron bien? –preguntaba riendo de sí misma.

Era obvio que no iban a responder, pero ella sabía que podían entender su preocupación por ellos. El lenguaje del amor era universal. Y el amor por los animales la definía.

Dejó su equipaje en la sala y disfrutó de las mascotas por un espacio de tiempo que no supo cuánto duró, pero fue inolvidable. Los animales jugaban juntos como siempre y Gina disfrutaba observándolos. Era falso que perro y gata peleaban, al menos no los suyos. Entonces escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Isabella se fundió en un abrazo al verla.

–¡Hola, mi vida! ¡Qué hermosa estás!

–¡Hola, mamá! –dijo feliz y la abrazó por algunos instantes–. ¡Estás más joven, ma!

–He cambiado mi estilo y volví a mí.

–¡Me encanta! Usaré esa chaqueta –dijo refiriéndose a la de cuero color marfil.

–Cuando quieras. He traído mucha ropa nueva. Hay un vestido que elegí pensando en ti, que te encantan los lunares. Es blanco con lunares negros. Luego, te muestro –era genial poder compartir ropa con Bella, jamás lo hubiera imaginado.

Luego se sentaron en el sofá.

–Mami, debo decirte algo. Vivo aquí de momento. He dejado a Luciano –dijo. Entre ambas, Parker acostado y Chlóe sobre él.

–Me dijo tu papá –comenzó a decir.

–¿Hablaron?

–Sí. Antes de venir aquí. Pero no sabe las razones.

Había llegado para Isabella el momento de la verdad.

–Hay algo que me avergüenza mucho, mamá. Entendí que eso me unía a él: la culpa. Todavía no se lo conté a papá. Solo mis hermanos lo saben.

–¿Y qué es eso tan grave y culposo? –preguntó intrigada.

–¿Recuerdas el accidente en el que murió esa mujer embarazada?

–Claro. ¡¿Cómo olvidarlo?!

–Pues yo conducía, no Luciano –dijo y no pudo evitar llorar–. La culpa fue un tormento durante todo este tiempo. Mi matrimonio era mi gratitud.

Gina se quedó atónita. Como un torrente de respuestas entendió a su hija y sus actitudes. La abrazó. Ella lloró sobre su hombro.

–Mi amor solo un buen hombre puede tener ese acto de generosidad. Ha estado bien que lo valores, pero también es correcto que hayas puesto fin a tu gratitud. El matrimonio es otra cosa. Debe serlo. *¿Capito?* –le gustaba volver a usar esa palabra.

–¿No piensas que soy una mala persona?

–Jamás. Eras solo una mujer asustada a quien el hombre que tenía a su lado protegió. No digo que haya sido justo, pero el amor pocas veces lo es. Isabella se emocionó al no ser cuestionada y se animó a todo.

–Además, me enamoré de otro hombre –agregó.

Gina sintió que no iba a aburrirse de momento. ¡Tenía tanto que asimilar! ¿Tan rápido era capaz su hija de rehacer su vida?

–¿Quién es él? –preguntó, mientras la información del accidente ya parecía vieja. Todo era repentino.

–Matías. Mi amigo. Es mi persona en el mundo. Lo amo con locura

–dijo antes de darle detalles de la manera en que habían sucedido las cosas.

Gina sentía gran emoción por verla feliz. Porque era valorada y apoyada. Sintió pena por Luciano, sin duda la amaba también. Nadie haría algo así, si no sintiera amor. Valoraba eso más allá de sus diferencias con él. Deseó que también hallara una mujer que lo hiciera feliz.

La vida parecía comenzar una vez más. Y nada en el exterior había cambiado, eran ellos, sus protagonistas, los que habían crecido, madurado a fuerza de experiencia, enfrentado la adversidad, sufrido los golpes, pagado los errores y abrazado las oportunidades. Se sintió en medio de una revolución emocional. Su mundo era real y valía cada decisión tomada.

Sonó un mensaje en su celular. Era Rafael.

“¿Has llegado bien? Pienso en ti. Te extraño”.

Gina dudó antes de escribir. “Sí. No te olvido”. Sentía que el corazón le temblaba, pero no dejaría protagonismo a su parte vulnerable. No preguntó nada. ¿Volverían a verse? ¿O con el tiempo todo sería el recuerdo de una experiencia inolvidable?

CAPÍTULO 63

Esperar

Y siempre te amaré, mi vida, siempre
Y estaré allí por siempre y para siempre,
Estaré allí hasta que las estrellas no brillen,
Hasta que el cielo se reviente y las palabras no rimen,
Y sé que cuando muera, tú estarás en mi mente,
Y te amaré. Siempre.
Bon Jovi

Isabella se despidió de Gina para ir a casa de Matías. Se sentía mucho más liviana y libre. Confirmó que hablar, ponerles palabras a los hechos que atosigan el alma, era una forma de redimir los remordimientos y renacer. Solo tenía que decírselo a su padre y entonces, su mundo afectivo estaría al tanto de su equivocación y la culpa dejaría de corroer su presente y su prometedor futuro.

Gina estaba desarmando su equipaje en compañía de Chloé, que se metía en su maleta y de Parker, quien dormía en su cama, cuando escuchó la puerta. Reconoció los pasos de Diego.

–¡Hola! ¿Hay alguien? –preguntó con el grito habitual desde la entrada.

–Sí. Mamá –respondió ella y esperó su reacción.

El joven fue a su encuentro. La miró a corta distancia. Advirtió grandes cambios externos pero no dijo nada. Toda la conversación con Ángeles había calado en su razonamiento. Ella sonrió.

–¿No vas a darme un abrazo?

Él se acercó y Gina lo rodeó con todo el amor del que era capaz. Cuando se separaron, lo vio más maduro, más hombre, como si algo hubiera cambiado en él que no eran sus rasgos físicos. Así había sido. Decidió ir directo al punto. Con Diego debía evitar los rodeos.

–Diego, sé bien que estás enojado conmigo por mi decisión de irme. Puedo con ello hasta que comprendas mis razones, pero debes escucharme porque no se trata de mí, sino de ti –él la miraba sin interrumpirla–. He hablado con tu padre… Antes de que lo juzgues debes saber que no te ha traicionado. Nunca llamó para decirme. Hace unas horas me ha contado lo ocurrido. Siento tremendamente lo que han tenido que pasar… –su hijo continuaba observándola con atención. Era sincera–. ¿Cómo está Ángeles? –continuó.

–Bien. Lo está superando. Supongo que habrá recaídas, pero saldremos adelante –nada dijo sobre las palabras de su madre respecto de su enojo. Entendió que era lógico que su padre le dijera. Hablaba bien de ambos. Un silencio breve fue la antesala del impulso que no pudo evitar–. ¿Por qué?

–¿Por qué? ¿Qué? –preguntó interesada en saber a qué se refería.

–¿Por qué nos dejaste?

Gina sintió una puntada en sus sentimientos más profundos.

–Yo no los dejé, hijo.

–Sí. Lo hiciste. Primero a papá. Luego a todos.

–Hijo, has aprendido a fuerza de un gran dolor que no todo es lo que parece. Pues tampoco mi viaje. No me fui porque quería vacaciones, compras o aventura. Lo hice porque me perdí. No sé en qué momento de mi matrimonio deje de ser feliz. Tu padre no supo comprenderlo entonces. Yo nunca, desde que me casé, pensé primero en mí, sentí que era tiempo de hacerlo. Ustedes están grandes, ya he hecho mi tarea más importante de madre. No quise esperar más para ser yo lo primero en mi vida. Confié en que un tiempo de ausencia no los afectaría.

–Pero no fue así. A todos nos ocurrió de todo. Lo sabes por papá, imagino.

–Es cierto. También hablé con Isabella. ¿Por qué dices que te afectó mi ausencia? Nunca me respondiste o escribiste –preguntó sorprendida. Él era el más fuerte de los tres, ¿O acaso detrás de su carácter reservado había una extrema sensibilidad?

–Yo… bueno, no hablo mucho. Prefiero pensar. Pero crecí seguro de que siempre estarían y de pronto, tú te fuiste cuando yo estaba más enojado con la vida que nunca. Y me dolió. No podía escribir a un grupo de la familia que creía no existía más –se refería al grupo de WhatsApp. Se había sentado en la cama.

Ella se acercó y lo abrazó acercando su cabeza sobre su vientre. Acarició su cabello.

–Nada ha cambiado mi amor por ti. Siempre estaré para cuando me necesites. Te amaré siempre. Más allá de la vida incluso, te amaré a ti y a tus hermanos. La familia es mucho más grande que un matrimonio. Yo haría lo que sea por ustedes, incluido tu padre, y él también, incluida yo. Solo se terminó el amor de pareja, pero el otro es para siempre. *¿Capito?*

–¿Hubieras regresado, si yo te lo hubiera pedido?

–No lo sé. No voy a mentirte. Era importante para mí esta búsqueda interior.

–Supongo que eres de las que entienden la vida por sus porqués y no por sus cómos. Así es Ángeles. Ella hizo que yo intentara comprenderte.

–Me alegra que lo hiciera. No siempre he pensado el porqué de las cosas, pero lo aprendí y es casi tan importante como los hechos en sí mismos.

–No deseo volver a hablar sobre lo ocurrido. Comencemos otra vez –propuso. Era su modo de decir que intentaba entenderla.

–Continuamos. Nunca terminó, hijo.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Lo que quieras.

–¿Volverás a formar pareja?

–No lo sé –fue honesta con él antes de abrazarlo con todas sus fuerzas–. Solo puedo decirte que he logrado volver a mí –agregó.

Luego, llegaron Andrés y Josefina, quienes halagaron su cambio de estilo. Le dijeron que se veía diferente y genial. Gina pensó que no era para tanto, a fin de cuentas solo habían visto calzado deportivo, jean, chaqueta de cuero. ¿Qué dirían de sus vestidos y de todo lo demás? No importaba. Ella estaba feliz con su cambio. Conversaron un rato, y Diego se fue.

Gina estaba contenta pero se sentía como golpeada por tantas emociones y confesiones. Parecía que su tiempo hubieran sido años.

–Gina, me alegra que hayas regresado. Sé que Andrés te lo ha pedido –Gina observó a su nuera. Algo había cambiado en ella para bien. Se la veía segura frente a los acontecimientos–. No tomes lo que voy a decirte como un atrevimiento, pero gracias.

–¿Por regresar? –preguntó conmovida.

–No. Por comprender. Si yo tuviera un hijo como Andrés, me gustaría verlo el día de su boda…

Gina la miró con dulzura. ¡Cuánto habían madurado todos! La abrazó. Andrés las observaba emocionado.

–Josefina, nada en el mundo tiene que ser de un solo modo. Hay muchas formas de hacer lo correcto sin dejar de priorizar nuestros sentimientos. Créeme que aprendí eso muy bien y lo respeto. Solo quiero la felicidad de ambos –no sabía si hablar sobre la enfermedad o callar. Mientras estaba enredada en sus dudas, la joven continuó.

–Le he pedido a Andrés ser yo quien te diga una vez más lo que ya sabes. Estoy en tratamiento. Tengo cáncer de mama pero cuando termine las treinta sesiones de rayos, habré sanado. Lo sé. La buena noticia es que no necesito quimioterapia y que no me quedaré pelada. Quiero que estés tranquila y que no me tengas lástima. Lo mismo les he dicho a mis padres. Seamos familia. Seamos felices, no debemos esperar para disfrutar. ¿No te parece? –dijo todo sin hacer una pausa.

–¿Entiendes, mamá, por qué me he casado con ella? –afirmó Andrés.

–Entiendo, hijo. Tomaste la mejor decisión. En cuanto a ti, pequeña –dijo mirando a Josefina–, ¡qué lección de vida podrías darle a más de un adulto! Estoy orgullosa de ti. Tienes razón. Seamos familia –dijo. Entonces lo que otrora hubiera sido impensado, sucedió. Tuvo ganas de disfrutar con ellos. Allí en ese momento que se reducía a todo cuanto tenían con certeza. Tomó su celular, lo conectó a un parlante por bluetooth bajo la mirada estupefacta de Andrés y puso música–. Bailemos. Hay que celebrar la vida –agregó. Paul le había

guardado una lista. Cuando sonó *Stayin Alive*, de Bee Gees, no pudo evitar reír con ganas.

Josefina comenzó a reír también.

–¿Qué música es ésta? –preguntó.

–La de ser felices –respondió.

–Mamá, ¡me gusta tu locura!

–¡Mi suegra es extraordinaria! ¡Esta es la actitud!

Los tres bailaron al ritmo de quienes comparten el simple hecho de estar juntos. Gina pensó en Paul y bailó más y mejor. El nombre de Rafael latía en todo su ser recordándole que estaba viva y disfrutando ser quien era.

***

Isabella llegó al apartamento de Matías sin avisar. Tocó timbre y él abrió de inmediato. Ella subió. Al abrir la puerta, su mirada pudo más que todas las palabras. Se entregó a sus brazos y lo besó con gran intensidad. Sentía el sabor de su boca con la exacta precisión de los seres libres de amarse.

–¿Crees que puedo cerrar la puerta? –dijo él con cierto humor, cuando el beso concluyó.

–Sí, puedes.

–¿Qué sucedió?

–Le hice caso a mi persona en el mundo, que eres tú. Hablé de manera adulta con Luciano. Me ha dado pena, pero he tomado una decisión. Regresé a casa de mis padres temporalmente. Y ¿sabes? Ha vuelto mi madre y pude contarle la verdad –dijo aliviada.

–Me alegro tanto por ti. ¿Y te ha dicho?

–Que él me protegió y que aunque no haya sido justo, el amor pocas veces lo era…

–Tiene razón. *¿Come ti sentí ora?* –le habló en italiano como a ella le gustaba.

–Empiezo a perdonarme y eso me lleva a un único lugar.

–¿Y qué lugar es ese?

–Tus brazos, tu boca, tu cuerpo, tu cama… –comenzó a decir. La seducción inevitable que los enlazaba había hablado.

Se desnudaron con premura. Entre besos, suspiros y caricias alborotadas por la ausencia de culpas. Se apoyaron sobre la pared. Él entró en ella de manera urgente. Ella se sintió libre y dio paso al gozo. De pronto los orgasmos la atropellaban. ¿Era multiorgásmica? Matías enloquecía de placer al verla liberar tanto deseo. Cuando ya no pudo resistir más, acabó dentro de ella y sintió el alivio de su éxtasis. Agitados fueron a desplomarse sobre la cama donde sabían que podían

volver a comenzar. Se sentían insaciables.

Un rato después entre risas y besos, se miraron de manera cómplice al darse cuenta de que en la televisión sonaba la canción *Crazy* de Aerosmith.

–Estoy loco por ti. Ven a vivir aquí conmigo –dijo con gran expectativa. Ella era su mundo entero.

–Estoy loca por ti, pero debemos esperar.

–¿Esperar qué?

Isabella repensó su planteo. ¿Quería ella esperar o era un mandato social que la detenía? No estaría bien visto que en la misma semana dejara su esposo y se fuera a vivir con su amigo. ¿Podía lidiar con eso?

Entonces se levantó de golpe.

–¿Está encendida tu notebook? Necesito escribir. Tuve una idea. La perderé sino me apuro.

–Sí, ahí la tienes –respondió. Miró embelesado cómo cubría su desnudez con una camiseta de él que le quedaba enorme y se sentaba ante su escritorio. Al ritmo de la canción, él se enamoró más si fuera posible y ella se sumergió en su verdad. El tema de otra columna la había atropellado.

Esperar

¿Qué es esperar? ¿Tener la esperanza de conseguir algo? ¿Creer que ha de suceder alguna cosa? ¿Desear que ocurra? ¿Permanecer en un sitio donde se cree que ha de ir alguna persona o ha de ocurrir un suceso? ¿Detener una actividad hasta que suceda lo anhelado?

Así esperamos conseguir un buen trabajo o que llueva intensamente o que alguien se cure o a alguien en el café de siempre o no hacemos lo que teníamos previsto porque esperamos que una persona llegue. Esas son las acepciones del concepto, pero ¿qué es "algo" en esos contextos y "quién" es ese alguien que justifica la espera? Podrían ser infinitas las variables a considerar. Pero eso lo sabrá cada una.

Yo me quiero referir a lo más importante de todas las esperas, a eso que va vinculado indefectiblemente a la posibilidad concreta de que los hechos puedan acontecer y que estemos allí para ver y sentir. ¿Han pensado que para decidir esperar hay que tener la certeza de que se tiene el tiempo necesario? Yo no. Hasta hace un momento.

¿Cómo saber que somos capaces de la espera si no podemos tener seguridad de que nos será dado el tiempo necesario para sobrellevarlas? Tampoco de lo que sentiremos o nos pasará durante ese pretendido tiempo. Resulta tremendista, lo sé. Pero sepan ustedes que es también verdad. Hay que ganarle al tiempo la ventaja del azar. Ser feliz cuando se puede, comer cuando tenemos ganas, sonreír cuando hay motivos, abrazar cuando los

seres están, decir cuando pueden escucharnos y callar solo cuando nos piden compañía en silencio. Amar cuando así se siente sin prejuicios.

Hay que ganarles a las esperas el tiempo robado a las mujeres que no pudieron darse cuenta de que solo pueden aguardar las que saben hacerlo. Las que nada pierden, entretanto, porque ninguna razón las detiene. Porque no sufren el trayecto sino que crecen y se fortalecen gracias a él. Mujeres que pueden no olvidarse de sí mismas, mientras derraman alguna lágrima.

Para las otras, para las que supimos del miedo, la culpa, la muerte, el abandono, las dudas y la angustia, para ellas, escribo esta columna. Porque la espera en esos casos se convierte en llanto amargo, en desilusión, en prejuicios, en frustraciones o en todo eso a la vez. En síntesis, en la postergación de lo que la vida nos ofrece para ser felices.

Hoy, he decidido no esperar más. Por la simple razón de que comprendí que "aquí y ahora" es todo lo que tengo y me he ganado el derecho de disfrutar o llorar o las dos cosas, sin esperar.

Tú, ¿seguirás aguardando o pondrás fin a los plazos de espera?

Isabella López Rivera

Matías no había dejado de mirarla. No podía. Sus manos volaban sobre el teclado como si sus ideas fueran más veloces que sus dedos. De pronto, suspiró y sin mirar la pantalla una vez más, volvió a la cama.

–Listo –dijo sonriendo. Su expresión era de felicidad.

–¿Qué ha sido eso? Además de una inspiración espontánea.

–Eso ha sido un sí.

–¿Sí, qué?

–Sí. Me quedaré aquí hoy a dormir y ya no me iré. Ni mañana ni nunca. Dejó de importarme lo que piense el mundo, porque estoy segura de lo que yo pienso. No esperaré ni por nada ni por nadie para ser feliz. Te amo.

–Y yo te amo a ti.

Al ritmo de *Always* de Bon Jovi, se amaron sin más palabras que las que sus manos decían a sus cuerpos en cada caricia, las que sus movimientos les gritaban al amor y las que sus miradas susurraban a sus sentimientos.

CAPÍTULO 64

¿Revolución?

Defiendo la revolución en nuestras cabezas.
John Lennon

Una semana después, Gina se había habituado a su nueva realidad. Todos, sin excepción, le señalaban lo favorable de su cambio en relación con la vestimenta y accesorios. Extrañaba mucho a Rafael, si por extrañar se entendía pensar en él todo el tiempo y escuchar a su soledad llamarlo en silencio antes de dormirse por las noches. Habían hablado por teléfono cada día. Él la llamaba no menos de dos veces. Conversaban, sostenía que la echaba de menos, que ella era única y que se estaba ocupando de encontrar el modo de volver a verla. Le pedía que siguiera confiando en él. Por supuesto, durante el día se enviaban mensajes, pero Gina sentía que estaba jugando a la adolescente en una relación a distancia condenada al fracaso. No obstante, no era capaz de cortar ese vínculo por difícil que fuera sostenerlo, porque de verdad sentía, no sabía muy bien qué, pero allí en su corazón se había quedado ese hombre de la voz soñada. Escucharlo seguía siendo un modo de que el amor hiciera las palabras con el tono más seductor que ella había escuchado jamás. ¿Cómo resistirlo luego de todo lo que habían compartido? ¿Cómo imaginar algo real entre ellos, si todo parecía reducirse a la magia de Cuzco?

Paul, ángel guardián de su nuevo yo, parecía más amigo de Rafael, a quien no conocía, que de ella cuando escuchaba sus dudas y planteos.

–*My darling*, debes dejar el miedo de lado cuando pienses en él como una posibilidad.

–No hay aquí ninguna posibilidad. Lo sabes.

–Si te dice que continúes creyendo en él, no hay razón para no hacerlo. Si su lógica fuera desaparecer, ya lo habría hecho. Rafael Juárez no es un seductor que anda suelto por el mundo. Es un hombre que fue a despedir a su amigo y encontró al amor de su vida –afirmó.

–Tú miras mucho cine –dijo para cuestionarlo.

–Es verdad. También tú. Pero la semana que viviste en Perú no tenía nada de ficción, según me la fuiste contando. ¿Por qué no te animas a eso para siempre?

–Primero, porque no me ha propuesto nada, ni siquiera viajar. Segundo, porque no volveré a casarme. No quiero otra convivencia, no…

–Detente –interrumpió–. Hablé de ser feliz en pareja, no de cumplir patrones sociales. *¿Capito?* Como tú dices.

Ambos rieron.

–Estoy fatal, ¿verdad?

–Algo intensa –dijo con humor–. Creo que lo extrañas y pretendes negarlo –dijo.

–Basta. ¿Cuándo podré verte?

–Cuando sea el momento, estaré allí.

–¡Tú y tus misterios! ¿Sabes? Francisco les ha contado a los chicos que está en pareja con Amalia, ¿y qué crees?

–¿Que ninguno lo juzgó y están felices por él?

–¡Sí! Exacto.

–Gina, lo mismo ocurrirá contigo. Tus hijos son adultos. Bellos por dentro y por fuera, según me has contado y veo en sus fotos.

–Es cierto.

–Y tú, ¿has visto a Amalia?

–No. Todo está en armonía, pero no buscaré ese encuentro.

–¿Qué harás ahora?

–Ir a trabajar, Paul. Alicia ya no va a la notaría. A mi regreso, hemos conversado tanto. Ojalá mi madre fuera tan comprensiva como ella. Además de ocuparse de todo, es feliz por mí. Mañana se irá de viaje con una amiga. Yo misma la llevaré al aeropuerto.

–¡Mira qué bien! ¿A qué hora será eso? –preguntó.

–A las ocho de la noche, cuando salga de trabajar, iré a buscarla. ¿Por qué preguntas?

–Porque soy curioso. ¿Y tus padres?, ¿fuiste a verlos al pueblo?

–No. Solo he llamado. Papá sigue sin atenderme.

–Deja que el tiempo haga su trabajo –aconsejó.

–Lo haré. No voy a exponerme. No tengo ganas.

–Debo dejarte, ten un buen día.

–También tú.

***

Gina llegó a su oficina temprano. En la notaría el tiempo nunca era suficiente. Siempre había algo que revisar, ordenar o pulir. El control en su máxima expresión radicaba allí, en su trabajo donde cada tarea era el resultado de la perfecta precisión anterior con que había sido prevista. Fueron llegando sus empleados, tenía doce en total. Atendió consultas y volvió a reír internamente al descubrir que sus clientes para realizar una donación, como en ese caso, comenzaban el relato con el día de su boda. ¿Cómo era eso posible? Se sorprendía escuchando acontecimientos que nada tenían que ver con su rol profesional. Mientras cuestiones ajenas a su trabajo eran contadas minuciosamente por sus interlocutores, pensó una vez más en el reloj de arena que los abogados en Australia, daban vuelta al inicio de una

consulta, porque cobraban por hora. Entonces las personas desarrollaban una inmediata capacidad de síntesis. Pero ella, era notaria y no cobraba consultas. Se entregó al trabajo y disfrutó de su pequeño gran mundo de relatos irrelevantes para sus protocolos. Fue feliz en la comodidad de su sofá. Disfrutó de la música de fondo, de cada carpeta que con su intervención avanzaba hacia el trámite final, de la vida misma y de los logros maravillosos que le permitían sentirse plena.

Al final de la jornada, había hablado con todos sus hijos. Irían a una cena en casa de Francisco. Amalia los había invitado. Tendría una noche para relajarse.

Luego de despedir a Alicia, estaría sola, junto a su hermosa gata sobreviviente y su incondicional perro Parker. Le gustó sentir que no estaba triste por eso. Ni siquiera nostálgica. Pensó en Rafael. Le hubiera encantado salir a cenar con él, pero no era ella quien podía decidir eso.

Conforme a lo previsto, buscó a Alicia en su casa, quien había insistido hasta último momento en tomar un taxi para no molestarla.

–Ali, eres una madre para mí. Has hecho posible que pudiera realizar el mejor viaje de mi vida, sin preocuparme por mi profesión y compromisos de notaria, más allá de lo inevitable. No te dejaré sola ni para ir al aeropuerto ni nunca.

–Una nunca deja de ser notaría del todo pero has logrado bastante en tu ausencia a pesar de tus llamadas diarias. Te quiero, eres la hija que no tuve. Lo sabes.

–Lo sé. También te adoro. Es cierto, mi profesión viajó conmigo y me mantuvo en estado de alerta –ambas rieron.

–Escucha, no me has pedido consejo, pero…

–Pero me lo darás –dijo con una expresión comprensiva.

–Eres joven, linda y exitosa. No regales ese tiempo precioso a la nada. Es muy bueno que te hayas reencontrado, celebro eso, pero la pareja adecuada siempre suma. No la necesitas, lo sé, pero puedes elegir agregar más felicidad a la que ya tienes. Le dará otro color a tu presente y no tiene nada que ver con tu independencia.

–Me conoces muy bien.

–Mejor que nadie, creo. A veces me haces pensar en ti como en una revolucionaria que ha ganado su causa y que no quiere ceder un milímetro de su territorio para obtener más.

Gina la escuchaba con atención. Era un ser humano tan precioso. Se sentía afortunada por tenerla.

–¿Te refieres a mi revolución interior?

–¡Exacto!

A Gina le dio risa la comparación, pero el mensaje entre líneas tocó su fibra más resistente.

El aeropuerto le hizo recordar su partida y su regreso. Cuando despidió a Alicia al momento de embarcar, se sintió contenta por ella.

Caminaba por el pasillo y decidió que comería algo liviano en la confitería. No tenía deseos de cocinar. Se ubicó en una mesa desde la que podía ver la pista de despegue. Pidió la carta y ordenó una ensalada y un refresco.

Llamó a María Dolores.

–Hola, amiga. ¿Cómo estás?

–Bien. Pedí helado y estaba por mirar una serie.

–¿Qué miras?

–*Revenge.*

Ambas rieron.

–No necesitas mirar esa serie en la que todo es revancha y mentiras –agregó con humor.

–Tú me la recomendaste.

–¡Sí, pero en otro momento de tu vida!

–Quédate tranquila. No hay en mí sed de venganza, sí de comprarme todos los vestidos que lucen las protagonistas. Y ¿sabes? ¡Puedo hacerlo! Son las ventajas de un buen divorcio.

–Me alegra que lo tomes así, pero deberás trabajar en algún momento por ti misma. Ya veremos. Quizá luego de que nazca el bebé y te hayas adaptado, puedas incorporarte a la notaría.

–¿En serio? Me encantaría.

–Yo traje a Alicia al aeropuerto. Cenaré aquí y regreso a casa. Los chicos están en la casa de Francisco.

–¿Qué sabes de “la voz”? –solía referirse así a Rafael por lo que su voz provocaba en Gina.

–Hoy me ha dicho que falta menos para vernos, pero yo prefiero no preguntar. Será lo que deba ser. Estoy bien.

Se despidieron. Gina se sirvió la bebida. Tenía sed. No podía sacar a Rafael de su memoria. Su celular sonó. Era un mensaje de él. Lo leyó.

“¿Puedes mirar detrás de ti?”.

En ese instante, Gina rememoró la emoción de aquel mismo texto en Machu Picchu pero la intensidad de sus latidos se multiplicó por miles de veces más. ¿Era posible? Giró de inmediato. Sin pensar. Solo sintiendo deseos de que fuera cierto, como aquella vez inolvidable. Allí estaba él, en la mesa contigua. Ella le daba la espalda desde su ubicación anterior. Él se puso de pie, se acercó y dijo: –¡Hola! No creo que debas cenar aquí sola –repetía la escena romántica de las Ruinas.

–¿Qué haces aquí? –siguió ella en el mismo plan, sabía ese diálogo de memoria.

–Vine a buscarte.

–¿Por qué?

–Porque pensar en ti a la distancia por más tiempo hubiera sido insoportable. ¿Puedo acompañarte?

Gina sintió que la felicidad brillaba en su expresión más y mejor que aquella primera vez. No intentó disimular. Se puso de pie y lo besó sin pensar en nada más. Él respondió el beso y la abrazó tan fuerte que sintió que un precioso dolor la recorría entera.

Se sentaron enfrentados sin soltarse la mano.

–¿Cómo llegaste aquí justo en este momento? Me resisto a creer semejante casualidad.

–Tu amigo, Paul Bottomley.

–¿Qué tiene que ver Paul con esto? –preguntó desconcertada.

–Me comuniqué con él, el mismo día que partiste. Si alguien sabe cómo llegar a tu corazón es Paul. No quería presionarte ni asustarte con mis planes.

–¿Qué planes? Me estás asustando ahora.

–Seré directo. Me enamoré de ti. Nunca pensé decírtelo en un aeropuerto, pero luego la idea se transformó en perfecta. Justamente, la decisión de viajar por diferentes motivos nos unió en Cuzco. Te he extrañado tanto, que entendí que no es dónde, sino con quién, lo que puede definir nuestra felicidad. Entonces llamé a mi hermana. Ella vive aquí y a través de un amigo suyo, director de un periódico local, he conseguido empleo. Hace tiempo quiere que me mude.

Gina sintió que se descomponía. No sabía si de emoción o de miedo. Rafael era irresistible. Aun así y más allá de lo que su voz y sus palabras provocaban en ella, una cosa era que la visitara y otra muy diferente que se instalara en Bogotá. ¿Dónde iba a vivir? ¿Y sus hijas? ¿Había dicho que estaba enamorado? Estaba confundida. Empezó por el final.

–Seré directa también. No sé qué expectativas tienes y si bien estoy feliz de que estés aquí, quiero que sepas que no deseo vivir con nadie. He recuperado mi independencia y… además, tus hijas ¿Abandonarás a tus hijas? Sin mencionar que…

–¿Puedes detenerte y oír lo que dije?

–Justamente, porque te he escuchado es que estoy hablando –dijo a punto de retomar su discurso.

–Dije que me he enamorado de ti, no que me quiero ir a vivir contigo. Dije que te he extrañado tanto que quiero estar donde tú estés sin importar donde sea eso. Esa es la felicidad que elijo ¡Y por

supuesto no he abandonado a mis hijas! Tienen veintitrés y veinticinco años. ¿Cuánto tiempo real crees que comparto con ellas? –Gina comenzó a procesar la información. Era cierto. Nunca había hablado de ir a vivir con ella. Quizá estaba yendo muy rápido. Quería hablar con Paul.

–Discúlpame. Debo ir al toilette –atinó a decir.

–Aquí te espero –respondió. Sabía perfectamente que ella necesitaba espacio.

Cuando salió del campo visual de Rafael, llamó a Paul.

–¿Qué has hecho? –dijo sin siquiera saludar.

–¿Qué has hecho tú, que me estás llamando en lugar de estar con ese bombón?

–Paul… por favor. Está aquí y yo…

–Espera –la interrumpió–. Respira. Olvida tus temores. Céntrate en la Gina que reencontraste –ella lo hizo–. ¿Qué sientes?

–Que quiero estar con él, pero no deseo cambiar todo lo demás.

–¿Qué ocurriría si regresaras a la mesa y él no estuviera allí?

–Me moriría de angustia supongo –respondió sin pensar.

–¿Entonces?

–Pero…se ha mudado aquí. Ya tiene trabajo. ¿Y si no funciona a mi manera?

–¿Y si es perfecto a la manera de ambos?

–Tengo miedo.

–Es lógico pero tienes también la oportunidad que pocos logran. Tú eliges.

Gina permaneció unos segundos en silencio.

–Te quiero, Paul. Mucho. Gracias.

–Y yo, a ti. Elige con el corazón.

Gina caminó a paso lento, pensando y sintiendo. Volvió a la mesa y allí estaba con una sonrisa Rafael, esperándola.

–¿Te sientes mejor?

–Me siento mejor que nunca.

Se fueron de allí luego de contarse todo lo que habían vivido durante el tiempo que estuvieron separados. Gina fue clara en su posición. Recordó el consejo de Alicia. Era una revolucionaria vencedora, pero no tan necia como para no negociar algunos milímetros de su territorio emocional en beneficio de más felicidad. Nunca pensó en conocer a un hombre en su búsqueda, pero había ocurrido. La voz del destino había acompañado con palabras ese hecho que se había anunciado como un presagio. ¿Quién era ella para no escucharla? Además, si él hablaba, el mundo se detenía en una música al ritmo de la cual ella podía danzar por siempre.

CAPÍTULO 65

Tres meses después

Encuentro

Nacemos para vivir, por eso el capital más importante que tenemos es el tiempo, es tan corto nuestro paso por este planeta que es una pésima idea no gozar cada instante, con el favor de una mente que no tiene límites y un corazón que puede amar mucho más de lo que suponemos.

Facundo Cabral

Lucía estaba sentada detrás de su escritorio ordenando las tareas que dejaría a cargo de los empleados de la revista durante su ausencia. Había decidido que merecía un descanso. Entonces llamó a Isabella.

–Hola, Isabella. Tengo algo que decirte.

–La escucho –dijo la joven que estaba radiante. Era pública su relación con Matías y, lejos de cuestionarla, su jefa le había dicho que si estar con él la hacía escribir con esa intensidad, deseaba que fuera para siempre. Se sentía bien en todo sentido. Había tenido algunas conversaciones más con Luciano, quien después de pasar por varios estados de ánimo, comenzaba a aceptar la realidad.

–Me iré de viaje. Es justo que sepas que tu columna *Esperar* me hizo reflexionar, igual que las anteriores y las siguientes. Por ti, en alguna medida he decidido poner fin a la espera.

–Gracias, me siento emocionada. Usted es tan reservada que no imagino su mundo interior.

–Quizá es más parecido al tuyo de lo que crees. Quiero dejarte a cargo, durante los quince días que estaré ausente. Puedes hacerlo –afirmó. Isabella sintió que no cabía en su cuerpo. Una fiesta llena de música y colores se precipitaba en su ser. Creía que lo tenía todo. Indudablemente cuando se lograba soltar las culpas, el universo podía fluir sin límites y dar más–. ¿No me dirás nada?

La joven se levantó. Le dio un beso y un abrazo. Ella sonrió. Luego volvió a su lugar.

–Perdón. Eso no ha sido formal, pero yo la quiero. Usted no lo sabe, pero ha hecho muchísimo por mí.

–Y tú, por mí. También te quiero. Me conviertes en la mejor versión de mí en el trabajo.

Las siguientes dos horas le dio indicaciones y luego se despidió.

***

Llegó el sábado y ocho platos en una mesa dispuesta para una cena, muy esperada por todos los comensales, anunciaba una noche que prometía encuentro y empatía.

Ponerles rostro a las personas que se conocían muy bien, a pesar de no haberlas visto nunca era algo que generaba gran expectativa y cierto nerviosismo. En el rincón más humano de cada ser, todos quieren estar a la altura de las circunstancias. Quieren ser aceptados y sentirse cómodos en las reuniones. Sin embargo, no era el caso de

ninguna de las mujeres que se sentarían a esa mesa. Todas ellas sabían muy bien qué lugar ocupaban en el mundo y era justo en donde querían estar, por convicción, por sentimientos y por haber aceptado el mejor ofrecimiento que la vida había tenido para darles. La seguridad las definía. Cuatro personalidades completamente diferentes, pero igual de valiosas, no por perfectas sino justamente por la autenticidad de sus imperfecciones y la vehemencia con que habían luchado por tener y ser lo que esa noche tenían y eran.

En el caso de los hombres eran demasiado simples para esos cuestionamientos. Se aceptaban de manera básica y podían hablar de cualquier trivialidad como si fueran causas de Estado.

Ignacio besó a su misteriosa mujer de la librería en la boca.

–Tranquila. Será una noche excepcional.

–Lo sé, no estoy nerviosa por mí, sino por ti. Sé lo importantes que son tus amigos.

–No hay de qué preocuparse, les encantas porque yo estoy feliz aunque no te hayan visto nunca todavía, saben de ti. Además, ellos vendrán con sus parejas y estará tu hermano.

Cuando sonó el timbre, Lucía, enfundada en un espléndido vestido negro, abrió la puerta. Francisco, Amalia, Manuel y Raquel llegaron juntos. Ignacio hizo las presentaciones del caso. Era un clima cálido y festivo. El motivo de la reunión, además de conocerse, era despedir a Ignacio y a Lucía que se irían de viaje a París

Todos conversaban animadamente sentados en los sofás de la sala, cuando el timbre volvió a sonar. Lucía fue a atender. Se sentía completamente feliz.

–¡Hola, Rafa! –dijo y lo abrazó–. ¿Me presentarás a la maravillosa mujer que ha logrado que vengas a Bogotá? –agregó observando a Gina en su espléndido vestido azul con pronunciado escote.

–Por supuesto, ella es Gina. Gina, te presento a Lucía, mi hermana.

–¡Bienvenida! –Lucía la abrazó con cariño. Podía sentir su vibración.

–¡Un gusto conocerte! –respondió.

–¿Nos presentarás tú al hombre que logró que tomes vacaciones y sonrías? –preguntó Rafael.

–Por supuesto. Pasen. Gina esta es tu casa.

–Gracias.

Avanzaron. Se sentían cómodos y felices. Pasaron a la sala y el tiempo se detuvo por un instante.

Gina observó el escenario. La voz de la anciana de Cuzco sonó en su interior. *Sé tú misma*.

De pronto hubo un breve silencio. Se chocaban los pensamientos

de unos contra otros. Reinaba cierto nerviosismo.

Entonces, antes de que el caos tomara protagonismo, Gina tomó una decisión. Era necesario controlar la situación y ella era la indicada. Porque tenía toda la información y porque, como notaria, podía organizar lo que fuera para que saliera bien. Incluso ese momento que podía ser un desastre. Como si se tratara de una compra venta litigiosa en su sala de reuniones tomó la palabra.

–¡Hola a todos! –dijo–. Es evidente que no sabíamos que nosotros éramos los invitados. Quizá hubiéramos buscado excusas para no venir de haber tenido conocimiento.

–No entiendo. ¿Qué sucede aquí? –preguntó Lucía.

–Ya lo explicaré, Lucía.

–¿Estás bien, amor? –susurró Rafael. Ella tomó su mano.

–Lucía, tú eres hermana de Rafael y pareja de Ignacio. Lo conozco de toda la vida, porque es amigo de Francisco, tu otro invitado, que es mi exesposo. Junto a él, está Amalia, su novia, y Manuel con su nueva esposa Raquel. Manuel era el marido de mi mejor amiga –Lucia la observaba conteniendo la respiración y víctima de un asombro feroz–. De modo que o nos reímos de esto y disfrutamos nuestra nueva realidad o al menos yo, me retiro –dijo con tono firme, pero cordial y simpático. No estaba incómoda. Estaba conteniendo la risa. ¡Era muy extraño pero también muy divertido!

Silencio breve.

–Tú no irás a ninguna parte –agregó Amalia–. Estamos con quienes elegimos compartir la vida y con quienes siguen formando parte de ella. Yo elijo brindar por este encuentro. Creo que es bueno haber llegado aquí sin saber que esto ocurriría. Sin habernos buscado.

Silencio. Caras que se miraban en medio del desconcierto generado por las circunstancias.

–Brindo por eso –agregó Francisco rompiendo el hielo.

Manuel estaba aturdido; Raquel, feliz; Ignacio, atónito. Pero todos de acuerdo en algo: disfrutar esa noche y la vida.

El sonido de las copas al chocar en el brindis y la sonrisa dibujada por el amor en cada rostro, demostraba que hay segundas partes perfectamente compatibles con el recuerdo de las primeras. Porque lo que es capaz de separar puede perder fuerza, cuando se piensa en lo que une. Porque no es el pasado, es su modo de enseñar. No es el presente, es la manera de vivirlo. Y desde luego, tampoco es el futuro, nada dice la voz del destino sobre él.

Epílogo

El universo escribe los discursos de la voz del destino. Siempre indican cómo volver a uno mismo porque allí todo comienza y todo termina. Nada debería faltarles a quienes son capaces de reconocerla. Puede expresarse en una anciana, un hombre, un pensamiento, una amiga, una pintura, un libro, una canción. En el arte de bailar o en cualquier otro proceso profundo en el que una mujer decida sumergirse.

No es dónde, es con quién. No es cuándo, es cómo. No es en el momento planeado, sino en el exacto. Ni antes ni después. No es del modo que imaginamos, pero siempre es de la mejor manera. El enigma es cómo reconocer esa voz en una vida tan ruidosa. Cómo volver cuando no está despejado el camino.

¿Por qué algunas mujeres buscan fuera de ellas lo que les falta para ser felices? ¿Por qué la soledad, las lágrimas y la ausencia a veces son el resultado? Quizá, sea que buscan en donde no hay respuestas y escuchan a la voz equivocada, la que las empuja a tomar malas decisiones en medio de ansiedades, víctimas de la sensación de que todo debe ocurrir de inmediato y de que siempre tiene que estar vinculado a otra persona.

La felicidad es apenas la suma de los momentos en que nuestros sentidos nos revelan la voz correcta.

¿Cuál es, entonces, la verdadera voz del destino? La que nos permite volver a ser quienes somos.

Es la que nace en la mujer que nos habita. La que trabaja o es ama de casa o tiene hijos o elige no tenerlos o lee o canta o baila. O escribe o cocina o pinta o viaja o sale con sus amigas o prefiere mirar películas en soledad o varias de esas cosas a la vez a las que se suman otras.

La que disfruta lo que hace y encuentra la forma de gritar su verdad. La que avanza en el sentido de su plenitud. La que no necesita para nada de nadie, pero disfruta compartir todo con quien elige.

Tú, ¿has escuchado la voz que hay en ti?

Laura G. MIRANDA

Agradecimientos

A mi marido, Marcelo Peralta y mi hijo Lorenzo, por acompañarme y entender mis tiempos. A mi hija, Miranda, por ser mis ojos en Bélgica. Ninguna mirada mejor que la tuya para ver un lugar donde nunca estuve. Sin ustedes no lo hubiera logrado.

A Susana Macrelli, mi mamá, quien esta vez no esperó el libro y leyó el proyecto concluido. Gracias por sentir cada página, por tu orgullo infinito y por tu llamada cuando lo terminaste. Nunca olvidaré ni tus palabras, ni lo que hiciste.

A Flor Trogu por acompañar esta historia a la par de mi escritura. Por emocionarte con su lectura, esperar ansiosa el siguiente capítulo cada noche y enviarme un mensaje luego sin importar la hora. Por tu admiración inagotable.

A mis amigas, Andrea Vennera, Valeria Pensel y Alicia Franco porque es imprescindible tenerlas en mi vida. El apoyo de las tres mientras escribía este libro, me sostuvo en momentos muy difíciles.

A Gloria V. Casañas, por enseñarme la paz y la sabiduría que determinadas circunstancias imponen. Porque muchas de nuestras conversaciones inspiraron diálogos de esta novela.

A Ángela Becerra, por hacer posible que el tiempo se detuviera y fuera tan perfecto como el amor que sostiene nuestra amistad desde hace tantos años. Por tus consejos durante el trayecto que transité hasta “volver a mí”.

A Stella Maris Carballo y su esposo, Guillermo Longhi, amigos de toda la vida, notarios de raza que me contaron todo lo que quise saber con la finalidad de que esta novela, a través de Gina, permitiera conocer a quien la lea de que se trata su trabajo así como cuanto amor y entrega puede existir entre líneas de cada protocolo.

A Hilda Barbieri, porque tu lectura previa es de vital importancia para mí.

A mi abuela, Elina Ferreyra de Giudici, donde sea que la eternidad se encuentre, gracias por tu legado y por iluminar mi inspiración. Yo sé que estás a mi lado.

A la compañía insustituible de Oishi, Akira y Takara, mi mini zoo, durante las largas horas de escritura. Siempre a mi lado confirmando

el concepto de lealtad infinita.

A San Expedito, él y yo, sabemos la razón.

A Carmen de Llopis por ayudarme a creer cuando eso parecía imposible.

A Anabella Franco, por la generosidad con que expresaste mi nombre y tu valiosa opinión.

A mi editora, Marcela Luza, por elegirme y darme la posibilidad de formar parte de un gran proyecto editorial. Luego, por convertirte en mi compañera de vuelo en el viaje de ida que significó escribir este libro. A todo el equipo de V&R Editoras por trabajar en favor de lo mejor para "Volver a mí". En especial a Marianela Acuña, por la maravillosa estética lograda, y a Natalia Yanina Vázquez y Florencia Cardoso por sus valiosas sugerencias durante el proceso de corrección.

A Alberto Rodriguez y a Andrea Di Pace, por alegrarse por mí al recibir la noticia respecto de esta oportunidad y alentarme a aceptarla.

A Florencia y Flavia Valdes, hijas de la hermana que elegí y un poco mías, por sus gestos de amor durante el tiempo de creación.

A Rosario Ferré y Tini Inda, ambas médicas y amigas, por su asesoramiento profesional. Han respondido a mis preguntas en cualquier horario dejando todo lo que estaban haciendo para que yo pudiera cumplir con mi plazo de entrega.

A Daniela Basso y Eugenia Ortega, por nuestro viaje a Nueva York, por acompañar el avance de esta novela con encuentros y recuerdos. A Eúgenie, en especial, por su ayuda respecto de la Gran Manzana al momento de encontrar lo que Gina necesitaba.

A Paul Bottomley, un ser generoso que vive en Londres. Di su nombre a un personaje memorable como un modo de honrar sus lindos gestos que me dieron tranquilidad a la distancia.

A Marcos González, por compartir la selección de música que acompaña algunas de las escenas y por la bendita risa que nos une. "Evocar el pasado" es genial a tu lado.

A mis incondicionales lectoras, quisiera poder mencionarlas a todas (lo intenté pero temí omitir a alguna sin desear hacerlo y desistí, solo por eso no leerán sus nombres aquí), sepan que ustedes escriben el destino de mis libros. El modo en que los esperan y los reciben ha determinado el camino. Lo valoro siempre. En especial a Elvi Marquis, Yanina Zajd y Verónica Eden, porque sin saberlo hicieron su aporte.

A Carlos María Fernández Blanco y Marcelo Damen, amigos y lectores que me han acompañado mientras descubría verdades que quedaron en éstas páginas.

A Yanina Sanchez Ribotta, por inspirar uno de los personajes de esta historia compartiendo una conversación grupal inolvidable.

A todos los Grupos de Lectura y de Facebook por las reseñas y recomendaciones que significan tanto para quienes escribimos. Por el respeto con que opinan, difunden las novelas y organizan reuniones.

A todas y cada una de las mujeres que forman parte de este género tan valioso, por darle a la vida el ímpetu necesario al momento de tomar decisiones y buscar la felicidad.

A la posibilidad de “Volver a mí” porque cambió mi manera de vivir.

Ve
Ra

Un sello de
V&R Editoras

.

Dirección editorial: Marcela Luza

.

Edición: Florencia Cardoso y Natalia Yanina Vázquez

.

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

.

Diseño de portada: Carlos Bongiovanni

.

Diseño de interior: Olifant - Valeria Miguel Villar © 2019 Laura G. Miranda © 2019 V&R Editoras www.vreditoras.com *Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.*

-ARGENTINA-

San Martín 969 piso 10 (C1004AAS)

Buenos Aires

Tel./Fax: (54-11) 4382-9444

y rotativas

e-mail: editor@vyreditoras.com

-MÉXICO-

Dakota 274, Colonia Nápoles, CP 03810,

Del. Benito Juárez, Ciudad de México

Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621

01800-512-4095

e-mail: editora@vergaranba.com.mx

ISBN: 978-987-747-528-9

Abril de 2019

Miranda, Laura G.
Volver a mí / Laura G. Miranda. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2019.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-747-528-9
1. Novelas Románticas. 2. Narrativa Contemporánea. I. Título.
CDD A863

Elegí esta historia pensando en ti
y en todo lo que las mujeres románticas
guardamos en lo más profundo
de nuestro corazón y solo en contadas
ocasiones nos atrevemos a compartir.

Y hablando de compartir, me gustaría
saber qué te pareció el libro...

Escríbeme a
vera@vreditoras.com
con el título de esta novela
en el asunto

VeRa

yo también
creo en el amor

vera.romantica